
Javier Vivancos
Las Matemáticas del Caos
Finalista del Premio Tandaia 2015

LAS MATEMÁTICAS DEL CAOS

JAVIER VIVANCOS

Diseño de la portada: Saray Mata (http://scrapstudio.es/)

Imagen del monje: Paul Robertson

http://zanbar.scrapstudio.es/las-matematicas-del-caos/

https://www.facebook.com/lasmatematicasdelcaos

Para Black Swan,
el resultado de mis ecuaciones

Cada vez que intentamos imponer orden
Creamos caos, creamos caos

Killing Joke

Dios no juega a los dados.

Albert Einstein

No, lo juro por aquel que ha transmitido a
nuestra alma la tetraktys en que se encuentran
la fuente y la raíz de la eterna Naturaleza.

VERSOS DORADOS

Religión del nombre de los mares vencerá,
Contra la secta hijos Aduluncatú,
Secta obstinada deplorada temerá
De dos heridos por Alif y Alif.

Nostradamus
XCVI, Centuria X

El azar no es más que la medida de la ignorancia del hombre.

Poincaré

En la parte de demostración del sistema de la Geometria, en el Instituto Courtauld, explico cómo, durante un ritual de trabajo, identifiqué una corriente hostil (o fuerza extraña) emanando de Oriente Medio (Irán). Intenté representar esta fuerza en el desarrollo de una sección de la pista que da nombre al LP 'Outside the gate', empleando un inusual ritmo y una

secuencia de música que escuché dentro de este ritualizado y alterado estado de conciencia. Con un metrónomo, espontáneamente fijé el tempo natural a 103 pulsaciones por minuto. En Geometria (un antiguo sistema de numerología), este número es el número de los Profetas.

Mientras escribo esta observación en un papel, las noticias de las 9 en punto en la BBC 1 puestas de fondo hablan sobre cómo se atribuye a un grupo revolucionario iraní la destrucción del vuelo P.A. 103 en Lockerbie, Escocia, y empiezo a preguntarme...

Jaz Coleman

CAPTACIÓN

1

ANUARIO DE 1982

En 1982, miembros de la banda británica de música Killing Joke se habían sumergido en las ciencias ocultas, particularmente en las obras de Aleister Crowley. Ese año se trasladaron a Islandia para afrontar el apocalipsis que habían predicho como inminente. Durante su estancia allí, la banda tocó junto a varios artistas islandeses. Tras algunos meses sin señal de apocalipsis alguno, la banda regresó a Inglaterra.

Frente al mismo espejo después de... ¿cuánto? No, su memoria no le está fallando; fue la semana anterior, aunque le da la impresión de que haya pasado mucho más tiempo. Un par de reencarnaciones, por lo menos.

Ahora no está comprobando la incipiente caída de su cabello como entonces. Se ha quitado las gafas de sol y se ha perdido en sus ojos, cargados de una vitalidad demencial que desentona con la acusada lividez de su rostro.

Sus dedos tabalean sobre la blanquecina superficie del lavabo. Se apoya en él, se acerca más al espejo. El vaho nubla su reflejo manchado de dactilares de sangre. Se lava las manos mientras inspecciona con una horrenda mueca su boca, amarillenta, con un regusto acre que no se va por mucho que se la enjuague. Y no va a volver a beber del grifo. *A lo mejor todo esto ha sido por culpa del agua, y no por esa mierda de los números*.

El hombre anteriormente conocido por el nombre de Jesús Coria se coloca sus gafas de sol con parsimonia. Cierra el grifo con la delicadeza acostumbrada (su madre siempre decía que hay que tratar bien las cosas para que duren), y se ajusta el largo abrigo, ahora con ronchas de humedad allí donde ha intentado limpiar la sangre.

Sale del aseo y se encuentra el salón tal y como lo dejó la semana anterior: el cable alargador de la televisión enrollado, los catálogos de las editoriales de material escolar mal apilados en el revistero, la chaqueta abandonada sobre la silla junto a la puerta de entrada, la caja con viejas cintas de vídeo sobre el puf, al lado de la bandeja con el vaso y la lata de conservas vacíos... El único rastro de su reciente estancia lo constituyen esos restos de barro sobre la mesita frente al sofá, donde apenas ha podido dormir entre pesadillas y ruidos que tal vez eran una misma cosa.

Echa de menos el murmullo del frigorífico. La mitad de la ciudad

está sin electricidad, y la otra mitad no tiene a nadie para usarla. Abre la ventana y aún le sorprende lo silencioso que se ha vuelto él también cuando no camina. Ya no le crujen las extremidades ni va tropezando con los marcos de las puertas. Ya no le rugen las tripas al mediodía. Ahora son sus pesadas botas las que delatan su presencia. Levanta la persiana con los dedos para obtener una perspectiva discreta del cruce de abajo con el callejón, junto a los contenedores a medio llenar desde la semana anterior, cuando, preocupado, decidió seguir a su madre y a su hermana en mitad de la noche. Esos ruidos como lumbres a campo abierto en la oscuridad no resultarían tan inquietantes si estuviesen acompañados del habitual silbido de los coches al pasar, del canto de los pájaros, de las conversaciones lejanas, de las ramas de los árboles al agitarse o del peloteo en las pistas deportivas una calle atrás.

Anoche escuchó algo parecido. Alguien… o *algo* incumpliendo los obligados minutos de silencio en una ciudad de luto; alguien o algo arrastrando sus pies, jadeando, gruñendo… Cotidianidad deformada que no desea seguir presenciando, reflejos de vida grotescos, como el suyo frente al espejo.

Se enrolla la bufanda con sumo cuidado; tapar lo necesario, ajustar bien. En el fondo, hasta se siente como un superhéroe de cine, de cine de terror. Ya no va a esconderse más. Espía desde la ventana y se queda hipnotizado ante los andares erráticos pero apiñados de tres personajes de corta estatura.

Los enanos del circo, ríe sin aliento bajo la bufanda.

Pronto se le hace un nudo en la garganta. Carraspea y se aparta de la ventana. Acaricia su cintura, la culata del revólver. Luego se acerca a la mochila y al maltrecho libro abierto que ha dejado sobre la mesita. Al guardarlo, sin querer vuelca un retrato en blanco y negro de su madre con un largo y elegante vestido. No se ha roto, pero los recuerdos sí lo están. Imágenes que se desvanecen al cruzar el umbral del salón. Cierra la mochila mientras su madre inexistente se balancea en su mecedora, que rechina en su mente; ella ya no hace punto, solo contempla imperturbable la persiana casi echada. La silueta de mamá se funde con las sombras de la amplia estancia y sus muebles, sombras acentuadas por las gafas de sol, su cristal protector, el complemento necesario para justificar tanta oscuridad, como si pudiera quitárselas y ver la realidad de esta ciudad tal como fue no hace tanto, y no esta mala versión de película de Tim Burton.

Me he dejado las llaves dentro. Cae en la cuenta cuando se encuentra en el descansillo con la puerta cerrada a su espalda, pisando el felpudo que debiera haberse llevado todo el barro. Y lo mejor de todo es que no le importa, ¿para qué iba a regresar? Una casa vacía más en una ciudad fantasma. Podría autoproclamarse exorcista y deambular de calle en calle dando caza a esa burla de seres vivos que apestan a

azufre, como él, en un infierno de fuegos ya consumidos. Así tendría un objetivo en la no-vida.

Gruñendo, baja las escaleras armando un estruendo del que nadie podrá quejarse. Llega hasta los buzones plateados, ve su reflejo al pasar, la estela de su abrigo queda atrás, los extremos de su bufanda, su cabello grasiento... *No queda mucho para terminar, ¿verdad? Ojalá que no quede mucho.*

Abre de golpe. El tope de la puerta se resiente, el metal contra el muro, el vestíbulo retumba, el aire se rebela y le atiza en el rostro. Descubre, además de que hace frío, que sigue con el nudo en la garganta.

Escucha risas demasiado roncas para tratarse de niños *(enanos del circo)*. Los movimientos sí son infantiles, aunque bruscos, obscenos.

Están «jugando» frente a los contenedores con el cuerpo macilento y agujereado de un anciano, a juzgar por los pliegues de su piel. Ellos también podrían ser ancianos con esas caras arrugadas y torcidas, encogidos, temblorosos; pero no tiemblan por un temor que no se refleja en su mirada, sino por esa curiosidad agresiva que manifiestan, esa prudencia nerviosa.

Él sigue sintiendo algo parecido al miedo; paralizado en el portal, la mano en el bolsillo. Se empeña en que esto podría ser una escena cotidiana, un mediodía de un diciembre normal. Ellos ya se han fijado en él. Su subida al tono agudo denota excitación, pero no tanta como esperaba, así que relaja la otra mano y la aparta de la culata.

Uno todavía está agachado y tira de la ropa del anciano. Le pincha con un hierro en el ojo y se escucha con extrema nitidez el ruido gelatinoso. Los otros dos muestran una dentadura prominente y se dan palmadas, trinan mientras se acercan a pasos cortos y oscilantes al bordillo. El más delgado, con un surco violáceo que le recorre la frente hasta la mano con la que deja caer una botella de refresco rota, da un saltito; luego se apoya en el contenedor azul del papel. Su compañero le da un empujón y estallan en risas cascadas.

—Aa... mmigoo —balbucea el más delgado, extendiendo una manita de dedos torcidos.

Sí, amigo, piensa él, acariciando su bolsillo sin esbozar mueca alguna bajo la bufanda. Sus extremidades ancladas al portal; tiembla, pero sabe que podrá moverse con toda agilidad si lo necesita. Trata de ver a través de sus cristales oscuros, de reconocer alguna foto de familia perdida en esos rostros deformes, de recrear escenas que no existen pero que sin duda existieron; trata de entender...

El pequeño ser parecido a un niño *(¡fue un niño!)* le tironea del botón del abrigo mientras el otro da golpecitos en el contenedor tratando de repetir la palabra «amigo» sin éxito, como si tuviera la lengua adherida al paladar y algodón en la faringe. El del hierro mira

al horizonte por encima del edificio en cuya puerta se halla ese extraño personaje de indumentaria oscura. Se chupa el pringue de los dedos y suelta el cadáver. Se acerca, dubitativo.

—Amigo —repite él bajo su bufanda.

Un coro de voces chirriantes y movimientos torpes se arremolina alrededor. El «niño» rezagado agita el hierro de forma peligrosa. Él no acierta a adivinar de qué basurero puede haber sacado esa vara puntiaguda que brilla levemente a la luz de un sol perdido bien arriba. *¿Tanto tiempo he dormido?*

Creía haberse despertado muchas veces; creía no haber descansado ese cuerpo parecido al suyo, más ágil, más fuerte, y más muerto. Su corazón zumba en lugar de latir. Siente un impulso irresistible, y les muestra a los pequeños la esfera verde y amarilla que guardaba, ya sin la anilla de la espoleta de retardo.

—Re-ga-lo —recalca él, dejándola caer sobre un grupo de manitas ávidas de tocar algo tan parecido a una pelota, como aquellas con las que solían jugar cuando…

Otra vez se está perdiendo en los reflejos de lo que fue, en esas expresiones tan cercanas a la alegría y a la sorpresa inocente.

De un salto se encarama al contenedor azul, y de allí se impulsa hasta las marcas del paso de cebra. Su abrigo ondea al viento que pronto quemará. Corre sin dirigir la mirada atrás, dobla la esquina, y lo que pueda quedar de sus tímpanos vibra con la explosión. Los cristales rotos dejan paso a una reverberación suave, absurda, un regreso al inquietante silencio urbano. Ya no hay risas. Ni más ruidos.

De momento…

2

ANUARIO DE 1982

París, miércoles 13 de enero

El director de cine Marcel Camus, mundialmente reconocido por su Orfeo negro (1959), fallece a los sesenta y nueve años de edad.

María caminaba taciturna y con la mirada sobre las puntas de sus zapatos. Recorría la amplísima calle a lo largo de la valla de un colegio cuyo patio estaba vacío en ese momento de la mañana. Miró su reloj, las 10:55. El sol la deslumbraba a ráfagas al pasar junto a los barrotes de la valla. Un tramo de acera inclinada más tarde, llegó a una calzada de dos carriles separados por una mediana. En el otro extremo se encontraba el centro asociado de la UNED[1]. *Del colegio a la universidad*, pensó. Sin apenas levantar la cabeza del suelo, cruzó ignorando el semáforo.

Tanta prisa por cruzar. Ni que tuviera clases. De hecho, no tenía clases exactamente. María contaba con tutorías los jueves y los viernes por la tarde, no los miércoles por la mañana, una mañana de mayo en la que debería estar estudiando. Pero no le apetecía estudiar en el piso, deambular entre cuatro asfixiantes paredes, aguantar la música a todo volumen de Leonor o fregar los platos para que no le fuera con el cuento a su otra compañera de piso. Por tanto, vagar por el tranquilo edificio de la UNED venía bien si una buscaba un poco de paz, un eufemismo de apariencia trascendental para la pérdida de tiempo en el aula de informática.

Se decía a sí misma que lo había intentado. Desde que comenzó el curso académico se había esforzado en llevarse bien con ellas; había intentado incluso que fuesen sus amigas íntimas. Ya desde un principio le parecieron unas pijas repipis, aunque interesantes. Tras romper con su novio, distanciarse de sus anteriores amistades y abandonar el hogar materno, casi cualquier amiga en potencia resultaba interesante.

Envidiaba sus modelitos, los chicos y chicas que traían a casa, las fiestas de la universidad pública a la que iban, las películas que se descargaban por Internet y las anécdotas de clases y compañeros en una universidad que sí tenía apariencia de serlo.

Al contrario que esta.

María empujó una de las pesadas puertas. A través del cristal podía

ver el tranquilo recibidor del edificio y la becaria bajita tras el mostrador. Todas las mesas y bancos esparcidos al fondo entre las columnas estaban vacíos. Le echó un vistazo al hueco de los ascensores, pero optó por las escaleras. Las subió con energía y se cruzó con el empleado de la librería en la primera planta.

En la segunda, atisbó la puerta abierta del aula de informática. ¿Una entretenida mañana más navegando en Internet? Al pasar más despacio, miró de reojo a los alumnos desperdigados en la parodia de cafetería: mesas, sillas, una barra no aprovechada y varias máquinas de vending.

Se quedó justo bajo una de las calurosas lucecitas del techo y contempló un paisaje montañoso que se entreveía a través de la ventana y de los edificios. *Un café estaría bien*.

Depositó el bolso en una de las sillas. Apartó un vaso vacío y fue a la máquina. Dos pulsaciones de botones más tarde, ya tenía un vaso de plástico humeante en el centro de su solitaria mesa. Ni libros, ni apuntes que no había que tomar, ni conocidos a los que decir hola qué tal.

Una regla de la soledad en la que creía firmemente afirmaba que cuando estás sola y aburrida, salir y moverte te expone a un incremento de probabilidades de hallar algo que se salga de la rutina; es más, alterar uno mismo la rutina, aun tratándose de sutiles variaciones casi igual de aburridas, dispara los porcentajes.

La regla era fácil de olvidar cuando una llevaba siempre el ceño fruncido por unas compañeras insufribles, el pecho oprimido por la inminencia de los durísimos exámenes y el ánimo apagado por el cansancio y el peso de las responsabilidades rutinarias. Hoy, por ejemplo, debería ir a comprar cuando terminase de no hacer nada.

Si las probabilidades juegan a tu favor, puedes asistir de observadora no invitada a una escena divertida entre un grupo de amigos, o encontrar un cartel que anuncia algo interesante, o incluso conocer a un chico atractivo. Pero a veces ocurre todo a la vez.

Y eso fue lo que le sucedió a María esa mañana. Estaba soplando su vaso cuando aquel chico alto dobló la esquina que separaba las escaleras del espacio de la cafetería. Levantó la cabeza y lo vio pegar un cartel junto al de los aburridos conciertos y monólogos que se celebraban en Cartagena.

Después el chico barajó el fajo de pequeños carteles que todavía llevaba y dirigió una somera mirada al lugar. Por un momento, la mirada de María se cruzó con la suya, antes de redirigirla hacia las máquinas de vending. Ese encontronazo visual bastó para que María soñara durante fracciones de segundo que alguien se había fijado en ella.

Aquel breve instante también bastó para que Juan se decidiera a poner en práctica lo que le habían enseñado. Había encontrado a una *posible*, y decidirse a hablar con ella no era como pegar carteles con cinta adhesiva. Reconoció los indicios con facilidad: persona solitaria, expresión taciturna, actitud ociosa, posible atracción sexual, espacio libre alrededor que permitiera relativa intimidad... Solo tenía que armarse de valor y venderse bien. Con un poco de suerte ni siquiera habría que vender, quizá incluso congeniasen.

—Hola, ¿eres de Matemáticas?

¡Qué excusa más patética!, se dijo. Se apoyó en el respaldo de una de las sillas.

—No —dijo ella, con una leve sonrisa.

—Vaya, es que me suenas. Serán cosas de la UNED.

Ella se quedó mirándolo un segundo. Estaba a punto de bajar la cabeza de nuevo. *No puedo permitírmelo ahora*, pensó Juan, *ya he hecho lo más difícil*.

Agarró con discreción el respaldo de la silla, la desplazó unos centímetros para el primer intento de sentarse. El corazón le latía rápido. De no disponer de las herramientas de trabajo y el objetivo bien a punto, se habría despedido con un simple «Bueno, adiós».

—... Aquí no conocemos ni a la mitad de nuestros compañeros, ¿eh? —prosiguió Juan, forzando la sonrisa.

—Sí —dijo ella—, con esto de que la mitad ni vienen a las tutorías...

La expresión amistosa de la muchacha logró que a él se le relajaran las facciones. Incluso le devolvió una sonrisa, sincera esta vez. No soportaba soltar discursitos ni gesticular en exceso. A él le iba más lo de andar meditabundo.

—Es una pena —añadió él—. Algunas tutorías están bien para aclarar dudas y eso...

Juan estaba a punto de rascarse un tobillo con la zapatilla deportiva. Quería sentarse de una vez, pero no lograba encauzar la conversación, y cada vez que hablaba le daba la sensación de estar vomitando perogrulladas.

—... Pero a lo mejor tu carrera es diferente, porque tu carrera es...

—Psicología.

—¡Hala, qué bien! —Y Juan se atrevió a sentarse, se sentía patético; pero daba igual, tenía que atacar ya, y no se trataba de descubrir si se acostaría con él—. Yo quería hacer eso también.

¡Por Dios!

—¿Pero tú estudias Matemáticas aquí?

—Se intenta... Pero dime, ¿cómo va eso de la Psicología?

Ella se acercó el vaso y miró por encima del hombro de su

inesperado acompañante. Se fijó apenas en el cartel que había pegado. Algo acerca de un curso.

—Pues... —comenzó ella—. A ver, ¿qué es lo que quieres saber?

—Pues qué te parece, cómo son las tutorías, los tutores, las asignaturas... Y qué te parece su utilidad para la sociedad o... para tu vida, por ejemplo.

Me estoy pasando de profundo.

Alineó bien los carteles que todavía llevaba entre las manos. La chica sonreía, un tanto apabullada por el grado de reflexión exigido; al fin y al cabo, era su primer año aquí.

Ella no acababa de explicarse. Juan la miró con comprensión fingida. *Al menos me mira a los ojos. No debo ser brusco, todavía no sé de qué pie cojea esta tía.*

—¿En qué curso estás? —dijo él.

—Este es mi primer año.

—¿Te has encontrado ya con algún hueso?

—Más de uno, en realidad.

—Y ¿cómo llevas los exámenes?, ¿los llevas bien preparados? Están al caer, ¿eh? Es un agobio. A mí no hay manera de que me dé tiempo para preparar todas las asignaturas. Esto de la UNED es un contrasentido.

—Sí —rio ella—. Es una puta mierda —luego mutó abruptamente la expresión, temía haber resultado vulgar.

Juan relajó los hombros y asintió sacando la lengua con complicidad. *Ya vas sabiendo...*, se dijo.

—Que la UNED es para los que trabajan... ¡Y una mierda que se coman! —soltó Juan, sonriendo para ocultar su subsiguiente meditación *(¿por dónde sigo?)*.

Ser novato en esto de la captación y salir sin supervisor ni ayuda rivalizaba en dificultad con las asignaturas de la UNED, así que no había otra vía que la de ir poco a poco, centrándose en cada asignatura como si fuera la única, relegando el resto a una prudente espera y, en su caso, postergación hasta el siguiente curso.

—Es verdad, se pasan un montón.

—Bueno —arrancó Juan—, yo hablo por las mías. ¿Tú cuántas asignaturas llevas?

—El curso completo.

—Bufff...

—Y tan buf.

—Chica, estarás agobiada, ¡yo lo estaría!

Juan desvió la mirada a la máquina de café. Se lo pensó mejor y devolvió toda su atención a su *posible*.

—Pues sí... Y lo peor es que no tengo ganas de estudiar.

—Eso me pasó a mí el año pasado. —Hasta él mismo empezaba a

creérselo—. Pero este estoy bastante más centrado. Es cuestión de encontrarle el tranquillo y..., supongo, aliviar las tensiones que no nos permiten centrarnos.

Juan se mordió el labio. Escrutó los movimientos de la chica, que asentía sin acabar de decir nada.

—¿Tus tutores son buenos? —dijo él.

Ella dio su último trago al café. Se inclinó sobre su bolso mientras respondía:

—A ver cómo te lo explico... —decía buscando un pañuelo para pasárselo por la boca.

Juan esperó, satisfecho e inquieto a la vez por el hecho de que la chica le pareciese más segura cada vez. Se puso el dorso de la mano sobre la boca y contempló sus rasgos. Tenía unos ojos muy redondos, eran bonitos. No pudo evitar mirarle el escote.

—... Pues tengo tutores que son como espectros.

Juan sonrió.

—... Y tengo tutores que son muy buenos y se esfuerzan, casi como si estuvieran dando una clase presencial.

Juan asintió.

—... Luego están los que leen o comentan embalados el libro. Toca aburrirse, pero si traes dudas de casa y eso, igual te sirven y te las solucionan. Incluso les cambia la cara, porque les sacas de la monotonía —añadió, divertida.

—Los conozco.

—Bueno, y tengo un par de ellos que iban para filósofos...

—Filo-so-FEOS —rio Juan.

Obtuvo una risita y una sacudida de torso por parte de la chica, pero no era suficiente. *Guárdate tus chistes, imbécil*. Trató de que su rostro siguiera imperturbable y amistoso; e interesado, sobre todo interesado. Había que atender a los indicios.

—El problema es que aprovechan que vamos dos o tres alumnos para soltarnos el rollo sobre sus propias ideologías. Y los libros de texto de algunas asignaturas no son nada esclarecedores. A veces tengo la sensación de que no estoy estudiando nada, salvo suposiciones y más suposiciones. Y luego me meten a Freud por todos sitios, cuando no se cansan de repetir que sus teorías están más que superadas... Yo ya no sé qué pensar acerca de nada... —ella hizo una pausa—. Perdona, te estoy aburriendo.

¡Nada de eso! ¡Ahora es cuando me diviertes!

—¡Qué va! Me encanta que me lo comentes. Yo me metí en Matemáticas porque me entretenía, pero no porque tuviese claro lo que quería hacer con mi vida. Pensé en Psicología, y por eso te estoy preguntando tanto, me interesa, y me interesa lo que me cuentas —recalcó esto último mirándola con mayor profundidad si cabe.

Ella agachó la cabeza, ahora más tímida, y entrelazó los dedos.

—¿Y por qué te metiste en la UNED? —dijo él.

—Porque no me daba la nota para entrar en Murcia —confesó, mostrando una sonrisa que seguía teñida de timidez.

Juan se lamentaría más tarde de su abrupto cambio de tema, pero la impaciencia le comía. De todas maneras, intuía que había simpatizado con la chica, y eso era una buena base para seguir intentando todo aquello que hubiese fallado o quedado a medias en un primer intento.

—Oye, perdona que haga publicidad tan descarada, pero quizá te interese el curso este —le ofreció uno de los carteles. Ella acercó la mano.

—Sí, lo he visto en la pared, pero no me he fijado, ¿qué es?

No parece muy interesada, cuidado.

—Es un curso casi gratuito...

—¿Casi?

—Sí —sonrió él—; luego te explico. Mira, es un poco esotérico, pero está muy bien.

—*Conozca la verdad de las cosas* —leyó ella, con una mueca.

—Es un título muy raro, ¿verdad? Pero está muy bien. Habla un poco de números, por eso me atrajo. —Ella lo miró con desilusión aparente; él obvió la mirada y prosiguió—: No son matemáticas, no te preocupes. Habla de Numerología, un poco de historia, técnicas de relajación y meditación, algo de filosofía —rio—, pero tampoco te asustes —se frotó los brazos—. No es ningún rollo, ni te van a confundir con opiniones subjetivas como tus tutores. Mezclan saberes que vienen desde los griegos y los unifican para buscar las verdades: si debemos creer en Dios, si la violencia está justificada, si somos tan egoístas como parece... En fin, ese tipo de cosas. Para los que nos gustan los números también hay juegos y actividades para hacer predicciones sencillas... Son muy divertidas. ¿Sabías que te calculan hasta tu comida ideal? Sé que es una tontería, pero eso es para los ratos de distensión. Lo demás está muy bien, incluso te enseñan técnicas de concentración que te pueden servir para los estudios y para estar atenta a lo que hay a tu alrededor, para que no se te escape el verdadero significado de las cosas, lo que se repite a tu alrededor sin que le prestes atención...

—Ah...

—Oye, que a mí no me pagan por esto; perdona por el rollo. Te lo digo por si te quieres apuntar. Yo me he apuntado otra vez, porque siempre van variando los temas, además, no hay que pagar nada de entrada, solo al final del curso, dependiendo del número de alumnos y de si hay que hacer fotocopias y eso.

—Pero ¿y quiénes dan ese curso? —ella se fijó en el cartel que

tenía entre las manos: figuras geométricas y números sobre un bonito pero artificial bosque lleno de interrogantes a modo de frutos. Leyó: «*Asociación para el Estudio de…*».

—Gente de la asociación. Gente con mucho tiempo libre, en realidad. Son muy simpáticos, y siempre traen algo para beber. La verdad es que el local es súper cómodo. A lo mejor es mala época, con los exámenes y eso.

—Sí, la verdad es que no tengo…

—Pero no hay por qué preocuparse —atajó él—. Es solo alguna tarde suelta. La verdad es que allí nos relajamos más que otra cosa. Es una reunión entre amigos. Te gustará, en serio. Y yo todavía tengo cosas que preguntarte, y ya sabes que por la UNED es difícil que nos veamos… Bueno, me callo ya, que parece que te estoy dando la brasa por otra cosa…

Ella se sonrojó.

Ella aceptó acompañarle a la primera sesión del curso.

Y, por supuesto, él la informó de todo cuanto necesitaba saber.

Estaba captada.

3

ANUARIO DE 1982

Trasmoz, viernes 15 de enero

El doctor Julio Iglesias Puga es liberado en esta localidad aragonesa por los Grupos Especiales de Operaciones, en el curso de una brillante acción relámpago posible por las informaciones obtenidas tras una redada de miembros de la organización terrorista ETA efectuada días antes en el País Vasco.

El hombre que acaba de malgastar una granada de mano se detiene cada vez que le acomete la sensación de caminar en círculos desde que la ciudad cambiara, primero como un horrorizado y confuso espectador más, después como una de las pocas criaturas en movimiento dentro del perímetro de Cartagena.

Inspira con fuerza el aire fresco y húmedo. Sus pulmones son como un saco sin fondo que podría llenar y llenar. Avanza en diagonal a través del paseo principal de la ciudad. Bajo el juego de bombillas y adornos navideños muertos que atraviesan la calle, mira a ambos lados, esperando que algún coche se salte uno de esos semáforos inoperantes. Pero los coches están, la mayoría, aparcados en batería, esperando a que su dueño regrese de trabajar en el averno.

Los bordillos acumulan suciedad paralizada: hojas muertas, plásticos, papel mojado, tierra... Al menos, por aquí no reventaron los imbornales, aunque al comienzo del paseo hay varios árboles deshojados, y sus hojas, con el resto de la basura acumulada, obstruyen las bocas de tormenta.

Algunos establecimientos se quedaron con la persiana levantada. Su reflejo en uno de ellos le vigila al sortear una jardinera y un banco; otro reflejo perpendicular a este en la entrada se cruza en dirección opuesta, como escondiéndose a su paso. Tuerce a la izquierda y se mete en una calleja. De la entrada de una tienda de regalos mana un líquido amarillento que forma ya un charco importante en la baldosa, donde un grupo de gusanos se da el festín sobre unos cadáveres irreconocibles.

Hay una furgoneta aparcada en doble fila en el cruce. La mira un segundo; luego al escaparate cercano, una peluquería. En la otra acera, un coche peor aparcado: empotrado en la puerta principal de una entidad bancaria. En su mente rebota algo que pretendía ser irónico, acompañado de carcajadas que no llegan a brotar de sus labios. Su bufanda y su cuerpo permanecen imperturbables, y fija la

vista ahora en la muralla al final de la calle.

Se pone en marcha hacia las escaleras que suben a la muralla. Hay una botella de plástico en el suelo, un cartel suelto en una farola; ninguno se mueve. Se vuelve a detener, se imagina saqueando las tiendas de esta ciudad cerrada y a medio recoger; también podría forzar un coche e intentar hacer un puente *(¿cómo coño se hace eso?)*. Grita en su cabeza. La calle sigue tranquila; nadie cruza por el paso de peatones a la izquierda, ningún controlador revisa los vehículos aparcados en zona azul, nadie asoma bajo su persiana para encontrarse en la del vecino un adorno con forma de Papá Noel escalador; y lo peor: no llega música, alegría, de ninguna parte. Su corazón zumba, esa es la única música.

Bien, solo tengo que ir a la zona de electrodomésticos del hipermercado y…

Encuentra hasta divertida la posibilidad de verse atrapado allí dentro y rodeado por una horda de zombis, pero su bufanda sigue sin perturbarse. Las escaleras le esperan al fondo, y él no se ha movido. Se visualiza en el puerto. *Podría estar bien; podría seguir dando paseos para que parezca que estoy patrullando, acabando con los monstruos y salvando a quienquiera que se haya quedado en esta maldita ciudad, para luego… ¿Qué?*

Se golpeó una vez el muslo.

Cobarde de mierda, quédate holgazaneando y saqueando tiendas hasta que descubras cuánto tiempo más puedes pasar sin comer ni beber, sigue escondiéndote de esos locos con fusiles, sigue salvando tu jeta de muerto viviente, vete a la sección de ofertas de sofás y quédate allí ¿Por qué no lo afrontas? ¿Por qué no te quitas las gafas de sol y vuelves a mirarte al espejo? Te estás pudriendo; te pudres, te pudres, tío, te pudres. Te pudres y gastas granadas para matar a niños deformes. ¡Puto cobarde de mierda, busca a la gente, sálvala, haz algo útil antes de terminar de descomponerte, o huye de la ciudad, corre, imbécil, corre a un hospital a ver si te curan, a ver si te ponen un corazón nuevo y no esa máquina de hacer zumbidos!

Dos puñetazos más.

¡Corre! ¡Elige! ¡Puedes coger un barco o nadar si tanto miedo te da salir por la carretera! Cobarde, cobarde, cobarde, ¡muérete de una vez! ¡Muérete como todos! ¡O huye, huye!

Se martillea ya sin contención el muslo; el dolor es vago, como si le durara la anestesia de una operación reciente. Ruge tras la bufanda, cae de rodillas. La calle no tiene eco, su bufanda tampoco. Se derrumba con los dedos entre el cuero cabelludo. Gimotea, pero no llora.

El sonido apagado de su propia respiración le abstrae, le sumerge en la imaginación de sitios y lugares de la ciudad. Allí ve imágenes estáticas de gente a su alrededor; días monótonos que ahora se

muestran idílicos. *En el puerto no hay nada*, se dice, pero allí recuerda haberse topado una vez con un compañero del colegio. Fue un encuentro agradable, un apretón de manos y una inmediata y fugaz puesta al día. Otro apretón para despedirse, y la imagen de un cartel pegado en la chapa de una valla ciega. No era *ese* cartel, seguro, aquel encuentro fue hace más de tres años, pero ahora solo puede visualizar la engañosa propaganda de la Logia Delta. *Panda de miserables.*

El puerto está bien, tiene un paseo bonito, y aún no ha comprobado si se ha dado algún cambio en sus aguas o en el muelle *(eso es, sigue paseando, sigue)*.

Aprieta la mandíbula y rechinan los dientes. Cierra los puños, da unos cuantos pisotones, gruñe. Se dirige a las escaleras; y no puede evitarlo, atraviesa la ventanilla de un coche con la bota, más cristales rotos en el asfalto. Maldice y se aprieta el nudo de la bufanda. Se pregunta cuán mutilados habrán quedados aquellos seres parodia de niños, se pregunta si no habría sido mejor volarles los sesos y quedarse a presenciarlo, tal vez degustar esa sangre y comprobar si ese es el líquido que ha de beber a partir de ahora.

Mitiga su rabia corriendo. Deja que el aire fresco y la velocidad lo sumerjan en un baño imparable de subidas, saltos milagrosos y tropiezos que no acaban en caída. Se cree liberado, capaz de cualquier cosa, pero ya han pasado demasiadas horas desde que abriera los ojos en aquel agujero como para seguir engañándose sin una expresión de amargura oculta bajo la bufanda. Se detiene y mira al cielo, gris y difuminado, un sol borroso. A su alrededor se le presenta de golpe una escena de ciudad; ha subido por la vieja Muralla del Mar. Los edificios acaparan casi todas las vistas, se agrupan a su derecha como espectadores en la barandilla de un mirador; un mirador para contemplar el puerto en su quietud. Los barcos siguen apelotonados en el muelle, y ¡hasta ve gaviotas que sobrevuelan el club de regatas! Pero no se engaña, recuerda con claridad cuando las gaviotas atacaron el colegio. Fue cuando aún creía que estaba vivo, que todo había sido una pesadilla, y que no había caído en el vórtice de aquella espiral. Los niños, en el patio, entretenidos con sus voces chillonas o con ensoñaciones ajenas a la cruel realidad que les sobrevolaba. Algún profesor permanecía absorto en la escalera exterior. Nada parecía alterar la rutina que contemplaban con avidez las gaviotas mientras volaban en círculos sobre el patio. Antes de la sangría que estaba al caer, la ciudad había padecido ya los primeros estragos del cambio, pero esta escena con apariencia de normalidad fue lo primero que él vio cuando vagaba por la ciudad sin saber muy bien qué le había sucedido. Las gaviotas siguieron así durante un minuto o dos. Le recordaron a los buitres cuando aguardan el desfallecimiento de su presa. Las gaviotas no esperaron. Algunas risas chillonas mutaron en

agudos gritos de terror cuando la bandada se decidió a atacar como en la película de Hitchcock.

Algo le saca de sus recuerdos. Una especie de grito sofocado por la espesa distancia.

Resopla y se da cuenta de que no está cansado, si bien tampoco siente deseos ya de morder su propia lengua. Sigue inmóvil, evaluando el grito, el aullido o lo que sea. Su eco aparente sigue reinando en la quietud. Observa ese edificio rosado y alargado a la altura de su primer piso. Le gustaría contemplar el puerto desde sus balaustradas, desde esas ventanas alargadas de corte neoclásico; visitar sus estancias de techo alto, llegar a ellas desde escaleras retorcidas con barandillas de barrotes barrocos y arcaicos, de colores apagados en contraste con los blanquísimos interruptores de la luz y los modernos aparatos de aire acondicionado que se delatan en la fachada.

La puerta de entrada no se ve bien desde aquí con las copas de los árboles. La mayoría de las ventanas, al igual que las de los edificios vecinos, están con las persianas hasta arriba. Ventanas muy blancas de PVC, como incrustadas en muros con columnas dóricas de sillería de piedra que pertenecen a otra época.

No es, sin embargo, la supuesta libertad que posee para adentrarse en cualquier edificio lo que le incita a visitarlo. Ha detectado movimiento en una de las ventanas del segundo piso; y, ahora que se fija mejor, tiene los barrotillos de la parte superior quebrados, y el cristal rajado. Un alarido con algún mensaje apenas discernible termina de convencerle. Se fija en la terraza con forma de torre que corona el edificio.

Es entonces cuando, sin entender del todo lo que está haciendo, salta de la muralla.

Juan Manuel sigue acurrucado en el rincón de la torre de base octogonal; el rincón más alejado del cadáver de su sobrino. Lo mira como si en realidad no fuera su sobrino. ¿Por qué no? ¿No lleva acaso su chaquetón morado? ¿No tiene el mismo lunar en la barbilla? ¿No lleva ese peinado de patillas rapadas? ¿Y el pendiente? ¿Qué decir del pendiente plateado?

—Tenemos que salir de aquí —dice Alberto, con la camisa arremangada, sudando como un tenista en Roland Garros.

Un comentario demasiado obvio, pero ninguno de sus dos compañeros se lo echa en cara. Alberto busca algo en el armario metálico que le pueda servir para forzar el candado de la terraza. Ricardo, de puntillas, toca uno de los tragaluces de las paredes con sus manos enguantadas. Alberto se imagina, el pecho oprimido, qué debe de estar mirando su amigo, tal vez el agua, los montes salpicados de

pinadas, o tal vez el cielo.

—Deja eso —dice Alberto.

Ricardo no se da por aludido; se encarama como cuando busca algo en las estanterías superiores de su taller de carpintería. Por esa abertura tan estrecha no le cabría ni una pierna, pero él sigue palpando el cristal como si allí estuviese la única salida.

Alberto siente ganas de llorar. Si sigue frente al armario de la limpieza sin hacer nada, va a acabar como Juan Manuel, y se pregunta si esas puertas de madera que han cerrado con pestillo servirán para retener mucho tiempo más a esos locos.

—¡Deja eso, joder!

Avanza hasta su amigo como borracho sobre las mareantes baldosas azules y negras. Le agarra el hombro, pero este se remueve con hostilidad.

—Por ahí no vamos a escapar, ¿es que no lo ves?, ¿es que no lo ves?

Ya no se atreve a agarrarle más por el hombro, puede que por miedo. Ricardo es casi dos palmos más alto que él, más corpulento, y está mucho más nervioso a pesar de sus pausados movimientos de guantes frente al cristal.

Un alarido, casi un breve cántico, le retumba por el pecho y el estómago, le hace temblar. Mira la puerta hundida a su derecha, muy cerca de ese horrendo niño parecido a David. El charco de sangre se ha adaptado bien al desnivel del suelo, y ahora un canalillo delgado señala el centro del octógono; las manos del que quizá fuera David, sin embargo, permanecen tendidas y señalan en direcciones opuestas con sus dedos torcidos, a cada lado de su cuerpo inerte. Por fortuna, la capucha del chaquetón le cubre los ojos. Pero aún recuerda su mirada demencial (y maliciosa).

El pestillo se ha movido, lo juraría. Una gota más de sudor frío le recorre la espalda. Se pega al muro y busca consuelo en los rostros distraídos de sus compañeros.

Trata de convencerse de que no tienen las llaves, de que a base de empujones no abrirán las puertas. Respira hondo; hay pasos que se alejan.

—¿Se van? ¿Se han cansado?

Se estremece con la expresión descompuesta de Juan Manuel; pronto, el poco brillo que queda en su mirada regresa al cadáver acostado. Alberto lo mira con una mezcla de compasión, impotencia y odio. Se pregunta si sería capaz de estrangularle y quitarles trabajo a esos locos de las túnicas.

Hay un cubo en el armario. Su ligue compró uno igual para la casa donde iban a vivir, la casa que ya solo falta amueblar. Parpadea y se da la vuelta, desorientado. Vigila las dos puertas; ahora las ve

polvorientas, agrietadas, débiles en realidad. Sigue dando vueltas con la mirada: el cuadro de luces, falsas ventanas, la escalera que conduce a la dichosa puerta de metal cerrada, la claraboya en el techo…

—Nos lo tenemos que llevar… Al niño, tenemos que… —gimotea Juan Manuel, balanceándose con los brazos alrededor de las rodillas —. ¿Qué le voy a decir a mi hermana? Dios, Dios, Dios…

Ricardo golpea sin fuerza el tragaluz. Su puño enguantado se queda fijo sobre el cristal. Alberto se queda mirando los anchos hombros de su compañero.

—No; no nos lo vamos a llevar —dice Alberto, sin mirarle a la cara.

—Es mi sobrino…, mi sobrino…

Juan Manuel se levanta trastabillando y avanza hacia el cadáver. Alberto no le impide agarrar el cuerpecito con pose lastimera. Se fija en el mango de cuchillo de cocina que sobresale por la pechera del chaquetón.

—Me lo voy a llevar me lo voy a llevar —Juan Manuel levanta la cabeza; no mira en ninguna dirección en concreto.

Alberto se vuelve hacia Ricardo y le sacude el hombro.

—Tenemos que irnos.

Parpadea varias veces, como si sus ojos pudieran en cualquier momento llorar por su cuenta y empañarle la mirada. El guante sigue en el cristal. Alberto da un paso hacia atrás y comprueba que los vaqueros de su compañero se agitan. Es entonces cuando el horror termina por atenazarle la columna. Puede soportar la desesperación y la conducta errática, pero no un pánico tan crudo y la total parálisis. Ya no va a hacer nada, ya no va a seguir buscando en ese armario de chismes inútiles, que es tanto como seguir dando golpecitos a la ventana; ya no va a insistir en «Tenemos que irnos», porque sus compañeros lo único que quieren es llevarse a un niño falso, una maligna imitación que les ha llevado a esta jaula de ladrillo donde las bestias esperan afuera con largos cuchillos. Quizá sería mejor abrir y enfrentarse a ellos, pero no así, no con vaqueros que tiemblan, no con compañeros de mirada perdida que se manchan las mangas de sangre, no con ese cuchillo en miniatura y un palo de escoba como únicas armas.

Ricardo se ha vuelto a encaramar al tragaluz; esta vez lo tapa con su corpachón, que sumerge a Juan Manuel en unas sombras casi artísticas mientras abraza al sobrino que había venido a rescatar. ¿Quién los rescatará a ellos ahora?

No se oye nada que no proceda de esta sala: la respiración agitada, el cuerpo de Ricardo rozándose con la pared, los gimoteos de Juan Manuel.

—Ca… llaos… —balbucea Alberto, apenas capaz de oírse a sí

mismo. No soporta cuando se le va la voz; le suele pasar en el supermercado, cuando está cansado de mover cajas.

De pronto, Ricardo se desplaza hacia su izquierda, recorre los lados del octógono con brusquedad y descorre el pestillo. Alberto abre la boca para gritar una advertencia, sin éxito; contempla con una punzada gélida en el pecho el rayo de luz que entra por la nueva abertura, pero sigue sin verse el exterior.

—No hay nadie…, vamos a salir —dice Ricardo, hablando para sí.

Juan Manuel abre los ojos de par en par, emite un graznido apagado y carga sin gracia con el cadáver. Lo lleva como una ofrenda a algún oscuro altar.

Alberto no se mueve. La puerta se abre aún más; ahora puede vislumbrar una balaustrada, un pedacito de cielo recortado, y a su compañero Ricardo que hace paso a su amigo, que se esfuerza en que los pies del cadáver no choquen contra el marco. Los ve salir y sigue sin creérselo.

—¿Vienes? —pregunta una voz conocida desde fuera; una voz que no le está invitando a ver el partido en el bar, precisamente.

Alberto no va, porque el corazón se le encoge y las piernas se le adhieren al suelo. El alarido-cántico regresa. Por un momento cree que es el cadáver que ha cobrado vida y habla con esa voz chillona y cascada a la vez. Le cuesta dejar de creerlo cuando el cadáver cae de los brazos de su sorprendido amigo. El «niño» ha caído como un fardo mojado, no como un ser vivo. Un filo carnicero desciende de más arriba, en seco, y atraviesa con rotundidad y con un crujido el cráneo de Juan Manuel.

Alberto da un paso adelante; fuerza los ojos para mirarse las manos sin inclinar demasiado la cabeza; tiene mucho que ver allí fuera: uno de los locos termina de descolgarse de alguna parte y se echa sobre los hombros de un Juan Manuel que se desploma entre espasmos. Es incapaz de tragar saliva al escuchar los berridos de Ricardo. Su amigo entra en escena desmañado y reparte golpes enguantados con el suficiente acierto como para derribar al encapuchado, aún aferrado al mango del cuchillo.

—¡Aah! —bufa Alberto.

Se siente a sí mismo desplazarse hacia la puerta. Se visualiza cerrándola, dejando a su amigo fuera. No lo hace, porque Ricardo se abre paso a golpes, vuelve al interior de la torre dando patadas al encapuchado y al cuerpo de su amigo. Alberto se presta a ayudarle con la puerta. Se fija en que el zapato de suela gorda de Juan Manuel se ha enganchado con la cara interna de la puerta. Ricardo, gruñendo y con medio cuerpo afuera, intenta quitarle el cuchillo al encapuchado. Alberto empuja errático la puerta, apenas consciente de que no está haciendo otra cosa que ponerle dificultades a su amigo.

—¡DAME ESO, HIJO DE PUTAAA! —grita Ricardo.

Luego aúlla victorioso cuando el filo, ensangrentado y con algo viscoso adherido, hiere la mano del encapuchado. Sujeta el mango del cuchillo, y ahora es él quien intenta clavárselo a su agresor.

Alberto deja la puerta, que se abre un poco más y se separa del zapato inerte. Pega las manos a los muslos, rígidas, sin perder de vista la barbilla afilada y olivácea del encapuchado, con la frente alta ahora; muestra unos rasgos derretidos, como si le hubiera caído ácido. Sus ojos parecen perdidos en alguna esquina de la torre, y sin embargo, sus movimientos son certeros cuando se zafa de Ricardo. Una segunda túnica con capucha hace aparición por la balconada. Una especie de machete cercena la mano de su ahora congestionado compañero. En lugar de ayudarle, Alberto se arroja contra la puerta y lo condena a una muerte segura allá afuera.

El portazo no es capaz de sofocar los gritos de Ricardo. Alberto se sienta y pega bien la espalda a la puerta. Uno de esos cuchillos podría atravesar la madera y a él mismo, pero de momento es incapaz de moverse. Alguien la empuja; él resiste entre sollozos. Logra cerrar el pestillo y, al segundo envite contra la puerta, se aparta con un desagradable cosquilleo en la espalda y un dolor leve pero constante en el hombro. Esos locos canturrean a voces como si tuvieran la boca llena y forzasen sus gargantas de aliento fétido.

—No en... tiendo lo qqque dicen, ¿por qué no ent...?

Se tapa los oídos, aprieta para ver si deja de temblar. Aquí dentro huele a sangre; esa misma sensación se repite en su mente. Mira el armario y se lanza hacia él.

Al principio cree que no puede separarlo del muro; luego que lo derribará y no podrá levantarlo. Después sigue empujándolo con los oídos saturados de cánticos y golpes a la puerta. Las uñas de los pies le duelen del esfuerzo, un esfuerzo que no logra mantener para asegurar la puerta. Se queda sobre el charco de sangre del niño.

Alza la cabeza, mira, reza, y se le ocurre algo con la claraboya: podría romperla. Es una locura, ellos se han dejado caer, ellos venían de arriba, pero da igual, podría romper ese cristal ahumado y tal vez...

Se nota las axilas empapadas al registrar el armario. Desecha las llaves del cuadro de luces, que caen al suelo; desecha botes y trapos. El sonido del filo en la madera le obliga a hacer un aspaviento. Varios cubos ruedan por el suelo, y él coge la escoba con firmeza, como si estuviera destinado a usarla desde un principio.

Con dificultad, pone un pie en una de las baldas y se encarama sobre el armario. Se encorva y asegura su posición. El armario parece firme. Se seca las manos alternativamente en los vaqueros y agarra el palo con ambas manos. Ahora se acuerda del hombro, del temblor de piernas de su amigo que ahora es suyo también, del vacío removido y

doloroso que hay en su estómago, de los golpes, de los cánticos, de la luz que cae como un baño de vapor sobre él, del paisaje inexistente y del trocito de cielo que verá al romperlo. La última vez que vio un recorte de cielo hubo una breve lluvia de sangre; así parece ser en esta ciudad que ya no reconoce. Da unos golpes y lloriquea por lo amortiguados que suenan. No puede esperar otra cosa. Debe dejar de tantear y hacerlo con ganas, si consigue emular el movimiento de una lanza. Intenta sacar sin éxito el remate de plástico del palo, y un cuchillo atraviesa la puerta. Lo ha visto de reojo, podría tratarse de una ilusión óptica, pero no le convencen las ilusiones ópticas con sonido incorporado.

Las lágrimas corren sin control, como se había temido. Sus ojos, no obstante, no se empañan. Sigue, golpea, golpea, golpea.

Algunos cristales caen. La abertura es irregular y aún quedan restos, pero es ancha.

Se encarama con más facilidad de la esperada, sin quedarse con los pies dando bandazos. Se asegura bien sobre el áspero suelo de la terraza y se impulsa para poner una rodilla sobre firme. La elegancia de su maniobra se ve afeada por un largo desgarrón de camisa y piel con uno de los fragmentos de cristal.

Todas sus heridas no son nada, el sudor se le congela con el aire helado. Da la impresión de que un par de antenas torcidas le señalan. A su alrededor tiene un panorama de pendientes muy variadas y hay muchos edificios vecinos a una distancia incierta. Quería su pedacito de cielo y lo vuelve a tener. El mar en la cercanía, casi podría dar un salto, dejar que el sudor termine de helársele y flotar con la esperanza de caer sobre el agua. Desde esta perspectiva hasta parece posible.

Las antenas se empeñan en señalarle con sus puntiagudos y dentados extremos lo que se niega a ver: un encapuchado que trepa por la balaustrada de la terraza, su mirada perdida, su mueca de esfuerzo rabioso entre los balaustres. Un brazo se cuela por allí, algo araña el ladrillo exterior, y los cánticos anuncian un nuevo filo que acecha, que roza el suelo.

Le da tiricia y le entran ganas de reír entre lágrimas. Da pasitos hacia atrás, se diría que para preparar alguna estrategia. El encapuchado de movimientos febriles y asesinos, sin comerlo ni beberlo, ya está arriba, se ayuda con el remate puntiagudo de una esquina de la balaustrada. Su silueta torcida rodea la claraboya, y el cuchillo se alza muy cerca.

Alberto no debe de ser presa tan fácil, porque, si bien no llega a completar un movimiento práctico de huida —tal vez una caída suicida—, el filo solo se le clava en el antebrazo. No se preocupa del dolor, sino de si le dolerá más la próxima vez, y de cuántos ataques como ese harán falta para que todo acabe.

Ve baba en las comisuras del rostro amorfo. Luego, antes de que el filo acabe su corte lateral, sangre a borbotones del cuello. Alberto se da cuenta de que su propia camisa está salpicada, que aquello que moja sus mejillas no es agua de lluvia. El encapuchado se desploma, y una figura vestida con ropa negra o muy sucia se presenta entre los barrotes en un lateral de la torre.

El hombre que una vez fue conocido por el nombre de Jesús Coria Cánovas no se presenta ante el desconocido al cual acaba de salvar la vida. Tampoco le explica que su difunto padre era argentino, ni que con treinta y tres años seguía soltero y vivía con su anciana madre, ni que, a pesar de que la veía cada día, aún sigue sintiéndose culpable por haberla dejado caer en manos de una secta.

En cierta ocasión pudo ver una de las fotos aéreas tomadas de los novecientos doce seguidores de Jim Jones, vestidos con ropas coloridas, muertos por bebidas mezcladas con cianuro y disparos de arma en una húmeda jungla de Guyana. Aquello fue en 1978, y muy lejos de aquí. Jesús Coria sabía del peligro de las sectas, que a veces ocurrían cosas como aquella, pero no sospechaba que la catástrofe que habría de sobrevenir sería de un tamaño tal que empequeñecería cualquier acontecimiento ocurrido en el continente americano. Si su hermana y su madre no hubieran ingresado en la Logia Delta, quizá todo habría devenido en simple muerte, aunque eso no logra mitigar la culpa que ahora, por suerte o por desgracia, es solo un sentimiento grasiento y enquistado en algún recodo de su cuerpo.

—¿Hay más personas? —le pregunta a ese hombrecillo herido y tembloroso.

Aquel niega con la cabeza, con la boca abierta, viendo pasar a su salvador junto a él. La bufanda le roza el brazo herido cuando el hombre de las ropas oscuras se asoma con cautela por ese extremo de la torre.

—Agáchate y ven aquí.

El hombrecillo apenas se da la vuelta, como si hubiese olvidado cómo caminar. Su salvador descubre que la desobediencia a su voz de profesor autoritario continúa irritándole. Sujetando con las dos manos el arma, rodea con sigilo el perímetro de la balaustrada. Un único alarido le obliga a agacharse por instinto. De inmediato, varios alaridos más desde la primera planta vienen a sumarse.

—¿Llevaban fusiles esos encapuchados?

El hombrecillo no contesta, pero le mira, quizá tratando de descubrir si hay algún personaje famoso tras esas gafas de sol y esa voz amortiguada por la lana.

—¿Eres mudo? ¿O quizá imbécil?

Se oye un golpe fuerte y la madera que se resquebraja por allí abajo.

—No... nno lo sé...

—Habrá que saltar a la azotea de al lado, ¿podrás?

La pregunta es demasiado complicada para el hombrecillo. Irritado y con un revólver en alto, le oprime el hombro con su mano huesuda.

—¿Podrás? —insiste, zarandeándolo. No cae; al menos no parece que vaya a desmayarse.

Lo arrastra. Con dolor, porque se queja. El de la ropa oscura lo asoma ignorando sus protestas. Por este extremo no hay balconada abajo. Con un brazo, lo impulsa sobre la barandilla y lo deja caer sobre el techado del edificio.

—¡Avanza, idiota!

El hombrecillo gatea y trata de incorporarse. Tropieza y cae cuando el hombre de la bufanda lo arrastra hasta el murete al otro extremo lateral de la azotea. La azotea vecina está a algo más de dos metros, aunque el bordillo despejado sobresale y permitiría acortar el salto. Se pregunta si podría levantar al hombrecillo y arrojarlo él mismo al otro lado. Mira abajo y ve un coche mal estacionado en mitad de la calleja.

—No... No... puedo, no...

—¿Ese coche es tuyo? ¿Has venido en coche?

Está a punto de agarrarlo de la camisa cuando un ruido de cerradura en la caseta de la torre llama su atención.

—Toma carrerilla y salta.

El silencio y la parálisis de su acompañante le permiten vislumbrar con claridad las capuchas que asoman por la torre, y el chasquido de un fusil.

—¡Salta!

Con el revólver en una mano y el asa de la mochila sujeta con la otra, da dos pasos, se sube al murete y alcanza la azotea con un salto que se le antoja más complicado al caer. Gira y observa con satisfacción al hombrecillo, que retrocede para darse impulso y seguirle. De inmediato, se pone en guardia, pero se yergue en lugar de agacharse para cubrirse; esta azotea es más baja, y uno de los encapuchados acaba de saltar de la torre con un fusil. Varias voces invisibles canturrean endemoniadas. Ya no puede ver a ningún encapuchado, pero sí el rostro aterrorizado.

Su revólver emite un estampido. Un grito. Dos estampidos más. Esta vez no ha sido su revólver. El hombre al que había rescatado se detiene en seco sobre el murete, bajo un cielo triste que anuncia lo peor. A través de sus gafas de sol lo ve todo más negro y no reconoce sus rasgos, podría ser extranjero, y ahora habla el lenguaje universal del pánico.

¡No, imbécil, no!

—No... —emite tras su bufanda, tragándose los insultos.

Escucha un disparo más cuando el hombrecillo duda. Este no sabe si debe agacharse ahora que le han atravesado el esternón desde dentro. Su sangre salpica la calleja, y se lanza a acompañarla, se impulsa incluso e intenta que ningún agujero más se abra en su cuerpo.

En la azotea de al lado, unas botas de militar resuenan mientras se quitan de la línea de fuego de cualquier encapuchado. Antes de volver a escuchar otro alarido o estampido, el dueño de esas botas se cuela por la ventana abierta de un cuartucho con una antena anclada arriba.

¿Para eso has venido?, se recrimina a pisotones, escalón a escalón. *Yo no puedo hacer más. Al menos,* trata de convencerse, *ya tengo localizados a algunos cultores*.

Llega a un vestíbulo con dos maletas abiertas y ropa desperdigada por el suelo. Sale de la abstracción de sus pensamientos y de la banda sonora de sus pasos. Ahora su corazón zumba lento pero insistente mientras, agarrándose el pecho, fuerza la respiración para asegurarse de que sigue viviendo de esa forma tan peculiar, que no tiene ningún agujero como el que le han hecho al hombre que había venido a rescatar. La culpa, a pesar de todo, ya se está esfumando, si acaso adoptará la forma de un quiste más en alguna parte olvidada de su cuerpo.

Se detiene a escuchar los sonidos que puedan provenir del exterior del edificio. Recorre con la mirada el vestíbulo en busca de alguna ventana que dé a un patio o a la calleja. Hay una con barrotes de aluminio dispuestos en horizontal, junto a un jarrón enorme y roto, y dos perros muertos con varias partes de su anatomía en carne viva. Cuando se acerca para inspeccionar la ventana, repara en la fila de hormigas que recorre los anchos escalones del vestíbulo, desde aquí hasta la puerta de entrada. Los insectos se mueven agitados alrededor y a través de los intersticios de las baldosas, no a lo largo de ellos. Se quita las gafas y los contempla cerca de las salpicaduras de sangre. Ignorando su agrupamiento desordenado, podría seguir observando las hormigas, recordar cuando de niño inspeccionaba con curiosidad el comportamiento de los insectos, cómo los ayudaba apartándoles de su camino las ramitas caídas o las chapas de botella, cómo les ponía el dedo para que se le subiesen y así poder apreciar sus cuerpecitos más de cerca. Los insectos que ahora tiene ante sus ojos tienen como mayor obstáculo las vísceras de uno de los perros, que descansan desparramadas en las fauces entreabiertas del otro, un pequinés que mira sin ojos a su compañero de especie.

Los tres barrotes inferiores ceden y se desencajan del muro granulado. Por aquí llega una corriente de aire fresco. Le llega un

murmullo lejano, confuso. Se pregunta si no se estará quedando sordo. Apenas escucha el zumbido de su corazón.

Mitiga sus temores cuando pisotea las piedrecitas del patio. En una esquina del bajo muro que colinda con la calleja, un grupo de bidones oxidados le esperan para que se impulse con ellos. El sonido de la tierra desprendida de la pared y un gruñido reafirman que no se está quedando sordo. Cae sobre un charco en la única acera de la calleja. Más preocupado por lo que pueda haber por arriba o por las entradas a la calleja, sale del charco y se dirige con cautela al vehículo.

Se ajusta bien las gafas y procura no fijarse en el cadáver pegajoso del hombre que no pudo (ni quiso) salvar. Se inclina junto al vehículo, una furgoneta pequeña, y apunta con su arma hacia arriba. Le dirige una mirada de soslayo al cadáver, sopesando si tendrá las llaves de...

Pronto sonríe ante la visión, a través del cristal, de la llave y su llavero, que cuelga de la cerradura. Abre la puerta y se mete de lado. Huele a colonia, a ambientador, a tabaco, a motor caliente, e incluso a hortalizas; huele a vida, a pedacito de atmósfera de fuera de una ciudad que poco a poco ha empezado a heder a podrido. *Pero ya no hay vida en este coche*, se dice, sin lograr borrar una sonrisa de satisfacción bajo la bufanda. Gira la llave y pisa el acelerador, deleitándose con el sonido del motor, que se sobrepone al de su corazón.

Suponiendo que le quede alguno.

4

ANUARIO DE 1982

Nuuk, martes 23 de febrero

Groenlandia, territorio dependiente de Dinamarca (aunque con parlamento y gobierno autónomos desde 1973), se pronuncia en referéndum sobre su continuidad en la CEE, que rechazan el 52% de los votantes, en su mayoría esquimales disconformes con las restricciones impuestas por la CEE al comercio de productos derivados de focas y ballenas. A pesar del carácter consultivo del plebiscito, el gobierno danés anuncia su intención de "respetar la voluntad del pueblo".

No puede ser, no me lo puedo creer.

María cotejó una vez más la placa de la calle con la dirección del prospecto. «Calle Jacinto Benavente, 5».

En realidad se trataba de una plaza, pero era aquí. Se paró frente a una cabina de teléfonos, en el sendero de baldosas que se bifurcaba entre hileras de palmeras. Creía que ese edificio de fachada beige y tejado rojizo a dos aguas permanecía deshabitado. Miró su prospecto una vez más; sí, coincidía hasta el número.

Lo cierto era que esperaba, como mucha gente, que ese edificio hubiera sido derribado, arrancado de su base como hacían con las estatuas de Franco. Pero seguía ahí, y la pintura no se había deteriorado en los últimos seis años, ahora que se fijaba bien. Abrazada a su carpeta, comenzó a preguntarse cuándo había desaparecido el remate en forma de cruz del tejado. Era una cruz fea, abstracta, compuesta por varias barras unidas y asimétricas, como tuberías oxidadas e introducidas a través de la claraboya de algún desván. Y ya no estaba; en su lugar, sobre una de las ventanas de la fachada principal, un frontón hecho de azulejos grises, sin letras, sin dibujos: un perfecto triángulo equilátero, nada llamativo, salvo por su forma.

Un hombre paseaba a su perro, que husmeaba sin demasiado interés las palmeras. ¿Cuánto tiempo más podría quedarse allí parada, disimulando con la cabina? *Llamaré, no llamaré...* Le fastidiaba quedarse quieta, parecer una estúpida o una loca inmóvil en mitad de una calle tan abierta, sin esperar a nadie, sin hacer nada. Sentía curiosidad por el curso del chico que, por cierto, no le había dicho su nombre, pero no sentía curiosidad por un curso impartido en la antigua iglesia de una secta.

Se mordió las uñas. Jugó con la goma de su carpeta. *No puede ser*

que después de lo que pasó con la secta haya venido otra a ocupar su lugar con tanto descaro.

Creyó sentirse observada por el hombre, incluso por el perro. María se separó a paso lento de la cabina y siguió el sendero embaldosado. De reojo vio el paso de cebra a mano izquierda. Dentro de unos veinte pasos podría elegir entre acercarse a la cerca de la iglesia y su puerta enrejada abierta de par en par, esperándola, o cruzar la carretera para luego dar un rodeo y regresar al edificio de la UNED.

Dentro de unos quince pasos, su intento de recordar qué había sucedido con aquella secta, la Iglesia de la Meditación Trascendental para el Nuevo Milenio, sería inútil: ya habría cruzado el paso de cebra o se encontraría a la espera de que los vehículos le permitieran hacerlo; la otra opción, pararse frente al edificio de una secta, era inadmisible.

Cuando lo de aquella secta salió en las noticias, ella era todavía una jovencita atolondrada que padecía los estragos del enamoramiento malsano. Cuando precintaron el edificio y arrestaron a los «iluminados» y a unos pocos seguidores acérrimos, violentos, cegados por la pasión y la confusión, recordaba haberse limitado a contemplarlo de lejos en el televisor. También recordaba haber bufado y haber pensado: «Pero cuánto loco suelto».

No recordaba mucho más: secta *comecabezas* se pasa de la raya, arrestan a los cabecillas, a algún que otro loco violento, y el resto de idiotas se queda sin el dinero y sin las propiedades que habían ido donando. María ya se encontraba en el bordillo de la acera, a punto de pisar la primera franja blanca del paso. Suspiró, dobló el prospecto y abrió la carpeta. Ya había malgastado demasiado su tiempo de soledad. Tenía que mirar al frente, cruzar y alejarse de la debilidad, de las salidas turbias y engañosas a los túneles de su desgana vital y…

—¡Hola, al final has venido!

María se apartó de la carretera, asustada. La moto dispuesta a arrollarla se encontraba unos metros a su derecha, detenida junto a la acera. No reconoció la voz ni el rostro bajo el casco de ciclomotor hasta pasados unos segundos. Cuando logró liberarse de la parálisis, se sintió estúpida.

—Perdona, no me dijiste tu nombre…

El chico esperaba una respuesta, sonriente, mientras se quitaba el casco. Incluso le dio tiempo a subir el ciclomotor y apoyarlo contra una de las palmeras. Sus ojos azules, a juego con la camisa de manga corta, la miraban con diversión. Al final, María no pudo hacer otra cosa que reconocerle, sonreírle y sonrojarse.

—Soy María, es que me has pillado… Bueno, ¿y el tuyo…?, tu nombre…

Él se aproximó.

—Juan. Tenemos nombres fáciles de recordar.

—En realidad son fáciles de olvidar, son demasiado comunes.

—Entonces es cuestión de no olvidarnos el uno del otro, que es lo importante.

—Sí. —María se cambió de posición la carpeta y siguió sonriendo, fastidiada por su rubor.

—Entonces... ¿entras conmigo? —dijo Juan, moviendo el brazo ampliamente con el que señalaba el edificio que fuera una iglesia.

—Pues...

Ella se quedó mirando los lunares del brazo del chico. Tragó saliva y dio dos rápidas inspiraciones. Le vino el olor a hierba mojada. La mano de Juan le mostraba sin pretenderlo las jardineras del recinto que rodeaba el edificio, al lado de las rejillas de la cerca.

—Venga, mujer, no seas tímida, que yo te acompaño. Ya verás cómo se pasa el tiempo volando. ¿Vives lejos de aquí? La próxima vez puedes traerte bicicleta o moto si tienes. Aquí dentro tienen donde aparcarlas.

María se encontró asintiendo por nada en particular. Afianzando su carpeta, siguió a Juan, que empujaba el ciclomotor entre ellos dos. De no ser por la voz decidida y cálida de su acompañante, habría aprovechado la separación que marcaba el vehículo para largarse profiriendo cualquier excusa; de no ser por eso y porque le gustaba, le prometía muchas cosas con su expresión atenta y simpática, y en el fondo no tenía otra cosa mejor que hacer que olvidarse de sus problemas, de sus estudios, de todo en general, y sumergirse en oscuras reminiscencias de lo que fuera una secta. Si había algo que temer, si aún podía esgrimir argumentos de sospecha contra el prospecto sepultado entre las tapas de la carpeta, no importaba, al menos no mientras fuera acompañada de una voz y una mirada afables, de unas espaldas bien asentadas y de una pronunciación que incluso se alejaba del marcado acento regional.

Ya habían franqueado la puerta principal. Juan aparcó el ciclomotor junto al muro interno del cercado y colocó una cadena alrededor de la rueda delantera. María se preguntó de dónde había sacado el candado con el que ahora aseguraba los eslabones sueltos de la cadena. Estaba demasiado distraída contemplando la sobriedad del suelo asfaltado del recinto. Supuso que no habría gran cosa de interés a lo largo del perímetro que rodeaba el edificio. Tampoco lo averiguaría, incapaz de dar un solo paso sin la guía de su compañero, detenida frente a un letrero de jardín que con oscuras letras grises anunciaba: «Logia Delta».

—Pues aquí estamos... —Juan la invitó, con otro amplio gesto, a acompañarle hasta la puerta de barrotes que daba acceso al edificio—.

¿Qué hacen un matemático y una psicóloga en un curso sobre la verdad de las cosas?

María no supo qué responder. Se limitó a apartar la mirada de la puerta de doble hoja, de las delgadas columnas que la flanqueaban y de los carteles pegados en el cristal. No era un edificio apabullante, ni se escuchaba nada significativo —como cánticos o efusivos sermones —, ni había movimiento por los alrededores. Cualquiera diría que estaba entrando en un edificio abandonado para enrollarse con su novio.

El rubor le subió por el cuello mientras el chico empujaba la puerta. Ahora sí le llegaron sonidos en el vestíbulo, como en una oleada caliente que no haría otra cosa que potenciar su sonrojo. Voces, murmullos que no eran magnificados por ninguna suerte de eco de la iglesia que esperaba encontrarse. Juan no parecía dispuesto a permitirle una aclimatación paulatina. La mochila del chico danzó frente a ella. El portazo seguro que les había anunciado a quienes estuviesen allí dentro, allá arriba. María siguió a su decidido compañero como una niña seguiría a su madre. Le faltó cogerle de la mano al subir las escaleras. Al llegar arriba, el tragaluz del vano de la entrada la presentó con un halo de sol de la tarde ante los allí reunidos, sentados en sillas con el respaldo de tela. Todos se habían vuelto con una sonrisa abrumadora de fácil contagio colectivo. Al fondo, tras una mesa alargada y pálida muy semejante a las que se gastaban en la UNED, un solo hombre permanecía en pie. También contaba con un tragaluz para resaltarlo en la penumbra. No llevaba ninguna toga, no lucía insignia o adorno alguno, ni sonreía con tanto entusiasmo. Su mirada no estaba fija en ella. Más bien parpadeaba con tranquilidad, observaba a los allí congregados, sin asomo de fanatismo o aire beatífico alguno, y esperaba a que los recién llegados tomaran asiento.

El hombre miró su reloj, emitió un sencillo saludo y se volvió hacia la pizarra de plástico con relativa indiferencia. María dejó que su acompañante la guiara hasta las filas intermedias. Apoyó la espalda en el respaldo, que le pareció una toalla tensa, y miró a los lados de la sala para localizar las ventanas, pocas y con la cortina echada. Esperaba que ese hombre se presentara, que la obligara a hacer lo mismo y a confesar que era alcohólica o algo así, que la invitara a conocer a esa panda de robots sonrientes, a abrazarles y salmodiar paridas. Pero no. Era como si acabase de colarse en el aula 06 de Matemáticas.

Era un hombre de pelo canoso, bien afeitado, gafas gruesas y negras, feas pero con encanto, como las de Woody Allen, y una camisa a rayas, el tipo de camisa que llevaría cualquier profesor medio de voz monótona y fatigada.

Sin embargo, pronto se daría cuenta de que, a pesar de todos aquellos números pintados en la pizarra y a pesar de la expresión de seriedad de ese tipo, no tenía nada de aburrido. Los ojos claros del «profesor» se volvieron, esta vez sí, hacia ella de forma directa. Acabó su frase e hizo una pausa dibujando una sonrisa perfectamente simétrica de dientes no menos perfectos. Si se quitase esas gafas, si dejase ver con total claridad las discretas arrugas que a buen seguro decoraban los extremos de sus ojos claros e intensos, revelaría que era un hombre maduro bastante atractivo.

María sintió que el rubor regresaba hasta hacerle palpitar las sienes.

La cosa va bastante bien, pensaba Jesús Hutter, escrutando a la recién llegada. *Treinta y dos personas, y aún conseguiré que seamos más. Pero, sobre todo, hay que lograr que los que hay vuelvan.* Dejó la pizarra, se sentó y cruzó los brazos sobre la mesa.

—Veo que Juan ha encontrado una amiga en la puerta.

Varias miradas se volvieron hacia ella. La chica estaba sonrojada.

—¿Había que inscribirse o algo? Juan no me...

—¡Tranquila! —interrumpió él—; es normal que te parezca que estás perdida o que te dé la sensación de haberte colado en mitad de algún sermón. —Le dirigió una mirada tranquilizadora acompañada de una sonrisa. Juan también le murmuró algo.

—Ah... —profirió ella.

—Bien, no te preocupes por nada, ni por dar tus datos, ni por inscribirte ni por haber llegado con la sesión empezada... Aunque sí nos interesaría saber cómo te llamas. En realidad —extendió el brazo donde llevaba un viejo reloj dorado y trazó un arco en el aire señalando al resto de los presentes—, no nos hemos presentado todos, pero ya habrá tiempo sobre la marcha. ¿Y bien? —Se quitó las gafas y se quedó mirándola, expectante.

—¡Ah!... Sí, me llamo María.

—Muy bien, María, todos estamos encantados de conocerte, ¿verdad?

Se oyeron murmullos y asentimientos acompañados de sonrisas. Hutter se volvió a poner las gafas, con satisfacción.

—Pues yo soy Jesús Hutter. ¿Y sabes por qué estás aquí?

Se regodeó en la turbación de María.

—Perdona, la pregunta, más bien, es: ¿sabes de qué va el curso?

La vio tragar saliva. Tímida, pero hablaba con resolución, y poseía brillo, fuerza en los ojos. Le gustaba.

—Pues... —empezó a decir ella—. A ver, leí el folleto que me enseñó mi compañero, y me explicó que era algo entre filosófico... o

metafísico. Tenía que ver con las Matemáticas y el descubrimiento de la verdad, o aproximación al… ¿razonamiento quizás?

—María, ¿estudias?

—Ee…, sí…

—Se nota, pero no lo digo por nada. Verás, aquí —volvió a trazar un arco en el aire de forma teatral—, aunque no los veas bien… —rio mientras hacía un gesto a una chica con minifalda sentada en primera fila—. Perdona otra vez, vamos a encender las luces.

Hutter esperó a que su novia le diera a los interruptores de detrás de la pizarra. Sonia mostraba los labios más estirados de lo habitual, enfadada, quizá celosa. Eso le divirtió, por lo pueril. Al fin y al cabo, solo estaba aprovechando la situación para presentar a una de las nuevas, aunque, tal vez…

Hutter perdió su halo, y la estancia quedó bañada por una luz blanca no demasiado intensa. Durante un segundo, mientras Sonia volvía a sentarse, el murmullo del aire acondicionado predominó sobre el silencio expectante.

—… Lo que iba diciendo; aquí hay hombres y mujeres de distintas edades y profesiones, así como distintos somos en conocimientos. Eso importa y no importa. No importa en cuanto a que todos somos iguales, a todos nos vendrá bien lo que aprendamos. Quienes además tengan los conocimientos adecuados, podrían ser muy útiles ayudándome en algún… *curso avanzado*… Pero eso no es lo que interesa ahora mismo. La pregunta que muchos seguiréis haciéndoos es: «¿de qué se va a hablar aquí?».

Se levantó y cogió el rotulador para jugar con él quitándole y poniéndole el tapón; le tranquilizaba. *La mayoría sois unos gilipollas ignorantes ignorantes ignorantes de mierda avercomo logro…* Respiró hondo.

—Ya… he soltado un poco de rollo con estos números —señaló la pizarra—, y eso son: números. Tranquiiiilos —bufó con comicidad, como si alguien hubiese levantado la mano. Así aprovechó para atraer la atención de un par de nuevos que andaban cuchicheando—. Esto no es una clase de matemáticas, ni va a consistir en que acabe doliéndonos la cabeza. Más bien lo contrario, vamos a aprender que la naturaleza, las cosas, incluso lo que nos pasa en nuestra vida cotidiana cuando encendemos el televisor, cuando se nos queman las tostadas o se nos olvida pagar una factura…, que todo eso está representado por algo, una serie de cálculos, de números. Siendo capaz de ver esto, siendo capaces de abrir la mente y los ojos para encontrar ahí fuera lo que se nos revela de manera gratuita, podremos evitar que nos engañen, que los científicos más obtusos nieguen la existencia de Dios, o que lo afirmen los creyentes más fervorosos.

Tomó aire, les miró, sonrió. Algunos respondían, bien. Regresó a

María, era una de las más llamativas de la parte femenina de su público, y le gustaba su mirada. Además, se mostraba muy receptiva. *Bien escogida, Juan*.

—Vaaale —carraspeó—; esto tam-po-co es una clase de religión. No hace falta aspirar tan alto. Si en mi cartel hubiera pedido que me pusiesen «Sepa si existe Dios», seguro que habría venido más gente, y este edificio no es tan grande. —Esperó las aprobaciones y sonrisas de rigor, y prosiguió—: Y en lugar de tanto rollo, ¿y si nos ponemos manos a la obra? Los que tengáis una hoja y algo para escribir, ¡cogedlo! Los que no, ¡pedidla! Y los que no consigáis subsistir de la caridad ajena, no os preocupéis, ¡no voy a ser yo quien os la dé! —Más risas—. No, en serio, no pasa nada, estad atentos y con eso bastará. Enseguida nos pondremos a jugar.

Hutter se aproximó a su novia mientras los alumnos se removían e intercambiaban hojas. Se fijó furtivamente en que María abría su carpeta con timidez y repartía algunas hojas sin efusividad. Juan le estaba diciendo algo al oído. *No te preocupes, ya te sentaré en otro sitio, listillo…*

—¿Tampoco me vas a dejar a mí un lápiz? —dijo Sonia, lo que le sacó de su ensimismamiento.

Miró las huesudas piernas de su chica, incapaces de tapar todo el asiento de la silla. Esta luz la hacía parecer más pálida, y se había maquillado demasiado. Parecía un payaso. ¿Y qué era esa cruz gótica que llevaba al cuello? *¿En qué clase de reunión te crees que estás, pedazo de puta?* Le gustaba, sin embargo, la picardía con la que se le dirigía, su mentón picudo y sus ojos grandes y ardientes. También le gustaba lo fácil que resultaba llevarla por donde él quisiera.

—A ti te dejo lo que quieras, preciosa —se inclinó para apretarle un muslo.

Guiñando un ojo a su chica, se dirigió al cajón de la mesa y trajo de vuelta un lápiz con goma. También le traía un trozo de papel doblado.

—Gracias, número uno.

—No me llames así —la reprendió, sin borrar la sonrisa. *No todavía, claro*.

En su mente empezó a reírse, tanto que, cuando logró comenzar a hablar, se sintió confuso. Le dio por emitir unas risitas apagadas que le hicieron parecer más simpático de lo que le hubiese gustado. Se dio la vuelta y el chorro de aire en su cuello le fastidió. Aquello logró devolverlo a un estado de humor más severo.

—Venga, ¡no os desmadréis! Está muy bien lo de conocerse y eso, pero va siendo hora de hacer algo. Es viernes por la tarde, y todos sabemos lo que pasa cuando se acerca el viernes por la noche, ¿no? —no esperó más aprobación—. Bien, empecemos.

Levantó un dedo al nivel de los hombros que no señalaba hacia ninguna parte en particular. Le encantaba esa pose, sobre todo si la acompañaba con una pierna ligeramente adelantada y la otra flexionada, como si fuese a dar un saltito.

—¿A que a nadie se le ha ocurrido leer las inscripciones de las lápidas en los cementerios? —Hutter se frotó el mentón mientras rastreaba el origen de unos murmullos. Se volvió hacia un hombre de mediana edad risueño y bigotudo, sentado en la segunda fila de la izquierda—. ¿Tú lo has hecho alguna vez?

—No, no tengo costumbre.

—¡Pues menos mal! ¡Ya empezaba a preocuparme por la clase de alumnos que tengo!

Los tengo en el bote, pensó, alimentándose de las risotadas generalizadas. Luego regresó a apoyarse en el extremo romo de la mesa.

—Dime tu nombre —le pidió señalándole con el rotulador.

—Pepe.

—Muy bien, Pepe. Seguro que no se te ha ocurrido nunca leer las inscripciones de las lápidas en los nichos y comprobar que padre e hijo, abuelo y nieta, y a veces incluso marido y mujer suelen coincidir en el mes de su defunción, aunque, claro está, en años distintos.

—Pues no, no se me había ocurrido.

—¿En qué o dónde trabajas, Pepe?

—En..., en un almacén.

—En un almacén uno no va mirando nichos, ¿no?

El hombre rio. Hutter le dio un par de palmaditas en el hombro.

Haz algo con ese aliento, miserable gañán de...

—Pues no, uno no va en el almacén mirando nichos —declamaba Hutter—, ni en los cementerios. Pero hay gente muy rara por ahí... Mirad —le hizo un ademán a Sonia—. Mi guapísima compañera y secretaria Sonia nos va a hacer el favor de apagar de nuevo las luces y encender el portátil que tenemos ahí, en mitad del pasillo.

Hutter retiró la pizarra móvil y la dejó cerca de una de las cortinas. A continuación extendió la pantalla enrollada en el muro justo detrás de él, a un lado del aparato de aire acondicionado.

—Gracias a que los antiguos propietarios de este edificio me dejaron la pantalla de proyección y todo...

Y el portátil que robé de la UNED, rio Hutter para sus adentros. Los tacones de Sonia se superpusieron a los murmullos reinantes. Luego manipuló y centró el proyector del portátil. Hutter le dirigió una mirada apaciguadora. A su chica le tocaba estar de pie.

—Aquí tenéis —explicó, señalando con el rotulador la imagen en color proyectada—, si Sonia deja de mover el aparato... —bromeó—. Sí, mirad, esta foto es de un grupo de nichos del cementerio de Elche.

Como veréis, quitando las florecillas, la bonita cruz grabada y los retratos, en esta yacen unos padres y su hija. No sé si lo veréis bien, ¿lo veis? —insistió con el rotulador.

Una mujer mayor con gafas se quejó desde las filas de atrás. Hutter pidió a Sonia que ampliara la imagen. Mientras esperaba, aprovechó para dirigir una discreta mirada a María. La joven estaba atenta, y eso le agradó. Se frotó la nuca y se volvió con hostilidad al aparato de aire acondicionado, antes de regresar su atención a la pantalla.

—Pues bien, la madre falleció el 5-8-1971, el marido el 9-11-1973, y la hija, curiosamente, el 5-8-1993. No siempre coincide hasta el día, pero esta vez sí. Y no es el único ejemplo que tenemos, no se trata de una coincidencia aislada. Sonia, por favor.

Sonia movió un dedo, mirando de reojo a alguno de los presentes. No tan de reojo, aprovechando que todos atendían de nuevo a la pantalla, vigiló a María.

—Como veis en el nicho del medio, aquí son padre e hija quienes coinciden en el mes de enero y, en esta misma foto, aquí, en este nicho al lado de la estatuilla... —Hutter esperó a que Sonia ajustara la imagen—. Aquí, ¿lo veis? Estos son abuelo e hija, y coinciden en el mismo mes. Por un día de diferencia no es cifra redonda. Y hay muchos más, todos del mismo cementerio.

Sonia probó con varias fotos de recargados panteones hasta encontrar la de una larga hilera de nichos tomada en perspectiva lejana, ampliada convenientemente en la fila de abajo, donde había un par de nichos vacíos y otro con la lápida de mármol negro.

—A ver, ¡este! Hermanas las dos, el mismo día, el mismo mes, un año después. Espeluznante, ¿eh? ¿Veis las fotos? Estas son recientes, no es cosa de los viejos de antes. Además, murieron jóvenes. Pero hay más fotos.

Hutter fue señalando con la capucha del rotulador, mordiéndose los labios de satisfacción. Una a una fueron pasando fotos y más fotos tomadas de diversos lugares del mismo cementerio, como aseguraba el fondo de palmeras y la estructura general de los panteones que se entreveían tras los nichos. Destacó especialmente las fechas en la fachada de varios panteones donde había curiosas coincidencias numéricas.

—No quiero aburriros con más fotos tristes. Como habréis observado, si lo estudiásemos con cuidado, adivinaríamos cierta lógica, cierta regla oculta tras estas aparentes coincidencias. Y es de esto y de muchas cuestiones más de lo que van estas sesiones: de observar, de descubrir cosas y de demostrar que podemos conocer la verdad, que podemos entender mejor por qué nos sucede lo que nos sucede. Podremos adivinar que nuestras acciones cotidianas, incluso cuando las consideramos o las consideran malas, tienen una posible

explicación.

Hutter sostuvo la mirada de varios de los allí presentes. Realizó un barrido general sin detenerse en sus más íntimos conocidos, tratando de quedarse con aquellos rostros todavía despiertos, escépticos algunos, confusos otros, maravillados una gran parte. Se fijó en María, cuya expresión era más bien neutra. *Enseguida te haré hablar, pequeña.*

—Sonia, puedes sentarte con esa gracia que tú tienes.

Ella le sacó la lengua.

—... Pero enciende las luces antes, por favor.

Se escuchó un resoplido y una risita compartida.

El semblante de Hutter parpadeó unos segundos. Tenía la frente brillante, y sus axilas estarían húmedas de no ser por el constante chorro de aire que le golpeaba la espalda.

—Ahora vamos a jugar. Coged ese lápiz y ese papel que habéis logrado, y si no tenéis uno, quiero escuchar los del compañero de al lado partiéndose por la mitad. ¡Compartid! —Esperó, con una mueca congelada y los ojos frenéticos, barriendo la sala como si quisiese memorizarlo todo—. Bien, en estas sesiones también aprenderemos a compartir, a ser más personas, a disfrutar con la compañía del vecino, y a aprender lo que él aprende.

María, inclinada hacia delante como si fuera miope, miraba la pantalla buscando la equivalencia numérica de las letras que componían su nombre. El resto de sus compañeros cuchicheaban, alzaban la mano para preguntar o aguardaban a que el propio Hutter llegara hasta ellos y repartiese unas carpetas azules de cartón endeble. Ella ya había empezado a hacer sus cálculos mientras se apoyaba en su propia carpeta plastificada.

—Entonces, cuando tengamos la suma de nuestras letras tenemos que sumarle... ¿lo que salía de nuestra fecha de nacimiento? —le preguntó Juan, acercándose más a ella.

María le repitió las sencillas instrucciones, consciente de que la pregunta era una excusa para dar conversación. En otras circunstancias le habría irritado sobremanera que le echasen el aliento encima y le incordiasen con absurdas preguntas que hasta un niño pequeño habría solucionado por sí mismo. Pero la boca de Juan olía a menta, le gustaba su timbre de voz, y le agradaba responderle. También le gustaba estar en este edificio de penumbras y tranquilos ecos, le gustaba la cordialidad que se respiraba, le gustaba no poder ver el exterior, soñar que se había escondido de sus estudios, de las cortantes conversaciones con sus compañeras de piso, de las tareas diarias, y sobre todo de esa sensación de no saber dar un cambio de perspectiva a su vida. Y lo mejor era que podía librarse de su malestar

limitándose a estar aquí sentada haciendo estúpidos cálculos para nada en concreto, quizá para especular sobre su propia personalidad a partir de un número extraído de una forma tan arbitraria.

—Virgo, ¿verdad? —dijo Juan, señalando la fecha de nacimiento anotada en el papel de María.

—Creo que sí, aunque no estoy segura, porque el 22 de agosto a veces es leo.

—Sí, es verdad, pero casi seguro que eres virgo. Yo también lo soy.

—¿Sí?

—Sí. Y tú debes de serlo, simpatizo mucho contigo.

María volvió a sus cálculos.

—¿Y ahora qué hacemos con estos números? ¿Tú no has jugado a esto antes? —inquirió María, removiéndose en su asiento al ver que Hutter se aproximaba desde las filas de atrás.

—No... En estos cursos se hacen cálculos y análisis numéricos, pero no siempre. Esto es solo para que no nos durmamos.

—Bueno, a mí mientras no me calculen la fecha de mi muerte...

Juan le rio la gracia, meneando el lápiz entre los dedos.

María se puso seria cuando la mano de Hutter sorteó las cabezas para ofrecerle directamente una de las carpetas. Aunque de primeras la rechazó con educación, acabó aferrándola por una de las gomas elásticas y la colocó sobre la suya. María consiguió así librarse de la mirada penetrante del hombre.

—Aquí iremos metiendo las cosas del curso que nos den —dijo Juan.

¿Qué cosas? María se volvió para mirarlo, distraída. Hutter repartía algunas carpetas a los primeros de cada fila, para que fuesen pasándolas a sus compañeros ellos mismos.

—Ah... —profirió María.

—Parece que le has caído bien —dijo Juan.

—¿Qué?

—A Hutter. Es muy intuitivo, sabe cuándo alguien tiene potencial.

María abrió la boca, pero enmudeció. *Le he caído bien*, pensó.

—Supongo que ya casi estaréis —decía Hutter en voz alta—. De todas formas es sencillo. Sumad los números de cada letra como he explicado y luego sumádselo al año, al número de mes y al día, así, tal cual. Luego ya sumaréis los dígitos entre sí.

María fijó la vista en su folio doblado.

—A ver, mientras los demás acabáis, vamos a ir comentando algunos. Vamos a comenzar con la chica que entró en último lugar.

María levantó la vista como si alguien le hubiese lanzado un anzuelo que se hubiese enganchado en su estómago. Los latidos le palpitaban en la garganta. Fijó la atención en Hutter, en parte para aislarse de las miradas que la rodeaban. Notó con agrado el olor de la

colonia de Juan al inclinarse junto a ella para darle apoyo.

—Dinos, María —Hutter se aproximó para pedirle el folio—. ¿Qué número te ha salido?

—Si no me he equivocado, el uno.

—El uno, ¿eh?

Hutter echó un somero vistazo al folio y retrocedió para dar la vuelta y colocarse en el pasillo central que separaba los dos grupos de hileras de sillas. María vigiló el folio que Hutter se había llevado con tanta despreocupación. Se sentía incómoda, como si le hubiesen robado algo íntimo. El hombre hacía rechinar sus zapatos mientras adoptaba una pose forzada. Ahora hablaba entre sus dientes bien blancos como si se dirigiese a alguien escondido en el más allá, por encima de los tubos fluorescentes. Pero su mirada acababa sorteando de nuevo las cabezas, en su mayoría atentas, para fijarse en María con una nota de complicidad que la ponía nerviosa.

—Si a alguno le ha salido un número mayor que nueve, que sume los dígitos por separado hasta dar con un nuevo número. Todos tendréis un número del uno al nueve, y como esto es un ejercicio muy simple, me limitaré a comentar los rasgos generales de ese número que muchos de vosotros compartiréis. No os preocupéis, ya habrá cálculos y revelaciones más personalizadas. De momento, vamos a empezar con María. A ver, levantad la mano los que os haya salido el número uno.

María se fijó en que los ojos de Hutter se movían con rapidez. Luego volvieron a clavarse en ella, y no era el único. Reparó también en la secretaria de la minifalda. Rezumaba hostilidad.

No me quita ojo esa tía.

—Solo cinco personas. Seis, contándome a mí. Bien, debéis saber que, en el siglo sexto antes de Cristo, el filósofo y matemático Pitágoras afirmó que toda la realidad podía ser formulada matemáticamente a través de números. Descubriremos que no iba tan desencaminado. Para nosotros y para esta Numerología que deriva, supuestamente, de él, el número uno representa la creación, el poder de voluntad, la independencia, el liderazgo, el coraje...

Hutter regresó con celeridad al sitio de María y le devolvió el folio.

—Enhorabuena, María, eres una persona con iniciativa y con impulsos creativos.

María quiso dibujar una sonrisa sarcástica. Sin embargo, en su mente no había demasiada cabida para otra cosa que no fuera el roce cálido de la mano de Hutter al devolverle el folio, su mirada, la turbadora pero gratificante sensación de ser el centro de atención, y el halago que, aunque prefabricado e insustancial, no dejaba de ser un halago.

Tomó aire despacio, sin atreverse a mirar a su compañero,

queriendo mostrarse atenta a lo que decía Hutter. Vio manos levantadas, y escuchó una descripción similar para el número dos, el tres… Reparó en el voluminoso tamaño de la mujer sentada delante, el respaldo de la silla crujía con frecuencia, reparó en que el techo tenía listones de madera, y se fijó también en la mesita de plástico que sostenía el portátil. Se había llevado una buena impresión de todos estos adornos, de esta gente a la que no conocía de nada, de las estupideces disfrazadas de seriedad que Hutter estaba contando. Ella se las veía y se las deseaba para sacar adelante densas asignaturas de primer curso para una carrera que hablaba con propiedad de la personalidad, de la mente y de la conducta humanas, y aquí estaba este tío calculando números porque sí, indagando en ella y haciéndola sentir importante por unos instantes, instantes que se repetían cíclicamente cuando retornaban esos dos ojos azules sobre ella. No necesitaba pensar con qué disfrazaría el viernes noche para aparentar que no era una chica solitaria y aburrida. Se dejaría agotar con esta filosofía barata y llegaría con la justificación del cansancio a casa para cenar, ver una película o tumbarse a escuchar música y esperar a que el sueño se apoderase de ella, en espera de un nuevo y soleado día en el cual estudiar, y cubrir así el rol de estudiante.

¿Qué haces?, se dijo, incapaz de refrenar su impulso. Se irguió, levantó el brazo, aguantó la respiración y abrió la boca; dejó escapar el poco aire que había retenido:

—¿Y por qué solo nueve números? —interrumpió los comentarios que mantenía Hutter con un chico de las primeras filas.

Hutter sonrió entrelazando los dedos. Parecía que fuera a sortear de nuevo las sillas para acercarse a ella, pero se quedó en el pasillo central. Incluso se acercó a la pizarra, sin escribir nada.

—Pues… veréis. —A María le dio la impresión de que se justificaba ante sus alumnos en lugar de responderle—. En Numerología se utilizan los dígitos del uno al nueve por herencia pitagórica. Se dice que representan las vibraciones, la energía de la naturaleza. También hay otros números, por ejemplo, los maestros, como el once o el veintidós, pero si me preguntáis quién decidió por qué esos números y no otros, llegaré a la misma conclusión que con la gallina y el huevo, que no se sabe quién fue antes. El caso es que se vienen utilizando de antaño, cargados de simbología, como que representan el árbol de la vida. A nosotros nos debería preocupar el hecho de que nos permitan descubrir lo que queremos, y no de dónde procedan. —Ahora se giró de forma cómica y ostensiva hacia ella, con los brazos en jarras—. ¿Te quedas tranquila?

—Supongo…

Será imbécil el…

—Perdona, María…

Ella se sonrojó.

—... No quería utilizar ese tonillo. He de reconocer que me pillas un poco fuera de mi ámbito. Todo esto de los números es solo un juego para introducir el verdadero objetivo de estas sesiones. Como ya he dicho, no estamos aquí para hacer Numerología. Los números son solo una representación de lo que tenemos ante nuestros ojos. Nosotros observamos y comprobamos, no investigamos quién dijo qué y por qué. Quizá entenderéis mejor lo que digo... —Hutter hizo una brevísima pausa para tomar aire—. Sí, lo entenderéis si os digo que lo de sumar las letras de la tabla pitagórica es innecesario, que también da igual que suméis las cifras de golpe y luego dígito a dígito, o dígito a dígito desde un principio. Los números son así, alguien los inventó y funcionan con maravillosas propiedades. Pero no es eso lo único maravilloso que vamos a ver. A ver, dime, ¿por qué estás aquí?

—Juan me trajo —se excusó María. Se sintió pueril por ello. Le sudaban las manos, aferradas a la carpeta, que reflejaba algo de la luz de los tubos. Alzó la mirada y se calmó un poco ante la expresión afable de Hutter.

—¿Te trajo a la fuerza? —rio él, coreado por varias personas.

—No —dijo, atarantada. Luego se le contagió el buen humor que desprendía Hutter—. No, bueno, me lo encontré y me dijo que era un curso sobre..., pues eso, ya lo he dicho, y me picó la curiosidad... O quizá es que no me apetecía estudiar.

—Ya somos dos —confesó una voz por ahí detrás.

María se sintió reconfortada, dispuesta a seguir hablando:

—Y estoy aquí porque he llegado, porque no me he ido —dijo, amparada por las risitas de Juan—, porque quiero saber de qué va esto, y como no había que pagar...

Hutter rio de buena gana.

—¡Exacto! —dijo él, en apariencia secándose las lágrimas—. Es la mejor actitud cuando uno está perdido. Hay que ser prudente. Todos sabemos lo que pasó en este edificio, pero tarde o temprano hay que plantearse: ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Qué es todo este rollo? Aquí habrá amas de casa, gente sencilla que no sabe ni quiere saber de números. Y yo no voy a hablar de números más de lo necesario. Voy a hablar de temas como este: ¿con quién has discutido últimamente?

—¿Discutido?

—Sí, seguro que has tenido unas malas palabras, una mala mirada, quizá una bronca acalorada; tal vez con un imbécil al volante que te ha dado un susto, tal vez con tu pareja, tal vez con un chorizo que ha intentado robarte, o con un profesor estúpido; *tutor*, en la UNED —Hutter guiñó un ojo.

—Hombre, sí, claro, eso sí.

—Pues venga, cuéntanos, no te cortes; ¿con quién has tenido esa

pequeña o gran bronca?

A María, que no recordaba haber sufrido ningún encontronazo digno de relevancia en años, le venía a la mente la actitud desabrida de una de sus compañeras en particular: Leonor. Por más que intentaba disfrazar el relato que acabaría soltando, las apremiantes miradas se lo impedían. Hutter arqueó las cejas.

—Bueno, tengo una compañera de piso que me trata mal y se salta los turnos de limpieza del cuarto de baño, y no comparte nada conmigo, pese a que yo sí solía hacerlo.

—Vale, y qué te ha pasado con ella, ¿os habéis enzarzado en alguna discusión? ¿Has estado a punto de decirle cuatro cosas y te has callado?

—No..., sí..., sí hemos discutido. Quería llenar el frigo de manzanas y yo me negué. Parece una ridiculez, pero no nos gritamos solo por eso, es por muchas cosas, por su actitud, por su cara dura, por cómo me mira y me acusa de cosas que no he hecho, por cómo se apropia del sitio en el salón, por meterse en el aseo cuando yo tengo prisa, y por esa manía suya de llamarme nena...

María agachó la cabeza. Miró las rodillas de Juan. Alzó de nuevo la vista, agobiada por el silencio reinante. Hutter carraspeó antes de decir en tono amistoso:

—Esas cosas pasan. No hay más que ver el Gran Hermano.

María, y no fue la única, sonrío, extendiendo las piernas sobre el pulcro suelo.

—¿Y no te has preguntado nunca cómo sucedió eso? Es decir, ¿cuáles fueron las pequeñas decisiones que tomaste a lo largo de ese día o de los días previos que finalmente desembocaron en el encontronazo?

María le miró con expresión interrogante. Se sentía como en una terapia de grupo. Y se estremeció de lo grata que podía llegar a ser la sensación.

—Sí —siguió diciendo Hutter—, ¿qué desayunaste esa mañana, qué ropa llevabas puesta?, ¿tenías exámenes?, ¿alguien te había dado plantón?, ¿habías discutido con tus padres?, ¿habías salido a dar un paseo relajante?, ¿habías comprado rotuladores? Hasta la decisión más trivial influye en lo que acontece. ¿Alguien ha oído hablar del efecto mariposa?

Un treintañero con un estampado de Freddy Krueger en la camiseta masculló la respuesta. Enseguida, Hutter le animó a levantarse.

—Dinos tu nombre.

—Roberto.

—¿Y tus amigos te llaman?

—Robert —rio, poniendo mueca de habérselo inventado.

—Muy bien, Robert, a partir de ahora te llamaremos Robert, y si te cortas el pelo de otra forma, te llamaremos Robert Smith. —Solo algunos pillaron el chiste—. Resúmenos lo del efecto mariposa.

—Pues que se dice en la Teoría del Caos que el aleteo de una mariposa en alguna parte del mundo puede provocar huracanes y cosas así en otra parte del mundo.

—Genial —felicitó Hutter con su encantadora sonrisa—. ¿Dónde lo has leído?

—Lo vi en una película.

Hutter se encogió de hombros.

—También vale. Gracias, Robert. Ahora vuelvo a María. Tú también me gustas, Robert, pero de otra forma, claro.

Qué cabrón, pensó María, *pero qué cabrón tan carismático.*

—Bien, María, ahora quizá te parezca que especulo, pero como verás especulo con cosas que la misma ciencia propone. Y si el aleteo de una mariposa puede ocasionar huracanes, aunque os parezca raro, la discusión acalorada entre María y su compañera de piso por un sitio en el sofá del salón podría tener repercusiones... ¡a escala mundial! ¿Quién cree que lo que digo es una tontería?

María aprovechó para mirar los movimientos del resto de sus compañeros y así librarse de tener que responder a la insistente mirada de Hutter. Un hombre mayor rezongaba algo por allá detrás, pero no llegó a decir nada en alto. María sintió un cosquilleo en el brazo, como si fuera a levantarse por voluntad propia para pedir turno de palabra.

—Vaaaamos, no seáis tímidos. Supongo que más de uno lo pensará. Si no fuera así, me volvería preocupar por el tipo de alumnos que tengo.

Y nuevamente se hace con la audiencia, pensó María. Lo más grave del caso era que también se estaba quedando con ella.

—Caos —prosiguió—. Es la palabra que define la dificultad, hay quien dice la imposibilidad, de predecir lo que va a ocurrir. Pero ¿y si yo dijera que podemos conocer lo que pasará si desayunamos café con leche o si damos un paseo por la mañana temprano? ¿Y si yo dijera que podemos conocernos a nosotros mismos y a lo que nos rodea, estar atentos a las señales y evitar que situaciones incómodas como la de una discusión nos superen? Podría decir más...

Hutter se embaló, paseándose por el límpido suelo. Hizo rechinar sus suelas entre el susurro constante del aire acondicionado. Comenzó a hablar con más vehemencia. María lo siguió con la mirada, demasiado atenta como para darse cuenta de lo tranquila que estaba ahora que no la vigilaban, ni siquiera la chica de la minifalda.

—... Podría decir si es bueno o malo que le insultemos o le demos un guantazo a esa persona insoportable que nos hace la vida

imposible. Podríamos pensar y decidir si es moral o no pegarle a una persona aunque nos saque de nuestras casillas, aunque nos haga daño, aunque nos ataque ella primero. Hay leyes también que nos dicen bla, bla, bla, si es legal o si no. Pero ellos no saben, nadie sabe, porque todo es como los números del uno al nueve. Alguien lo eligió, y tal vez funcione, pero eso lo tenemos que descubrir nosotros mismos, ¿no? ¿Es malo robar? ¿Es malo sentir celos? ¿Es malo ser egoísta? ¿Hay que ser caritativo? Puede, puede, puede… Quizá no tendríamos que estar preguntándole a nuestra mamá, al cura o al policía si supiéramos de antemano qué consecuencias van a tener nuestras acciones, si somos nosotros mismos quienes decidimos si están bien o mal. ¿Qué os parece, señoras y señores? ¿Seríamos más felices si entre nosotros pudiésemos decidir qué es lo que nos conviene? Y no estoy hablando de no hacer caso a lo que nuestros padres y abuelos nos enseñaron. Lo único que estoy afirmando es que podemos descubrir qué está bien y qué está mal, y decidir en consecuencia… ¿No os gustaría eso? ¡Quiero oírlo!

Tímidas voces asintieron.

—Más fuerte, por favooor —dijo, alentando con gestos cargados de severa comicidad.

Ahora al unísono. Las voces de los que ya habían estado en ocasiones con Hutter, entre ellos Juan, ayudaron a levantar los ánimos. María se vio a sí misma profiriendo un «sí» enérgico.

—Pues de eso vamos a hablar aquí —sentenció Hutter.

Uno más de los trucos del inminente éxito oratorio de Hutter consistía en controlar el reloj de la manera más discreta posible. Y si de entrada no se había especificado la hora de fin de la sesión, tanto mejor. Que tan solo hubiera detectado a un par de sus *posibles* mirando sus relojes era muy buena señal, máxime teniendo en cuenta que ya llevaban más de una hora aquí sentados.

Hutter estaba bastante satisfecho con los resultados de la sesión. Más de las dos terceras partes de los asistentes eran posibles adeptos, y había conseguido hablar con casi la mitad de ellos. Con su porte y sus exóticos rasgos alemanes ya tenía a casi todo el sector femenino en el bote. La sección masculina tenía un buen incentivo con Sonia, y con María, a la que había hecho protagonista de la sesión. Había descuidado al sector de mayor edad, aunque no abundaba. Y*a tendré tiempo de consolidar a los viejos que vengan… (carne vieja y asquerosa para sacrificio…), les haré sentirse útiles, son buena gente, siempre amables y…* La primera impresión es la que cuenta, y al menos eso lo había hecho bien. Era cuestión de comenzar pronto con las técnicas de grupo, y hablar de las cosas que les pudiesen interesar a todos por

igual.

Le empezaba a doler la cabeza, tenía la boca seca y la gente se encontraba más inquieta de lo habitual. Iba siendo hora de acabar con broche de oro.

—Sé que os he dejado con la miel en los labios. Me temo que tendréis que venir la próxima vez, a ser posible con más gente.

A un gesto de Hutter, Sonia se aproximó a la mesa y rescató unos prospectos de uno de los cajones. Luego, mientras Hutter seguía concluyendo, se paseó cadenciosamente y los repartió a puñados entre los presentes.

—Es importante llenar en lo posible esta segunda planta. Disfruto, como le pasaría a cualquier anciano venerable —miró a las personas de mayor edad—, transmitiendo lo que sé. Y también disfrutaremos todos cuantos más seamos. El hombre es un ser social, todos sabemos de los devastadores efectos de la soledad, y de eso hablaremos dentro de poco —ahora adoptó su pose preferida con el dedo índice señalando hacia alguna parte—. No es bueno estar solo. No es bueno cerrar los ojos y los oídos a las verdades que se nos muestran. ¿Creéis que eso es bueno?

Miró a un hombre delgado de las últimas filas. Este negó con la cabeza.

—Exacto, no... —Hizo una pausa. *No quiero pasarme con esto de las verdades*—. Aquí veo a gente muy buena, gente que quizá esté aburrida o perdida, o harta de escuchar estupideces por televisión, ansiosa por saber los secretos de la vida, que los hay. ¡Hay vida más allá del Código Da Vinci, señoras y señores!

Hutter comenzó a recoger su portátil. Lo cerraba, se paseaba por el pasillo, volvía, lo abría de nuevo, recogía el cable, miraba a los presentes con una sonrisa de oreja a oreja. Sonia permanecía cerca de su sitio, sin sentarse, mirándole con orgullo.

—¿Tú has leído el Código Da Vinci, Matilde?

La mujer de mediana edad y gafas gruesas negó con la mano.

—¡Ni falta que hace! —sentenció Hutter—. ¡Hay cosas mejores que hacer! Como venir aquí... Y vendremos el jueves... ¿Tú sí lo has leído, Robert? —el joven dijo que sí—. Muy bien, Robert, tú ya lo has leído, así que podrás venir el jueves, ¿no?

Robert asintió.

—A la misma hora. No valen excusas para nadie. Sois gente ocupada, lo sé, todos lo somos, pero no hay excusa. Lo demás se aparta, se organiza, y se viene aquí, a hablar, a contarnos nuestras penas, a conocer cosas, a aprender, a hacer amigos, a preparar fiestas, a hacer algo útil y compartirlo con los demás. ¿No es todo esto importante? ¡Y gratis! Nadie tiene que pagar de momento, ¿para qué? No me hacen falta materiales todavía, lo tengo todo en el ordenador, y

aquí —se señaló la cabeza—. Si queremos hacer un viaje a las Canarias, por supuesto, deberemos pagárnoslo.

Aprovechó los movimientos divertidos de sus oyentes para tomar aire.

—... Pero no me gusta hacer planes sin contar con todos mis alumnos. ¿Dónde está el resto de mis *posibles* alumnos? Necesito verlos, que se presenten, que os saluden. ¡Buscadlos! ¡Dadles los folletos! No importan la edad, el sexo, la ocupación ni el dinero. Si tienen hijos, ¡que se los traigan! Ya idearemos la forma de tenerlos entretenidos, quizá hasta creemos empleo, ¿una guardería tal vez? Uff, me ahogo, decid algo, por favor...

Sudaba, estaba alejado del aire, se estaba dejando el alma en el discurso. Bajó los brazos y giró despacio. Los miró, a todos. Absorbía sus miradas, sus expresiones en su mayoría de admiración.

—Aquí el jueves a la misma hora, con folios o sin folios, podéis traeros cojines para estar más cómodos. Pero yo no os voy a obligar. Aprovecho para comentaros mi eslogan preferido, otro día lo discutiremos: «Haz lo que tú quieras, será el todo de la Ley». Pues eso, podéis marcharos, pero antes, aunque no soy un cura ni esto es una secta, me gustaría que uno a uno me dieseis la mano y me recordarais vuestro nombre, a ver si logro que se me queden.

Los asistentes fueron despidiéndose. Nadie faltó a su cita para estrecharle la mano, salvo un reducido grupo de conocidos de Hutter, reunidos en la entrada para disuadir tácitamente cualquier evasión prematura. Juan podía haber sido uno de ellos, pero prefirió andar cerca de María.

Hutter estrechó manos con efusividad y derroche de simpatía, intercalando entre la despedida alguna frase del tipo «¿Volverás?». Serían más fáciles de recordar la próxima vez si les atribuía un número. En la próxima sesión.

Había mucho que trabajar en la próxima sesión.

—En fin, María, a ti ya te conozco, no se me olvidará tu nombre —envolvió las manos de la chica—. ¿Volverás?

5

ANUARIO DE 1982

Roma, martes 23 de febrero

Italia levanta la prohibición de importar conservas españolas en aceite, con lo que esta no rige ya en ninguno de los países que adoptaron la medida a raíz del escándalo de la adulteración de aceite de colza.

El hombre que de pequeño tenía una rabieta cada vez que su madre se empeñaba en que llevase una bufanda similar a la que lleva ahora, ríe al volante. Ríe sin parar, disfrutando del cosquilleo enfermizo que le recorre el pecho. Piensa que si sigue así se asfixiará, o tal vez se le agrietará el esternón, y cada vez que corra parecerá un sonajero sacado de La familia Addams. Le da igual, y eso le hacer reír aún más. Risa absurda por no sentirse culpable, por callejear a toda velocidad por estrechos recodos llenos de obstáculos. Por lo visto, el desalojo de la ciudad no ha impedido que siga habiendo vehículos mal estacionados. *Esta es mi ciudad*, se dice, *donde la gente no aparca bien ni muerta*.

La C15 ruge forzada en tercera marcha, bajando cuestas empinadas, rozando contenedores, golpeando carretillas abandonadas, arrollando periódicos apilados. Da un volantazo al tomar una curva imposible, frena y choca con el culo contra los revisteros de un quiosco. El sonido de los cristales rotos lo rescata de su grand prix particular. Hace crujir el freno de mano y se deja llevar contra el volante. El pecho no se le ha fracturado, y sigue riendo. Nadie se reiría con él, salvo que estuviese desquiciado. Levanta la cabeza y se ve en el espejo retrovisor torcido. Se quita las gafas. Sus pómulos enrojecidos le terminan de convencer de que no hay nada gracioso aquí. Por el espejo ve el grueso agujero de bala en el techo y la chapa replegada sobre sí misma. *No están mal esos fusiles, debería hacerme con uno*.

Su inestable instinto de supervivencia le recomienda detenerse a escuchar, quizá buscar un sitio seguro donde ocultar el coche por si los cultores le vienen siguiendo. Pero tiene otro instinto enfermizo, indolente, histérico, que le hace disfrutar de estos callejones ahora que no debe ir cediendo el paso ni tomando las curvas en segunda para no chocar contra el bordillo o las esquinas de los edificios históricos de Cartagena. Ese mismo instinto es el que insiste en que lleve bufanda. De hecho, si encontrase una de esas tiendas de los chinos, entraría a

buscar un sombrero a juego, o tal vez una máscara de hockey para emular a Jason Voorhees en Viernes 13.

Hay más instintos removiéndose en su interior, aunque no se los han presentado formalmente todavía. Hurga en la guantera: documentación, una carpeta, un peine, un cúter, un trapo, una pastilla intermitente de repuesto, un aerosol gastado... Se siente tentado de mirar los papeles del seguro y comprobar a nombre de quién están. No llegó a conocer a ese hombre, ¿era suya esta furgoneta? Mira hacia atrás: cajas de fruta. El olor es molesto, pero al menos no huele a podrido. Tantea con la mano tras los asientos: un parasol, una caja con repuestos de bombillas.

Se baja la bufanda y suspira. *La historia de Tomás y su furgoneta llena de melocotones, que un buen día decidió recoger unas cosillas de la ciudad antes de preparar las blancas Navidades al norte, y de cómo la desgracia se apoderó de él al olvidarse el melocotón sagrado con el que derrotaría a los zombis.*

—Una triste historia —masculla.

Quiere seguir riéndose, pero ya no puede. Se acaricia la pechera con dedos pálidos. Busca el interruptor para apagar la luz amarillenta del interior de la furgoneta. El espejo sigue torcido, está duro, lo ajusta... y lo rompe. Ahora tiene en la mano un espejo retrovisor con un feo colgante de mercadillo y un ambientador que caducó hace ya mucho. Nada, continúa sin reírse.

La parálisis empieza a agobiarle. Las ventanillas cerradas. Las dos únicas plazas de la furgoneta muy juntas. Silencio. Le ha parecido ver un gato que pasaba por la barandilla de un balcón. O una rata muy grande. El aire se filtra por el doble agujero de bala y por el resto de conductos del vehículo, que tiene mucho polvo dentro y la palanca del limpiaparabrisas asegurada con cinta aislante. A lo mejor el tío Tomás tenía un hijo que un buen día agarró la palanquita como lo haría una actriz porno con el miembro de uno de sus compañeros de rodaje.

Joder, qué incómodo es esto.

Se inclina y se quita la mochila, la deja en el asiento desocupado. *¿Qué haces que no te vas? Venga, vamos, gira la llave de nuevo, pon el intermitente, que para eso tienes pastilla de repuesto, no te preocupes por el faro roto ni por el costado abollado, no te preocupes por los guardias de tráfico, seguro que tienen cosas mejores en las que pensar.*

Otro de sus instintos desoye los sarcásticos pensamientos para centrarse en tomar el control de las extremidades y sacar el libro de la mochila. Eso trae a colación la presencia de uno más de los instintos, especializado este en los recuerdos y el estado catatónico asociado. Por casa debe de haberse quedado el ejemplar prestado de la sexta parte de *La torre oscura*, que no pudo devolver a la biblioteca por la sencilla razón de que esta ardió. Así que quizá uno de los pocos

ejemplares que se hayan salvado de la quema sea este de Stephen King; curioso. Como curioso fue el origen del incendio, un problema con las placas fotovoltáicas. Fuentes de energía renovables... Irónico, como casi todo. Agrio y desolador, pero gracioso, si uno respira sus propios y cáusticos efluvios de muerte. De todas formas, los incidentes, las tragedias, ocurrieron demasiado seguidos, sin dar tiempo a asimilar. *El Apocalipsis llega, abróchense los cinturones de las C15... Y no se olviden de NO regresar.*

Él ya está aquí, no ha regresado, porque nunca se ha ido, y por lo visto no quiere irse, sea cual sea el instinto que lo está reteniendo en esta ciudad-cadáver cargada de sorpresas.

—¿Te gustan las sorpresas?

Ase el libro con temor reverencial. No es nada más que el diario de un loco. Un loco visionario, con todo. Seguro que uno de sus instintos se sentiría feliz si agarrara la encuadernación rústica y la sacudiera por la ventanilla hasta despegarla, pero una parte importante de él, la misma que aún le mantiene atado a esta ciudad, sabe que bajo esas tapas con revestimiento de tela negra se hallan unos folios impresos muy importantes, aun con su tinta corrida y a veces rojiza.

—Sigues siendo un tipo responsable, ¿eh? —dice, restregándose la barbilla contra la bufanda que ahora tiene bajo el mentón—, siempre corriges los exámenes a tiempo.

Abre el libro.

—... Yo le auguro a este tipo un gran futuro literario. Desde luego, sabe *crear* mundos oscuros...

«*... Las Matemáticas están en todas partes, y cada vez en mayor medida, sobre todo gracias al desarrollo de las nuevas tecnologías. Por ejemplo, cuando se fabrica un disco compacto se oye ruido, sin un software no se oiría música; al hablar por el móvil se ponen en marcha códigos; también en las cuentas de los bancos, los códigos de barras... Pero hay otras aplicaciones. Si los inconscientes ni se plantean que todos esos aparatos que manipulan le deben mucho a las Matemáticas, menos aún sospechan que probablemente con sus mediocres acciones estén ayudando a darle forma al cúmulo de circunstancias capaces de Crear a partir del caos...*».

Muy interesante la introducción de tu diario, cretino, ¿quién querías que la leyese?, estúpido ególatra, loco asesino.

—¿Ahora te entran ganas de hacer justicia? —dice con una sonrisa forzada. Sus labios están agrietados, pero no sangran—. No se te da muy bien, me temo.

Pasa la página. Folios escritos a ordenador por las dos caras. «*Jesús Hutter*», el autor. *Saludos, tocayo, ¿qué fue de ti?*

—¿Qué fue de ti?

Hasta ahora no le había prestado demasiada atención al libro. Se lo había encontrado en su regazo al despertar en aquel agujero, como un hijo prestado. Se lo había llevado, porque a buen seguro se encontraba igual de confuso que él, sin estantería donde colocarse o manos interesadas en poseerlo. Un hijo bastardo caído por azar en brazos acogedores dispuestos a llevarlo hacia alguna parte, hasta descubrir que no había hogar de acogida posible, que no le caía bien ese hijo, que no le gustaba. Lo odiaba, su olor acre y su tacto reblandecido le asqueaba, y su conversación balbuciente era poco menos que insufrible. Él no estaba para aguantar alumnos con necesidades especiales, ni para cargar con un hijo tonto.

Sin embargo, aún lo llevaba consigo, y se alegraba de ello cada vez que el lomo chocaba contra su espalda en el interior de la mochila. Le prometía así, insistente, una pista para acabar con los que empezaron esto. Pero ¿quiénes son ahora? ¿Ese atajo de locos deformes armados hasta los dientes? ¿Siente acaso placer al disparar contra ellos? Quizá no más placer que andar disparando a los botes vacíos de fabada.

En lugar de perder el tiempo con los desvaríos de un loco, ¿por qué no vas al puerto o regresas a ese edificio con algún regalito del Arsenal y te los cargas a todos?

Ninguno de sus instintos responde, probablemente porque eso de los instintos solo es una justificación para la indecisión. Podría hacer eso, y entonces cabría preguntarse por qué huyó en su momento y dejó que ese pobre hombre se las viera con un salto imposible y con unos locos armados que le pisaban los talones.

¿Y si hay más gente?

Eso sí se lo responde: *entonces estarán muertos*. No, no regresará en plan héroe *embufandado* para rescatar a nadie de las garras de los cultores psicópatas. Si ha de regresar, lo hará con un plan cuidadosamente trazado, en las sombras, poco a poco. No se enfrentará a un ejército de locura porque sí, ni se jugará su no-vida por algo tan vacuo como un impulso de testosterona marchita.

Una página más; desvaríos, fórmulas garabateadas a mano, incluso con tachones y anotaciones al margen, referencias a páginas de manuales, autores resaltados en negrita y cursiva. Incluso hay cabida para las notas cachondas a pie de página. Y, sobre todas estas cosas, introducciones grandilocuentes propias de la peor de las publicaciones de una secta. *Eso es lo que fue, ¿no?, una secta*. Él cayó ladera abajo al vórtice de un torbellino oscuro, uno capaz de cambiar las cosas más allá de la destrucción de casas de estructura endeble. Y ese torbellino lo originaron ellos, y él mismo despertó un tiempo después envuelto en el hedor a azufre con la ropa ajironada, cortes en la cara... y un poco muerto. Eso sí, llevaba el manual de instrucciones, un libro

autoeditado que se le debió de caer a alguno de los cultores muertos, quizá a su líder y autor mismo: Jesús Hutter. ¿Seguirá vivo? ¿Cómo descubrirlo? Ya alguno de sus instintos, cuando todavía no los reconocía como tales, le invitó a leer ese libro que llevaba como si fuesen las credenciales de su muerte. Y lo hizo, pero ¿cómo asimilar que la luz del sol empezase a molestarle, que su corazón ya no latiera y él pudiera seguir caminando, que los insectos provocasen infecciones desconocidas en la sala de partos y las gaviotas atacasen los patios de los colegios? ¿Cómo aceptar que todo eso pudiese estar causado o predicho por los cálculos matemáticos de un loco? ¿Y para qué perder el tiempo con algo que no entendía si al fin y al cabo ya estaba hecho? ¿Cómo reparar lo irreparable?

Lo cierto es que no le interesa reparar nada. Ni hacer nada por nadie, porque su vida ya ha acabado en los términos en los que se la había planteado. Puede engañarse y creer que dejará de descomponerse y oler mal. Eso es tan falso como creer que puede deshacer todo este desastre. Así que vengarse es lo único que podría motivarle, si no por la cantidad de vidas inocentes truncadas o por la ciudad misma, sí al menos por esa hermana con la que apenas si se hablaba, y por esa madre que en vida seguía compartiendo techo con él. Una madre que ese loco hijo de puta se había apropiado para tratarla como a un pedazo de carne para sacrificio.

Pensar así es lo que le ha mantenido estos últimos días vagando por la ciudad, escondiéndose sin objetivo alguno, ajeno como cualquier otro ciudadano al verdadero origen y naturaleza de la hecatombe, ciego a los contenidos del diario del loco.

Un diario que no es un diario, sino una síntesis, un cuaderno de notas, un extracto de a saber qué cábalas demenciales.

Se remueve en su asiento con el motor en marcha. Regresa a las primeras páginas del libro, y comprueba al menos que su pericia lectora sigue intacta. Ahora tiene que darle sentido a alguno de los fragmentos, esperar que alguna de esas notas le sirva para adivinar si en esas mentes enfermas y cambiadas bajo los hábitos puede seguir existiendo un objetivo, y si dicho objetivo le llevaría ante el causante de todo, suponiendo que siga coleando por alguna parte, vivito o no.

«*... Estos sistemas caóticos, este caos determinista que tanto depende de las condiciones iniciales, es el origen de todo. El planteamiento de muchos científicos siempre ha sido el equivocado; el azar, el movimiento de partículas... Sí, de acuerdo, pudo haber creado el mundo, pero el azar también tiene reglas. Yo puedo descubrir los parámetros de las condiciones iniciales; puedo representar con precisión los fractales, y lo mejor: manipular los atractores extraños, esas curvas de las fases que describen la trayectoria de un sistema en movimiento caótico. Lo sé, todos sabemos que*

conocer la configuración del sistema caótico en un momento no predice en un momento posterior, pero el movimiento no es cien por cien azar; y el azar es PREDECIBLE…».

Ecuaciones de sistemas no lineales, ecuaciones de Lorenz, modelos matemáticos y apuntes garabateados varios. Si esa es la materia última de la que está hecha la vida y la no-vida, él seguirá sin descubrir sus secretos. *Al menos deberé aceptarlo*, se dice, porque la verdad está ahí fuera, que diría Mulder en Expediente X, y es aterradoramente tangible. Aquí tenemos a un loco visionario, ¿acaso no se ha dispuesto de las vidas humanas a lo largo de la historia del hombre en virtud de principios tales como el poder, la religión o el progreso, signifique lo que signifique el progreso?

—Cabrones —masculla.

Mascullar es lo único que solía hacer en vida para protestar contra las injusticias. Ahora…, ahora quizá pueda hacer algo más. Tal vez aguardar indolente a que le encuentren los cultores cinco callejuelas más abajo, sentado tranquilamente, leyendo lo que podría ser el libro sagrado de esos locos.

Locos visionarios. *Yo también quiero ver*. Y araña más páginas en busca de alguna especie de resumen, como si fuera un universitario falto de tiempo. No hay tiempo para consultar obras de referencia, para preguntar al profesor o elaborar los propios resúmenes. No hay tiempo cuando te persiguen, cuando sientes que la piel se te resquebraja por momentos.

«… los sumerios ya practicaban artes adivinatorias cuatro mil años antes de Cristo, y no hay más que ver sus escritos cuneiformes; pero aquí no hay nada que adivinar, al menos eso pienso yo, que veo a Nostradamus como a un adivino de pacotilla, vago y desordenado, que no anuncia otra cosa que los mismos eventos que se han repetido de ordinario a lo largo de la historia. Yo mismo he adoptado un rol parecido al embelesar a ignorantes, crédulos y otras almas susceptibles de seducción; sin embargo, yo tengo un objetivo noble, elevado: ¿acaso descubrir, aprender a manipular el tejido de la Creación no es un objetivo elevado? Nostradamus era carismático; viene bien servirse de sus escritos para embelesar, aunque los adivinos (yo los llamaría “personas de gran intuición”) que me interesan son otros; son aquellos que, por el motivo que fuere, han logrado mostrar, si no el camino, sí al menos las pistas adecuadas para seguirlo. Regreso entonces a los sumerios, y a esos que tradujeron sus escritos y adivinaron los mensajes ocultos que encerraban y que tan bien han sabido reorientar los practicantes de la Aritmomancia; ellos pretendían predecir el futuro, pero se equivocaban: NO HAY FUTURO QUE PREDECIR, SINO AZAR QUE MANIPULAR.

Resulta curioso que intuiciones similares hayan sido llevadas a los terrenos escabrosos de la religión cristiana, al estilo de Raymond Abellio, basándose en la afirmación del Zohar según la cual toda la palabra de la Escritura es susceptible de cuarenta y nueve interpretaciones correspondientes a las cuarenta y nueve puertas de la misericordia [...] No es otra cosa que veintidós letras y veintidós polígonos regulares inscribibles en un círculo de 360 grados cuyo ángulo en el centro tenga un número entero de grados; asignar a cada letra del hebreo un polígono, un valor esotérico [...] Y acabar traduciendo con software todo el Génesis sin descubrir otra cosa que vaguedades equiparables a las de Nostradamus, aunque en este caso se orienten al significado oculto de la ...».

¿Adónde conduce todo esto? Las divagaciones de un visionario engreído. No es otra cosa. Hallar en estas páginas una orientación, una pista válida, comienza a ser frustrante, tanto como tener que tratar con niños deformes de mentes infrahumanas. Una granada más —si la tuviera—, y este libro y la furgoneta serían historia. Treparía por algún balcón cercano y buscaría al gato del balcón. Con un poco de suerte le conduciría a la guarida de unos antropófagos babeantes, ahí entretenidos utilizando como mondadientes los huesos de cualquier incauto extraviado. O, a lo mejor, si no se mueve, algún cultor obtendrá una buena línea de fuego a través de las ventanillas posteriores y le volará la sesera, no vaya a ser que se le acabe resquebrajando de tanto pensar en números y significados ocultos en los textos.

Lo suyo, lo de alguno de sus instintos, es quejarse y rabiar apretando bien los nudillos en carne viva, y aguardar la oportunidad de seguir gastando munición para nada en concreto. Defensa personal, podría llamarse. *Venga, hijoputa egocéntrico, ¿qué más tienes que contarme?* Números, fragmentos de muestra en hebreo, más números y equivalencias, correspondencias cabalísticas y presunciones varias...

«*... Dios es solo un cúmulo autoconsciente. ¿Que cómo lo sé?, me pregunto a menudo. Yo también me sirvo de la intuición, la misma intuición que ha servido a hombres como Aleister Crowley, con una diferencia: que yo puedo contrastarlo empíricamente; y es que en el fondo soy un científico. Para mí, hombres como Crowley [...], lo que nos lleva a sospechar que las miserias y alegrías de la vida alcanzan una complejidad que parece escaparse sistemáticamente a cualquier plan trazado; menos aún si hemos de juzgar los actos humanos a partir de obsoletos textos religiosos. No, la respuesta es más complicada que eso. Intuiciones anteriores a las mías han demostrado que existen fenómenos difíciles de explicar empleando, digamos, un esquema demasiado positivista. A veces los acontecimientos que nos rodean se muestran perversamente conectados,*

incluso las coincidencias más triviales. Aún recuerdo cuando mi difunto amigo y mentor el Mechones comenzó a hablarme repentinamente de "Alicia dulce Alicia", el clásico de cine que había comprado yo un día antes en una tienda de artículos de segunda mano, sin que yo hubiera mencionado nada al respecto. También recuerdo con calidez la primera vez que me encontré a Sonia; a los dos nos picó el mismo brazo en el mismo momento. En el fondo, yo me he limitado a unir todas las intuiciones que se han ido recopilando a lo largo de la historia, de las disciplinas por separado, y partir del mismo principio: TODO ESTÁ CONECTADO. Descubrir los secretos de tan variadas fuentes, atreverme a comprobar mis hipótesis, es mi mérito, y no me avergüenzo por presumir de ello. He observado, se me ha revuelto el estómago como a cualquiera al ver o escuchar enfermizos noticiarios, al ser un espectador, raras veces un participante, del caos violento que nos rodea. ¿Para qué echarle la culpa a la voluntad de un ente innecesario como Dios? ¿Para qué culpar al hombre, cuyo único pecado es jugar con las cartas que se le han dado? Dios es solo un cúmulo autoconsciente, y el hombre es capaz de demostrarlo; yo, un hombre, soy capaz de Crear lo que Dios Creó. En efecto, Dios, tal vez dios con minúscula, un principio creador [...]

Teóricos como Arnold hace tiempo que apuntaron, con buenas dosis de especulación, lo innecesario de un ser superior para explicar el proceso de Creación. Solo nos hace falta una Nada donde la materia y la antimateria se hallen en una simetría perfecta. Luego, por un azar que no es tal (por eso llamo a Dios "autoconsciente", aunque quizá esté especulando demasiado), se produce una asimetría que da lugar a la materia; la energía liberada por ese cúmulo crea el Big Bang o cualquier otro fenómeno similar: algo capaz de generar las moléculas. Ellas solas se encargarían de comerse unas a otras, de reproducirse. En la base de la Creación están las fuerzas (intercambio de partículas) que ya desde el núcleo de los átomos mantiene a los componentes unidos, lo que permite a su vez la interacción con el exterior en ese equilibrio tan complicado que los alquimistas intentaron alterar sin éxito. Y los eventos físicos que nos rodean son tan solo las manifestaciones de unas probabilidades que se cumplen y se traducen en acciones, cadenas de reacciones químicas guiadas por el caos. Ese caos dirige y frena al mundo, y el colapso en el caos de los elementos que tienden a la dispersión produce CAMBIO. Y el cambio, el movimiento ondulatorio, que responde a los principios de la física cuántica...».

Arruga la página, se detiene antes de terminar de rasgar la hoja. Había olvidado lo nervioso que le pone no comprender algo. Y desde que ha despertado pocas cosas comprende. Preferiría la súbita aparición de un encapuchado que escupa sus jugos gástricos, que rompa la ventanilla y le apunte en la sien con un fusil. Y suponiendo que esa arma no le volase la cabeza y esparciese sus preocupaciones

por la ventanilla, le arrebataría el arma, saldría de la furgoneta y lo golpearía hasta que le resumiese el significado de toda esta verborrea impresa.

De todas formas, por lo que viene hojeando, la idea es sencilla: el loco ha logrado *crear* algo.

—Yo más bien diría *mutar*.

«*... al chocar materia y antimateria se crea una burbuja de energía; se dice que estas burbujas surgen por azar en el tiempo...*».

Sosteniendo el libro con ambas manos, se fija en la anotación al margen de mano de Hutter:

«*Y el azar no existe je je je!!!*».

Un hombre simpático.

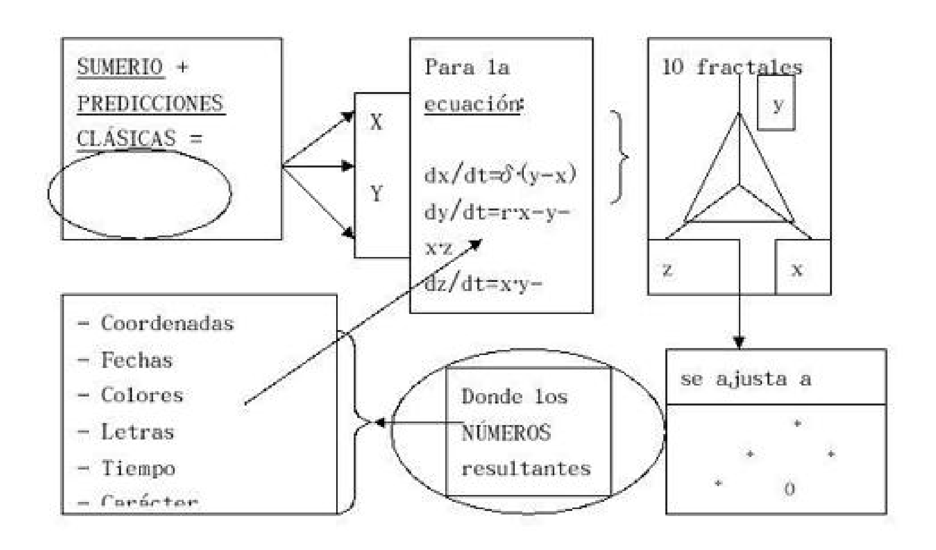
«*... Los científicos también pueden ser hombres intuitivos, claro que jamás reconocerían que sus primeras hipótesis, en la mayor parte de los casos, podrían rozar lo esotérico. Es cuando la intuición y el esoterismo confluyen bien guiados por el método científico cuando aparezco yo...*».

Pierde la paciencia y sus manos arrancan esa hoja y la anterior. Con unos movimientos no exentos de gracia y habilidad pretérita, forma un avión de doble capa. El avión sale por la ventanilla y apenas traza una curva irregular antes de estrellarse.

Se sorprende a sí mismo profiriendo dos sonoras carcajadas guturales. Carraspea, esperando que ese cosquilleo en la garganta le lleve hacia algún tipo de tos, pero esta no se produce.

—Hutter ha acabado con los resfriados.

Vuelve al libro, pasa las páginas con desgana, se salta gráficas garabateadas a mano y ecuaciones. Está a punto de trashojar un buen fajo con el pulgar como si hubiera un dibujo en movimiento en cada página, cuando cree ver algo interesante, un esquema:



Los ojos se agitan en busca de algún texto aclaratorio.

«... Es una lástima que solo dispusiera de una copia digital de uno de los textos más antiguos traducidos del sumerio. La transcripción de las tabletas originales, impresa en vitela, me temo que escapaba incluso a los afanes de coleccionismo de mi padre. Tan inaccesible como determinados volúmenes del Archivo Secreto del Vaticano, vetados a los laicos [...] De las antiguas profecías hemos de aprender mucho: sabias intuiciones que nos llevaban a los cálculos correctos basándose, probablemente, en rudimentarias comprobaciones estadísticas. Quiero pensar eso, y no que se

les apareció, como a Crowley, una entidad preterhumana, llámese ésta Aiwass o Ikerjimenox... Traduciendo los textos a números, de acuerdo con procedimientos similares a los cabalísticos del Sepher Yetsira, nos encontramos con posibles valores para las ecuaciones. El problema ha sido localizar las ecuaciones. A modo de muestra, siempre pensé en ecuaciones simples, como las que representan las singularidades excepcionales:

$$E_6 = x^2 + y^2 + z^4$$

$$E_7 = x^2 + y^3 + yz^3$$

$$E_8 = x^2 + y^3 + z^5$$

Pero no son sino unas ecuaciones similares a las que Lorenz utilizó para la meteorología las que esconden la clave del movimiento ondulatorio primigenio, el que dio una organización estable a una pauta de puntos en el espaciotiempo:

$$\dot{x} = \sigma (y - x)$$

$$\dot{y} = \gamma x - y - xz$$

$$\dot{z} = xy - bz$$

Hay otras muchas con complicadas integrales, pero siguiendo la máxima de la simplicidad que aquí no se puede llevar al extremo...».

Se echa hacia un lado en el vehículo con aprensión contenida. Esa cosa amorfa, crujiente, da vueltas a velocidad endiablada hacia su rostro, desde la calle, desde el suelo, dispuesta a colarse por la ventanilla abierta. Su corazón se habría disparado si latiera, pero solo zumba más rápido, y su garganta se cierra, sin hálito que expulsar.

Luego se siente estúpido. Contempla la bolsa de plástico perderse debajo del coche. Ese era su monstruo. *¿Estoy nervioso?*

Mira el libro en su regazo. Lo ha soltado. Ahora lo aleja de sí, hasta el otro asiento. La ciudad sigue tranquila. Lleva ya varios días así de silenciosa, y no por ello deja de sorprenderse cuando, en momentos como este, se detiene a escuchar. Es entonces cuando percibe los envoltorios extraviados. Y hay ecos extraños que transporta el viento y que se expanden en sus oídos como si una gran boca le estuviera comiendo la oreja. Todavía espera encontrarse alguien que sale de un portal o que cruza la calle agitando la cadena del perrito sacado a pasear, conversaciones, risas, motores, chillidos infantiles, escobas que barren las calles, hormigoneras en funcionamiento, música en las tiendas, en los coches, en las bocas de la gente que no aparece por más que espere.

—Y cuando aparecen...

No les ayudo.

No oigo a las palomas aletear. No oigo a los semáforos pitar cuando se ponen en verde para los peatones, ni a los aparatos de calefacción emitir su murmullo.

Porque todo está muerto.

—Y yo también.

Se vuelve a sobresaltar.

Lamentos de bebés angustiados. Cualquier bebé estaría angustiado en estas circunstancias, sin papás para atenderles ni guarderías donde jugar. Sus voces agudas y desafinadas se apoderan del ambiente, se multiplican, surgen desde todos los escondrijos existentes tras las fachadas. Se podría tapar los oídos y las seguiría escuchando, tal vez le reclamen a él, tal vez le observen desde alguna ventana, quizá incluso a punto de caer con la esperanza de unos brazos protectores que les salvaguarden allá abajo. O puede que no sean más que malas versiones de bebés de extremidades regordetas y sonrosadas. Puede que ahora solo sean grandes bocas amorfas con menos comprensión de su existencia que antes, bocas que aguardan ser amamantadas por el mismo caos que las creó.

No puede moverse, ni siquiera respirar. En realidad no se trata de bebés lamentándose, sino de uno o varios gatos, maullidos magnificados, distorsionados por la imaginación, arrastrados por el viento. Sigue habiendo vida, corrupta o no, mutada o no, solo que escondida.

El gato no le va a decir o hacer nada. Esa gente sí, esa gente encapuchada todavía puede hablar y hacer.

Yo también.

Ya habrá tiempo para descansar y leer libros más tarde.

Ya habrá tiempo para seguir asustándote por una bolsa.

Se sube la bufanda, se pone las gafas y arranca la furgoneta. Su cuerpo y su vehículo se ponen en movimiento.

Allá voy. Ya estoy muerto, como vosotros, así que allá voy.

—Quiero hablar, me apetece hablar. ¿Hablaréis conmigo, cabrones? —gruñe—. ¿Me contaréis lo que ha pasado?

Las gafas de sol se remueven cuando su rostro se contrae.

6

ANUARIO DE 1982

Islamabad, sábado 27 de febrero

Más de tres mil personas son detenidas en las provincias pakistaníes de Punjab y Sind tras el descubrimiento de un complot desestabilizador contra el régimen del general Zia ul Haq consistente en el envío de Coranes-bomba a los principales dirigentes del país, plan que se atribuye al primer partido de la oposición, Al Zul fikar.

En casa de nuevo. La independencia es una cosa tan relativa.

María Coria oía a Manolo Escobar enlatado en alguna película de media tarde procedente del televisor del salón, donde su madre mataba el tiempo de un sábado más. Su madre, pese a su avanzada edad, andaba bastante bien del oído, por lo que no era el volumen lo que disturbaba la concentración de la pequeña de la casa, encerrada en su habitación.

Había pensado que hacer una de esas esporádicas visitas de cortesía (y aprovisionamiento) de fin de semana le serviría para distanciarse de la tensión de su piso de estudiantes, aunque si una cosa había aprendido de sus estudios de Psicología era que se puede escapar de un lugar, pero no de una misma.

Su habitación conservaba sus muebles y el móvil morado que tintineaba gracias a la ventana abierta de par en par. Pero faltaban pequeñas cosas, entre ellas su flexo con sujeciones para colocar muñecos y lapiceros. Se decía que así estaba bien, que no tenía elementos que la distrajeran de ese enorme volumen abierto sobre el escritorio. María ocupaba con el codo el hueco donde debiera estar el flexo, como para disimular su ausencia. El libro olía fuerte, sus letras reducidas y apiñadas, el margen estrecho, donde los números de página hacía rato que no se movían. Estaba atascada entre dos líneas como un disco rayado, tratando de hacer desaparecer de su mente la expresión campechana de Manolo Escobar, el balanceo de la mecedora de mamá, la mirada escrutadora de Hutter, la fecha de los exámenes en el calendario de mayo, el mosquito oculto en algún lugar de la habitación, preparado para darse el festín por la noche, el tictac del reloj del pasillo, el color grisáceo del prospecto del curso al que se suponía que iba a empezar a asistir con la primera semana de exámenes a la vuelta de la esquina, las excusas que tendría que darle a Juan para convencerle de que no podía, que le gustaría asistir, pero que tenía compromisos...

Se levantó, dio media vuelta y se sentó sobre la cama, suspirando, echando en falta su microcadena, algo con que mitigar ruidos que en otro tiempo no le habrían molestado. En otro tiempo no la habría necesitado para contrarrestar el televisor o los coches de la calle, pero sí para amortiguar el inacabable monólogo de su madre, la estruendosa música de su hermano; la *presencia* de su hermano, erigido en una especie de padre insoportable por sus miradas reprobatorias, por su intrusión en los espacios comunes, por arrebatarle a ella su libertad de movimiento dentro de un hogar que ansiaba construir para sí, alejada del entrometimiento materno, de la dependencia económica y emocional, del temor a convertirse en una treintañera como él, encerrada con una carcelera con arrugas que le vedaba el paso a sus esporádicos ligues.

Y quedarse estancada en los remanentes de la vida de sus progenitores, razonó ella, era consecuencia de no emprender actividades que, si bien muchas veces la apartaban del camino preestablecido por la mecánica del aparato académico-laboral, acabarían por enriquecerla como persona, y por ofrecerle nuevas perspectivas y enlaces hacia otras decisiones que quién sabe hacia qué nuevos caminos y oportunidades la conducirían a su vez.

Navegar sobre lo abstracto no ayudaba a otra cosa que no fuera restregar sus mechones ondulados sobre la colcha, mirar hacia el techo en busca de una razón para dejarse llevar, cerrar los ojos, no atormentarse más por posibles consecuencias a posibles decisiones. El curso académico se acababa, ya tendría tiempo de buscarse otro piso y otras compañeras, ya tendría tiempo cuando acabara la carrera de hacer una visita al psicólogo para averiguar qué de podrido había en su manera de no mirar a los ojos a su madre, y ya tendría tiempo de aprobar en septiembre, o incluso de decidir que no hacía falta matricularse del curso entero. Era sábado por la tarde y estaba estresada, confusa, tratando de imaginarse hacia qué lugar conducían todas estas presiones que se autoinfligía.

Un prospecto, un curso, nuevos compañeros de cuerpo presente, una amistad nueva... No había nada en todo ello que plantease un giro radical en el esquema de su vida. No se estaba planteando irse de cooperante al África subsahariana ni estaba decidiendo si colocarse el hábito talar. Lo único que trataba de decidir era si aflojar el nudo de las presiones académicas, el de las preocupaciones que no conducían a nada, y tratar de ampliar su horizonte, hacer algo concreto para ser más positiva y olvidar de una vez a ese exnovio que tantos quebraderos de cabeza le había ocasionado, aceptar que la comunicación con su madre y con su hermano era así de disfuncional, que tarde o temprano acabaría desligándose de ellos, que tarde o temprano aprobaría, conseguiría un trabajo y no tendría que

compartir piso con compañeras idiotas.

Solo tenía que imaginarse que le apetecía tumbarse a escuchar música, o tal vez conectarse un rato a Internet, chatear, bucear en las webs de literatura, o quizá quedar con alguna amiga (suponiendo que le quedase alguna no demasiado ocupada para dedicarle unos minutos a su vieja compañera de instituto) para tomar café..., jugar con el ordenador, no hacer los deberes, ser una escolar irresponsable; darse un respiro, dejar que el polvo se acumulara en las estanterías, en el sombrero de su oso de peluche vestigio de su infancia, en sus cajas bajo el escritorio, y que su madre renegase hasta ponerse morada por no echarle una mano con las tareas de limpieza.

María se levantó de la cama, se volcó otra vez sobre el escritorio. Se concentró en el prospecto, en el triángulo gris oscuro, en los símbolos, en los mensajes que ya no importaban. Un curso, solo tenía que hacer para ellos lo que no había hecho en toda su vida: socializar espontáneamente con un desconocido, ofrecerle información sobre un curso interesante y... O tal vez echar mano de la agenda de amistades y familiares, trabajar un poco por los organizadores del curso como contraprestación a esa gratuidad tan fraternal que lo hacía parecer... una secta.

¿Qué es una secta?, se preguntó mientras se daba la vuelta, se arrodillaba sobre la cama, retiraba la cortina y abría los ojos al mundo, entrevisto desde el segundo piso. Movimiento urbano anónimo entre el cemento, fragmentos de cielo y montañas más allá de los edificios.

La fe en las acciones humanas era algo en peligro de extinción. Si hacía un esfuerzo y consideraba a los organizadores de aquel curso personas sin ánimo de lucro, probablemente estaría siendo una ingenua, porque sabía bien que la naturaleza del humano medio le conduce a obtener el máximo provecho a costa de quien sea, a costa de aplastar la ilusión, la inocencia, el futuro de los demás. ¿Y si ahora resultaba que al final le pedían una compensación económica por los servicios de mantenimiento del local o por los derechos de autor del material fotocopiado? ¿Y si resultaba que Hutter y su llamativa secretaria no eran sino dos escritores de pacotilla que intentaban promocionar y vender sus libros de esoterismo? ¿Y si salían al final del curso con la propuesta de formar una empresa sin escrúpulos que con su máxima de «Haz lo que tú quieras, será el todo de la Ley» acabaran por cargarse todos los espacios naturales protegidos para construir casas con forma de ochos o de seises?

Tenía respuesta para todo eso: no le importaba. No le importaban las consecuencias. Llorar por las pruebas nucleares desarrolladas en Corea del Norte de poco le iba a servir en el aquí y ahora, y tampoco en el futuro devenir de sus limitadas decisiones, constreñidas a ser una

personita más atrapada en mitad del mundo de la independencia y el de la dependencia materna.

Únicamente importaba la nueva posibilidad: Juan, o cualquier otro, femenino o masculino, que la hiciera sentirse ubicada, comprendida, amparada durante los días en los que es realmente duro plantearse qué objeto tiene esforzarse en leer un libro o en estudiar materias que la conducirían a ayudar a solucionar los problemas de los demás, y qué objeto tenía, en definitiva, esforzarse por nada si iba a acabar de la misma forma en que acaba todo.

No tenía paciencia para aguantar cinco o más años hasta que sus estudios la llevaran a la revelación de sus propios problemas. No quería convertirse en una nueva mesías de la mente humana ni escribir best sellers de autoayuda. Solo quería compartir con alguien, verse reflejada en alguna mirada y no saberse sola.

Y estaba sola, porque no sabía a quién ofrecer el maldito prospecto. No tenía amigas tan desocupadas como para que la acompañasen a perder el tiempo en reuniones pseudofilosóficas. Tampoco tenía a nadie a quien confesar sus temores, sus anhelos, nadie que no fuera susceptible de reírse luego a sus espaldas por meterse en ambientes tan raros.

Porque una cosa estaba clara: el curso era poco convencional.

Pero le gustaba.

—María, ¿puedes mirarme qué hice en el móvil que no me sale para cambiarle la melodía de...?

María no esperó al resto de la pregunta de su madre. Bufó mentalmente como habría hecho con la boca en otro tiempo cuando la interrumpían en pleno estudio por una petición tan trivial. Pero ahora hasta se sentía culpable por ello. *A ver si es que no puedes prestarle un poco de atención a tu madre, por Dios*.

Manolo Escobar no cantaba, sino que hablaba mientras ella doblaba el pasillo, que olía a productos de limpieza. Se encontró con su cine añejo y castizo, y ya no bufaba. Quería ver qué absurdo problema tenía su madre con el móvil, dejar de pensar en decisiones. Hasta le haría un recado, sí, tal vez ir al supermercado a por una lasaña.

Pasó frente a la cocina y vio de reojo la pava donde su madre calentaba agua seguramente desde hacía rato. Ya tenía excusa para desviar la conversación en caso de que se volviese demasiado pesada. Se acercó a la mecedora de su madre bañada por la luz del televisor. Se la veía muy ocupada abrazando su teléfono móvil en un intento de congraciarse con una tecnología que se lo ponía difícil. María se miró las manos y reparó en que se había traído el prospecto consigo. Se sintió absurda al pretender ocultarlo, y de lo absurdo nació el rubor más absurdo aún.

—Mira a ver, es que le quería cambiar el timbre de los mensajes, pero le doy acá y no me sale y...

Manolo Escobar sonreía en el televisor.

—Siempre estás igual, ¿no has aprendido nada desde que me fui? —ahora María pretendía hasta ser afable al tiempo que buscaba con la mirada dónde dejar el papel que llevaba entre manos.

—Yo qué sé... Si yo sé hacerlo ya casi todo, pero es que...

—A ver, trae.

Le arrebató el móvil a su madre y se lo llevó al otro extremo del salón. Se sentó en uno de los sofás y aprovechó para dejar el prospecto a un lado.

—Ya está —dijo, levantándose de nuevo para devolvérselo.

—Pero yo lo que quiero es que vos me enseñes a hacerlo —insistió la madre con su particular acento entre rioplatense y murciano.

La madre miraba la pantalla del teléfono que le había devuelto su hija, pero era como si la estuviese mirando a ella, insistente, lo cual agotaba la poca paciencia que María estaba dispuesta a mostrarle habitualmente. No le apetecía acabar subiendo la voz para explicar algo tan simple. Con todo, debía reconocer que su madre había hecho muchos progresos con el aparato. Sintió una momentánea punzada de culpabilidad: no quería dedicarle su precioso tiempo de preocupación a su madre, no era una distracción tan entretenida como había supuesto, e incluso preferiría ver a Manolo Escobar en sus mejores tiempos, los de «*Mi carro...*».

—Le tienes que dar aquí y luego aquí, es siempre lo mismo, el ajuste de tonos, solo tenías que bajar un poco más, que para algo están las flechas.

Y si se había quedado un poco más para explicarle a regañadientes qué había hecho para solucionar el problema, en parte era porque la punzada de culpabilidad comenzaba a atravesarle y ya sangraba por la espalda. Pensó en la soledad de su madre, en lo bien que le vendría socializar como ella pretendía socializar en el curso cuyo prospecto deliberadamente ocultaba para evitar preguntas innecesarias y molestas. ¿Cómo explicar que se iba a apuntar a un curso gratis que no servía para oposiciones, para currículo ni para créditos de la carrera? ¿Cómo resumir el contenido del curso sin que sonara a chino? *(Yo no tengo la labia de Hutter).* O peor, ¿cómo convencer de que no era una pérdida de tiempo en mitad de los exámenes de una carrera en la cual su madre había contribuido económicamente y contribuiría más adelante *(cuando dejen de darme beca)*?

Su madre era público para ese curso, lo había visto, había gente de su edad, y era la única persona lo suficientemente cercana (porque su hermano quedaba por completo descartado) que conocía y que estaría dispuesta a escuchar cualquier rollo con tal de que se le permitiese a

ella también darle a la lengua.

Pero su madre, la misma que ahora asentía con la boca bien abierta comprendiendo lo que su hija le explicaba del teléfono, aunque sin garantías de que supiera reproducirlo más adelante, tenía la virtud de hacerla sentir inhibida en público, y no quería estropear la buena impresión que había ocasionado en sus compañeros (ya los trataba como compañeros de hecho). No le apetecía tener a su madre allí, ni aunque se sentase en la otra punta, ni aunque hiciese un esfuerzo por no demostrar el parentesco o procurase no hablar en voz alta. No podría sonreír abiertamente, la estaría mirando desde atrás y comentaría con las compañeras de fila que su hija no es tan simpática en casa. Pero ¿qué diría Hutter al respecto? ¿No había querido introducir temas secundarios en su curso a propósito de las relaciones intergeneracionales, la amabilidad o el hecho de compartir? ¿No se sentiría contento al ver que su última alumna traía a alguien con quien no compartía demasiadas afinidades?

La expresión de sus afectos era un tema en el que ahora no deseaba profundizar. La única cuestión era si ofrecerle o no el prospecto, ir o no al curso.

—Bueno, me voy, que tengo que seguir estudiando —María recogió con discreción la publicidad del curso antes de salir por la puerta.

Adiós a Manolo Escobar, al objeto de artesanía argentina en el recibidor, al balanceo de su madre aún absorta en el móvil.

No quería relacionarse en público con su madre delante, pero sí quería ir a ese curso. Así que iría.

Dobló el prospecto y lo guardó en un cajón de su escritorio.

Hacía ya rato que el tragaluz había dejado de tragarse la tarde del sábado. Ahora un tubo fluorescente, estratégicamente colgado sobre la mesa, paliaba la oscuridad nocturna. Los allí congregados, sentados en torno a una mesa grande y rústica, tenían poco más que sus notas y variopintos libros de consulta para distraerse. En el garaje de Hutter, todos los trastos se encontraban bien guardados en cajas apiladas junto a las estanterías, en su mayoría vacías. Dominaba en el muro principal, junto a uno de los pilares, un calendario, la única nota de color vivo frente al gris y marrón apagado reinante. Hasta el anticuado Ford de Hutter descansaba a la intemperie.

—¿Variables locales, o globales?

El tono fervoroso de Villafranca rivalizaba con el de Hutter. De hecho, ese hombre de mirada amplia y exaltada que llevaba la Concejalía de Parques y Jardines podía ser mucho más explosivo. Pero Hutter seguía dominando la conversación con su carisma, y con sus

conocimientos, conocimientos a los que Villafranca solo aportaba una gran dosis de entusiasmo enfermizo y anécdotas, muy leídas, eso sí, que en la mayoría de ocasiones servían para sumergir más aún al selecto grupo en una atmósfera elitista, visionaria, y con un toque de irrealidad difícilmente superable por las sesiones colectivas del «curso».

—Globales —dijo Hutter, con la palma extendida sobre un montón de papeles de su puño y letra.

Miró de reojo a Sonia, satisfecho de que esta sonriese de admiración contenida, satisfecha ella a su vez de que su amante le dedicase un poco de atención. No aportó Sonia, sin embargo, nada a la cuestión. Se limitó a seguir vigilando con el ceño fruncido a Teresa, a la cual su instinto policial no debía de servirle mucho para percatarse de que la estaban observando. O quizá a Teresa le daba igual que una yonqui cualquiera estuviera celosa.

De los restantes allí reunidos no salió ninguna palabra. Juan seguía estudiando una libretita de notas mientras se rascaba la sien con un lápiz. La joven pecosa junto a él escuchaba con atención, y el hombre de tez morena que tenía enfrente meditaba con el dorso de la mano sobre la boca, moviéndolo ligeramente, como dispuesto a decir algo en cualquier momento. Sin embargo, callaba.

—Es en los fenómenos locales donde deberíamos centrarnos, solo sobre ellos tenemos control: podemos derribar casas de los gitanos, hacer desaparecer gente, talar árboles…

—No —volvió a negar Hutter sin demasiada vehemencia para apaciguar a Villafranca—. Lo que dices es correcto, pero todavía no. Es el tetraedro la última partícula que constituye los cuerpos, o al menos el tejido de la vida que…

Villafranca era el único que se atrevía a interrumpir a Hutter.

—Pero ¿por qué el tetraedro? Cathy —refiriéndose a la joven pecosa— dijo que las partículas son de naturaleza ondulatoria.

La aludida enrojeció y entrelazó los dedos, siempre lo hacía cuando se dirigían a ella. Hutter soltó aire lentamente por la boca y reanudó su discurso:

—Te confundes, no es eso. El movimiento, la configuración espacial de las partículas, las fuerzas: eso es movimiento ondulatorio. De lo que estamos hablando aquí es de la composición, la figura matemática que nos sirve para nuestros cálculos, para estudiar ese tejido invisible que no vemos; eso, el tejido, debe tener esa forma, al igual que el diamante, que tiene una molécula compuesta por cuatro átomos dispuestos en forma de tetraedro regular. Ya lo decía Platón, que el tetraedro era la última partícula que constituía los cuerpos. Recuerda que aquí nadie se está inventando nada, que no estamos jugando con meras suposiciones. Tenemos suficientes fuentes

documentales que nos avalan, es cuestión de organizarlas... —Villafranca iba a intervenir otra vez, pero Hutter subió el tono de voz y punteó la frase con el dedo índice—. Y tenemos que adaptar los resultados a la fórmula del área del tetraedro...

—La raíz de tres por la arista... —Juan fue enseguida consciente de lo pueril de su intervención, por lo que bajó la mirada y dejó que prosiguiera.

—... A esa fórmula, sí, gracias, Juan, pero era innecesaria tu apostilla en este momento. Lo que trato de decirte, Villafranca, es que comenzando por las variables, los números de menor peso, no podremos obtener un gráfico que se adapte al modelo que necesitamos. Primero tenemos que situar las coordenadas como hemos venido haciendo, aproximar los datos a estas latitudes y forzarlos, pero solo cuando tengamos todo a nuestro favor, y para eso también hay que esperar. Desde 1982 no hemos tenido una oportunidad como esta, y como comprenderás no es cuestión de precipitarse ni de empezar la casa por el tejado.

Villafranca se recostó y agarró su botellín de agua (no estaba bien visto consumir bebidas alcohólicas ni droga alguna hasta la hora de la fiesta). Mientras daba un trago, sonreía. Al poco, dedicándoles a todos una mirada enigmática, profirió:

—A lomos de todos los símbolos cabalgamos hacia todas las verdades.

—¿Qué? —dijo Hutter, dejando sus gafas sobre la mesa.

—Lo dijo Nietzsche.

—No creo que Nietzsche nos sea muy útil en este momento —intervino Teresa.

Villafranca iba a defenderse con expresión divertida, pero Hutter fue más rápido una vez más:

—Te equivocas, Teresa, yo creo que podría venirnos muy al caso...

La aludida frunció el ceño y volvió la vista a su bloc de notas, dolida. Solo la levantaba ya cuando Hutter hacía énfasis en la pronunciación, como para no parecer resentida con él.

—... Pero Nietzsche era un autor de mente muy desorganizada, así que mejor nos centramos en los cálculos que tenemos entre manos. Debemos recordar que lo que venimos llamando «catástrofe» se producirá como respuesta repentina a un cambio suave en las condiciones externas, y de esas condiciones debemos cuidarnos, puesto que las cosas buenas, la estabilidad, son más frágiles que las malas.

—¿Y lo que tratamos de hacer, es bueno, o malo? —dijo el hombre de tez morena, sacando un paquete de chicles del bolsillo de su camisa.

—Eso podría ser considerado una droga —comentó Villafranca con

una sonrisa mordaz.

—¿Sí? Pues dile a Teresa que me arreste.

—Arrestado por posesión de gomorresina. Tendría gracia.

—Por lo visto, Nietzsche no era el único con una mente desorganizada —dijo Hutter—. Por favor, señores, ¿nos centramos? Aquí delante —se estiró un poco para pasar unas fotocopias de recortes de periódico a sus compañeros de mesa—, tenemos un punto concreto donde retomar los cálculos.

—¿Pero no hay demasiados acontecimientos de la misma naturaleza y en fechas demasiado seguidas? Es como si gran parte de la ecuación dependiese del conflicto Israel-Líbano —dijo Juan, tomando los papeles que Hutter le tendía.

—¿Tú qué opinas? —devolvió la pregunta Hutter, dirigiéndose a Villafranca—. ¿Consideras esto un conflicto lo suficientemente importante?

El concejal adoptó una expresión demasiado seria incluso para él, que rápidamente mutó en una mueca irónica mientras aceptaba uno de los chicles que su compañero le ofrecía. Hojeó los recortes y puso atención en las fechas.

—¿Y por qué cortar en el 10 de agosto? —dijo Villafranca.

—En realidad faltan algunos días por en medio. No es importante, o sí, pero el apunte de Juan es correcto. Es y no es importante, y ese conflicto no es el centro de nuestro universo, pero sí una buena primera prueba de variables. Al fin y al cabo, las predicciones aritmománticas señalan la importancia de los conflictos bélicos, y dado que no tenemos que irnos demasiado al sur, ¿se os ocurre otro mejor?

Se escuchaba a Villafranca mascar chicle.

—Bien, como veréis he elegido una pequeña muestra de días lo más correlativos posible y lo más cercanos al intervalo de días que las predicciones señalaban. En realidad, ahí sobran recortes: habrá días que no nos hagan falta, pero así apuramos mejor.

—*Hezbolá mata en el norte de Israel a ocho civiles tras lanzar cien cohetes. Israel planea ampliar la zona de seguridad en Líbano para frenar la lluvia de misiles. Hezbolá advierte que no habrá alto el fuego sin la retirada israelí* —leyó Villafranca.

—Esa es la del viernes 4 —dijo Hutter—. Bien, nos interesan esos números: 8 civiles, 100 misiles... Y mirad la entradilla de la noticia: *El último balance libanés reduce la matanza de Qana a 28 muertos y 13 desaparecidos*... Cifras, cantidades que significan algo. Pero afinemos más. Coged la del martes 8 de agosto. —Ahora dirigiéndose a Juan—. ¿Tienes el portátil preparado?

Juan deslizó el ordenador sobre la mesa y lo abrió.

—Bien. Villafranca, con tu voz tan armónica, ¿me haces el favor de

leer?

Villafranca dejó el chicle sobre la mesa y carraspeó. Teresa miró la masa gomosa e informe con aprensión, como si se tratase de verdad de una droga ilegal.

—¿Leo el avance o el…?

—Todo, hasta el titular de la página siguiente. Yo te iré diciendo.

—*Israel advierte que si el proceso diplomático para resolver la crisis del Líbano no progresa en los próximos días, su Ejército atacará en todas partes del territorio libanés. El Gobierno libanés ha declarado que planea desplegar 15 000 soldados en la zona de la frontera con Israel inmediatamente después de la retirada de las fuerzas.* —Villafranca pasó la hoja—. *Israel reforzará su ofensiva sobre Líbano si falla la diplomacia. Hezbolá confirma que «solo» murió una persona en el ataque aéreo israelí en Houla. Beirut. El ministro…*

—Eso sáltatelo. Vamos a los ataques.

—… *El primer ministro libanés, Fuad Siniora, reconoció ayer que «solo» una persona murió en el ataque aéreo israelí en la localidad de Houla, en el sur de Líbano, después de que dijera a los ministros de Asuntos Exteriores de la Liga Árabe reunidos en Beirut que había al menos cuarenta fallecidos. ONU. El coordinador humanitario de…*

—Suficiente —atajó Hutter—. Toma nota de las cantidades, Juan. Primero mete las coordenadas geográficas del Líbano…

—Ya están en la memoria —dijo Juan, sumergido su rostro en la pantalla mientras su compañera, a la que ya se le había pasado el rubor, miraba de reojo.

—Codifica la fecha en dígitos simples.

—Sí.

—Toma nota de las cifras explícitas de la noticia y mételas en la tabla de baremos. A ver, ¿se las dices?

—Son 15 000, 1, 40 y… —terminó de leer por encima el resto de la noticia—, y ya está.

Sonia asintió a Hutter. Cesó de escucharse el ruido del tecleo.

—Y ahora faltan las cifras ocultas, el valor de importancia de la noticia.

—Eso siempre es un problema de cojones —comentó el hombre de la tez morena.

—Bueno, para eso me reúno de profesionales como tú, *trabajador social*, para que me aportéis algo aparte de hacerme inestimable compañía. —Hutter besó la mano de Sonia en un gesto de galantería que ella encontró sorpresivo.

—Juanjo tiene razón, siempre salen cosas muy subjetivas —aprovechó para decir ella.

—No tanto, en realidad. —Hutter sacó el original en color de la noticia correspondiente al 9 de agosto de 2006 y señaló la fotografía

de la misma—. Fijaos en el color del manto de esta mujer, eso tiene un número. Mirad esa claustrofóbica habitación de hospital con esas hojas de papel doblado pegadas a la pared, y esa camilla con las ruedas oxidadas, y el herido improvisadamente acostado con un pie descalzo fuera, la zapatilla tan gris como el suelo por ahí tirada, la juntura rota de esta baldosa a la izquierda, el cable suelto ahí colgado, la cara de dolor de la mujer... A mí todo me da una impresión de ser..., como decirlo, árido. Sí, es cierto que es subjetivo, incluso podría ser una foto tomada otro día, y hasta podría ser un error de la editorial, quizá incluso una noticia manipulada. Pero la cuestión estriba en que solo podemos obtener datos aproximativos, lo más afinados que nos sea posible.

—Y es que además —se atrevió a intervenir Juan—, el peso específico en la ecuación de estas cifras es muy relativo, solo nos permiten afinar en un rango de valores que se ajuste al modelo.

—Exacto. Lo importante de estas noticias es la forma en que nos llegan, la forma en que parecen conectadas unas con otras. El mundo teje por su propia mano el devenir de los acontecimientos mientras los seres vivos, el ser humano sobre todo, manipula inconsciente el curso de los acontecimientos y provoca efectos esperados, o inesperados la mayor parte del tiempo, cuando se entrecruzan con otras miles de acciones realizadas por el resto de almas. Si hay un conflicto entre Israel y el Líbano de tal magnitud, eso tiene repercusión clara a nivel internacional. Su valor exacto nos será desconocido, así como su importancia relativa, pero está claro que no debemos ignorarlo, como tampoco debemos ignorar acontecimientos más discretos, incluso triviales en apariencia, como que un padre pegue a su hija; a la postre se nos verá confirmada su importancia cuando las cifras comiencen a apuntar en alguna dirección: nos mostrarán colores, signos del zodíaco, coordenadas geográficas, fechas, períodos de tiempo, rasgos de personalidad y un largo etcétera. No debemos desmoralizarnos —añadió con cordialidad, mirando a la joven pecosa, que suspiraba—, hay que tener paciencia. Lo más curioso del caso es que los cálculos se nos muestran endiabladamente claros y predecibles. Es cuestión de seguir atentos a cualquier noticia, incluso a la más local y anecdótica, hasta afinar tanto que nosotros mismos seamos capaces de concentrar los datos en estructuras tetraédricas bien localizadas.

Villafranca sonreía con los ojos chispeantes. Parecía que en cualquier momento fuese a abrazar al trabajador social, o incluso a saltar por encima de la mesa y besar a Hutter en la boca.

—A veces —prosiguió— incluso los acontecimientos versan sobre un mismo tema, pero en fechas separadas, no como estas, y es muy fácil detectarlos, simplificarlos en números y ver que coinciden entre sí como marcando los puntos de la línea recta que confluye con otras

muchas, en la misma dirección, hasta pegarse tanto, tanto que no explotan de milagro, excepto…, claro, que nosotros las hagamos explotar… —sonrió, lúgubre—. Mirad si no lo de mayo de 1933, cuando los nazis quemaron en Berlín libros en la plaza, o mucho antes, cuando con lo de Hernán Cortés se quemaron centenares de libros. Libros; hasta la propia palabra podría ser descompuesta letra a letra en números y buscar así noticias con similar cantidad. Descubriríamos coincidencias asombrosas.

Todos se quedaron mirándole a él y a los papeles. Hutter irguió la espalda y se recostó, agotado, emocionado. Dio un trago de agua.

—Venga, coged la noticia y buscad conmigo los números implícitos. Juan tiene que hacer el análisis factorial y el de regresión múltiple y comprobar si se ajustan al modelo. Si los datos están conectados con los de los otros acontecimientos, es que estamos en el camino adecuado. Si no, Villafranca puede proponer el estudio de las variables locales que le apetezcan.

—Me temo, compañero, que estás muy lejos de equivocarte —dijo Villafranca, hojeando los papeles con concentración enfermiza.

Hutter sonrió, satisfecho, y dio el primer paso en el análisis:

—Temas de la noticia: muerte, guerra, razas, religión… Esos son evidentes, pero son dominantes.

—¿Ministro? —propuso Teresa.

—Eso podría estar bien —dijo Villafranca—, pero habría que saber también, por ejemplo, cuántos ministros hay en la liga árabe.

—¿Por qué? —protestó ella.

—Lee al final de la noticia —dijo Juanjo.

—Ah…

—De todas formas, no importa demasiado —concilió Hutter—. Solo debemos darles peso implícito a las noticias que nos aparezcan vacías de números, o si encontramos algunos que puedan inclinar el peso hacia un factor diferente. Leed de nuevo la noticia y buscad algo que creáis que pueda apartarla de los números correspondientes a la muerte, la guerra…

—¿Y no crees que nos podría servir de ayuda meter estos análisis en el curso? —dijo Juan.

—No. Cuanto menos sepan aquellos inconscientes, mejor. Mantengámoslos entretenidos, piquémosles la curiosidad, y si acaso reclutemos a alguno que pueda sernos de utilidad. Al resto… ¿Has visto la de garrulos que hay? No sé cómo nuestra publicidad ha podido captar a semejantes especimenes.

Se escucharon risas contenidas antes de que retornara la concentración. No estaban en absoluto perdiendo el tiempo, esto no era una infructuosa parodia de clase particular adulta, no eran adolescentes jugando al rol, no era una timba empapada en humo de

tabaco ni una sesión cutre de espiritismo, ni tampoco conspiraciones en la penumbra para atentar contra el Estado. Ni siquiera era todavía una reunión social en toda regla, no hasta que corrieran las drogas y vinieran el resto de invitados.

Hutter guardó su libro de anotaciones en el cajón, para lo cual tuvo que arrinconar un par de calculadoras antiguas que tenía ahí como reliquias. Con el dedo limpió un trocito de papel suelto, dirigió una mirada al pequeño paquete de cocaína que había sacado momentos antes de ese mismo cajón y cerró este con llave.

Su escritorio era el asentamiento de demasiados libros y el paquete de coca se encontraba ahí depositado precariamente, así que lo cogió y dio media vuelta en la silla giratoria. Ahora encaraba el otro extremo de la mesa de comedor dispuesta en el centro del estudio como mesa de reuniones. Colocó ahí el paquete plateado para desliarlo con comodidad, siguiendo el rito aprendido durante años. Recordó haber hecho ese mismo movimiento sobre este extremo de la mesa en presencia de sus viejos compañeros de la asociación de estudio de los movimientos caóticos. En momentos de nostalgia como este debía convencerse de que eran meros compañeros de facultad, conocidos de asociaciones y congresos de Astronomía, incluso amigos de la juventud convenientes; gente de la que podía prescindir, si bien la auténtica verdad era que los echaba de menos. No fueron sus adeptos, fueron sus iguales, y se apartaron de él. *Es ley de vida,* se trataba de convencer mientras cortaba una raya con un abrecartas. Pensar en Galton y hacerse el tipo duro le ayudaba a sofocar la melancolía, la desorientación que en ocasiones le sobrevenía. Antes no tenía los mismos conocimientos que ahora, y a raíz de dar rienda suelta a sus intuiciones fue cuando sus viejos compañeros decidieron disolver la asociación. Aquel día nadie quiso esnifar un poco. La negativa no conllevó gestos desaprobatorios, pero sí comprendió que se iría distanciando de esas personas de aire intelectual y vidas monótonas. La droga introducida fue una prueba de confianza, una demostración simbólica, una declaración tácita de intenciones por parte de Hutter de que todo iba a tomar otro rumbo intelectual, un rumbo más sincero y abierto que de alguna manera atentaba contra los esquemas racionales y emocionales de sus otrora amigos.

Así es como las personas que creen conocerte (y a las que crees conocer) te van dejando de lado. Comienza de un modo sutil, cuando haces algo inesperado que no aprueban. En su caso no fue por atreverse a sugerir el consumo de cocaína compartida. Algunos incluso apreciaron un elitismo encantador en la situación. No, el verdadero desencadenante de la ruptura fue el atrevimiento, el desafío directo al

camino preestablecido.

Se fijó ahora en el cartel del congreso internacional de matemáticos del año pasado pegado en el lateral de una estantería, y más al fondo en la fotografía enmarcada de una máquina aritmética del siglo XVII, en el hueco de la pared donde quizá debiera ir su inexistente título de licenciado en Matemáticas. Si hubiera acabado la carrera, si hubiese aceptado ajustarse al programa de actividades, a las propuestas de los eminentes matemáticos y científicos; si se hubiese limitado a formar parte de esa especie de club decadente de fanes de las Matemáticas y de sus figuras más renombradas que se dedicaba a redundar sobre los mismos temas sin atrevimiento ni pasión alguna, a imitar modelos harto explorados, a asistir a las mismas jornadas y venerar los mismos cómputos y ejercicios, condenados a imitar de lejos la estela de otros, habría acabado sus días como su único y verdadero amigo: ese pobre anciano excéntrico encerrado en su quiosco.

De fuera le llegaba la vibración sincopada y cremosa del jazz de la fiesta. Se entremetió los dedos en el cabello, mirando la raya de coca. «Cremoso» era el adjetivo que su anciano amigo el Mechones utilizaba para describir una buena composición de jazz; una buena música, elitista también. Sus invitados no eran un grupito de jóvenes que se metían de todo y hacían el burro a la espera de que alguna borracha se abriera de piernas. Las risas que escuchaba de ahí fuera, las conversaciones disimuladas entre las notas de piano y el zumbido suave de la percusión, eran parte de las manifestaciones de su éxito. Hay personas que se alejan, y otras que se suben a tu tren. Al final, únicamente las grandes amistades perduran, pese a las dificultades que encierra cada estación, pese a los desencuentros. El Mechones fue un gran compañero durante el tiempo que Hutter estuvo ayudándole en el quiosco. Su amigo, su compañero de teorías absurdas y confidencias, murió entre sus brazos, en el quiosco que había compartido no solo como empleado de apoyo, el quiosco que seguramente habría heredado de ser su hijo. Murió entre fantasías de invasiones alienígenas y fantasmas del pasado traducidos en libros rehechos siglo a siglo hasta que perdían su verdadera esencia. No quería recordar ahora a su amigo como al sustituto de su propio padre (que fue un *playboy* de mucho cuidado), aunque los sentimientos eran similares. Tampoco quería verse a sí mismo como un tópico de la vida dura e ingrata que le lleva a uno a rebelarse, porque ni había sido tan dura ni tan ingrata. Si había de representar algún papel estereotipado, que fuera el de elegido, un visionario heredero de las intuiciones de otros grandes del pasado. No en vano presentaba las mismas señales búdicas en su cuerpo que Aleister Crowley: la lengua pegada al nacer, una fimosis de la que fue tempranamente operado y los cuatro pelos

en forma de esvástica al lado del corazón; además tenía la misma seguridad fría en la mirada, el mismo aire de superioridad que aquel hombre que fue considerado el mago más importante del siglo XX, y el más malvado.

Y tenía algo más. La energía necesaria para explorar, para llevar a la práctica sus hipótesis sin respaldo oficial de ningún tipo. Debía hacer como las grandes empresas, como los gobiernos: pisar a quien fuese. Y su fin era merecedor de todos los sacrificios que hubiera que hacer.

Su sagrado fin merecía momentos de distensión en los cuales trazar entre sus invitados una línea semejante a la de la cocaína: una línea recta en apariencia, pero que solo lleva al caos; y en el caos uno puede descubrir quién está dispuesto a seguir a su lado, quién tiene el valor suficiente, quién es honesto con el grupo, quién es digno de llamarse camarada y amigo.

Esnifó y miró al vacío que ahora veía en su estudio. La melancolía era inútil, y no estaba solo. La muerte de los verdaderos amigos tampoco suponía el fin de camino alguno, si uno honraba su memoria. ¿Seguiría criticando el Mechones sus no tan descabelladas teorías si estuviera vivo? ¿Aprobaría todo lo que estaba dispuesto a hacer?

Hutter se levantó sorbiendo enérgicamente por la nariz.

Como ya he dicho, los amigos siguen siendo amigos, pese a los desencuentros.

Abrió la puerta y se unió a la cadencia del jazz.

—Te estaba buscando, número uno.

La boca carnosa de Sonia, su voz como el coro innecesario para un tema de jazz, le invitaba con manos calientes y sudorosas a aproximarse, a fundirse más en un acorde no deseado, por el momento.

Ya te has metido de todo antes de esperar a tu anfitrión, ¿eh? (Yonqui asquerosa, pedazo de…). Este tema es impresionante, ¿es el mismo que lleva sonando desde que…?

Hutter se escuchó decir un par de frases ingeniosas antes de deshacerse de ella en el rellano y dejarla anclada junto a una mesita con un prisma de cuarzo encima, un recuerdo de su viaje…

… al Museo de las Ciencias de… ¡Qué gran viaje fue ese y qué…!

¿Se había caído su novia? Había escuchado el estrépito, pero no miró atrás, tenía ojos en la espalda. Nada grave, seguro, ella decía algo, un coro insufrible, el jazz no se merece una voz tan vulgar.

(Tengo que limpiar más ya se me quedan pegadas las suelas a las escaleras y estos cabrones no tienen cuidado si estuvieran en su casa parecen adolescentes; a veces lo parecen, sí, a veces…).

Bajó las escaleras pegado a la pared. Un mal diseño, casi noventa grados de giro. Hasta su casa podía ser caótica, y tenía muchas cosas impares, lo cual daba suerte, empezando por tres cuadros en el salón...

... Allí, donde Miguel Ángel Martínez de la Sierra, primo segundo de Héctor Villegas Martínez, casado con María José... *(no me acuerdo de los apellidos)*, alimentaba con el biberón del alcohol a su pequeña extranjera de prominentes pechos. Traspasó la mesa de los aperitivos, el candelabro réplica del siglo XIX, el enorme trasero de Teresa, sus ojos enfocándole como faros extraviados *(los faros están automatizados deja de hacer la farera incordio, incordio)*, saludos cordiales frente al mueble bar de un invitado más, un conductor de autobuses que de pronto saltaba hacia la estantería para curiosear los libros, o para vomitar tras la cortina...

... No es ese tipo de fiesta, no...

—Llámame gamberro, Hutter, pero me voy a cargar esas farolas al lado de tu casa —cacareaba Miguel Ángel, manoseando el muslo de su acompañante. La suciedad de sus dientes brillaba—, cada vez me cuesta más trabajo llegar aquí con discreción.

—¿Es que te avergüenzas de nosotros? —la voz serena de Villafranca, sus ojos no necesitaban drogas para parecer anormalmente excitados.

Hutter apreció la diplomacia siempre irónica del concejal, sus ademanes de político elegante, pero sobre todo su espontaneidad fanática. *Canta conmigo, cantemos, hagamos una buena letra para el jazz, o convirtámoslo en blues.*

—Claro que sí —rio Miguel Ángel—, yo estoy aquí por el dinero, no me gusta que me vean con sectas, ni con drogatas, ¿eh, Juanjo? ¿Eso es lo que te enseñaron en la facultad?

El aludido (que para Hutter era una sombra en su butaca que removía una bolsita con pastillas) sonrió y lanzó un besito al aire.

—Solo los que dicen que no quieren formar parte de una secta están en una secta. Nosotros —*(Juanjo drogata pastillero esta no es una de esas fiestas vete a tomar el sol vete a ponerte más moreno; voy a dar un discurso de cojones, la* bildung*, ¿por qué me viene a la cabeza la* bildung?*)*— no somos una secta; nosotros estudiamos, analizamos, experimentamos, y aquí nos hallamos comprobando por qué la cultura thelémica fracasó: porque hicieron de su libertad de experimentación un credo, y no una distensión, una prueba fehaciente de nuestro control, de nuestra libertad y de nuestro poder.

—Así se habla, coño —profirió Juan desde uno de los sillones, junto a Cathy, que solo apartó la mirada de su vermut durante un segundo.

De hecho, nadie hizo demasiado caso a Juan. Mucho menos el anfitrión, quien se dirigía ahora a su público, situado en el centro de

la estancia. Creía estar sobre la mesa, pero estaba frente a los aperitivos y las servilletas, iluminado de lleno por la lámpara que con su bajo consumo le dotaba de un aura de mesías furtivo. La tele se encendía y se apagaba ante sus ojos al fondo, sin voz, y todos le escuchaban, *todos escuchan y aprenden, todos se dejan guiar, todos me apoyan*.

—¿Por qué no hacemos uno de esos ejercicios de meditación, uno que nos aproxime más al conocimiento que tú...?

La voz de Juan se sofocó entre las notas musicales y las risas por otro comentario ingenioso del concejal y la consiguiente aprobación de Hutter. Sonia bajó las escaleras, se apoyó en las sillas esparcidas por el salón, pisó las servilletas que alguien había hecho volar, y dirigió una mirada furibunda a la policía que ahora coreaba las risas, muy próxima a la nuca de su novio mientras este giraba y señalaba algo impreciso en el techo, antes de sacar un colgante del cuello de su camisa.

—¿Queréis una demostraciónnnn? ¿Es que queréis que me ponga el traje de dar discursos? ¡Sonia, estás aquí, trae el proyector! —risas de Teresa. *(¿De qué se ríe esta gorda que todavía no ha ido a mis sesiones?)*—. No, abrid vuestra mente, experimentad, dejad que la intuición se apodere de vosotros, con drogas, con amor, con humor, bien sea mirando el vaso sin apenas probarlo —señalaba a Cathy, quien se ruborizó alarmantemente cuando Juan le dio palmaditas en el hombro—, o bien siendo un adinerado constructor que se edifica amigas... como esa —Hutter entrelazó los dedos en torno a su colgante —. Tarde o temprano os haréis uno de estos, el de Plutón, ahora que dicen que no es un planeta, ahora que nadie lo mira, ahora que nadie cree que de él dependa parte de nuestro destino...

—Astrología —dijo Villafranca, recogiendo el bolso que se le acababa de caer a Sonia.

—... Sí, mi querido compañero, Astrología, y algo más. Mirad el diseño, acercaos, compartid algo más que el aliento de los aperitivos y el alcohol, fijaos.

Hagámoslo, hagámoslo todos aquí mismo, fundíos en mí, dadme lo que necesito y desapareced como mis amigos, dejadme solo de nuevo (dejad paso al anciano, a su conocimiento a su...).

Raudos algunos, rezagados otros, se acercaron. Incluso Sonia, que ya lo había visto y palpado en la intimidad, ocupaba ahora todo el espacio que podía en torno a su admirado proveedor de ideas y de heroína. Alientos, sonrisas, diversión de juventud y de mediana edad, futuro bien asentado o mediocridad de ojos enrojecidos por el humo de un conductor habitual de la línea de autobuses urbanos, quien no paraba de fumar cerca de las cortinas, paseándose como un visitante ocasional, aunque era en realidad un miembro de pleno derecho en

este efluvio de droga compartida.

—Pero es una baratija...

—Es precioso...

—¿Qué son esos números?

—Te has lucido esta vez...

—Explícanos...

—Calla...

Risas.

(... tus manos de mierda...).

Esto me da poder, ¿no lo veis?

—Demasiado esotérico para mí, antes solía llevar...

—Es —se impuso Hutter, con voz agresiva, mirando a nadie en particular— una prueba del poder de los números, de la intuición.

Levantó el objeto por encima de su barbilla. Era un disco plateado que reflejaba la luz de la habitación. En el centro del disco había un cuadrado con piedras verde esmeralda y escarlata incrustadas, que formaban la silueta punteada de dos cuadrados concéntricos. En cada una de las pequeñas piedras había un número de uno o dos dígitos inscrito en color negro.

—Tomad nota. Teresa, tú que siempre llevas el bloc...

Ella rescató un bloc de notas de algún lugar de su conjunto de pantalón vaquero y blusa. Villafranca le tendió un rotulador.

—Abrid vuestra mente si podéis, mirad los números que hay grabados.

(Mirad mirad mirad mirad...).

Miguel Ángel se atrevió a manosear el disco, acercándoselo para leer los números. Soltó a su acompañante, derrumbada sobre uno de los sofás con la mirada perdida y la boca entreabierta, como si estuviera repitiendo los números que Villafranca leía a su vez con su voz tan bien entonada.

93113
37610
36710
111023

—Suméis la línea que suméis obtendréis el 26, ¡el 26!, el núuumero de los imprevistos. Aun más, si sumáis los números del cuadrado interior, obtendréis 13, que es justo la mitad. El núcleo, el núcleo del talismán suma 13, el número de los riesgos. ¿Observáis la perfección, la observáis?

(Sí, oh, sí).

En su mente escuchó un público cuyas ovaciones trascendían el lenguaje humano. Fuera de su mente, comentarios banales. Villafranca

callaba, observaba, esperaba que continuase la lección.

Formas...

—Las formas y los números dan lugar a la armonía —declamó Hutter.

—Como en los templos de culto al Sol mesopotámicos —dijo Villafranca.

Hutter se cruzó con la mirada en expansión del concejal, miró a través de ella, percibió el fondo del salón como una mancha rectilínea de color entre anaranjado y parduzco.

—Esto es una secta con todas las letras —dijo con resignación Miguel Ángel, separándose del corrillo. Agarrando un puñado de frutos secos, añadió—: nos falta la in...

—¡La insignia de la secta! —cacareó Juanjo, dejándose caer en el sofá donde estaba la acompañante del constructor.

—... Eso, la insignia, la insignia. ¿Por qué no utilizamos una parecida al logotipo de mi empresa? —propuso el constructor con la boca llena.

(Cerdo ignorante una mierda vas a...).

Ya que sale el tema...

—Ya tenemos insignia, el triángulo —dijo Hutter, guardándose el talismán—, ¿no lo has visto en el muro del local? Un triángulo equilátero, como en la tetraktys pitagórica, como el delta masónico, como el símbolo cristiano de la Trinidad. La forma es importante...

—Muy bien, pues lo que nos falta entonces son las vestimentas. Habrá que coser el triángulo a unas túnicas o algo así —volviéndose hacia el sofá y dirigiéndose a Juanjo—: ¡deja de sobarla, cabrón! Lourdes, ¿tú no sabrás coser?

—¿Qué? —logró articular la aludida con voz pastosa.

El constructor hizo un ademán de pesadumbre y coreó las risas de Juanjo, que se levantaba de nuevo.

—Ella no sé, pero las viejas del curso tal vez sí sepan coser —dijo Villafranca, con demasiado brillo en la mirada como para estar bromeando.

Hutter asintió. *Ya has creado un taller ocupacional para mí, Villafranca.*

(... en el principio los Elohim cuadraturando el círculo crearon la Involución y la Evolución...).

Hutter empezó a sentir un cosquilleo que onduló alrededor de su cuerpo como entresacado de las notas del jazz. Su vaso cayó por la mesa, vacío o medio vacío, quién sabía. Miró de reojo, o tal vez directamente, a Juanjo y a la acompañante del constructor.

Mi público está ahí, hay que hacer algo.

Abrió la boca. Otros hablaban por él. Lo intentó de nuevo:

—Nostradamus mezclaba el francés, el latín, el griego y el

provenzal...

—¿Qué? —dijo Teresa.

—Sonia, trae el I-Ching y las barritas de incienso y... Ya sabes, mi material.

—¿Vamos a meditar? —dijo con inocencia Juan.

—Me temo que solo yo entro en este ejercicio, con Sonia y con Cathy. —La aludida levantó la cabeza, alarmada—. Mientras nosotros estamos en el dormitorio, vosotros podéis probar los ejercicios de yoga del otro día. Los podrías dirigir tú, *trabajador-animador sociocultural.*

Juanjo, que ahora andaba trajinando los compactos de Hutter, se rio, burlón, enfrentándose al retintín del anfitrión.

—Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley; pero amor es la Ley, amor bajo voluntad —recitó Hutter en respuesta a su gesto.

Teresa, impón la ley, pensó Hutter, pero no llegó a enfrentarse a la mirada reprobatoria de esta. *Todavía tengo que convencer a ciertas personas de lo importante de nuestra filosofía (¿acaso no necesitas que te follen a ti también pedazo de...?); les tengo que enseñar a ser un poco más thelemitas.*

Sonia se acercó a Cathy con la intención de sujetarla por la muñeca. Antes se detuvo y le pidió confirmación a Hutter con cierta incredulidad en la mirada.

(Sí, envidiosa, sí, me apetece me apetece puede estar bien si no está mal la chica y es joven y...).

—Cathy, cariño, sé que eres tímida, pero conmigo no tienes que preocuparte de nada. Tienes el privilegio de una clase privada para adentrarte en el espíritu, en la filosofía que tratamos de hacer —dibujó formas invisibles en el aire mientras explicaba— flotar en el ambiente, ¿acaso has dejado de creer en nuestras esperanzas? ¿Acaso hemos dicho hoy alguna mentira?

—No, pero...

—Sí, continúa.

—... pero me da... vergüenza, y creo...

—Cathy, no somos un grupito de estudiantes salidos tratando de follarnos los unos a los otros. Lo hacemos porque queremos, porque esto trasciende las relaciones que podamos tener por separado, porque el sexo, las drogas, la meditación, los cálculos, abren nuestra mente, no para evadirnos, no para huir de la realidad, sino para precisamente introducirnos más en ella... —*como en las notas de jazz*—. Yo solo quiero enseñarte una lección, ayudarte a superar la timidez haciendo esas cosas que temes, y nadie se va a reír de ti porque te sonrojes. Díselo tú, Juanjo, algo de psicología habrás aprendido en tu carrera, ¿no?, ¿eh?

—Sí —rio este, mirando a la acompañante del constructor—, pero a mí no se me da tan bien llevármelas al huerto como a ti.

—Seamos serios —pidió el anfitrión—. Nunca te relacionarás con ella ni con ninguno de nosotros si no nos respetas en lo más hondo de nuestro ser.

—Sí, Juanjo, yo te respeto, yo te estoy esperando con las piernas abiertas —bromeó una voz masculina desde la cortina.

La ebriedad empieza a ser insostenible (lo cual es bueno muy bueno muy…).

—Vamos, princesa, no hagas caso a estos borrachos —intervino Sonia, cogiendo a Cathy de la muñeca—; todavía les falta para entender del todo al número uno. Vamos, Jesús te tratará bien, yo me encargo.

Pero Sonia apretaba demasiado.

Hutter se acercó sorteando a un par de invitados. Llegó a tambalearse y adoptó una pose difícil, casi de puntillas, estirado hacia delante, y se inclinó frente a Cathy, tendiéndole una mano con dulzura para que le acompañara. Ella le ofreció la suya. Al fin y al cabo, era un privilegio, los ejercicios los venían haciendo de ordinario, a ella le gustaba todo esto, y nadie había dicho en serio lo del sexo, ¿o sí?

(¡Ven ven ven…!).

Cathy se dejó levantar por ellos dos. Como en un cadencioso baile, atravesaron el umbral oscuro de alguna puerta abierta, y el jazz también se ensombreció.

Dejad de reíros de ella, cabrones.

(Envidiosos de mierda).

Después de todo, ella no tenía nada que temer. Estaba entre amigos, entre compañeros que no la juzgaban por su parquedad ni por su timidez. Estaba donde siempre había querido estar, estaba…

… en mi habitación (donde lo vamos a hacer lo vamos a hacer los tres esto es nuevo y…), donde abriré mi mente, y la tuya, y la de Sonia…

(… y la tuya…).

Cansada de las interrupciones publicitarias de esa película de ciencia ficción tan mala, de curiosear el porno de los canales locales, de removerse en el sofá, de la butaca de su madre ahí en medio que le tapaba una esquinita del televisor, cansada de toda la tarde en general y ahora también de la noche. Pero los ojos no se le cerraban, quizá porque primero debía respirar hondo, relajarse con la respiración. Tal vez en el curso le enseñaran a hacerlo mejor, o tal vez si acudía asiduamente ni siquiera tendría que relajarse, porque habría acabado con el dilema, habría tomado su decisión y se sentiría contenta por haber encontrado su lugar, su ambiente.

Un curso que compartiría con personas como Cathy, quien

mientras María se decidía por apagar el televisor e ir al dormitorio más cercano al de su madre (de donde ya se escuchaban unos ronquidos entrecortados), trataba también de poner en práctica su ejercicio de relajación. Había interpretado las cartas de Hutter (más bien se las habían interpretado), había dado unas caladas al porro de Sonia, se había dejado acomodar en una cama llena de almohadones y olor a velas aromáticas frutales mezclado con el incienso y el tabaco, y ahora quería respirar ese aire cargado, impuro y adormecedor. La habitación de María, por contra, era fresca y limpia, y su cama igual de mullida, si bien en ella una no se podía adormecer con tanta facilidad. Había pensado en masturbarse y así lograr una relajación forzada, pero no le apetecía. Tampoco Cathy habría podido mantener una relación sexual en sus circunstancias, de no haber sido por las caricias letárgicas de sus dos acompañantes, por la postura de sumisión que había adoptado y por el influjo de las drogas y las palabras que aunaban sus esfuerzos para dedicarle a ella, una chica anodina, una atención que nunca antes había recibido. Luego se sintió aliviada, como una espectadora de una escena que, aunque no le terminaba de convencer, no le desagradaba. Se sentía tan afortunada. Hutter, el líder, la cabeza pensante, el organizador de un grupo tan selecto, le volvía a prestar atención, quería, necesitaba algo de ella, aunque fuese convencerla, convertirla, aunque fuese su cuerpo antes que su mente. Y el cuerpo de María se acomodó en tres o cuatro posiciones distintas antes de respirar hondo y abandonarse al sueño, pero antes le dio tiempo a pensar en Hutter, en cómo le había prestado una atención considerable desde el principio, cómo la había acogido a pesar de su actitud descreída. Se había acostumbrado a que sus compañeras de piso la ignorasen, y ahora se había convertido en una especie de protagonista, lo cual resultaba excitante. Como lo que estaba haciendo Cathy, adormecida, aunque aún recorrida por toda clase de cosquilleos y sensaciones contrapuestas, no del todo agradables, pero tampoco desagradables. La habían poseído, había perdido su virginidad y su intelecto ante dos pares de manos extrañas. Había olvidado por qué estaba ahí, qué conocimientos había ofrecido alguna vez al grupo para que la invitaran a esta casa. Con Hutter todo resultaba natural si te dejabas llevar, si dejabas que te guiase más allá de los prejuicios y te mostrase qué estaba bien y qué no.

Hutter y Sonia abandonaron el cuerpo de Cathy y la habitación para despedirse de los invitados que no se habían quedado dormidos o inconscientes sobre algún rincón de la casa. Ella se quedó en la cama, orbitando la galaxia a la que Hutter la había arrastrado hasta perder del todo la consciencia.

En casa de la madre de María, Jesús Coria regresaba tras una cena rápida y un paseo por los locales de ocio del puerto, y despertó a su

hermana al cerrar la puerta, aunque no le costó volver a conciliar el sueño, al igual que le sucedió a Cathy cuando los primeros invitados de Hutter se marcharon ruidosamente de la fiesta.

Por un momento, los sueños de las dos chicas se encontraron en una Cartagena etérea y sin horizontes, que sobrevolaron y recorrieron sin rastro de vida en las calles. Y aunque ninguna de las dos lo recordaría al despertar, se cruzaron la una con la otra por los cielos de esa experiencia astral.

Y estuvieron a punto de chocar.

7

ANUARIO DE 1982

Seymour, domingo 7 de marzo

Una expedición científica, bajo la dirección del profesor Zinsmeister, descubre en esta isla antártida fragmentos de la mandíbula de un marsupial parecido a la ardilla que vivió hace cincuenta millones de años. Representa la primera prueba de la vieja teoría según la cual el polo Sur estuvo unido a América y Australia.

A veces le da por recordar que, de niño, solía protestar a viva voz que no le gustaba otro tipo de calzado que no fuera el deportivo. Lo de quejarse con el ánimo encendido había sido una constante en su vida, y se jugaría lo que pudiese jugarse ahora a que de pequeño no habría llevado unas botas tan grandes aunque le hubieran hecho parecer un superhéroe de cómic.

Con sus botas de militar, el hombre que se oculta tras una bufanda por motivos distintos al frío atraviesa, a buen paso, los charcos que salpican el carril bici y parte del paseo ajardinado que se extiende en paralelo a la muralla del Arsenal Militar. Aprovecha cualquier ocasión para verse reflejado en algo, en este caso en los charcos, pero sigue sin saber el verdadero motivo. Tal vez para vigilar, pero de lejos, el estado de su aspecto, y no la pulcritud de su ropa, precisamente.

Reconócelo, por eso te has cargado el retrovisor de la furgoneta.

Un espejo más, a dos pasos: la luna de un furgón travesado en mitad del paso de peatones que conecta el muro de Capitanía con la entrada al Arsenal. Allí no puede verse debido al ángulo; en su lugar, se ven reflejados edificios que aparecen inclinados y empequeñecidos, como observados a través del culo de un vaso. La arquitectura de la ciudad se le antoja la de un cuento macabro que le gustaría poder cerrar y devolver a la biblioteca pública. En el fondo sigue teniendo buenos sentimientos, o al menos no lo dominan del todo sus instintos destructivos. Le gustaría escuchar el sonido del teléfono de esa cabina caída y rodeada de cristales que flotan en charcos que no son de lluvia, sino de las bocas de riego reventadas y del vehículo autobomba del servicio de extinción de incendios del puerto, un vehículo que irónicamente ardió. Le gustaría escuchar los motores de esos vehículos carbonizados o incrustados en los altos portones del edificio antiguo anexo a las oficinas de Difrusa, con sus muy regulares bloques de cemento salpicados de sangre de cadáveres de los que ya casi no queda rastro a lo largo de la calzada, pero que se apilan a decenas en

la plaza contigua, en torno a las terrazas de los bares. Desearía ver las complicadas maniobras de cambio de sentido de ese camión, volcado frente a la torre del reloj de entrada al Arsenal, con el vehículo militar sobre las cadenas que delimitan el césped y las antiguas baterías a los lados de las garitas. Que desaparecieran esas manchas como de aceite espeso en los bordillos de las aceras, donde se acumula el contenido de uno de los contenedores volcados y el cadáver de un perro con su collar intacto. Y eso no es todo, le gustaría que no estuvieran esos agujeros de bala que recorren la muralla calle arriba como burdos grafitis de tiempos de guerra, y los casquillos como frutos maduros caídos de las jardineras, donde algunos militares muertos sirven de abono.

Esta perturbadora escena pone de manifiesto la otra parte de sus emociones, la que cuando no ansía explotar por algún lado es capaz de percibir la ironía de las fotografías tomadas por sus ojos. Es el caos lo que ha disparado la violencia entre la Policía Naval, los accidentes, los disparos furtivos y los destrozos, pero ha sido la presencia de armas, de cuerpos militares, lo que ha encrudecido la panorámica que ahora contempla a través de sus lentes. *Quienes debían paliar la inseguridad, la acrecentaron.* No es nada que haya descubierto ahora. No escondió tanto la cabeza en su madriguera como para no enterarse de lo de aquellos policías locos que disparaban a sus propios compañeros. Presenció incluso cómo un guardia de tráfico introducía, en pleno atasco, la porra en la boca de uno de los conductores hasta desencajarle la mandíbula. *Gajes de haberse quedado en medio de uno de los torbellinos; y no fue el primero de esos remolinos que vi, ni hablar.*

Nunca se ha sentido satisfecho con nada de lo que ha decidido, ni con ninguna de sus vinculaciones institucionales. Sus convicciones pecaban de frágiles, quizá porque en su propio autoritarismo era incapaz de aceptar autoridades supremas. Por eso abandonó pronto los compromisos cortos del Ejército de Tierra que le llevaron a visitar escenarios similares al que ahora se dirige. Así reflexionado podría parecer que se siente un espíritu libre y realizado. Pues bien, ninguna de las dos cosas. Sigue sus instintos, los ha seguido toda su vida, y los sigue ahora que no sabe si respira, y eso es lo peor del caso, la agorera sensación de que nunca se sentirá realizado, y menos ahora que la vida y el final de la misma no son tan distintos. Al menos aún puede razonar, seguir dominando esa rabia sin objetivo preciso, encauzarla y suponer que si quiere hacerse con uno de esos fusiles deberá volver a atravesar la única de esas tres puertas compuestas que no está obstruida. Piensa que es más fácil registrar este sitio que arrebatarle un fusil a uno de los cultores, y le gustaría estar en lo cierto, que regresara la ironía y la paradoja, y que un lugar de municiones, militares y logística naval fuese un remanso de paz. Eso demostraría

que no hay leyes fiables, que el caos y la paradoja van de la mano, y que la vida tarde o temprano tiende al caos por mucho que las ideologías traten de categorizarlo todo.

Pasa con cautela el escalón del postigo izquierdo. *¿Tengo miedo?* Se mira el puño, lo aprieta. La piel tirante, agrietada, blanquecina, sobre todo en los nudillos, muy marcados, *los nudillos de un muerto*. Pero no tiembla, lo cual le hace dudar de eso que viene llamando emociones y que todavía cree poseer por la sencilla razón de que añora cosas, cosas que antes del caos le pasaban desapercibidas.

Pasado el portón, un vasto patio se expande en todas direcciones en forma de caminos cercados, jardines y edificios en su gran mayoría en pie, como si aquí no hubiera pasado nada. Observa y sigue anclado en sus pensamientos, pero el oído..., el oído le sigue funcionando por cuenta propia.

Ha sido más allá de la barrera para vehículos que se interpone en el camino hacia los almacenes de los muelles. Una piedra rodando sobre una superficie de metal, vidrios pisados, arrastrar de muebles y... risas... Se fija en la cabina de control a la izquierda, el cadáver asomado de un hombre pelirrojo yace con los brazos fuera de la ventanilla, como dedicando un último saludo.

Con las manos en torno a los revólveres, pasa junto al belén improvisado con corcho y figuritas sobre el macetón de un árbol de hojas caídas. Ya no está todo tan silencioso. Murmullos lejanos, golpes metálicos como ecos desvaneciéndose a través del aire húmedo, animalillos arañando superficies que no están a la vista. Hay múltiples ventanas, tejados y recovecos ajardinados que podrían suponer una trampa. *Claro, porque a mí, que soy tan importante, me quieren ver muerto.* Hace honor a sus pensamientos burlones al avanzar recto, sin ocultarse, pero una parte de él está preparada para echar mano de sus armas. *Revólveres prestados para un mundo prestado.*

La sensación de sentirse vigilado no es en absoluto grata, pero cada vez está más convencido de que aquellos que se va a encontrar al asomarse a los parteluces de una de las ventanas no están interesados en su presencia. Lo que oye ahí dentro parece una reunión de trogloditas borrachos. Una pieza oxidada de lo que podría ser un torno atraviesa los parteluces con un estrépito abrumador. En un acto reflejo, se hace a un lado con sus armas ya apuntando hacia arriba. La pieza le ha pasado a más de un metro, pero tiene la impresión de que se la han arrojado a él. Con la mochila apoyada en el muro, se asoma a través de los restos del cristal.

No sabría definir el tipo de personas o seres que allí se agrupan entre los restos de uno de los antiguos talleres de armería. Sus ropas tienen un aspecto muy sucio y estropeado, aunque de no ser por sus cabellos encrespados y sus protuberancias óseas, de lejos podrían

haber pasado por vagabundos borrachos, o tal vez por una panda de jóvenes que han aprovechado el repentino abandono militar de la base sin importarles las cámaras conectadas a través de fibra óptica del perímetro, o la posibilidad de dejar algún rastro cuando todo esto se llene de nuevo de la autoridad... *No te engañes*, se reprende mientras les contempla en una suerte de hipnosis. *No están haciendo botellón ni enrollándose con las nenas de turno, ni son okupas decididos a ocupar el más difícil todavía. Eso que tienen por ahí esparcido entre las patas de las máquinas de dividir en círculo es comida, sí, pero desde luego no tienen esas caras torcidas por fumar porros, ni han decidido cambiar el billar y la diana por... ese hombre clavado a la puerta...*

Ese cadáver no es un traje colgado. Una pieza metálica alargada atraviesa el cuello del que fuera almirante jefe del arsenal, un hombre llamado Fernando, un nombre muy común para un almirante común, a excepción de que una vez le estrechó la mano en un contexto ajeno a los ambientes castrenses. Fue en el restaurante El invernadero. El almirante le comentó que le gustaba la decoración del local. Ahora es él mismo con la cabeza anormalmente erguida quien hace de decoración, el carrillo derecho hinchado, sobre el que se ladea su expresión torcida, ajena los que más abajo lo tratan con indiferencia cruel.

¿Le falta un trozo de mano? La manga de la chaqueta está demasiado baja y abierta. En cualquier caso, los más de ocho seres deformes que se increpan a sí mismos entre risotadas, empujones y degluciones vomitivas tampoco prestan mayor atención al rango, al traje o al ser humano que una vez lo vistió en vida. El almirante no es comida para zombis, sino un triste adorno. Innumerables charcos y surcos húmedos recorren el suelo polvoriento formando caminos de lodo o de sangre. Él sigue esperando que suenen las campanas del reloj o que alguno de esos seres dirija su embrutecida atención hacia la ventana. Podrían ser peligrosos con esos cuchillos de cocina, con las ruedas dentadas del taller, con los martillos colgados en las paredes o incluso en sus manos, con los que se amenazan constantemente, al parecer por un envase de confitura de los que te dan en las cafeterías cuando pides una tostada.

Una especie de mugido le hace retroceder. Un rostro de ojos enrojecidos y anormalmente abiertos aparece de súbito asomado a la ventana. De inmediato, los otros seres vuelven la cabeza o redirigen su errática mirada hacia donde el hombre alto con bufanda medita más de lo prudente sobre si apuntar con sus armas o no. Los gorjeos no resultan, en principio, amenazadores.

—*Seiiin das griiinnnngrinnngrinnn pauder nau an ointi nainnn.*

—No güeles comocomida —vocaliza otro, más comprensible.

Se queda mirándoles con fijeza a través de sus lentes de estrella

famosa. No le han reconocido en la forma que un ególatra embutido en su papel de superhéroe se habría esperado. Más bien le han olido. El de la ventana agita sus fosas nasales mientras otro pronuncia más de esa letanía incomprensible que tanto le recuerda a los cánticos de los cultores. *Aprendéis rápido, deshechos.*

Y trata a los «deshechos» como trataría en sus años mozos a un grupo de gamberros que le preguntasen la hora como excusa para pedirle tabaco o para bravuconear y buscar bronca, es decir, dándose la vuelta y siguiendo rápido su camino, que en este caso es cualquiera que le aleje de los problemas. Escucha vociferaciones y golpes sobre los bancos de metal. Alguien gimotea o tal vez silba desde la ventana. Arrojan objetos amenazadoramente. Incluso escucha abrirse la puerta con su adorno infernal balanceándose. Sus propios pasos ganando distancia silencian los del almirante colgado al chocar contra la puerta cuando esta se agita, cuando comienzan a salir alguna de esas criaturas entre enfurecidas y jocosas.

No tiene tiempo ni ganas de gastar balas, si bien siente una presión en el pecho (¡humana!) fruto del nerviosismo. Comienza a correr y a distanciarse considerablemente de los torpes seres. Algo que podría ser un trozo de azulejo impacta contra el belén, cerca de la entrada del Arsenal. *Están fuertes, pero no tienen puntería*. Mientras, él se dirige entre las farolas hacia los edificios medio derruidos que se adosan a la muralla de camino al antiguo Cuartel de Instrucción de Marinería.

Cuando ya les saca suficiente ventaja, en lugar de mirar atrás imagina sádicamente cómo les dispara en sus narices torcidas y las revienta en una lluvia grumosa.

Enseguida dobla la esquina de un edificio de tres plantas, y se topa con el muro medio derruido que rodeaba por dentro la puerta de entrada al otrora Cuartel de Penados. En este caso no ha sido el caos lo que ha destrozado un monumento histórico, sino la insensatez política. Se cuela por una de las ventanas abiertas de uno de los pocos edificios que quedan en pie y atraviesa su sucio interior, hasta asomarse por la ventana opuesta. Desde aquí obtiene una reducida panorámica del puerto, y ahora puede escuchar con claridad el movimiento… *¿de quién?*

Salta por la ventana y por los escombros adyacentes. Rodea el taller, recorre un paseo desprovisto de adorno alguno, separado de la muralla que rodea la calle Real, pasa bajo las arcadas de un edificio vacío y se asoma a través de la barandilla que da a los restos de un dique. Al otro lado, junto a una nave y entre unos contenedores enormes y semiocultos por la diferencia de altura entre el espigón y el dique, varios de los encapuchados se afanan con escalas y dan viajes hacia o desde un buque mal atracado junto al espigón. Se trata de un buque de investigación oceanográfica. En cubierta y en el puente de

mando, aparte de cultores ha visto cuerpos medio asomados. No van vestidos con túnicas, sino con monos de trabajo, si bien desde aquí no podría asegurar si presentan malformaciones. Desde luego, no tienen cuernos en la cabeza.

Se frota la pernera del pantalón con la culata de uno de los revólveres y avanza encorvado pero veloz, aprovechando el cobijo de la barandilla, las sombras a este lado del dique y sus grandes bloques de piedra sueltos. Podrían haberle visto sin dificultad si estuvieran atentos. Al parecer, están muy concentrados cargando algo en el buque.

Pasa por debajo de la barandilla y bordea el dique hasta pegarse a la orilla. Desde aquí obtiene una panorámica mejor de la cubierta de laminado de plástico rojo del buque, y a su vez mayor resguardo junto al brazo de una grúa. ¿Son peceras lo que está viendo?

Hay demasiados cultores, y estos también llevan fusiles colgados a la espalda. Entre los miembros de la secta también debía de haber algún militar, o quizá ha sido el caos, que imparte conocimientos bélicos intensivos a sus hijitos. Algo habría que hacer, tampoco es que desde aquí pueda discernir qué demonios están haciendo. Aunque ahora otra cosa llama su atención. Primero le dirige una mirada de reojo, pero a esta le sigue otra bien atenta. Se tumba y saca la cabeza por encima de la orilla. Es el agua, turbia e infestada de peces amarillentos.

Son morenas, aunque a ellas también les ha hecho una visita papá caos. Jamás había visto morenas tan grandes ni con esas protuberancias verduscas a los lados. Se mueven en círculos como tiburones hambrientos. Están dando dentelladas a los restos de basura orgánica que flotan cerca de la orilla. Las aguas a su alrededor provocan continuas ondulaciones, pero él empieza a dudar que sea por el nado de esos peces. Alza la vista y se da cuenta de que, alejado de la orilla, un remolino oscuro remueve las aguas como si alguien hubiese quitado el tapón del fondo. El símil con el tapón de un lavabo no es del todo apropiado, ya que las ondulaciones originadas se limitan a perturbar mansamente, como si varios niños pequeños estuviesen tirando chinas al agua a la vez.

Un gorjeo nasal acompañado del ruido de pasos le hace apartarse de la orilla. Por atrás vienen los seres que creyó despistar. Son más rápidos de lo que parecía. En un abrir y cerrar de ojos, mientras se reincorpora, la troupe ya está próxima a la barandilla, con intención de saltársela entre voces cada vez más escandalosas. Mal asunto. De nada sirve ya que pretenda agachar la cabeza. Desde el buque verán y oirán el gentío congregado. Con tranquilidad, podrán apuntar y agujerearle la bufanda.

Sin perder de vista a los cultores, salta él mismo la barandilla al

encuentro. Gruñen y muestran sus manos ennegrecidas con hostilidad. Alguno intenta sujetarle el abrigo, la mochila, otro le grita algo, y uno más achaparrado intenta darle con un martillo.

—Esto me va a doler más a mí que a ti —le dice al ser mientras le apunta a la cabeza con el revólver.

Aparta a empujones a dos de los seres babeantes y mira hacia el buque. Le oirán si dispara *(y gastaré balas)*. Una zarpa le arranca un mechón de cabello, y el círculo maloliente se estrecha. Con todo, es un olor familiar.

—¡Qué coño! ¡Así es más divertido!

Con la culata del arma rompe el tabique nasal del ser achaparrado. Da un salto y pretende pasar por encima de las cabezas; las pisotea, pero se queda en el suelo de rodillas cuando dos de los seres le agarran del abrigo y de la bota. Un tercero le asesta un puñetazo en las costillas. Él no ruge de dolor, ya rugen y escupen ellos. No han logrado detenerlo, no obstante. Se levanta y de un codazo se abre un hueco entre dos mientras tironea con el hombro para liberar su abrigo. *Luego tendré que lavarlo, gentuza*.

Ha logrado salir del círculo que ya comienza a dispersarse, no sin antes parar con el antebrazo un martillazo directo a sus gafas. *Si me las rompes, sí que te agujereo…* Ahora, correr, o liarse a tiros, qué dilema. La gente de cubierta le está viendo, algunos incluso han detenido el tráfico de recipientes. Pero le observan sin apuntar, sin señalar, sin ni siquiera comentar nada entre ellos *(pueden olerme)*.

Un martillo vuela y le impacta en el pecho. El dolor se le remueve por dentro.

—Dispararos sería un error, preciosos —les dice a los seres a modo de despedida, dicho lo cual da media vuelta y se zafa de las presas.

Al principio da dos zancadas, todavía asimilando el golpe de martillo, si bien esta vez no se muestran tan persistentes en su persecución. Luego los va viendo quedarse atrás. Por si acaso, no baja el ritmo de carrera con el libro golpeteándole a la espalda; *cuando me harte, tiraré a la mierda la mochila y el dichoso libro*. Pasa las arcadas y se despide de ellos. Los ve empujarse entre sí.

Conoce un camino que sube a la Estación Naval de la Algameca. Para ello deberá regresar al patio central y caminar más allá de la barrera. Le gustaría que de camino hubiese algún vehículo utilizable, aunque sin la presencia de aquellos seres podría bajar el ritmo y caminar tranquilo, y más sigiloso. *¿Para qué estaban cargando peces?*, se pregunta, mientras salta la barrera.

—Simples peces no, morenas.

¿Y si eran los huevos?

Por lo visto, opina, *a esta secta le va la destrucción. Y cuentan con un buque…*

—¿Es que queréis marcharos por mar?

Guarda los revólveres y se sacude el abrigo. Sobre el color negro tampoco se notará mucho la suciedad de aquellas manos. Delante tiene mucho camino todavía, pero no desiste, porque para algo había venido aquí, ¿no? *Para conseguir armas*. Y está visto que no conseguirá fusiles de ese calibre enfrentándose directamente a los cultores sin un buen plan. Además, allá arriba, con suerte, conseguirá algún que otro regalito, suponiendo que los del Tercio de Levante no se lo llevaran todo en su emigración y muerte, o que los mismos cultores no se hayan apoderado ya de todas las armas y vehículos.

El paraje se va volviendo más agreste conforme abandona el perímetro de las instalaciones y se adentra en las pendientes que hay entre las estribaciones de la sierra y una pequeña ría. El olor de las matas húmedas resulta grato, sobre todo porque le abstrae de las ráfagas ocasionales de su propio hedor. Desciende la ladera a trompicones para ejercitarse un poco, liberar tensiones, y de paso adelantar camino.

Se detiene abajo. Cuando la nubecilla de tierra levantada por sus botas comienza a dispersarse, dedica un último vistazo a la carretera que recorre el monte y da acceso a la estación y al castillo Galeras, bastante más arriba. Desde aquí sigue percibiendo murmullos que parecen provenir del puerto, o quizá es que se le han quedado grabados en la cabeza. En cualquier caso, ha de seguir ascendiendo por el nuevo camino. Con dos zancadas y sin precisar asidero, se abre camino entre las zarzas hasta la carretera.

Desde aquí no ve los accesos al mar, pero sí el camino que le llevaría al recinto de la escuela de formación del TERLEV[2]. A pocos metros, el vallado de las zonas deportivas y de adiestramiento entre la extensa pinada. Él mira más arriba, a lo alto del cerro, especulando con la posibilidad de que la secta se haya asentado en algún castillo como el de Galeras. La anacrónica torre de metal que lo remarca en lo alto no lo es más que las torres de conducción de electricidad que bordean la carretera. Después piensa que el castillo no es demasiado habitable.

Absorto, llega a una porción de terreno llano. Deberá dar un giro más y quizá pueda entrar por el acceso principal. Le dirige una mirada somera a un sol que se le antoja ridículo ante el frío acentuado de aquí arriba, y luego se sobresalta otra vez. La sensación es muy molesta, como si tuviera ciempiés que le recorren la tráquea. El mayor problema es la rabia asociada, las punzadas en el pecho cuando pone su maquinaria violenta en marcha, la sensación de que dichas punzadas van a acabar por agujerearle la caja torácica; y entonces solo se siente seguro gruñendo y sacudiéndose del presagio de que los huesos de su cuerpo se acabarán fracturando o convirtiéndose en

polvo...

... Huesos que tal vez deseen esos perros. Había olvidado que existe una unidad de adiestramiento de perros. Había olvidado lo sigilosos que pueden llegar a ser ciertos animales, que no se encuentra haciendo senderismo ni de paseo. Pero sobre todo había olvidado lo deficientes que pueden ser esos enrejados romboidales de alambre simple. Existe un agujero bajo en ellos cuyo origen ya no importa. Esos pastores alemanes gruñen, asoman medio cuerpo por el agujero, babean y le muestran que su pelambre encrespada no se debe al aire. Tampoco son normales esas motas anaranjadas en su cuerpo.

Y ya puestos, ni el tamaño es normal.

Joder, son grandes.

Piensa demasiado. Mira atrás como si fuera a caerse por el precipicio, y le da tiempo a sacar un arma. Sus piernas todavía están ancladas, los perros no se detienen, así que mejor disparar.

Su puntería ha vivido momentos mejores, pero le ha dado. El estruendo ensordece y aumenta el volumen de los gruñidos de los perros que, lejos de detenerse, han intensificado sus intenciones. Uno sale herido en la pata delantera, demasiado enloquecido como para detenerse. Otros tres se abren hueco por obligados turnos a través del agujero.

¡Ya he dado la alarma joder ya da igual dispara dispara...!

Echa de menos su sangre fría de superhéroe atormentado y cruel. Los perros no. El primero se lanza a su muñeca alzándose sobre sus dos patas traseras hasta igualar la altura del hombre al que no puede verle la yugular debido a la bufanda. Su compañero no le imita por poco, cuando dos disparos más de la otra arma le impactan en el lomo y le decoran la mandíbula con una barba roja y pringosa. Pero mientras trata de quitarse al primer perro de en medio a base de demostraciones fútiles de fuerza, el tercero se lanza sobre su costado para derribarlo y así compartir con sus congéneres un cómodo mordisqueo.

El hombre que ahora se encuentra bajo dos enormes perros y con otro aproximándose gime de dolor bajo la bufanda, y le dice adiós a su reloj de pulsera, a la manga de su abrigo, y de paso a la carne de su muñeca. Se pregunta si pillará la rabia o si ya es inmune a ese tipo de cosas. Con un grito de agonía se remueve con las botas y asesta coces a una de las bestias mientras dispara a otra. El estampido, la sangre salpicada, el olor a pólvora y azufre, la humedad y el sol huidizo entre un cielo velado de gris..., todo se mezcla en un remolino opresivo de roca, matas, patas anaranjadas y bocas oscuras que rezuman baba contaminada y sangre, amén de jirones de su propio cuerpo. Logra girar y apoyarse con una mano y una rodilla. Ya no hay demasiado tiempo para disparar, se salvará si se deja caer. Cree que el último de

los perros le va a ayudar cuando se lanza sobre él, pero luego ve que sus esperanzas son vanas: este le engancha el pantalón y la carne de la pierna, y tira, y vuelve a tirar. Con la mano de la muñeca en carne viva *(¿me la arrancará?)* dispara a ciegas, lo justo para que el agresivo animal afloje y le permita darse impulso hacia atrás. Una potente patada y el subsiguiente pataleo le liberan del perro enganchado a su pierna, que se queda con tiras de carne y pantalón negro antes de que su presa caiga rodando por la ladera, fuera del camino.

Los golpes contra las piedras le martillean la cabeza y los huesos, y experimenta el pánico al ver que los perros se asoman ávidos, diría que dispuestos a arrojarse ellos también. Intenta que las gafas no se le pierdan, no disparar accidentalmente las armas al tratar de redirigir su caída. Estos golpes no son nada en comparación con el encarnizamiento de aquellas fauces que… ¡le siguen!

Sí, un perro baja por ahí haciendo eses y levantando tierra y hojas. Al menos no escucha sus gruñidos cerca, nunca le han gustado los perros, joder. *¿Eso que se oye es un vehículo?*

—A la mi…

No termina la frase. Traga tierra incluso a través de la bufanda. Uno de los revólveres se ha despedido de su mano. Él mismo lo ha tirado, cree, pero las gafas aguantan. Trata de hacerse un ovillo o algo, no quiere frenar su caída, no quiere que le atrapen. Preferiría despeñarse en todo caso, o quedar inconsciente y no padecer más. Su cuerpo es una mentira, falsa anestesia que le lleva a confiarse, a creer que es una cáscara indolora. Pero duele.

Abajo encuentra otra solución, y hasta le parece graciosa, quizá porque son ya demasiados cortes y golpes en la cabeza. *Es tan fantástico estar muerto…* Un Nissan Patrol de la Policía Naval con los bajos llenos de barro. No va tan rápido como para no percatarse de la caída del hombre, ya frenada por el esparto y las piedras. Y de pronto él decide bajarse la bufanda con la mano ensangrentada. El olfato a veces puede fallar, o quizá es que los perros lo tienen más aguzado y saben distinguir a un impostor. El caso es que quiere que le vean bien la cara demacrada, su sonrisa de incipiente cadáver. El que está al volante lleva capucha, y va solo.

Menea la bufanda y trata de cojear hacia él. Se sorprende de lo bien que le responden las piernas todavía, y lo bien que se siente pese a las heridas. Sonríe y llama a gritos al cultor, se pone en su camino, apunta hacia arriba con el arma.

—¡Para, eh, para! ¡Viva tu secta! ¡Quiero entrar en tu secta de mierda! ¡Eh, mírame, estoy tan muerto como tú!

El cultor derrapa, detiene el vehículo, le mira con ojos penetrantes de mujer corpulenta, observa la nube de tierra levantada por los perros, y abre la portezuela.

Para entrar en tu secta hace falta ser feo y estar loco. Ambas cosas las cumplo, guapa, aunque lo de guapa es un decir.

Un portazo, unas botas de militar llenas de tierra que pisotean la alfombrilla del copiloto, y el motor que arranca con ímpetu de nuevo.

—Alguien ha olvidado dar de comer a los perros —comenta él, riendo por lo poco que le duelen ya las heridas, también por su atrevimiento, y en su voz ella podría detectar un dejo de amargura, si le conociera, si supiera como él que la ausencia de dolor no es tan buena como la pintan, y si no fuera una cultora loca y deforme.

Ella lleva la capucha un poco echada hacia atrás, quizá lleve el pelo recogido en una cola o un moño. No habla y le dirige miradas ocasionales de reojo, sus labios anormalmente hinchados y repintados de carmín. Él tamborilea con los dedos en la pernera raída y ensangrentada. Su sangre sigue siendo roja, qué bien. Mira a su conductora de nuevo y cree conocerla. Le va a preguntar «¿Qué hace una chica como tú en un vehículo de la Policía Naval como este?». Luego se lo piensa mejor y decide que sí la conoce, que al fin y al cabo tiene relación con los uniformes y las graduaciones. Es una poli. Sus labios eran menos carnosos, pero siempre iba así de repintada, con el mismo color de pelo rubicundo, igual de robusta, aunque con ese saco que lleva por túnica lo parece aún más. Sí, la conoce, la guardia de tráfico que se ponía frente al paso de cebra de uno de los colegios del centro.

—¿Adónde me llevas, querida compañera?

El traqueteo del vehículo sobre el descenso lleno de irregularidades ocupa el silencio que obtiene por respuesta. Cada vez van más rápido.

—¿El caos te dejó sin lengua?

—Deberías venir con nosotros —dice ella, al fin, con una voz muy nasal.

—Ah, muy bien, ¿para entrar en la secta y eso? No hay nada que necesite más, créeme, *entrar* en la secta. ¿Sigue vivo Hutter?

El cuello carnoso de la cultora, abultadamente carnoso, gira noventa grados para dirigirle una mirada penetrante. El forro de la capucha en el otro lado de la cara parece una grotesca oreja que la afea aún más. Sus ojos, lejos de quedarse en un complemento más del aberrante cuadro, despiden un fulgor enfermizo y oscuro que le hacen replantearse la situación. Repara entonces en que no ha guardado el revólver que lleva en la otra mano, cerca de la portezuela, y se alegra de ello y de que todavía le queden balas en el tambor.

—Claro que sigue vivo. ¿Acaso la luzzz se ha apagado? Él sigue guiándonos, él nos guiará y nos... mostrrará...

Tu discurso es penoso, guarra lameculos.

—... ¿Cómo le conoces?

—En realidad es un viejo amigo —dice él, subiéndose de nuevo la

bufanda para que no le vea sonreír—; se podría decir —añade ajustándose las gafas— que nuestras familias están emparentadas gracias a él.

—Ah...

La cultora se queda con la boca abierta, un tanto bobalicona, y concentra su atención al frente, luego gira el volante con brusquedad para tomar la curva. Ambos se remueven en sus asientos sin el cinturón de seguridad puesto. *Qué mal ejemplo das, poli de mierda, pero claro, ya has olvidado todas las reglas que no dicte tu secta.* Él levanta la vista y aferra el revólver cuando de súbito la mujer comienza a vociferar en una lengua incomprensible:

—*¡Urrr urnastinn navracumatunnn!*

Por poco chocan con un vehículo URO militar carbonizado y volcado a un lado del camino, entre las rocas. De pasada —la mujer no se detiene— puede ver las piernas desnudas y ennegrecidas de lo que pudo ser, a juzgar por las botas militares tiradas y requemadas a pocos metros, el conductor oficial de dicho vehículo.

—La Lengua... —dice ella, siempre como si estuviera constipada.

—¿Qué?

—¿Sabes la Lengua?

—Sí, claro, eso del *naainnnainngrrinn paugüin pauder* —se burla él, tratando de recordar lo que salía de la boca de los seres del Arsenal.

—No sabes la Lengua, todos nosotros sabemos hablarla —profiere ella, alarmantemente despreocupada del volante.

El vehículo bascula al pasar sobre unas rocas. Las ramas de un árbol arañan la ventanilla del copiloto. Algunas cajas y paquetes de la parte de atrás del vehículo se remueven. Por primera vez él repara en dichas cosas.

—No, no conozco esas regurgitaciones sonoras; oye, ¿qué llevas ahí detrás? —se gira un poco para asomarse.

—Son armas, déjalas.

Él sonríe. Ha visto un lanzagranadas.

—Nosotros conocemos la Lllengua —insiste ella, a punto de quedarse con la lengua enrollada en la boca.

—Oye, atiende al camino. Y volvamos a lo de las armas, armas como esta —la apunta ahora con el revólver amartillado—. Puedo conducir este coche yo mismo, pero prefiero hacerlo por las buenas. Me vas a llevar donde Hutter.

Ella le mira con odio y se aferra al volante. Sus labios fruncidos e hinchados podrían denotar cualquier cosa aparte de cólera. Es imposible predecir cómo reaccionará esa loca.

—No tenéis por qué tener miedo de mí. Solo soy uno contra muchos, ¿no? A Hutter le gustará verme, te lo prometo, tengo que recordarle de quién soy hermano, y quién era mi madre. Mi madre, se

podría decir, es tu madre, ¿sabes? La madre del caos…

Una mirada glacial al frente es lo que obtiene por respuesta. No ha dejado de acelerar, pero aún maneja el volante como si no quisiera estrellarse.

—¿Dónde os escondéis?

Silencio. El vehículo se va acercando a la carretera que enlaza con la urbanización.

—Supongo que no en vuestro edificio, ya que se desplomó con los primeros temblores de tierra. Lástima que no os pillara dentro, ¿eh?

El traqueteo se estabiliza. Es un gusto meterse ahora por las carreteras sin preocuparse de los semáforos y de otros vehículos, si exceptuamos los que se hallan abandonados o destrozados en mitad de la calzada. El Nissan atropella un cadáver como si fuera un resalto, y su conductora continúa en silencio. Con las ventanillas subidas, él incluso puede distinguir bajo la túnica la respiración atrancada de la mujer. No parece muy alterada, pero sí furiosa. Sigue acelerando.

—Te volaré la cabeza antes de que te estrelles, te lo prometo. ¿Dónde está Hutter?

—Te llevaré con él.

—Ah, muy lista, bien, me llevarás, ¿eh? ¿Y si te obligo y te dejo aquí más muerta aún?

Por primera vez encuentra unos dientes diminutos bajo los labios carnosos, torcidos en una sonrisa desafiante, estremecedora. Sigue acelerando y no mira las curvas ahora que se interna en la plaza de España. Aquí fue donde estalló el primer camión cisterna junto a la gasolinera. El toldo de la pizzería acabó entre los escombros de comisaría, a más de cincuenta metros. El Nissan golpea el resguardo metálico de sus faros contra el carrito abandonado de los periódicos. Se sube a la acera, derriba una papelera y se reincorpora a la carretera. Irrumpe en la alameda de San Antón.

Él no deja de apuntarla, aunque no sabe quién de los dos tiene más miedo. La cultora se ha metido en dirección prohibida y se abre paso sin girar demasiado el volante por entre los vehículos abandonados y destrozados a lo largo de la avenida. El Nissan embiste una de las escobillas de un vehículo de la limpieza y la empuja unos cuantos metros antes de desaparecer en un cruce. Nunca antes había parecido tan corta la avenida.

Continúa dudando si dispararle a través de la túnica cuando llegan a una nueva rotonda. A alguna parte lo lleva, eso es seguro, hay demasiados edificios, farolas y vehículos travesados con los cuales podrían haberse estrellado ya. Duda que pueda disparar tras un frenazo brusco sin cinturón de seguridad, saldría volando por el parabrisas. Por si acaso, alarga la mano a un costado y se abrocha el cinturón sin perderla de vista ni a ella ni a la carretera. La mochila le

molesta a la espalda, pero…

—¿Conoces a nuestro Hutter? —dice ella entre dientes.

El vehículo se dirige a uno de los barrios, concretamente a la urbanización Mediterráneo, aunque no tiene muy claro si se detendrá allí. De hecho, no tiene claro si se detendrá o cómo lo hará.

—Oh, sí, le conozco, el gran Hutter y su Logia Delta… Él a lo mejor no me conoce bien, pero me conocerá. ¿Está muy lejos de aquí?

Los nudillos descarnados se marcan sobre el volante. Si había creído poder mantener una tensa conversación entre antagonistas que se respetan, se da cuenta de que se equivoca. Esa mirada es capaz de reflejar furia y un complejo tumultuoso difícil de predecir. Los edificios oscurecidos, sucios, y muchas calles colapsadas, inundadas o chamuscadas. Alguien debe poner orden en esto. ¿Será posible hacerlo? ¿Será posible que el desastre se circunscriba y no se extienda más allá de la ciudad portuaria? Piensa en el agua, en las partículas de dióxido de azufre concentradas en exceso en el aire, en los cultores que estaban cargando un buque capaz de soportar la explosión cercana de una mina, en la gente que huyó de la ciudad, quién sabe si contaminada irremediablemente.

Su futuro más inmediato no depende, no obstante, de que funcione el dispositivo de emergencia tras la declaración de estado de alarma de la ciudad. Más bien depende de la loca al volante que sortea ahora calles más estrechas, pero menos bloqueadas. Están a punto de pasar frente a un hotel al pie de carretera cuando la cultora gira con violencia como para meterse en el parking.

—¡Le llevaré tu sangre a Huttergggg…!

Esas escenas urbanas de velocidad —la conductora había llegado a los cien por hora— han hecho que le pillen desprevenido. Ya no puede apuntarle a la capucha, y choca contra la ventanilla. Lo cierto es que no tenía mucha intención de volarle los sesos. Sabe que no le será fácil volver a capturar a un cultor, y que Hutter está vivo y escondido en alguna parte.

Pero tiene que disparar cuando a la loca se le engancha la túnica con la palanca de acomodación del asiento al intentar saltar del vehículo en marcha, que va directo a empotrarse contra un extremo del hotel. El gatillo fácil y el roce del vehículo contra una palmera antes de estrellarse precipitan el manchurrón de sesos en la ventanilla. La portezuela se abre del todo y la conductora cae inerte, arrastrada por el vehículo mientras el hombre de la bufanda se afana por mover el volante lo justo para evitar el impacto directo contra el muro. La cultora es arrollada por una de las ruedas traseras del Nissan antes de que este derrape, choque contra otro vehículo y se ladee hasta ponerse a dos ruedas.

Se estrella contra el salpicadero. Pierde el revólver y la consciencia

durante unos segundos. Sujeto todavía por el arnés, se ve zarandeado violentamente entre la lluvia de cristales y el crujido del metal y el plástico. No ha sido un choque tan benigno como había pretendido con su rápida intervención, aunque al menos no ha reventado ni el motor ni ninguno de los explosivos que deben de haber por ahí detrás.

Sale bamboleándose del vehículo, soportando un dolor lacerante en las piernas. Se subiría las perneras para comprobar el estado amoratado de sus extremidades, pero puede caminar, y solo le sangra la nariz. Todavía sangra, otra buena señal.

Dirige un vistazo al cuerpo abultado de la cultora. Tira de su túnica rasgada, hurga en sus bolsillos, se fija en la pistolera oculta y poco más. Supone demasiado esfuerzo andar registrando el cadáver. Ya no tiene más interés que cualquiera de esos cuerpos esparcidos a lo largo y ancho de la ciudad, más basura que no se sabe si alguien vendrá a limpiar. Así que, caminando como lo que debiera ser un zombi, abre la puerta de atrás del vehículo siniestrado. Cajas revueltas y garrafas de un líquido que no desea examinar. Con desgana, tira las gafas de sol rotas y las pisa. Sonríe al comprobar el contenido del Nissan, y uno de sus incisivos se le cae como una gota de sangre más al suelo. Ha perdido un diente, y no importa a qué se lo atribuya: al accidente o a la descomposición. Sigue vivo, padeciendo dolor, y sigue importándole más bien poco. Ya no debe rendirle culto a la belleza, hace días que no siente especial interés por los bocadillos de jamón (ni por alimento alguno), ni debe preocuparse por si tendrá que ir al dentista. Sus prioridades son otras: un fusil de asalto CETME L, varias pistolas Llama M-82 de 9 mm, un lanzagranadas C-90 y varias granadas de mano Calderón. El resto del contenido del vehículo es irrelevante, y no tiene muy claro que ese humillo negro que sale del capó no sea peligroso. Agarra el fusil, una pistola y un par de granadas de mano. Todavía cojeando, pasa por encima de uno de los zuecos ensangrentados de la cultora y regresa al interior del vehículo. Cerca de la palanca de cambios se encuentra su propio revólver perdido.

—Sin él, el superhéroe no está complet… —dice entre toses sanguinolentas.

Alza la cabeza con dificultad. Las banderas en la fachada del hotel ondean sin fuerza. Los edificios, ya más bajos que en el núcleo de Cartagena, solitarios y en su mayoría con las persianas echadas. Una bandada de pájaros. El cielo continúa turbio y despejado a su modo. Regresa la paz por un momento. De hecho, hay un súbito silencio que le hace sentirse más observado que otras veces. ¿Por dónde buscar ahora? ¿Registrar viviendas particulares? ¿Asomarse a edificios oficiales? ¿Tal vez entrar a saquear tiendas? ¿Subirse a los tejados?

Por aquí sopla algo de aire que se une al suave zumbido que siente en los oídos y que le hace eco en el pecho. Vuelve a tomar conciencia

de los pequeños sonidos aislados en la paz forzada de la ciudad, como las hojas caídas de los árboles, que recorren en silenciosa y errática trayectoria los bordillos. Avanza por el centro de la calzada a paso lento y percibe por alguna ventana el goteo lento pero constante. Gotas camufladas en la inmovilidad monótona de la piedra y el metal, de las jardineras y de los carteles recubiertos de cinta adhesiva. Las luces navideñas se mecen de un extremo a otro de la calle. Parece una ciudad en tensión, a punto de revivir, de recuperar el movimiento frenético, o de morir definitiva y abruptamente, a pesar de sus edificios con fachadas restauradas y sus modernos aparatos de calefacción instalados. Está tan deprimido a pesar de sus armas. Tal vez solo está cansado de vagar, pero no puede hacer otra cosa ahora que no sabe dónde ir. Caminar como un zombi solitario calle arriba, mirando de reojo los vehículos con la perezosa intención de ocupar alguno. No le anima la idea de seguir haciendo el bestia sobre cuatro ruedas, ni sobre dos, lo cual sería más fácil, aunque no se ha fijado si había motos abandonadas. Va caminando como caminaba antes del desastre: sin prestar demasiada atención a su alrededor. La ciudad es tan gris y monótona, tan predecible en su inactividad. Basta con levantar de cuando en cuando la cabeza del suelo para apartarse...

... Si viene algún coche. Se pone en guardia, se sube a la acera y se pega a una papelera por temor a un nuevo encuentro con cultores. No puede fijarse en gran cosa del utilitario que atraviesa la calle a gran velocidad, pero no llevaban capuchas, y eran por lo menos dos. El tubo de escape humea un poco más hasta desaparecer, aunque deja durante un rato el rugido del motor en el ambiente, como una pista invisible para el hombre que camina con renovado ánimo en sus músculos y que ahora aprieta el paso.

Cualquier dirección es buena.

8

ANUARIO DE 1982

Calcuta, miércoles 10 de marzo

Nueve planetas de nuestro sistema solar se alinean en una inusual conjunción, repetida solo cada 500 años, consistente en que se agrupan todos en un único cuadrante de la órbita del astro rey, resultando visibles simultáneamente desde la Tierra. El hecho había suscitado las predicciones catastróficas de numerosos astrólogos, especialmente en India y China, donde se crean situaciones de paroxismo público ante la creencia de que el mundo toca a su fin en el día de hoy. Igualmente, la realidad desmiente la predicción, formulada en el libro El efecto de Júpiter, de que la ciudad de Los Ángeles sería destruida por una catástrofe natural.

Ya quedaba menos para los exámenes. Esta tarde, dada la cantidad de materia que había que estudiar, la podría estar aprovechando con un estudio intensivo para ajustar al máximo el calendario de temas y asignaturas que se había establecido. Claro que esta vez el calendario iba a ser más bien flexible.

El aire fresco le despejó las ideas al abandonar su cuarto, el piso y las insufribles amistades de sus compañeras. Le sentaba de maravilla. Respiró el oxígeno de los árboles por el paseo de camino a la UNED, bajo un sol cada vez más persistente por las tardes, y se acomodó al ritmo de las almas a su alrededor, a pie o motorizadas. Se aisló de sus preocupaciones, se convirtió en una viandante más, una pincelada extra de un cuadro cotidiano. Ni siquiera iba a la universidad. El camino era casi el mismo, pero ella sabía bien que iba a su curso, y ya no se sentía mal por ello. Salir de casa le había venido bien, y una vez fuera, ¿para qué ir a la UNED? Las tutorías eran inútiles, y más en estas fechas si no tenías dudas acerca del temario. Así que iba dispuesta a relajar su mente con números, quién se lo iba a decir.

Se encontró a Juan, que subía la rueda delantera de su ciclomotor a la acera y sorteaba los bolardos, y pensó que saludarle con esa carpeta azul que le regalaron podría convertirse en una buena costumbre. María se fijó en los colores claros y en las formas angulosas del edificio que la rodeaba. Se había convertido en una imagen agradable, escolar, por así decirlo, con la que toparse cada jueves o viernes de la semana. También le gustaría que este paraje ajardinado, este reducto de ciudad invadido por las cafeterías, constituyese su lugar de encuentro social donde reunirse del modo acostumbrado con su grupo de amigos. Y que durase muchos años, que siguiesen reuniéndose aquí o cerca a pesar de haber finalizado

todos los contenidos del curso.

Juan podría estar cogiéndola de la mano de camino a la puerta enrejada, y ella no sabría decir si sus intenciones eran románticas o más bien de necesidad de afiliación; un amigo, un grupo, eso estaría genial. Toda esa gente de ahí dentro, ¿qué gustos tendrán? Quería conocerlos, que se terminasen de presentar, y hablar en los descansos si los había, y crear subgrupos, intimar, cotillear, organizar salidas... Como en una universidad normal.

En la universidad suele haber estudiantes incluso de edad avanzada. Aquí también había «estudiantes» de edad, pero la ilusión de sonrisas y complicidad entre recién conocidos se hizo añicos al reconocer las ondulaciones canosas de su madre.

María experimentó una breve regresión que la llevó a su infancia, a la puerta del colegio. Reía con sus amigas porque habían encontrado unos chicles en el suelo. De inmediato, su madre (en la regresión era tan vieja como aquí) la agarraba con fiereza por la muñeca y la reprendía por haber pensado siquiera comerse algo abandonado en el suelo.

Parpadeó y enseguida recobró la compostura del que saluda a un conocido. Eso le parecía su madre acompañada de una vecina: una conocida que se había topado por casualidad. Un hola y un hasta luego, y cada una a lo suyo. Pero no, Juan la seguía detrás, ahora detenido a la espera de la resolución del encuentro mientras Mariela, la madre, comentaba con la vecina que esta es su hija, que no sabe qué hace aquí, que vaya cosas...

Quería que las baldosas del paseo alrededor del edificio se abrieran y surgiera, entre rugidos, la deidad de la secta de la meditación trascendental para tragársela. Notaba el ardor bajo su liviana capa de maquillaje y lo sentía derretirse hasta dibujarle en la comisura de los labios una fea mueca de estupidez y de parálisis. «Hola, mamá», era lo único coherente que pudo articular. No había escapatoria. Juan ya empezaba a apremiarla para entrar, y para esa vecina inoportuna todo era tan normal como una invitación a tomar mate en el salón, decididamente normal que una hija y su madre compartieran actividades.

María deseaba con todas sus fuerzas que esto no fuera cierto, que su madre no estuviese subiendo con ella las escaleras en la penumbra del ventanuco, que no estuviera jodiéndole el curso por el que estaba descuidando sus estudios, que su presencia no le fastidiase su natural desparpajo para intimar con Juan y socializar con el resto debidamente. Para su desgracia, la realidad, aunque absurda, se empeñaba en mostrarle que estaba sucediendo y que no había más remedio que tragar y seguir sonriendo —si a esa mueca entre balbuceos se la podía considerar sonrisa—, responder a las preguntas

obvias de Juan —«¿Así que es tu madre, no?»—, y dejar que mamá explicase por sí sola cómo se había metido en esto.

Por lo visto, la inestimable vecina del cuarto había decidido darle el palique acostumbrado de una vez cada seis meses, y claro, *después de tanto tiempo sin hablar y sin vernos, pues había que ponerse al día; por cierto, he visto un curso gratuito para personas viejas y aburridas como nosotras, ¿por qué no te apuntas conmigo y pasamos allí las tardes? Igual hasta nos dan galletitas o conocemos a algún jubilado guapo…*

María subía resignada, en el fondo incluso aliviada. El curso dejaría de tener atractivo y podría abandonarlo y retornar al estudio intensivo, al camino hacia donde parecía dirigirse su vida. Al llegar al rellano, donde el suelo ya no se veía tan limpio como la semana anterior, se vio casi arrastrada por Juan hasta su sitio, rodeado de caras que cada vez resultaban más conocidas. Hutter pasó junto a ella dedicándole un cálido saludo mientras se dirigía a hablar con su secretaria a propósito del portátil. Juan la dejó pasar primero, y allí estaba su silla, tan torcida como la dejó. Los compañeros del extremo derecho esperaron pacientemente a que ellos dos terminaran de pasar y sentarse, y luego hicieron lo propio. Su madre se había quedado rezagada en las filas de atrás hasta desaparecer por completo. Pero de cuando en cuando María creía distinguir entre el murmullo el timbre de voz de su madre, más animado de lo habitual. Y fue entonces cuando se sintió sobrecogida ante el número de personas que el curso había logrado congregar, ante la diversidad de edades y caracteres, ante la sobriedad del entorno y la expectación levantada por una temática que jamás triunfaría en televisión. Debía de haber algo especial tras esas gafas de montura gruesa, tras el color pálido de la mesa y lo alargado y estrecho de las ventanas, tras la pizarra llena de garabatos numéricos de la sesión anterior y el portátil con proyector preparado para dar una clase magistral destinada a personas con de variado nivel cultural, personas aburridas, elitistas, egocéntricas quizá… No, no era así, esto era mucho más aglutinador. ¿Qué era, pues, esto?

Hutter, presentándose de nuevo, se encargó de contestar a la pregunta.

—… Y ahora que me he vuelto a presentar y hemos conocido los nombres y los rostros de nuestros nuevos compañeros, creo que es hora de que empecemos con un tema que resumirá bien lo que vimos la semana pasada.

Hutter se movía más de lo acostumbrado por la sala, agitando constantemente un llavero en su bolsillo izquierdo, si bien su expresión era serena y su voz enérgica, lo que contagiaba su

entusiasmo, a pesar de que aún no había dicho nada con contenido.

—... Y aunque todavía es posible que venga más gente, y así lo espero, creo que esta vez no se quedará casi nadie sin la introducción del curso.

(Tres viejos más y ese de los granos de ahí a lo mejor no tiene ni dieciocho voy a tener que ponerme las pilas bien y quedarme con todos...).

Os vais a enterar.

Borró la pizarra. En los márgenes asomaban restos de rotulador cuando giró sobre sus talones de manera elegante.

—Bien, supongo que muchos recordaréis lo acaecido hace casi un año, aquel fenómeno conocido en las noticias como «la soledad». ¿Alguien lo recuerda? ¿Alguien podría levantar la mano y resumirme de qué iba eso de «la soledad»?

Hutter rodeó la mesa y se aproximó a las primeras filas, sin intención de ir mucho más lejos. En la segunda fila de la izquierda, un hombre con la cabeza afeitada y mono azul de trabajo murmuraba algo.

—A ver, tu nombre era... —dijo Hutter, señalándole.

—Manuel —respondió con un marcado acento regional, *Manué*.

—Manuel, creo que lo sabes, ¿puedes resumir de qué va eso de «la soledad»?

—Sí, bueno, era eso del Justino González, que murió solo y encima entraron a robarle...

—Y todo lo que machacaron en las noticias sobre la gente que es soltera o vive sola —intervino una voz desde más atrás de María.

—Exacto, muchas gracias a los dos —dijo Hutter—. De eso quería hablar. Le ocurre algo a una vieja gloria del cine, y enseguida se suceden cadenas de acontecimientos relacionados, adecuadamente organizados y presentados por los telediarios, periódicos y programas de sobremesa ávidos de sacar dinero con los testimonios de gente en similar situación. Pero hay algo que ya he dicho —dio media vuelta y dibujó un círculo en la pizarra; dentro, una palabra—: conexión. Todo está conectado más allá de que cuatro listillos decidan machacarnos con noticias parecidas para vender su espacio. Así, lo resumiré.

Tomó aire. *Me prestáis atención, ¿eh? Muy bien.*

—... Justino González murió solo en su piso céntrico de Madrid. Una banda de delincuentes organizados entró en su piso y se lo encontró muerto. Por supuesto, eso no les importó para robar, pero pronto surgieron voces denunciando el problema social de la soledad, que no es algo exclusivo de la tercera edad.

¿Hablo bien, pastillero social?, se dijo Hutter, mirando a Juanjo, que estaba en las últimas filas con cara soñolienta.

—Mi compañera Sonia va a empezar a repartir fotocopias de recortes de periódico donde comentan algunos de los casos locales y

nacionales de que se hicieron eco los medios de comunicación, a propósito de un problema social que por lo visto había empezado a interesar.

Sonia se paseó primero por las filas de atrás para que fueran pasando fotocopias destinadas a las carpetillas.

—Así, el actor muere y sale Almodóvar recordándole en sus años mozos, y tal y cual. Muy entrañable recordar a Justino ahora que ya está muerto. De inmediato, se pone sobre alerta acerca de los robos en hogares de personas que viven solas, casos que se venían sucediendo quizá de mucho antes, pero que ahora parecían especialmente abundantes o destacados por las noticias. Yo me inclino por una tercera posibilidad: que un acontecimiento se relaciona y propicia que se originen los restantes.

La pizarra comenzó a llenarse de líneas que pretendían confluir a modo de irradiación con el círculo central. El rotulador chirriaba.

(Muchos ni entenderéis de qué cojones estoy hablando así que...).

—... Muertes y accidentes en pisos solitarios, el drama de las ciudades, suicidios de adolescentes depresivos, acosados por sus compañeros o maltratados por sus padres, niñas jugando con magia negra, testimonios de solteros y su penoso estado mental, y el remate, la noticia de aquí, de Cartagena, ¿alguien la recuerda? No la de la tal Lucrecia, la más reciente, la de la funcionaria.

Robert, que hoy venía con una camiseta de The Cure haciendo honor a la broma de la semana pasada a propósito de su apodo, pidió la palabra.

—A ti ya te conozco, dinos —instó Hutter, señalándole con el rotulador.

—La funcionaria loca que mató a tres personas antes de que lograran reducirla.

—Parece que te gustan estos temas, ¿eh? —bromeó—. Pues sí, la funcionaria de la ventanilla del Impuesto sobre Bienes Inmuebles. Una mujer que muchos conocimos por sus fotografías en el periódico y por sus incursiones en las noticias nacionales. Pero llamarla loca es una forma muy pobre de describirla; ella no fue más que una explosión inesperada de una de las ramificaciones de nuestro hecho principal: la soledad. ¿Sabíais que hacía cinco años que se había divorciado? ¿Sabíais que se le agravó un trastorno de ansiedad? ¿Conocíais todo el cúmulo de factores que intervinieron en que perdiese los nervios hasta ese extremo y saltara el mostrador, tijeras en mano, dispuesta a matar a dos ciudadanos y a uno de sus compañeros que intentó detenerla? ¿Lo sabías, Robert?

—¿Eh? Esto..., no, no lo sabía todo...

—No importa, la conclusión es la misma: la soledad es peligrosa. ¿Qué me decís, os sentís vosotros menos solos ahora que estáis aquí

reunidos, aunque quizá no os hayáis llegado a conocer del todo? Quiero una respuesta rápida, quiero que digáis sí o no. ¿Os parece que os sentís menos solos al estar aquí con el resto? Todos os escuchan, yo el primero, ¡hablad!

Saltaría sobre vuestras cabezas…

Hutter se paseó por la sala señalando a personas, animándolas, casi obligándolas a contestar. La indecisión o cualquier desvío hacia la palabra «no» era rápidamente cuestionado con un fruncimiento de ceño, con una invitación abierta a mirar los rostros atentos del resto de compañeros, con una sonrisa cálida y paternalista de Hutter, o con la presencia de Sonia desafiándoles a fuerza de escote.

—¡Sí! ¿Veis? Esa es la palabra, esa es la primera y simple verdad de vuestros sentimientos aquí. Quizá algunos todavía estéis confusos, pensando si esto va con vosotros o no, pero creedme, creed a vuestros compañeros, SÍ va con vosotros, sí va con todo el mundo, porque todo el mundo es proclive a sentirse solo, porque a todo el mundo le gustaría conocer las respuestas a muchas cosas. Por ejemplo, ¿qué puedo hacer para no sentirme solo?

Se notó la boca seca. Buscó con mirada ansiosa el botellín de agua que creía haber puesto por alguna parte. ¡Allí, en el soporte para el proyector! Lo cogió con fiereza y arrancó el tapón. Dos tragos y apagó cualquier murmullo existente. Su voz sonaba clara y resonante. Se diría que sus oyentes estaban hipnotizados… *O alucinando del rollo que estoy soltando, debo… (¡calla, imbécil, lo estás haciendo de muerte!)*.

—Solución: venir aquí y aprender qué he hecho, qué estoy haciendo y qué puedo hacer para no sentirme solo. Y ahora, vamos a explicarlo con manzanas. Aquí tengo…

Rebuscó en su bolsillo e hizo tintinear las llaves. Al poco sacó un dado. Se encontraba en el pasillo entre las dos columnas de oyentes. Con la mirada buscó rápido una persona a quien darle el dado. La que estaba a su derecha tenía cara de tonta *(pero debo hacerme con todo mi público)*. Muy cerca, Villafranca sonreía con los brazos cruzados. Ahora le haría una buena demostración de cómo hacer participar hasta a los retrasados mentales.

—… un dado. Tómalo y tíralo. Ten, no seas tímida. ¿Cómo te llamas?

—Josefa.

—Quiero que todos saludéis a Josefa, quizá todavía no la conocíais. ¡Venga! —Hutter hizo un aspaviento cómico con una sonrisa húmeda y los ojos cristalinos tras sus lentes, que empezaban a empañarse por los bordes. Debía volver pronto a las proximidades del aire acondicionado.

Un coro difuso de voces la saludó.

—Y Josefa tiene ¿cuántos años?

—¿Yo?

No, mi padre.

—Sí, ¿qué edad tienes?

—Treinta y tres.

—Genial, y eres de aquí, de Cartagena, ¿verdad?

—Sí, sí, soy de aquí.

—Coge el dado. ¿Te gustan los juegos? ¿El parchís quizá?

—De pequeña me gustaba mucho jugar al parchís con mi abuela en el patio que tenía en el pueblo y…

—Estupendo, pues ahora necesito que lances el dado, al suelo mismo, venga, pero no lo tires muy fuerte, que a Sonia no le va a hacer mucha gracia tener que buscarlo —hizo un guiño burlón a su novia, quien parecía más pendiente de vigilar las sonrisillas que Cathy, en las filas de atrás, dedicaba a alguno de los comentarios de Hutter—. Venga, tíralo.

El dado repiqueteó por el suelo y se coló por entre los pies de dos filas más adelante.

(¿No sabes tirarlo mejor, so idiota…?).

—Muy bien, ayudadme, por favor.

Hutter se agachó e intentó parar el dado en los últimos ruedos antes de que se perdiese entre unas zapatillas deportivas. El propietario de las zapatillas hizo ademán de agacharse a cogerlo, pero Hutter, con una mueca de desagrado oculta bajo una amabilidad forzada, se ofreció.

—Un cuatro, Josefa. Si volvieses a lanzarlo —ahora Hutter aferraba el dado mostrando el número, pero sin intención de volvérselo a dar—, ¿qué probabilidades tendrías de sacar un número cualquiera, otro cuatro, por ejemplo?

Josefa dudó.

—La pregunta es fácil, pero no tenéis por qué saberla, no importa. Para eso está María, por ejemplo.

Hutter se regodeó con los conatos de rubor en el rostro de María.

—Sí… —comenzó la aludida—, para una tirada cualquiera sería una probabilidad de uno entre seis, pero si tenemos en cuenta la tirada anterior…

—Muy bien, tu madre estará orgullosa, ¿verdad que sí, Mariela?

Me estoy pasando.

Se escuchó el comentario de rigor de Mariela.

—Perdona, María, por la broma. Muchas gracias por tu ayuda; la próxima vez incluso puedes interrumpirme y responder a la pregunta sin que yo tenga que pedírtelo. ¡Y los demás lo mismo! ¿Sabéis? ¡Eh!, quiero oíros.

Esperó las jocosas afirmaciones, que fueron aprovechadas para introducir algún comentario fuera del tema. Hutter volvió a tomar las

riendas acercándose a Josefa, e hizo que esta se levantara.

—Bien, mirad a Josefa, por favor, venga. Eso es, Josefa tiraría el dado —le puso el dado en la palma de la mano y se la cerró sujetándole el puño— moviendo el brazo así —le movió el antebrazo desde el puño—, y todos diríais como María que es puro azar, que hay una probabilidad entre seis de que salga un cuatro o cualquier otro número que hayamos dicho. Yo os digo, sin embargo, que el azar es una palabra que alguien inventó para tratar de predecir mal el resultado de algo que no se puede precisar con seguridad. Nadie puede saber con seguridad qué número va a salir, ¿verdad?

Varios rostros cercanos menearon con timidez la cabeza en respuesta a la mirada insistente del orador.

—¿Pero acaso no os habéis planteado que al lanzar el dado Josefa, sin saberlo, lo tiene sujeto de determinada forma?, ¿que lo arroja con determinada fuerza y en determinado ángulo?, ¿que en la sala hay determinada corriente de aire?, ¿que el suelo cuando choque contra él posee una dureza específica y muescas que lo harán girar hacia uno u otro lado?, ¿que el mismo dado puede tener los bordes romos o muy afilados?, ¿que puede ser de un material que rebote mucho o de uno que rebote poco?... Y así con un número muy grande de factores que sería muy difícil de controlar para sacar el mismo número cada vez que lo tiremos. ¡Los casinos se arruinarían! ¡Todo el mundo sacaría un cinco en el parchís cuando le conviniese! ¡Así no se podría jugar!, ¿verdad, Josefa?

Esta sonrió.

—Pues esto mismo es lo que pasa con todo, con todas las cosas que creemos que ocurren por casualidad. Nada es casual, lo que ocurre es que no podemos o no sabemos precisar todos y cada uno de los factores que entran en juego para que suceda una cosa, que vengan a robarnos a nosotros y no al vecino, por ejemplo. Lo del dado es un poco difícil, Josefa tendría que entrenarse mucho y no moverse de la misma habitación con el mismo aire para lograr sacar siempre el mismo número; pero a nosotros no nos importa eso, aunque a lo mejor lo del bingo es más fácil de ver... —Añadió, con una mueca simpática dirigida a nadie en particular, aunque en su fuero interno se guiaba por los tópicos de la vejez y sabía que era a este sector al que pretendía cautivar con el comentario—. Lo que nos importa es descubrir en nuestras acciones cotidianas qué es lo que hay que hacer o no hacer para evitar que nos pasen cosas indeseadas, o incluso para decidir a quién creer cuando nos pretenden convencer de una idea, sea religiosa o sea para vendernos una aspiradora.

—Pero ¿entonces se pueden predecir los números de la loto o no? —intervino un espontáneo, con una amplia sonrisa entre juguetona y pasota.

El orador regresó a su mesa. La intervención del espontáneo era cuando menos deseable: estaba logrando participación, y se le daba muy bien seguirle el juego a los graciosillos. Con todo, estuvo a punto de tropezar. Había voces que, tal vez por lo chillonas, lograban irritarle y hacerle perder el hilo del discurso. Dio gracias a que tuviera la situación controlada. De no haber sido así, tal vez habría dejado escapar de su boca pensamientos nada apropiados para su imagen. Acabó respondiendo con una sonrisa benévola:

—Si fuera tan fácil, yo sería el primero en ser rico. Bien, y ahora, si... os parece —recondujo, haciendo una seña a Sonia—, vamos a ponernos un nombre apropiado para el curso. Sonia os va a pasar un folio con una tabla de letras y su equivalente en número. Lo único que hay que hacer es buscar cada letra de vuestro nombre en la tabla y sumar su valor. Luego multiplicaremos ese valor por un número que corresponde a vuestro signo del zodiaco. Al final, todos os llamaréis, por ejemplo, Ana 17. No os preocupéis, es muy fácil de calcular; además, los alumnos del año pasado os ayudarán. ¿Lleváis las calculadoras, chicos?... Muy bien. Ellos se pasearán e irán ayudando a quien lo necesite. Vamos, que esto se hace en un segundo...

María «258» había tenido tiempo de observar muchas cosas. Una de ellas era la celeridad con que se habían levantado unos cuantos hombres y mujeres calculadora en mano, dispuestos a ayudar al resto de compañeros en sus tareas aritméticas. Para ella, sobre todo disponiendo de papel y lápiz, no había supuesto ningún reto sumar los números correspondientes a cada una de las letras de su nombre para luego multiplicar la suma por seis, el número correspondiente a su signo del zodiaco. Divertido. Ahora la tal Sonia paseaba su faldita y su perfume cargante por las filas repartiendo unas pegatinas redondas parecidas a las que se ven en algunos concursos de la televisión. Según Hutter, ahí debían escribir su nombre seguido del número calculado. Muy peculiar. También le había llamado la atención que Juan sacase una calculadora idéntica, como si todos la hubiesen comprado en el mismo sitio, aunque tal vez era porque Hutter las había proporcionado en ediciones anteriores del curso. Juan no se había levantado como el resto, sino que seguía *muy cerca* de ella, monitorizando sus cálculos, con amabilidad, eso sí, lo que resultaba una manera eufemística de decir que andaba husmeando en sus hojas. Y por increíble que pareciera, la gente, desde los jóvenes hasta los mayores, se divertía con semejante chorrada. Ella misma había de reconocer que no era por la actividad en sí, sino por el dinamismo que imprimía Hutter, por lograr capturar la atención de su público en cualquier momento, y por sugerir posibilidades que ella no creía realizables en la práctica, pero

que como teorías resultaban incluso interesantes. Y lo que le había llamado más la atención había sido lo aceptablemente cómoda que se encontraba con la presencia cercana de su madre, y eso implicaba sonreír en público con normalidad, incluso bromear con Juan y con la otra chica de al lado de vez en cuando. Su madre ya tenía bastante con la compañía y con la estimulación de sus anquilosadas neuronas con algo distinto al televisor; y por qué no decirlo, con la promesa de aquella bandeja cubierta con papel de panadería sobre la mesa, que auguraba un intermedio o un final de sesión con pastas de té o pastelillos.

Por momentos esto se convertía en una reunión de antiguos conocidos, tal vez una fiesta de fin de curso o, más acorde con la natural suspicacia de María, con la preparación para un buen intento de venta de productos. Pronto dejó de pensar en eso cuando Juan le escribió con descaro —y deliciosa complicidad— el número y el nombre en la pegatina que a continuación le pegó sobre el pecho. Y en el resto de las sillas ocurría algo similar. María, en un momento dado y con la sonrisa todavía en los labios, miró a su alrededor y se encontró con rostros divertidos bajo una luz que se le antojaba algo pálida, como adormecida, evocadora de tardes más oscuras de invierno, que invitaba a tomar chocolate caliente y a apretujarse unos contra otros para darse calor. Y no chocolate, pero sí había pastas de té que comenzaron a circular de fila a fila, de lado a lado, suficientes para todos. Casi todos hablaban ya en corrillos. Quienes se habían levantado para pasearse con las calculadoras permanecían inclinados con la mano en el hombro de las personas con las que mejor habían congeniado. Hutter danzaba dando algún mordisco ocasional a las pastas, haciendo comentarios encantadores y deteniéndose sobre todo frente al regocijado sector de personas de mayor edad, al tiempo que la secretaria hacía las delicias de los más jóvenes del sexo masculino con algo de conversación, simpatía y apetecibles vistas.

¿Qué le han echado a las pastas?, pensó María, y pronto se dijo que le daba igual si acaso el aire acondicionado reciclaba humo de marihuana. Había muchas voces, muchas caras nuevas, y estaba ubicada, era escuchada, era parte de algo, fuera lo que fuese. Se preguntó, ajena, como si se estuviese dedicando a sí misma un chiste, si se había metido en una secta, y luego se replicaba, percatándose de lo alto que era Juan, que no estaba mal el chico, y que no estaban haciendo nada malo, todo lo contrario. Ese tío con gafas y camisa bien planchada se codeaba incluso con los jóvenes como un profesor enrollado, y no les pedía nada a cambio que no fuera escuchar y escuchar sus desvaríos filosóficos. No había ningún dios al que rendir tributo, ni por lo visto ningún código moral al que ceñirse para ser salvados. Si esto era una secta, era de las que molaban.

Miró su reloj, el tiempo volaba. Ese hombre de rasgos alemanes no reconduciría la sesión, esto se acababa, *hasta la semana que viene, volveré, no lo dudes, y si suspendo le recordaré a mi madre lo bien que nos vino el curso a las dos.*

Luego se sorprendió al verse a sí misma arrastrada por un grupo de gente que se le antojaba una multitud que bajaba las escaleras, abría paquetes de tabaco, sacaba sus carteras para comprar botellines de agua en el quiosco cercano. Estaban en el patio, la claridad de la tarde se mantenía, la ciudad había seguido sin ellos, su madre se había ofrecido a comprarle algo para merendar, Juan la había invitado a dar una vuelta alrededor del edificio, se había mezclado con dos grupos de gente a la vez, y todos hablaban de cosas distintas, superficiales, y parecían felices; ese debía de ser el estado ideal del ser humano en compañía, caldo de cultivo para estrechar lazos con unos pocos y consolidar lo que tuviese con el resto de almas, adecuadamente guiadas por una voz firme que, tras unos quince minutos de descanso, logró que el rebaño regresase al redil para continuar con eso que estuvieran haciendo. Hutter en persona le cedió el paso hacia las escaleras.

—¿Te va gustando el curso, María 258? ¿Estás a gusto entre nosotros?

A ella no le agradó el tono, pero sí la presencia física de Hutter, su mirada, su arqueo de cejas, y la sensación de estar rodeada de personas que esperaban a que ella subiese con ellas hacia un destino en común.

—Sí, me va gustando el curso.

¿Qué otra cosa iba a responder si subía del lado de Juan como si acabase de encontrar a sus nuevos y mejores amigos?

—Pablo, Pablo 48.

—Muy bien, Pablo 48, ahora dinos muy resumidamente a qué te dedicas o por qué te caracterizas.

Hutter se encontraba cómodo, apoyado en el borde de la mesa y con los puños sobre la misma, a su espalda, las piernas cruzadas a nivel de los tobillos.

—Muchos me conocerán, a lo mejor, de la línea de autobuses. Suelo estar en la que va hacia Los Dolores.

—¿Alguien conoce entonces a este buen hombre? —preguntó Hutter al aire, sobrevolando las miradas de sus atentos oyentes.

Cuando los comentarios menguaron, Hutter se separó de la mesa y dio pasitos en torno a ella. En todo momento miraba a su compañero levantado y al resto.

—Bien, Pablo 48, para mí no eres un desconocido, pero a los

demás les interesaría saber un poco más de ti para poder empezar a trabajar y romper el hielo, la timidez de las clases y eso...

—Claro.

Antes de seguir preguntando, vigiló los movimientos confiados de su compañero. Pablo era un hombre de treinta y tantos. Llevaba una camiseta con un anuncio de cerveza estampado. Se movía inquieto y meneaba con algo de chulería su cabeza de pelo claro y escaso mientras acompañaba con una mueca divertida cada una de las preguntas de Hutter, quien no tenía claro si había escogido al adecuado para comenzar la cadena.

—Muy bien. Como ya espero haber dicho en esta sesión, nosotros podemos hacer algo por nuestro destino, por nuestras decisiones. Podemos decidir qué está bien, qué es verdadero o qué falso para nosotros, y para ello basta con que estemos atentos a lo que hacemos en el día a día, y en cómo los demás son también en buena parte responsables de lo que nos pasa. Así, nuestro compañero Pablo 48 nos va a comentar cómo decidió apuntarse... Vale, cómo decidió apuntarse otra vez al curso.

Pablo miró hacia el techo un segundo, dejó que Sonia regresara a su asiento, y devolvió la mirada a un Hutter expectante, otra vez apoyado en la mesa.

—Pues bueno, no es que yo fuera un alcohólico, pero desde que mis amigos se casaron, pasaba demasiado tiempo solo, y como mis padres fallecieron hace ya, pues digamos que el autobús no lo es todo...

Explícate mejor, imbécil. Hutter carraspeó antes de intervenir:

—A ver, entonces ¿te apuntaste porque te sentías solo? ¿Qué te hacía beber?

—Bueno, no, los fines de semana y eso, qué va a pensar esta gente. Durante los días laborables no bebía, como no fuera un poco de vino por las noches. Me ayudaba a dormir. No..., el caso es que empecé a notar que andaba un poco perdido, y no tenía apenas apoyo emocional, así que fui bebiendo más, matando ratos insufribles frente al televisor o en los bares, pero sin conocer a nadie interesante, ya me entendéis —varias risotadas del público obligaron a Hutter a sonreír también.

—¿Y no pensaste en ir al psicólogo? —Hutter trató de imprimirle a la pregunta un tono guasón acercándose a su compañero con un ojo entrecerrado y rascándose la cabeza.

—No, si...

—Era broma, hombre. Ya te he entendido, así que entraste en este curso por casualidad, porque estabas un poco deprimido, y porque habías estado el año pasado y te gustó, y echabas de menos la compañía...

—Claro, porque el año pasado fue en Murcia, y como yo vivo aquí, he perdido el contacto con muchos compañeros...

Muy bien, Pablito, muy bien, casi se me olvidaba.

—Ah, sí, claro, que he dado este mismo curso en varias localidades distintas. Muchos de mis antiguos alumnos ni siquiera os conocéis —puntualizó.

—... y necesitaba volver —prosiguió Pablo—; la verdad es que los contenidos del curso han mejorado, y yo me encuentro algo perdido últimamente. No sé qué es, es ese algo, ese aburrimiento..., o que aquí me encuentro muy a gusto, no sé si se me entiende. En el autobús conoces gente, hablas y eso, pero no es lo mismo, a esa gente no llegas a conocerla, ni sabes que te entienden cuando hablas de cosas raras...

—¿Cosas raras? —*No te pases, pedazo de...*

—Sí..., bueno, ya me entendéis.

—¿Alguien le entiende? —Hutter atajó cualquier intento de respuesta meneando la mano—. Dejadlo, qué más da. No pretendo entenderos del todo, seguro que ni vuestra madre os entendía, como para entenderos yo.

Satisfecho con la respuesta obtenida a su último comentario, se acercó a Pablo, y tocándole el hombro le invitó a sentarse de nuevo. Con el dedo en alto sobrevoló cabezas, apuntando con la mirada. María le miraba casi temerosa, pero supuso que como cualquier otro. Seguro que aquí había gente dispuesta a hablar por los codos, pero era preferible ir primero a por los tímidos.

¡Te cacé!, pensó, señalando cerca de donde estaba María, reprimiendo el impulso de soltar una carcajada.

—Tú, a ver..., *Constanza 232*, buen número, capicúa. Levántate para que te oigamos mejor y cuéntanos un poco. Tranquila, mujer, estás entre amigos, y a todos nos encanta escucharte. Por cierto, ¿qué edad tienes? ¡No contestes aún! Pareces joven, pero no tienes por qué responder con precisión. Los números son importantes para nosotros, como habrás podido comprobar, pero de momento me vale con que me digas «Taytantos».

—Tengo treinta y dos —dijo esta, ajustándose las pulseras.

—¡Joder!... Perdón, pues pareces más joven. No os riáis, hombre, si es un cumplido, ¿no? Ejem..., no nos perdamos, lo que yo quería saber es qué te ha llevado a apuntarte, y por qué crees que seguirás viniendo semana tras semana. La primera pregunta primero, por favor.

Retrocedió despacio con aire afable y paciente. Ella vaciló antes de articular:

—Pues nada, como ya dijo aquí mi compañera el otro día —señalando a María—, estoy aquí porque he venido.

Qué graciosa..., pensó Hutter.

—... Bueno, estaba en la estación de trenes y había un grupo de

personas, dos de ellos están aquí en el curso, y estaban hablando, y me preguntaron por el horario, y luego nos pusimos a hablar y salió el tema, porque uno llevaba el folleto del curso y me lo dieron y…

—Vale, así que te llamó la atención, pero ¿qué te llevó a venir? Mucha gente no tiene tiempo o ganas para cursos raros, y encima lo de «descubrir la verdad» suena un poco raro, ¿no? Eso es lo que decía 48…, Pablo 48, que esto es muy raro.

—Sí —sonrió ella—, pero bueno, está bien, es interesante…

—Claro, faltaría más, pero no me hagas la pelota —ella se ruborizó, aunque pareció hacerle mucha gracia—. Pero dime, ¿he logrado que te plantees siquiera por un momento algunas cosas de las que has venido haciendo a lo largo de tu vida? ¿Tú te sentías plenamente satisfecha con tu vida? ¿Creías que te faltaba saber algo o conocer a alguien? ¿Tal vez dedicar tiempo para pensar porque no tenías tiempo para ello o porque no sabías en qué pensar adecuadamente? Dime cuándo fue la última vez que te sentiste contenta, contenta de verdad.

—Pues…

—Seguro que tendrás personas, familia que te quiere y que en Navidades vienen y te saludan, o te encuentras con viejas amigas y tomáis algo por ahí o vais al cine a ver una película.

—Sí…, claro…

—¿Pero a que quizá te has dejado llevar por la rutina? Incluso si haces viajes de vez en cuando, ¿a que hay preguntas para las que no tienes respuesta?

—S… Sí, supon…

—Claro, es normal. —Hutter ahora se movía enérgico por la sala. Había subido un poco la voz, pese a que ahora tenía que aclarársela más a menudo. Ya no le importaba mucho que se le notara el sudor en las sobaqueras, aunque procuraba pasearse frente al chorro de aire acondicionado—. A todos nos pasa, ¿a que sí? —no esperó demasiado a que los demás contestasen, aunque Juan fue uno de los que dijeron con claridad «Sí»—. A todos nos pasa, y supongo que también te habrás sentido triste y habrás echado en falta más seguridad para afrontar el día a día, ¿a que sí?

—Sí…

—No hay más que encender el televisor, joder… Perdonad mi vocabulario a veces, solo son palabras. No hablo muy bien el alemán, pero seguro que encontraría expresiones que sonasen menos a taco, pero no me van los «¡caramba!» ni similares…

(Que te pierdes).

—… A lo que iba. Tú, Constanza 232, como casi todos, o me atrevería a decir que todos los aquí presentes, te sentirías mejor conociendo algunas respuestas. Cada uno necesita las suyas, a algunos

les gustaría saber si existe Dios, a otros si desear al marido del vecino está bien, si el Gobierno y su política antiterrorista va con nosotros... En fin, preguntas. ¿Te has sentido triste últimamente?

—No..., bueno, sí, supongo, pero no me acuerdo...

—Tranquila, perdona que te atosigue así, es que a veces me embalo —se aproximó a ella y habló como en confidencia—. No quiero detalles personales, tus compañeros no son tan cotillas; lo que quiero es que hagas memoria y comentes por encima qué te hizo sentir triste, cuál fue la última vez que estuviste triste.

—Pues...

—Tal vez algo que viste por las noticias o...

—No —atajó ella—, fue cuando murió un tío mío de cáncer, hace unos meses.

—Vaya, debió de ser duro.

—Sí.

—Es normal, la pérdida nos hace sentirnos más solos. Pero no quiero que esto sea demasiado tristón, todo lo contrario. Os voy a proponer un ejercicio que la semana que viene o cuando sea comentaremos con el resto de compañeros. Está inspirado en una película que vi una vez, aunque de forma más sencilla. Se trata de que tú y Pablo 48 os veáis quince minutos, o media hora, tal vez lo que dure un viaje de ida y vuelta en el autobús, y que habléis de lo que os preocupa a cada uno, que os contéis por turno vuestras penas. También podéis quedar para tomar algo, pero no os estoy proponiendo una cita, ¿eh?, aunque si queréis...

Tenía al público otra vez en el bote. Hutter sonreía y miraba con discreción la tripita de Constanza. *Esta para ti, autobusero de pacotilla*... Pablo observaba entre divertido y apurado.

—No os preocupéis, que es muy fácil. Mira —refiriéndose a Constanza, a la que le sudaban las manos—, como seguro que tú eres de aquí cerca, Pablo 48 te dice su línea de autobús y la hora, para que coincidáis. Él te hace el favor de no cobrarte el viaje de ida y vuelta, y aprovecháis para ir todo el camino hablando. Favor por favor. Luego, el próximo día, comentáis con los compañeros la experiencia, y ya veremos que toda acción tiene su reacción, y que nuestro destino depende de estas pequeñas cosas.

Constanza preguntó a qué hora pasaba el autobús, porque ella trabajaba, y que luego tenía que hacer la compra y...

—Los detalles los aclaráis luego a la salida, es cuestión de voluntad y un mínimo esfuerzo. No me obliguéis a arreglaros una cita, ¿eh? Venga, puedes sentarte, no nos distraigamos, que queda poco tiempo para irnos...

«Poco tiempo» era una medida harto imprecisa. Para María, un hombre que en tanta estima tenía a los números debía ser más exacto en cuanto a horarios. No parecía haber prisa, ni sabría adivinar de cuánto iban a ser las sesiones a partir de ahora. Tampoco tenía muy clara la estructura de las sesiones, ni lograba imaginarse el alcance de los contenidos, si los habría después de tanta introducción. De lo único que podía estar segura era de sus sensaciones al respecto, y tal vez ni eso. Ya había transcurrido más de una hora y media desde que se encontrase con su madre en la puerta, y no estaba cansada, aunque sí algo saturada del movimiento de cabezas cercano, de los chorros extraviados de aire acondicionado, de los diferentes ángulos cargados de eco desde los que oía a Hutter, del movimiento incansable de este y de su manía de llamarlos a todos por el número además de por el nombre; y de Juan, que le hacía bajar las defensas con sus bromas al preguntar cosas como dónde había comprado su blusa o incluso al opinar sobre los últimos estrenos en los cines. Su compañera de al lado le pedía prestado el lápiz, Hutter le preguntaba a ella si tenía un caramelo, después al resto, y luego proseguía con su charla incansable, con su dedo tieso dispuesto a solicitar opinión, y los coches seguían pasando por allí fuera, ajenos a la burbuja de espacio-tiempo en donde los números se utilizaban como letras y los amigos se conocían entre pastas de té, tubos fluorescentes y buena dosis de pseudociencia.

No era capaz de distinguir ya el aroma de las colonias y desodorantes —o incluso de los malos olores—, no le inquietaba si seguirían mucho más tiempo aquí sentados o si traerían más comida, tal vez bebida. El curso y sus compañeros cómplices se limitaban a disfrutar del espectáculo. Los que hubiesen decidido que esto no iba con ellos se reservaban su opinión y no tenían que esforzarse en disimular su aburrimiento, ya que no lo había, debido a una singular mecánica de oratoria que no funcionaría tan bien ni en política. María había dejado de pensar que tratarían de venderle algo al finalizar la sesión, había dejado de burlarse de algunas de las insinuaciones de Hutter, y había dejado de pensar que su madre se hartaría, no volvería más y la recriminaría a la salida por perder el tiempo en semejantes tonterías y…

—María, ¿te gustan las fiestas?

—Sí —respondió, reaccionando con rapidez, abriendo bien los ojos.

—¿Le monta fiestas en casa su hija, Mariela?

La aludida se hizo visible en el fondo entre rostros que se hacían a un lado.

—No, mi hija es muy tranquila, y además reside en un piso con amigas.

—Estudiantes, mamá —dijo María.

—Eso dije, estudiantes.

—Pero a pesar de eso, te gusta una fiesta de vez en cuando, ¿no? —insistió Hutter, volviendo con María.

—Sí, depende, pero sí...

—Bien, porque haremos alguna que otra, por edades, para que todos se sientan a gusto y...

Hutter seguía hablando y esparciendo su colonia. La de él sí era fácilmente distinguible, aunque no sabría precisar la marca. Era suave, fresca, probablemente deportiva. Llevaba apretado el cinturón, no era un hombre grueso, y se movía con soltura. Se preguntó si haría deporte, si ese anillo significaría que estaba casado con esa tal Sonia o que había estado casado alguna vez, cómo sería el colgante que se entreveía bajo la camisa, dónde veraneaba para tener una tez morena tan poco propia de su ascendencia alemana...

Guardó mecánicamente una hoja más que Sonia le pasó sin que Hutter cesara su discurso y su ronda de preguntas. En ocasiones hacía que dos alumnos se preguntasen y respondiesen mutuamente, y él permanecía con ese aire de suficiencia apoyado en una columna o en la mesa, iluminada su sonrisa, sus dientes tan blancos como los de un anuncio de dentífrico. Y Juan la traía a esa otra parte de esta realidad hipnótica golpeteándole juguetón con la capucha del bolígrafo en el brazo, y ella le respondía removiéndose, divertida, diciéndole que no acabarían bien ellos dos al final del curso...

—... también haremos *role-playing*, más cadenas de favores, y organizaremos actividades extraescolares, por así decirlo, para aquellas personas habilidosas que sepan jardinería, costura, música o lo que sea. Como veis, todo está relacionado con todo; cualquier faceta de vuestra vida es aplicable a los contenidos de este curso.

María podía escuchar la voz de su madre. Sonaba animada; muy pocos estaban serios, esto no era un curso serio, pero todos escuchaban, y Hutter todavía se atrevía a decir que podían traerse a los niños, que no importaba cuán ocupados estuviesen, que este era un curso muy flexible.

—¿Y qué es eso del *role-playing*? —preguntó alguien.

—Un mini ensayo teatral para practicar tareas o ver ejemplos de situaciones que podrían darse en la vida real y que nosotros podremos analizar. Son como juegos de interpretación que se utilizan incluso para practicar entrevistas de trabajo. Claro que nuestra aplicación será otra.

—¿Y cuándo se acaba esto?

María se volvió para identificar el rostro al que pertenecía esa voz masculina. La había escuchado ya en más de una ocasión. Interrumpía a Hutter con un tono de pasotismo que no le agradaba. A Hutter tampoco parecía hacerle mucha gracia, a juzgar por la menor cantidad

de sonrisas y miradas que dedicaba a ese alumno. La pregunta, con todo, tenía sentido, y era oportuna si una no tenía en cuenta la falta de consideración adivinada en la actitud del tipo. Mucha gente miró con discreción su reloj o el teléfono móvil.

—¿Es que tienes prisa por irte? ¿No estás a gusto? ¿Hay alguien aquí a quien no te guste ver y por eso estás tan inquieto?

—¡Que no! Si yo lo decía porque...

—Sí, puede que tengas responsabilidades; más de uno las tenemos, pero lo importante aquí es no interrumpir innecesariamente el flujo de la sesión. Si estamos aquí es para relajarnos y reconsiderar nuestro estrés diario. De todas formas, si alguno siente necesidad de marcharse antes por motivos de fuerza mayor, no pasa nada, basta con que se levante y lo pida, y será bien recibido la próxima vez. ¿Tú tienes responsabilidades que atender?

—Pues...

—¿O es solo que te aburres? ¿Te aburres porque no me ha dado tiempo a dejarte hablar lo suficiente? A lo mejor he hecho la introducción muy larga, pero las siguientes clases serán más rápidas y amenas, y hasta traeré algo de beber. ¿No te han gustado las pastas? ¿A alguien no le han gustado las pastas?

—Si no era eso, hombre, es que ya van dos horas y se me duerme el culo de estar sentado.

—Claro, es comprensible, a ver si puedo cambiar las sillas. De todas formas, si necesitas mover las piernas, puedes bajar un poco las escaleras. Con que no interrumpas demasiado a tus compañeros a mí no me importa. Me interesa vuestra comodidad. ¿Tú estás cómodo?

—Sí, sí; si se está muy a gusto aquí y eso, pero...

—Entonces todo bien, ¿no? No me gusta que mis alumnos lo pasen mal, pero tampoco que se queden sin saber de qué va esto, y sin aprender a relajarse y dejar que su estrés diario se vaya a otro sitio. ¿Es que no le viene bien de vez en cuando a una persona sentarse a hablar con los amigos?

Hutter desvió la mirada del inoportuno y reparó en María, quien asentía levemente.

—De todas formas ya casi estamos terminando. Me estaba despidiendo, en realidad, y me gusta despedirme como cabe hacerlo. Es muy importante que sepáis...

María miró su reloj y se sintió culpable por ello. Era cierto que estaban terminando, pero tampoco se había puesto punto y final a la charla. Y en lo que restó de sesión, nadie volvió a interrumpir.

—... ¿Quién me iba a decir que acabaría en el papel de padre y tú en el de hija que se funde la tarjeta de crédito? Y lo más gracioso del

caso es que vas a comprar *chino*, y esa palabra no la asocio esta vez con productos baratos…

En el salón de actos del edificio de la Logia Delta aún se podía apreciar una mezcla variada de fragancias y olores humanos, si bien hacía más de cinco minutos que casi todos se habían marchado, y Hutter ya había abierto algunas ventanas.

—Sabes que lo necesito, no sé por qué me sales ahora con estas… —replicó Sonia.

—Te salgo con estas porque se suponía que estabas dejando la heroína, y que ahora la fumes no es mi idea de dejarlo. Ayer mismo fuiste a comprar, ¿a eso lo llamas tú controlarte? ¿Es que prefieres que te lleve a un centro para drogatas? —los dientes le rechinaban con cada una de sus palabras

Esperando la réplica de una taciturna Sonia, ordenó compulsivamente los rotuladores de la pizarra, su carpeta con fotocopias, e incluso las sillas de las primeras filas. Su novia, de pie con el ceño fruncido y el portátil colgándole de las correas como una bandolera.

—Ve apagando las luces.

Los tacones de Sonia resonaron por los extremos de la sala. Hutter se quedó mirándola, palpándose la cartera en el bolsillo. Por lo visto, estaba convencida de que obedeciendo conseguiría que le abriera el billetero.

—Ya sé que nuestra relación no se basa ni debería basarse en que yo te mantenga a cambio de pequeños favores, pero a veces no eres consciente de que aunque así fuera tampoco me sacarías mucho. ¿Te piensas que nado en la abundancia? ¿Hace falta que te recuerde…?

—¡No! —profirió esta, apagando la primera línea de tubos fluorescentes. Hutter se ensombreció.

Zorra asquerosa.

—… ¡No me interrumpas! El curso acaba de empezar, y ¿sabes cuánto he sacado de las cuotas? ¡Solo lo que me han dado los viejos alumnos!, que no es mucho. Todavía no hemos preparado trabajos de mantenimiento ni hemos ofertado revistas o actividades esotéricas algunas, ¿de dónde te crees que saco el dinero? Dedicarme a esto exige tiempo. Lo único que me mantiene es la participación que tengo en los tres restaurantes de Murcia y la librería, y con todo eso tengo que vivir, pagar los materiales del curso y costearte tus vicios.

—¿Mis vicios? ¿Solo mis vicios? —una nueva línea de tubos se oscureció.

—En las fiestas todo el mundo colabora, nena, todo el mundo menos tú, claro…

Deseaba cambiar el tono, darle un beso en el cuello e incluso esperarla cerca del parque a que terminara de comprar la droga para

luego regresar abrazados, como dos enamorados que aún suspiran el uno por el otro. Pero no podía, estaba eufórico por los resultados de la sesión y al mismo tiempo agotado, y le fastidiaba la pinta de drogadicta que a veces Sonia no sabía disimular, y la ropa que llevaba. María, por contra, era una buena chica, inteligente, apropiada para una persona como él, *sí, María estaría bien.*

—... ¿Y qué haces siempre vestida así?

—Es verano.

—¡Ya!, pero eso no te da derecho a darles motivo de conversación a las viejas puritanas ni a las jóvenes envidiosas. ¿Sabes cómo te mira la mayoría? Como lo que eres, una puta reciclada en secretaria, y se preguntan cómo yo, un hombre tan formal y bien arreglado, te tiene de novia, ¿y sabes qué conclusiones sacan?

—¿Y te crees todo eso que estás diciendo?

Se apagó la última línea de tubos. Hutter atravesó con furia el pasillo central. Por alguna parte se filtraba algo de brisa y de murmullo callejero. Como si de una bofetada se tratase, una silla de las últimas filas arrastró y chocó contra el portátil que la joven llevaba colgado.

—¿Y qué importa...?

¡Qué cojones importa, puta asquerosa del infierno! Se imaginó cómo golpeaba a Sonia contra la pared, y esta vez lo que había en su cabeza y lo que hacía —agarrar la correa del portátil— se parecía tanto que la joven gimió de dolor y de miedo.

—... ¿Qué importa lo que yo me crea? ¡Eh! ¡Lo que importa es lo que toda esa gente vea en ti, y por descontado lo que vean en mí! ¡Necesitan un líder, alguien a quien respetar, y no a un motivo más de cotilleos! ¿Te crees que esto es una broma, te crees que no me estoy jugando nada con tus modelitos? ¡Venga, dime ahora que así me pareceré al conde Lecquio!

Tal vez en otras circunstancias ella habría sonreído con sorna y le habría seguido la broma, tal vez hasta se habrían reído juntos como solían hacerlo. *No tiene que ver con que me esté aburriendo de ti... (¿seguro?, piensas demasiado en María, como cualquier casposo de mediana edad, como el conde ese...) ¡No!*

—¡NO! —gruñó Hutter, aflojando su presa. La agarró ahora de los hombros—. No..., nada de eso. Esto es importante, ¿sabes? Las apariencias son importantes para el vulgo, para la gente que en realidad no está preparada para entender la grandeza de los valores que propugno.

Tuvo que sujetarla cuando se zafaba hacia las escaleras. La retuvo con firmeza por el brazo que ya no llevaba el portátil. Una franja de luz vespertina atravesó la sombra de ojos de la joven. Se fijó en los matices acuosos que empezaban a formarse en sus ojos de ordinario

seductores, demasiado despiertos para una prostituta adicta cualquiera.

Si tu propósito es cambiar las cosas, a lo mejor si empiezas por esta, por esta por la que nadie daría nada...

—Sonia —dijo tratando de sonar cálido; aún no se le había ido el tono de conferenciante. Carraspeó—. Sé que no tienes dinero, y sé que has estado ejerciendo con uno de los alumnos. Lo dejo pasar porque es uno de los antiguos, pero ¿tienes idea de lo que pasaría si se enteraran de que eres una prostituta, de que andas acostándote con los alumnos por dinero? ¡Eh, escucha! —ella cada vez ofrecía menos resistencia y sorbió por la nariz—. Todavía no tenemos libertad total, espérate al menos a que instaure la moral de grupo, espérate a que estemos consolidados y no me jodas el discurso ensombreciéndome. ¡Ellos no quieren saber que mi secretaria es una prostituta y una yonqui! ¡No quiero que lo sepan!, ¿me entiendes? ¡Contesta!

No estaba satisfecho con el asentimiento flácido que esta le dedicó, ni con las marcas que seguro le había dejado en los hombros antes de soltarla. Recogió el portátil y se marchó en silencio, envuelta en la penumbra, y Hutter era incapaz de evaluar el vínculo que todavía mantenía con ella, ni siquiera sabía si le seguía respetando, o si ya solo le temía como a un chulo de putas.

Esto no lo arreglará, pensó, pero igualmente le abrió el billetero, le dio alcance en el nicho del rellano y la agarró de nuevo, esta vez para liberarla del portátil, alcanzar su mano y depositarle un par de billetes. La besó en la mejilla ignorando su perfume, pensando en cómo olería María, en si formaría parte de su círculo de prelados, si estaría a su lado cuando encontrara los resultados de las ecuaciones, si sería apropiado que una alumna joven anduviera con un veterano profesor como él. *¿Pero qué te impide cambiar? (De eso va todo esto, de cambiar las cosas, de pedirle cuentas a la Creación, ¿no?) Y el hombre que se atreve a emular a Dios..., ¿duda de si sería o no apropiado conquistar a una chica?*

Nadie conquistará a nadie... Ella sola vendrá a mí, como todos.

—Y les daré lo que corresponda, como le di a Sonia.

(No debes cuentas a nadie, imbécil).

Céntrate en las sesiones, céntrate en lo que te queda por hacer, en...

Se quedó solo con el tintineo de sus llaves en el bolsillo tras escuchar el portazo de abajo. Solo con sus pensamientos, y había veces en las que sus pensamientos no eran los mejores compañeros.

María había rechazado la invitación a cenar y quedarse a dormir de su madre, y también una propuesta similar para el día siguiente. En cambio, sí aceptó pasear a su lado y al de la vecina de regreso al piso,

y no porque no le quedaran excusas —que por aquí no me va bien para ir a mi calle, que tengo prisa…—, sino porque de algún modo se sentía obligada (o le apetecía). No había pasado vergüenza con su madre, ni se había sentido cohibida. Ella y la cotorra voluble de la vecina formaban un dúo simpático que, distancias generacionales aparte, era buena compañía para el curso.

Raro. Era la palabra que surgía de tanto en tanto en su cabeza. Era raro no sentirse mal. ¿Cómo expresarlo?… ¿Liberación? María y su madre iban casi pegadas, sin mirarse apenas a los ojos, pero hablando como lo harían dos amigas de toda la vida. Y si de momento rechazaba invitaciones mayores era porque también necesitaba distanciarse y asimilar todo lo acontecido. La vecina se lo ponía fácil, podía decirse que sobraba con ella de por medio. María se sorprendió de lo que habían envejecido los ojos de su madre desde la última vez que mantuvo una verdadera conversación con ella. Eso le produjo una punzada de tristeza. Con todo, se sentía bien, con menos necesidad de reprimir sus emociones, su verdadero yo, cualquiera que fuera este.

Así que ya ves, se decía ya en su escritorio, *con el curso todo son ventajas*. Y trataba de fijar su atención en el grueso libro que le esperaba con sus hojas abiertas. El reloj había dado muchas vueltas, más de las que había previsto al salir de camino al curso. Sus compañeras de piso hablaban lacónicamente y arrastraban sus zapatos de tacón de aquí para allá. Eso no ayudaba demasiado a estudiar, aunque la música bajita que se había puesto amortiguaba los ruidos del exterior. Cosa distinta eran los que procedían de dentro de su cabeza, un bienestar inquietante repleto de imágenes y expresiones faciales entre madre e hija, entre hija y nuevas amistades. El calendario andaba oculto por alguna de las estanterías, suerte que el flexo no dejaba verlo, ya estaba oscureciendo y eso suponía muy poco tiempo para estudiar antes de que el sueño apretase. Más de medio libro esperando, y no le salían las cuentas de los temas que tenía que estudiar al día. *Pero por qué preocuparse, ya no tengo que cumplir ese calendario, sino uno nuevo que se acomode al curso, a mis nuevas experiencias, a mis decisiones…*

Y si esas decisiones no eran, de momento, cuestionadas por aquella con la que aún mantenía lazos de dependencia, mucho mejor. No sentía hormigueo en el estómago ni la garganta como oprimida por quedar poco más de una semana para el primer examen. Debería sentir todas esas cosas, pero no. Estaba más o menos bien, excitada, distraída, ¿sonriente?, menos sola, menos desorientada.

Siempre había un momento para cambiar, ella, las cosas, todo a la vez, qué más daba. Se sentía mejor, algo había empezado a cambiar de hecho, no solo de palabra.

Y no sabía cuánto.

1

ANUARIO DE 1982

El Guayabal, domingo 28 de marzo

El Chichón, volcán del estado mexicano de Chiapas, que no había dado muestras de actividad en los últimos treinta años, entra en erupción arrasando las poblaciones de El Guayabal, El Volcán y Guadalupe Victoria, que quedan sepultadas bajo la lava. El balance oficial de pérdidas humanas es de 22 muertos, 93 heridos y 2350 desaparecidos.

Una vez, hace ya algunos años, cuando aún creía en lo de la vida sana, se decidió a recorrer a pie estas mismas aceras. Llevaba el cabello más corto, y estaba menos muerto. En aquella ocasión tuvo un pretexto para visitar estos barrios, una exposición de fotografía cinematográfica. En este momento, lo único que le mueve por aquí es vagar con la esperanza de dar con una pista que le lleve hacia Hutter eludiendo las confrontaciones directas, como si se empecinara en cruzar una calle de un barrio peligroso, pero por la otra acera, una en la que no estuviesen apostados los maleantes, una desde la cual vigilarlos con la oportuna distancia de por medio, y en última instancia, si fuera inevitable, la confrontación. Y no se siente bien con tanta ambivalencia: rabia que quiere desatar, temor que le refrena.

A lo mejor es que en el fondo sigues siendo un tío pacífico.

En efecto, un hombre que apenas se ha peleado físicamente, descontados los años previos a la adolescencia. Pero ahora roza con insistencia la culata de su revólver con la palma de la mano. Un pistolero caduco en una imitación grotesca de ciudad fantasma.

... o un cobarde.

No había pasado por aquí desde aquella vez, al menos no a pie, y se le presenta la oportunidad de hacer algo distinto, dejar la avenida y tomar la próxima calle a la derecha, desviarse, adentrarse en las callejuelas de la urbanización, indagar en el esqueleto de una ciudad muerta y llena de parásitos.

No hay demasiados comercios por aquí, bares, cafeterías, una autoescuela, una oficina inmobiliaria... Todo en cese de negocio inminente.

Gira la cintura en una finta brusca. Le cuesta mirar hacia arriba. Aunque el sol cada vez está más abajo, la palidez del cielo le obliga a parpadear y la piel se le queda adherida a los ojos. Falta de secreción, supone. Maldice sus gafas rotas, y al mismo tiempo agradece que una bandada de pájaros ensombrezca la calle. Los pájaros siempre están

ahí, como en una cinta de terror, como un mal augurio. En este caso conforman una masa parda y dentada, una especie de murciélagos entonando al unísono un chillido que no le recuerda al sonido de ningún animal que conozca.

La bandada da vueltas sobre él durante unos segundos. Aprovecha para acomodar la visión, sobrevuelan los edificios, marchan, y no los envidia, porque van en grupo, porque son todos iguales, todos cambiados, sin oportunidad de apartarse del grupo, de ser únicos, de hacer algo, aunque sea manejar un arma y engañarse diciéndose que puede escapar de aquí y actuar de manera distinta a la de los cultores. ¿Qué será de él cuando el despliegue del dispositivo de emergencia se haga efectivo? ¿Y cuando la gente regrese a sus hogares, si es que regresan alguna vez cuando todo se haya, digamos, normalizado? ¿Y qué es eso de «normalizado»? ¿Cómo puede lo que ha cambiado volver a ser lo que era? ¿Cómo puede Dios deshacer lo que ha creado, ya puestos?

Todas las preguntas conducen a la secta, a Hutter, y todas contienen respuestas sin esperanza, respuestas donde a él se le corrompe la carne y se le demacra el semblante. Sin su familia, solo. Al contrario que esos pájaros, camina solo, con capacidad para actuar por su cuenta, para apretar el gatillo sin objetivo, caóticamente, sí, ya se sabe, comprender al enemigo para poder enfrentarse a él.

Deja atrás dos esquinas libres de basura (y de muerte) a su derecha, sigue al frente, y se sonríe y se nota los labios cortados al ver una tienda de productos multiprecio. La entrada la obstruye un Papá Noel enorme partido en dos, cubierto de plástico y espumillón.

Lo aparta y entra silbando una melodía navideña, regocijándose con el murmullo de las fuentes de agua en miniatura y con el tictac de algún aparato perdido en las estanterías. Lejos de los escaparates, acostadas en un pasillo más oscuro, asoman unas botas de mujer y unas piernas de vaqueros ajustados. Hay cubiertos, coladores colgados. No es un pasillo que le interese. A él le van más los de cine, pequeños aparatos y chuminadas varias, donde no haya cadáveres, a ser posible.

En un frontal encuentra colgantes, pinturas, gafas de sol de esas que sabe que a la larga le dañarán vista y a lo mejor el tabique nasal, pero a quién le importa a la larga, así que se las lleva.

Algo más a la izquierda, el olor a plástico y cartón le embriaga, le seduce. No tarda en sentirse nostálgico al mirar los duendes de resina. A su madre no le gustaban mucho, decía que eran muy feos con esas caras sonrientes como si anduviesen drogados, y esos colores demasiado apagados para tratarse de seres del bosque. Había un montón, colocados de manera ordenada a lo largo de una estantería que ya acumulaba polvo. Y lo que le quedaba por acumular.

Da media vuelta, asfixiado por ese olor antes embriagador, por la inmensidad de caprichos compulsivos que podría permitirse sin gastar sus últimas monedas, *¿dónde coño los metería?, ¿qué haría con ellos?* Necesita doblar el pasillo y patear el Papá Noel roto, cruzar a la otra acera y alejarse. En un arrebato de furia que se imagina, incluso podría dejar aquí una granada, tal vez en la caja registradora, o en la boca de la muerta del pasillo del fondo, y así satisfacer un impulso gore, descubrir si él es como esas criaturas brutales extraviadas por la ciudad, si necesita sangre humana para no convertirse en una momia mal conservada.

En lugar de todo eso, coge un pequeño transistor. Abre una tapa lateral sin cuidado y descubre que tiene pilas. Bien, pero no es escuchar música lo que pretende para calmarse. Tampoco sabe si quiere calmarse.

Se encuentra poco después en el entramado callejero, tratando de sintonizar algún tipo de noticias locales, más probablemente regionales. Aunque ¡fuera complejos de inferioridad local!, esto se tiene que estar escuchando en las noticias a escala nacional o internacional.

Venga, y universal... Y yo voy a ser un testigo, un superviviente en plena zona cero, piensa, divertido, entre chasquidos y melodías perdidas. No tarda en sintonizar otra cosa. Levanta los ojos del suelo un momento para mirar, una manzana más allá, lo que pudiera ser la boca de un callejón. Hay algo en esa mujer encogida de allá que...

Aquel maullido múltiple e infernal. Una masa de patas que araña cartones, tela, metal, piedra, no lo sabe a ciencia cierta, hasta que se decide a pasar por el otro lado de la calle como un espectador morboso, pero con aprensión. La anciana balancea la mano entre cabezas y bocas gatunas apelotonadas. Sobras del mediodía y algo de agua para los gatitos del callejón. Desde aquí puede olerlos. Apestan, son demasiados y apestan. Se encuentran en un callejón deteriorado, oscuro, abandonado, no se utiliza ni para los contenedores, solo para los aparatos de aire acondicionado, para los cuadros de luz, tal vez para la moto del vecino, y por supuesto para los gatos, que se mueven como uno solo. Y es que de hecho *son* uno. Agitan sus garras descarnadas sobre trajes sanguinolentos que pudieron contener personas vivas y que ahora no son más que bultos. Esas cabezas babeantes, medio ciegas y con los bigotes enredados, se agitan con la coordinación de un único ser, unidos por un lomo confuso, torpe, que pone trabas a la libertad de animales muy independientes que aquí son dependientes entre sí y de su hambre, por lo visto selectiva, porque ignoran el festín de cadáveres cuando la anciana, con la impasibilidad de la costumbre bien arraigada a pesar del horror y el peligro, les ofrece el menú de cada día. En el fondo son animales

agradecidos, no la destrozan, no le amputan la mano como a ese cadáver cuya manga de camisa deja entrever hueso y jirones.

Pasa de largo, no sin antes terminar de ver la escena, en la que la anciana se lleva su botella de agua y sube a su portal sin el comedero. Ni ha reparado en el hombre con bufanda y fusil al hombro, tampoco en otra anciana sanguinolenta hundida en el alcorque de un árbol torcido y tronchado; puede que incluso se conocieran de verse en la boca de ese mismo callejón, o que fueran vecinas, amigas incluso, y ahora ella no repara o no quiere reparar en la mujer muerta.

Supone que la anciana seguirá así día a día hasta que alguien venga a decirle que sus gatitos suponen un peligro urbano evidente, ya se sabe, por las enfermedades. Y cuando se los maten sin soporte de asociación de defensa de los animales alguno, llorará, no por su amiga, vecina o lo que sea, tirada como una bolsa aceitosa de basura; no, llorará por sus amados gatitos, porque ya no tiene qué hacer a esta hora de la tarde, porque ya no tiene quien vaya a visitarla ofreciéndole cariño en forma de ronroneo.

Le cuesta un poco retirar la atención de la mirada vacua de la anciana y centrarse en el botón del aparato, en las emisoras y la voz enfática del locutor. Mientras tanto, recorre calles que enlazan con la avenida.

«... el teléfono de emergencia, o bien acudir a los Servicios de Protección Civil y contingentes creados en sus localidades para confeccionar la lista de desaparecidos. Repetimos, es importante que acudan a dar sus datos a dichos servicios de emergencia para elaborar las listas en los municipios de los refug...».

La sintonía cruje como sus dedos al apretar el aparato, culpándole de la mala recepción. Pero está claro que no solo la mala calidad del producto tiene la culpa. Hay algo en el ambiente, se lo nota en el vello, un campo magnético o algo así. *Si no hubiera sido tan impulsivo*, se recrimina, *podría haber utilizado el equipo de comunicación del Nissan.* Zigzaguea con la radio en la mano extendida, y se encuentra en la avenida, donde la recepción ha mejorado un tanto:

«... Repetimos, es muy importante que no se acerquen a la ciudad de Cartagena. Los accesos se hallan cortados por las fuerzas de seguridad. Se desconoce el alcance de la contaminación y el origen de los mov[...] sísmicos [...] Si disponen de teléfono móvil y quieren intentar contactar con familiares que aún se hallen en la ciudad, háganlo, si bien las líneas no son estables, y las infraestructuras no parecen funcionar, de modo que...».

Un nuevo crujido. Puede entender retazos, si bien no parece muy importante, nada que no sepa ya. Será divertido escuchar las especulaciones, las erráticas medidas de seguridad tomadas. Será divertido saber cuánto tiempo tiene antes de que esto se llene de vehículos, armas y máscaras de protección. En Estados Unidos eso ya habría pasado el domingo, y él se encontraría en este momento en una mesa de quirófano, amordazado y entre jeringuillas y pruebas para saber *what the hell was that*.

«... y declaraciones de ingenieros de aguas, que la desestabilización electroquímica contaminó de alguna manera los suministros. Es muy importante que aquellas personas que aún estén en Cartagena o cercanías no consuman, repetimos, no consuman agua del grifo, que ni siquiera se duchen. Se desconoce todavía qué provoco la reacción en cadena, pero [...]comienda extremar las precauciones: cierren puertas y ventanas, y procuren, sobre todo los que se hallen cerca de las industrias, en el puerto o en el centro de la ciudad, que utilicen máscaras de protección si disponen de una; el aire puede estar contaminado [...], se cree que no es mortal, pero puede ser peligrosa una exposición prolongada...».

¡Qué útiles son!, piensa. Luego la radio pasa a un segundo plano. Escucha voces y silbidos. Sigue caminando.

«... en un primer momento se recomendó no salir de casa; luego, motivados principalmente p[...]r ciertos miembros de los Servicios de Protección Civil y de las fuerzas de seguridad hubo un éxodo masivo de la ciudad hacia otras vecinas, lo cual provocó [...] accidentes. Desde los Servicios de Protección Civil se insta a los ciudadanos que aún se encuentren en Cartagena o proximidades en un radio de uno o dos kilómetros y que tengan posibilidad de sintonizar esta u otra emisora que no salgan, repetimos, que no salgan de sus casas. Sabemos que pueden estar preocupados por su salud [...], hasta la llegada de las fuerzas de seguridad permanezcan en sus domicilios o en el de algún vecino cercano. No hagan viajes ni cojan vehículos. Se desconocen las zonas contaminadas y la posibilidad de nuevos movimientos sísmicos o pequeños tornados. A[...] no se ha podido controlar a los pacientes de la Unidad de Hospitalización Psiquiát[...] ni a las grupos de violentos que han aprovechado la confusión para delinquir en comercios y domicilios...».

Hablando de los reyes de Roma... Se agacha tras un contenedor de escombros. Un chorrillo de agua se desliza manso hasta sus botas desde una de las ventanas del edificio de al lado. El grupo vociferante

en torno a una farola (uno de ellos incluso se encuentra sujeto a la misma) disfruta, a juzgar por las risas intercaladas, si bien aquella esquina está lejos y no puede verles las caras. Tampoco distingue bien el comercio, pero sí el escaparate roto y el cadáver enganchado por la ropa al saliente de la persiana metálica. Hay demasiados metros de por medio. No cree que puedan escuchar la radio, pero por si acaso le baja voz. Está bastante convencido de que no se trata de seres deformes (del cadáver poco puede precisar), aunque su comportamiento no dista mucho de la anormalidad, tal vez de la verdadera normalidad, quién sabe.

Con esa prudencia a ratos incomprensible para él mismo, avanza encorvado y con su abrigo al viento; sí, al viento, sorpresa, algo malo se avecina, seguro. A aquellos no les debe de inquietar. No se han percatado de su presencia, y aprovecha para avanzar pegado a las fachadas hasta un cruce. Desde esa otra esquina puede verles mejor, más resguardado, más cerca. Juegan con cuchillos o dardos, y el cadáver tiene varios clavados, mientras otros caen como si hubieran topado con el hueso, pero desde aquí no se escucha el sonido; se lo imagina, la carne horadada, las gotitas salpicando sin flujo. La cabeza del muerto, cuyo rostro no puede distinguir, está imposiblemente ladeada, se diría que con el cuello rajado. Alguien le debe de haber dado un buen tajo. Tirando un poco se acabaría por arrancarla y tendríamos una escena más desagradable aún. *¿Les tienes miedo?* No se responde, se esconde, tiene su fusil, podría mandar balas adonde esas volutas de humo que rebasan los tejados, pero es que no quiere gastarlas. *También podría ser divertido…* ¿Le queda algo de conciencia? ¿Se siente culpable por las vidas que no ha salvado? ¿Y por qué habría de matarles él, qué delito han cometido aparte de comportarse como unos salvajes? *Tus valores también se pudren*, piensa.

—Aunque creo que ya estaban destinados a ello.

Habría que precisar eso de «destinados»; preguntémosle a Hutter.

Silban y vociferan, ríen, golpean cristales. Hay más, están en la pequeña plaza al cruzar la carretera de ese lado. Puede ver un trozo del talud de césped pisoteado y el bordillo de la acera. *Qué poco cívicos.*

—Por el césped no —farfulla probando una voz de niño repelente, pero se nota la voz cascada, fragmentada. No es la edad, no es el tabaco ni el alcohol, ya lo sabe, es la muerte, o sus prolegómenos.

Aquellos y sus cuchillos no van tras él, no es tan importante como se cree, ni ellos lo son para él. Sube el volumen. Escucha una sintonía musical, publicidad. La emisora es de Murcia, y por lo visto siempre hay espacio para vender productos, qué bien, *solo esperad, mamones, esperad que la contaminación no se extienda por todos lados.* ¡Un momento!, por fin algo interesante:

«... esa sustancia semejante a una droga de inhalación sería capaz de actuar en el sistema nervioso en unos diez segundos, y generar en cuestión de pocas horas sus devastadores efectos sobre el comportamiento y el raciocinio. L[...] expertos dudan [...] procedencia sea de los incendios del Valle de Escombreras generados el pasado sábado, que arrasaron numerosas hectáreas de monte bajo, principalmente palmito y espino negro en el paraje denominado Cabezo de la Porpuz, según fuentes del Centro de Coordinación de Emergencias. Desde este mismo centro se puso en alerta por la proximidad de los tanques de Repsol y las torres de alta tensión; hasta allí acudieron vehículos del parque de bomberos de Cartagena, retenes forestales de Mazarrón, un helicóptero de Protección Civil [...], brigada helitransportada. Todos [...] inútiles [...] ocasionaron una explosión de origen también desconocido en la planta de fabricación de aditivos para carburantes [...] De los gases y la combustión de [...] los...».

Demasiadas interferencias. Despega las botas y ya se encuentra calle abajo. Aún las nota pegajosas. Tal vez haya pisado alguno de esos pájaros muertos. Resulta curioso que algunos vuelen en grupos frenéticos llenos de vitalidad, por muy caótica que esta sea, mientras otros yacen aplastados, como una masa informe a lo largo de los pavimentos de la ciudad, donde en otras circunstancias menos cruentas habrían encontrado migas sueltas. Supone que eso mismo ha pasado con los humanos: unos locos y deformes, otros simplemente locos, otros que ya lo estaban antes de todo esto, y luego quedan los que huyen, los que mueren y quedan tendidos sobre el asfalto como un pájaro más. Cambios tan bruscos... Todavía no ha habido tiempo de comprobar en qué deviene todo esto, qué suerte de adaptación traerá el futuro próximo para este ecosistema local. Y la maldita radio no se oye bien, ahora que solo impera en el ambiente el airecillo, el eco apagado de voces, animales o insectos desconocidos; casi todo es desconocido ahora, ¿no? Está tentado de tirarla en el próximo buzón y hacer canasta, aunque si lo hiciera, ¿qué habría de su adaptación? Cuanta más información para afrontar los cambios drásticos, mejor para un hombre, mejor para alguien que tendrá que hacer frente no solo a la degradación del ecosistema. ¿Y qué será de esas especies oportunistas que tan bien se han adaptado a los cambios? El mejillón cebra, el jacinto de agua... Pero no hace falta irse al río. Las palomas se han asentado en las ciudades, las cigüeñas en los vertederos y las ratas en las alcantarillas. Mientras, otras especies mueren en los tendidos eléctricos, en las aspas metálicas de los molinos de viento, de hambre, o incluso caen al vacío tras escuchar un ruido fuerte. Y luego

está lo del caos. Ahora los animales son susceptibles de acabar pegados al asfalto o injertados al lomo de un compañero de especie. En cuanto al hombre... *Habrá que resistir, ser como esas palomas de miradas voraces e indiferentes al tráfico urbano. Seguro que ahora serán incluso capaces de atacar a las capuchas de los cultores para arrancarles los granos, los parásitos, la miseria caótica impregnada en sus pieles deformes... (como la tuya).*

—La evolución funciona. Las gaviotas atacan a los niños y las personas se vuelven locas. Todo funciona como debiera. El caos...

Escucha la radio sin acabar la frase, sin detenerse.

«... alejarse de los aparcamientos subterráneos, sótanos y del alcantarillado en gen[...], ya que según informaciones del Centro de Coordinación de Emergencias vienen siendo frecuentes las explosiones por acumulación de metano, probablemente a consecuencia del aumento del nivel freático y el encendido de alguna luz o chispa...».

—Pues sí que se está seguro en la ciudad. No salgan de sus c...

Queda ya poco de aquella ilusión de tranquilidad y refugio urbano. O eso, o que esta zona está especialmente afectada. La radio es un siseo apagado, su abrigo se levanta y se sacude debido a una ráfaga de aire raso. Mira en todas direcciones y parece que dos calles más allá se hayan marchado los de los dardos. Repara en las fachadas, en los toldos, en las macetas de las ventanas, en los barrotes, en los árboles. Se teme lo peor, pero no ve indicios de que haya ocurrido antes, al menos por aquí. Debe de ser algo errante... *Algo caótico*. Gira la cabeza y se queda con la radio en el puño, inmóvil como un gato que acaba de ser deslumbrado. Hay un vehículo en movimiento al otro extremo de la calle, y se espera que le tiroteen, que le dediquen tres o cuatro sonadas de claxon, que intenten atropellarle; espera tantas cosas absurdas... Absurdas como el hecho de que ese vehículo se mueva de delante atrás sin nadie al volante, sin ningún motor encendido. No se aproxima ni se aleja, simplemente se balancea, y las fachadas escupen ladrillos de cuando en cuando como si fuera confeti. El final de la calle, ennegrecido, borroso, tiembla. Su cabello se agita, la bufanda le golpetea el hombro y la mochila, las nuevas gafas sufren el envite de la tierra, de la basura como ceniza levantada por aquel torbellino. Algo le roza la oreja, el pantalón, el cinturón...: propaganda, hojarasca, palos de piruleta, cajetillas de tabaco volando, rodando, chocando, van hacia allá, y él tras ellas si no se descongela.

Corre. Al principio le cuesta, nota sus botas muy pegajosas, alguien podría estar sujetándole el abrigo. Se desentumece y acelera. Sonríe, mira atrás y borra de inmediato la arruga de felicidad en el labio. Ese remolino oscuro, vibrante, magnético, avanza, y quizá sea por el

trazado de la calle, pero se diría que le sigue, que riela y rebota en los muros y sigue...

—Joder.

Una tapa de alcantarilla revienta el cristal de un segundo o tercer piso. Lo ha visto por el rabillo del ojo, aunque no podría asegurar que no se lo ha imaginado hasta momentos después, cuando, antes de doblar por la primera bifurcación a la izquierda, gotas de agua le salpican el rostro. Le dedica una mirada breve pero perpleja al géiser de agua turbia levantada en mitad de la calle que se retuerce metros arriba al paso del torbellino, que por cierto sigue avanzando...

Sería absurdo que un remolino de viento me persiguiera.

Por si acaso, no deja de mirar atrás y acelera. Las ingles le tironean. La próxima vez que tenga que mear se mirará a ver si se le ha desgarrado algo *(¿cuándo fue la última vez que tuve ganas de...?)*; pero su cuerpo responde, vuela, a juzgar por el viento que siente y que le impulsa o retiene desde todos los ángulos, lo que le permite saltar bordillos, bolardos, papeleras, como si la gravedad no existiese.

Atraviesa dos vehículos y un grupo de cajas chamuscadas frente a la fachada de un edificio antiguo, donde ya no hay puerta, sino una entrada en escombros con los restos de un enrejado que debía de estar recién pintado antes de que algo lo rompiera como a un mondadientes. El hedor de los imbornales se le mete en la boca y le escuece en la garganta. Al menos así no se huele a sí mismo, todavía cabe ser optimista...

... antes del crujido que amenaza con tirar abajo un edificio. Una columna difusa repleta de botellas de plástico y otras basuras urbanas se levanta por encima de las antenas de las plantas bajas de la calle que acaba de abandonar. Y por si fuera poco, increíble, el agua todavía le salpica. Gruñe como si le doliera, como si tuviera miedo de que le hubiese caído ácido en la cara y en las manos. Lo cierto es que esa cosa le persigue, de alguna manera, o a lo mejor es que no se ha movido del sitio, a lo mejor es el escenario urbano el que se ha desplazado a su alrededor mientras esa cosa absorbe y absorbe.

¡Ah!, y escucha música, por fin, o son sus oídos, que zumban desesperadamente mientras intentan expulsar el aire de ese torbellino infeccioso. Él, por su parte, cambia de escenario, quiere ser ajeno a las sensaciones de su perturbado cuerpo, centra su mente, un reducto de libertad, de rebeldía, lucha y de autoconservación, en la salida, en el trazado de la avenida, en el paso de peatones manchado de sangre y semáforos ciegos con sus luces reventadas. Fragmentos de cristal se alzan a su paso, su abrigo nunca ha dejado de ondular, ni sus oídos de zumbar. Siente la oscuridad, el erizamiento de piel, la fuerza... tras él.

Y sigue escapando como en un sueño, respirando mecánicamente, preocupándose lo mínimo de su fisiología. Se ha metido la radio en un

bolsillo a la carrera, y al poco la nota desprenderse hacia la calzada. Sus gafas están a punto de hacerle compañía, pero se las sujeta. Hay una gasolinera junto a una pequeña rotonda, y no sabe por qué se alegra al ver personas allí como furtivos tras los vehículos desatendidos; ¿de qué le servirían a él? Tal vez como un último acto de disculpa pública por su comportamiento, por su transformación, por su incapacidad de aceptarlo. Un adiós, unas miradas de compasión para cuando esa cosa lo alce y lo parta en dos. Y ese final parece llegar antes de tiempo, antes de la lástima y todo eso. Tropieza y sus botas no tocan la acera a la que quería dirigirse. Intenta en vano agarrarse a la antena de un vehículo con los cristales rotos, a los cristales mismos, nada. Mira con extrañeza una calculadora científica tirada en el bordillo, luego esta se alza y se hace a un lado violentamente, como él cuando amortigua con el hombro el golpe contra un muro.

Aturdido, se ve en el suelo y se arrastra primero, corre después. El torbellino se levanta sobre edificios cuyas techumbres cambian de color, de forma, para luego volver a su aspecto original.

No hay agua salpicando, no hay persecuciones irreales. Se aleja en dirección a la pareja que ahora se hace más visible en la gasolinera del cruce. Ya no va para darles lástima. En realidad no sabe por qué va. ¿Qué les va a decir, «Vengo a salvaros»?

—Voy… —murmura.

Y cuando llega, el hombre moreno y ancho de hombros se detiene con la mano en alto al tiempo que su acompañante, rubia de bote, hace lo propio, solo que con las manos en torno a la puerta del maletero. El hombre, de rasgos gitanos, sostiene un pisapapeles para los periódicos del surtidor. Despacio, encara al peculiar individuo de la bufanda oscura dejando de lado sus intenciones iniciales, que se adivinan por la pose y la puerta de cristal de la tienda.

Mucho viento ha tenido que soplar para que no me oyesen, piensa, acercándose a la pareja, cubriéndose la boca con la bufanda. Cuando recuerde lo que venía a decirles…

—Hola —dice con timidez la muchacha, cerrando el maletero.

Él no responde. Le resulta divertido este comportamiento misterioso, pero también intenta evaluar la situación, y lo hace por el camino más fácil: buscando estereotipos. Ella no parece gitana; tiene la nariz chata y la tez demasiado pálida. El joven sí presenta unos rasgos marcados y morenos, pero con una indumentaria muy corriente que solo destaca por una camisa a rayas muy ajustada y un ornamento dorado. De su lenguaje verbal, de momento, no va a obtener ninguna pista más: calla y observa sin soltar el pisapapeles.

—Se te va a cansar el brazo —dice el de la bufanda al fin.

El hombre baja el brazo. ¿Qué iba a hacer el pisapapeles contra un desconocido armado con un fusil y pistolas, sin contar con alguna que

otra sorpresilla explosiva? O a lo mejor relaja la extremidad porque ya no piensa romper la cristalera.

—¿Tú también te has quedado en la ciudad? —La voz trémula de la joven no conlleva un discurso muy interesante, pero bueno, se ha quedado sin radio, así que…

—Más o menos —ataja él, rodeando el vehículo de la pareja—. Escuchad, ¿no os inquieta el torbellino de allá atrás?

—Pedro Manuel, te dije que hacía mucho viento, vámonos de aquí ya mismo.

El aludido hace un gesto de desdén y mira taciturno por encima de los edificios que acaba de dejar atrás el hombre de la bufanda, y luego a este.

—No pasa nada, tenemos tiempo —dice Pedro Manuel dirigiendo toda su atención al extraño—. Oye, ¿y a dónde vas tú con tanta pistola? ¿A atracar un banco?

—No, pero tú parece que estabas a punto de atracar la tienda de la gasolinera.

Pedro Manuel se sonríe, se da la vuelta y alza de nuevo el brazo. Ahora puede vigilar al recién llegado mediante su reflejo en la cristalera que está a punto de romper.

—A esto no se le puede llamar robar, y menos atracar. ¿Tú ves a alguien a quien atracar?

Él sonríe sin percatarse de la espontaneidad del gesto. La joven se acerca con prudencia al vehículo. Pantalones anchos de color morado, pendientes a juego que la melena no dejaban ver y…, hablando de cosas que no se dejaban ver, un avanzado embarazo. Por un momento, es consciente de la totalidad de sus pensamientos, aunque habría que llamarlos mejor imágenes. Ve los pechos de la joven, su boca repintada y sensual, a Pedro Manuel con los pantalones bajados sobre ella en los aseos de una discoteca, varios bebés amorfos surgiendo de entre los brazos de una madre, entre los escombros de una ciudad, entre los escombros de un mundo que… Y luego una repentina y lúcida idea: ¿por qué está la tienda de la gasolinera cerrada?

Opción uno. Mientras él la considera, Pedro Manuel duda y deja el pisapapeles en el suelo. Prueba a meter los dedos en la goma del cierre entre las dos puertas y luego trata de separarlas tirando. *Tal vez los empleados se largaron de la ciudad y, muy prudentes ellos, dejaron (mal) cerrado el negocio.*

—Siempre he querido hacer esto —gorjea Pedro Manuel, adentrándose en la tienda con sus zapatos de suela gorda mientras su acompañante abre de nuevo el maletero.

Opción dos. El maletero está a rebosar de objetos variados de supermercado, sin bolsa, y garrafas con algo que pudiera ser gasolina. Ahora que se fija bien, mientras repara en esta segunda opción, los

asientos de atrás albergan objetos tan variopintos como un reproductor de DVD aún embalado, una lámpara o una bicicleta de niño. *Por cierto, a lo mejor cerraron la puerta de la tienda para dejar algo atrapado dentro.*

Pero ¿el qué?

Se decanta por esta última opción, sobre todo cuando Pedro Manuel, tras haber manipulado la llave de apertura de la puerta, aúlla con todos los graves de su voz mirando el suelo de la trastienda.

—¿Qué pasa, qué pasa? —vocea ella.

Incluso desde fuera, él se da cuenta de que algo se arrastra por la tienda, y es la curiosidad y no la valentía lo que le lleva a asomarse con un revólver en la mano con la misma naturalidad con la que antes llevaba la radio. El joven se sube con agilidad al mostrador y derriba un expositor de llaveros. La mueca de asco y espanto en su rostro es una descripción acertada del ser que se arrastra con los brazos a una velocidad digna de pruebas de entrenamiento de combate. Se le empañan las gafas de sol, quieto en la puerta con las piernas abiertas y el revólver en posición defensiva. Una corriente de aire gélido le agita el abrigo, y las tripas. El consumido ser avanza con unos brazos largos, de manos nervudas y sucias.

Detiene el gatillo. Es solo un empleado de la gasolinera, *joder, tú, Pedro Manuel, deja de vociferar a la embarazada, deja de maldecir, ¿es que no lo ves?, es el empleado de la gasolinera, que no se puede levantar, es solo el empleado…* esquelético, exangüe, con los músculos faciales derretidos y cuarteados, replegados en un rostro de cadáver ceniciento. Los anchos pantalones azul marino del empleado se deslizan por el suelo como los faldones de un chaqué, sin piernas a la vista, y apenas unos muñones como pies. Y por eso se queja, por eso va hacia la puerta como un perro rabioso con los ojos en blanco, o tal vez sin ojos, tal vez sea más de esa espuma blanquecina que le resbala por el mentón y mancha la pechera y el suelo por donde se arrastra para luego fregarlo con su imparable avance.

No le dispara, *podéis seguir gritando y vociferando incoherencias vosotros dos, que yo me aparto…* Y lo hace, se quita de en medio ante la boca abierta, torcida, lechosa, se diría que sin dientes, *¿qué me haría, besarme, contagiarme la enfermedad del beso, darme un abrazo fraternal hasta matarme de tiricia?*

—¡Dios santo, qué es eso, Dios, qué es eso…! —aúlla la muchacha, tropezando consigo misma y chocando contra el surtidor.

Su chico la previene sin bajarse del mostrador, vigilando a través de la cristalera. Y repara en la caja registradora abierta.

El empleado de gasolinera boquea como si intentara tragar agua, se desliza veloz, persiguiendo, cómo no, al recién llegado, al pariente lejano de los muertos: unos silbidos roncos de fosas nasales y una

inclinación pronunciada de vértebras parecen orientar su carrera hacia el del revólver, sin miedo, sin odio. Se diría que abre y cierra la boca como un cachorro que ansía la teta de su madre. Pero él recula y esquiva sin dejar de apuntar entre ceja y ceja al ser, y siente ráfagas de viento más intensas, más frías. La amenaza del torbellino se vuelve a convertir en una realidad.

—¡Rocío, sube al coche, súbete ya! —Pedro Manuel no deja el contenido de la caja registradora.

—¡Qué haces, ven, vámonos de aquí, deja eso! —grita ella, metiéndose en el vehículo por la puerta del conductor, a pesar de no saber conducir.

—¡Subid al coche y vámonos! —se incluye el del revólver, advirtiendo de pronto que lo que siente por esa criatura demencial del suelo no es tanto temor como asco, el mismo asco que sintió por aquellas burlas de niños que reventó con una granada. El verdadero temor se esconde en esa fuerza oscura que rebota entre muros urbanos arrancando esquirlas, absorbiendo, *persiguiendo*.

Al salir de la tienda, Pedro Manuel también nota en sus huesos las ráfagas de viento. Se frota los ojos en un intento de protegerse del polvo y la tierra levantados, sorprendiéndose de lo que le cuesta llegar a su vehículo aparcado a tan solo dos metros.

—¡Apártate! —insta el otro, intentando meterse en el asiento del conductor.

Pedro Manuel, sin tiempo para reaccionar, delega en el extraño y se sube atrás, entre los trastos. Rocío gimotea, más pendiente del ser del suelo que del peligro inminente que ya ha hecho estragos con las columnas publicitarias, al otro extremo de la gasolinera. El nuevo conductor del vehículo se da cuenta de la cola de su bufanda pillada por la portezuela, pero lo importante es que ha podido cerrarla a pesar del viento, y arrancar sin adaptarse antes al coche. La criatura manotea allá fuera, se engancha a la manilla de la portezuela, prueba a abrir el pestillo.

—¡Cierra los seguros!, ¿cómo se cierran los seguros?

No puede depender de la capacidad de reacción de su aturdido pasajero de atrás, ni del ahorro de balas. Da un acelerón marcha atrás, el coche gira con furia y encara el trazado de la calzada saliente de la rotonda. De pronto el viento sacude cabezas y hombros, la puerta se ha abierto, Rocío grita, Pedro Manuel se revuelve dolorido entre el manillar de la bici y trata de erguirse, el ser está enganchado con una mano a la puerta abierta, convulsiona el torso y las otras extremidades sueltas sin cesar de boquear, para agarrarse… *a mí, seguro, porque me huele…* Con la mano del cambio de marchas agarra el revólver que tenía entre las piernas y dispara, dos estampidos, dos casquillos, humo y salpicaduras en rojo; ningún efecto.

Los neumáticos chirrían, el motor ruge a punto de explotar, Rocío pierde el aliento y se aferra neurótica al cinturón sin abrochar y a su propio vientre hinchado, protegiendo en un acto instintivo a su criatura. Pero no protegerá a nadie así. Las manos de Pedro Manuel se entrometen en la parte delantera en un vano intento de cerrar la puerta que el viento y el ser quieren arrancar. El volante gira tan endiablado como el coche, y los pantalones ondean al aire, hasta que la cintura y las piernas delgadas como palillos del ser chocan contra otro vehículo y se desprenden, se elevan hacia un cielo que de pronto se ha vuelto muy denso. El raquítico cuerpo rueda por el maletero de un vehículo estacionado, y luego por el suelo, sin detenerse, como atraído por un aspirador.

Al volante, con el fusil clavándosele en la curvatura de la espalda, aprisionado entre esta, la mochila y el respaldo del asiento, siente ganas de escupir, de toser. No ayuda ese de ahí atrás metiendo codo y mano en su pretensión de ayudar. Él gruñe y acaba el trabajo, esperando que también sirva de advertencia. La puerta se cierra. Al rodear la gasolinera no sopla tanto el viento, pero aún se oye, y eso que las ventanillas están bien cerradas. Un silbido múltiple y desafinado, una amenaza. Nota la palanca de cambios demasiado dura, el volante blando y la dirección muy deslizante e insegura, el motor poco preciso, el embrague también duro, el asiento demasiado echado hacia delante. Y el clima, enloquecido y loco le persigue, le hace retroceder y alejarse de su instintiva ruta, que en realidad no conducía hacia ninguna parte en especial.

Huye por las punzadas de miedo en su pecho, por las miradas de sus acompañantes, asustados, desconfiados por haberse él atribuido la posesión del vehículo y el dominio de una situación que, para qué engañarse, no domina. El retrovisor no está bien ajustado, pero refleja una columna gruesa y oscura con papeles y piedras que giran en su órbita. No hay mucho más que contemplar allá atrás, al menos por el espejo, lo que pone más fáciles las cosas: acelerar y no darse la vuelta.

—Yioo..., ¿qué era eso, un huracán? —la rubia no para de mirar atrás. Al parecer se ha olvidado del empleado de gasolinera reptante.

—¡Y yo qué coño sé! —replica Pedro Manuel, apartando malhumorado algunas cajas para acomodarse.

—Dios, fíjate qué negro está... Míralo ahí dando vueltas, menos mal que nos hemos ido, ¿eh? —Rocío mira de reojo al conductor del vehículo de su marido. Repara en la palidez y demacración de su rostro—. ¿Y tú por qué llevas gafas de sol?

El extraño sonríe. Segunda vez que lo hace de modo espontáneo. Incluso deja de acelerar un poco, se relaja ante la perspectiva de una carretera recta y en su mayor parte despejada de obstáculos.

—De todas las preguntas posibles... —dice él, aprovechando para

guardarse como puede el revólver en la pistolera—, me preguntas eso. Muy bien, ¿Rocío era tu nombre? Digamos que estoy más feo sin ellas. Y perdonad que no pare por aquí y os permita poneros más cómodos... o devolveros el vehículo, ya que estamos, pero no me arriesgaré a pararme hasta que deje de ver ese remolino por el retrovisor.

—Vale —interviene Pedro Manuel—, pero prométeme que no estás ciego ni nada de eso...

Iba a ser la tercera vez que sonreía, pero algo le detiene. Quizá su propio estado de ánimo, el de Pedro Manuel al demudar la expresión antes de tiempo y recostarse sin ganas de seguir bromeando, o quizá Rocío, que se pasa la mano por la frente, por los párpados. Cuando se frota así la piel se le resaltan las arrugas que tendrá cuando envejezca, si es que llega a vieja. Mal ha empezado, embarazada, en esta ciudad y con esta compañía.

—Voy a callejear un poco por aquí a ver si vuelvo a la avenida de...

No acaba la frase. A sus acompañantes no parece importarles hacia dónde les lleve, con tal de tener tiempo para pensar entre suspiros y santiguadas.

—¿Tenías la calefacción puesta? —Le estorba la bufanda.

—Sí, espera, te la quito yo —Pedro Manuel se inclina entre los dos asientos delanteros y extiende el brazo.

—Mira, más ge... —comienza Rocío, señalando a un lado de la carretera al salir de una calleja, ya en la avenida—. Pero ¡joder!

Rocío se sorprende al principio de que su conductor pase sin frenar a pocos centímetros de aquellos dos jóvenes en mitad de la carretera, en un paso de cebra además, y a poco de atropellarles. Luego comienza a desear haberlos arrollado al ver que estos y el grupo apostado muy cerca, entre los restos de un escaparate y armados con objetos contundentes o afilados, se echan sobre el vehículo y arrancan la antena.

—¡Pero qué hacéis, desgraciados! —aúlla Pedro Manuel golpeando la ventanilla con la palma.

Rocío se lleva la mano a la boca. Al menos hace el favor de no desquiciarse. El culo del vehículo derrapa y sacude el costado de uno de los jóvenes de expresión entre colérica y divertida. Una vara de metal abolla el maletero, luego rompe un faro antes de quedar atrás. Varias piedras y herramientas de ferretería rebotan en diversos puntos de la carrocería. Una de estas atraviesa la luna. Chillidos dentro, gritos afuera. Muestran cuchillos, hachas, palos. El conductor vigila los retrovisores más por temor a una bala que por los objetos que puedan seguir arrojando esos locos. Más aceleración y desgaste, humo escupido, con todo el significado que la palabra escupir implica.

—¿Me veis bien, desgraciados? ¡Ya os cogeré yo con mi gente,

desgraciados! ¡Ya os cogeré! —Pedro Manuel señala a los de atrás a través de la luna rota, al borde del llanto.

El conductor, con ambas manos ocupadas en enderezar el vehículo sin decelerar, sabe que si pararan el joven saldría como un loco más a defender lo suyo, tal vez agarraría la bicicleta para estrellarla en la cabeza del primero que viniese a por él; por ejemplo, a ese que jadea intentando engancharse a la bandeja del maletero a través de la luna. Casi le dan a Rocío, casi la descalabran, y a saber qué le harían si consiguieran alcanzarles, qué serían capaces de hacerles si ese loco lograse mantenerse agarrado, provocar la pérdida de control del vehículo, permitir que sus compañeros pinchasen las ruedas, rompiesen las puertas y les sacaran al asfalto para reventarles a golpes. Él sacaría una de sus armas, se quitaría las gafas y les miraría con sus ojos de muerto furioso, pero claro, no estaría defendiendo lo suyo, su integridad física si acaso. Tendría libertad para comportarse como un loco por simple inercia, sin obnubilación del entendimiento alguna. Contempla sus rostros y sus cuerpos en agresiva e irracional armonía, con sus modernas y sofisticadas ropas y su espejismo de peinados civilizados. El fondo urbano entrevisto en los pequeños y sucios espejos no parece tan diferente... Ahí está la cuestión, no lo es. No hay nada ahí fuera a través del parabrisas que no esté muy visto ya, y estos que quedan cada vez más atrás son hijos de la Tierra, de la ciudad, como cualquier otro, como esos seres amorfos, sí, como el empleado de gasolinera.

Parpadea y una piedra descompone la imagen del retrovisor exterior en pequeños fragmentos caóticos, *espléndida metáfora*.

—¡Písale, písale, por Dios! —suplica a gritos Rocío mientras Pedro Manuel se cubre la cabeza y maldice desde lo profundo de su pecho ahora encogido.

Se escuchan carcajadas, gruñidos humanos que acompañan aspavientos cada vez más lejanos. El vehículo se estabiliza y evita estrellarse contra una farola decorada con un cartel: el circo de nosequé —no da tiempo a leer—, la imagen amarillento-llamativa de un tigre entre otras fieras, y el domador Yhane Elich en letras enormes que el conductor del vehículo reconstruye de sus recuerdos más que lee, de una parte de sus recuerdos que es como si proviniese de otro siglo, de otro mundo.

Demasiadas ventanas abiertas ahora en el vehículo. Iba a bromear con lo de las abolladuras del coche y demás estropiciod, pero se lo guarda. Calles laterales con sus tapas de alcantarilla intactas, incluso sin basura arrastrada por un asfalto manchado de grasa y sangre, y una voz aúlla un «Ayuda» espectral que sobrevuela el laberinto de cemento.

—Eso no ha sido lejos —murmura, reduciendo la marcha ante el

rostro alarmado de Rocío.

—A ver si son más de esos —dice Pedro Manuel, pegándose al cristal de su ventanilla, aún intacto.

—No, eso ha sido por ahí —dice él, señalando con la nariz a la izquierda, la calle que rodea varios edificios de tres plantas—, ¿qué nos cuesta echar una miradita?

Les dedica una sonrisa amarillenta, cadavérica y ofensivamente tranquila. La indignación de Rocío se mezcla con conatos de culpa, empatía... Resultado: rezos sin sentido y Pedro Manuel golpeando el respaldo del asiento del conductor como máxima protesta. Pedro Manuel está vigilándole las armas, el cañón del fusil tan a la mano, el abultado bolsillo del abrigo... *Conducta de machos*, piensa él, *¿por qué todo es tan igual cuando debiera ser tan distinto? El cambio, Hutter, hijo de puta, el cambio querías y todo es como una demostración obscena de lo mismo. Pedro Manuel se traería a unos amigos y unas navajas, tal vez pistolas, para ajustar cuentas con esos, con los que casi matan a su mujer y al hijo que lleva dentro.* Pero le sigue pareciendo un tipo simpático y despierto, y tiene un coche potente, clásico, digno de película de los ochenta, una de terror, claro.

Acelera. Ninguno desea que los salvajes que han dejado atrás se decidan a perseguirles.

—Vámonos de aquí, por favor —lloriquea Rocío entre muecas de dolor acentuadas con sus manos casi teatrales sobre el vientre.

—Si uno es capaz de mirar... —canturrea él, girando el volante, haciendo caso omiso.

—Venga, tranquila, mujer, que él lleva armas y sabe lo que se hace.

En eso te equivocas, responde mentalmente él. Se sube a un bordillo, provoca un traqueteo nada tranquilizador, esquiva a un vehículo mal aparcado, roza un arbolillo, se cuida de evitar las chispas de los contadores colganderos de un edificio, y finalmente se detiene con un frenazo ante una enorme grieta abierta en el asfalto.

Dentro del vehículo, en parte se alegran de que haya parado, se remueven ávidos de retomar el control de sus vidas, o por lo menos de su vehículo. Aunque de momento lo que hacen todos es alzar la vista y sorprenderse de la complejidad arquitectónica de un edificio imponente y antiguo que amenaza ruina, como si fuera una aparición de un pasado intruso y descontextualizado, preparado para fragmentarse ladrillo a ladrillo en cualquier momento hasta desaparecer y devolverle a la manzana su aspecto real.

Para alivio momentáneo de sus dos pasajeros, detiene el motor y abre la portezuela.

—Pero si uno es capaz de mirar...

Fuera del vehículo, se quita las gafas un momento y respira hondo

los efluvios sulfurosos del aire, muy perceptibles aquí. Una capa oscura que en principio habría creído de nubes forma un manto bajo y opresivo sobre los edificios, lo que les adelanta la caída de la tarde, entre el ulular del aire que se filtra por las bocacalles vecinas o que planea y culebrea por encima de las construcciones. Tal vez haya sido uno de esos silbidos y no un grito de ayuda lo que ha escuchado, tal vez debiera dejar de contemplar el arte atemporal de esas columnas que se arquean, se entrecruzan, se cuelan en las entrañas del edificio y asfixian las ventanas mismas; subir al asiento de atrás y dejar que el vehículo lo lleve su dueño, que le dé un paseo por la ciudad ahora que se puede encontrar aparcamiento.

Pero hasta él, que se cree tan impasible, se estremece al escuchar semejantes lamentos atrapados en alguna parte del interior de esa barrera de ladrillo amarillento, lamentos que escapan por recovecos que no alcanza a descubrir desde aquí abajo y que son coreados con otras muestras de pavor humano que podrían provenir de la alta y recargada azotea, rematada en grandes molduras y motivos florales.

—¡Ya vamos! ¡Ya vamos!

Habla por él, en realidad, mientras rodea la grieta, salta socavones y trata de responderse, ante el portón del edificio, si cabe la posibilidad de que un edificio como este fuese levantado alguna vez aquí o en el casco antiguo de la ciudad.

Flanqueándole, papeleras de hierro forjado, con un diseño a juego con la ornamentación anticuada del edificio, pero ningún elemento arquitectónico en la entrada le parece fuera de lo corriente. *El caos no es tan distinto, si uno sabe mirar.* Repara en los vehículos aparcados incluso sobre los portales del edificio colindante. *¿Turistas que han venido a visitar una reliquia barroca?*

Pronto lo descubriré, se dice, adentrándose con un arma en cada mano. Se nota otra sonrisa espontánea. Fantasea con la posibilidad de toparse con algún cultor.

2

ANUARIO DE 1982

Londres, lunes 29 de marzo

“El enigma del deseo: mi madre, mi madre, mi madre”, pintado por Salvador Dalí en 1929 y propiedad hasta hace poco del psicoanalista Oscar Schlag, quien lo compró en Zurich hace treinta años, es adjudicado por el equivalente a ochenta millones de pesetas al marchante Byeler, de Basilea, durante una subasta de la galería Christie’s que bate todos los récordes de cotización pagados por el cuadro de un artista en vida.

Jesús Hutter movía con los pies su asiento sobre el eje regulador de la altura. Lo hacía de manera compulsiva. El asiento acolchado rechinaba y giraba sin cesar, y él se sentía de maravilla, se diría que en trance, sumergido en el cada vez más preciso trazado de sus teorías. No le molestaban los niños con el balón de allá fuera ni el vecino con la música demasiado alta. Tampoco la televisión, no recordaba por qué la había encendido. Desconocía si Sonia había llegado a casa, si alguien había estado llamando al timbre de la puerta o al teléfono. Su culo se había acomodado al asiento, y su mente también. Sus oídos solo sintonizaban la música del radio CD situado sobre la montaña de libros en la mesita del fondo; estaban desconectados de los ruidos externos, de los rugidos de su estómago y del palpitar de su corazón.

Los adivinos acaban mal o se les ridiculiza, pensaba ahora que estaba estancado, pero aún absorto en una suerte de trance. La pantalla del radio CD indicaba unas veces el número de álbum del cedé, otras el número de pista, y los ojos de Hutter desenfocaban también de manera intermitente el marrón oscuro del mobiliario y captaban infalibles, en el momento exacto en que aparecía, el número de álbum en pantalla, el 2.

Y llevaba así un buen rato, sin darse cuenta de la precisión con que lo hacía. Los fragmentos leídos o reflexionados en su cabeza bailaban al compás del parpadeo de la pantalla LCD, y de la música, un arrullo sin letra ni sentido, no más que el del balanceo sobre el sillón. Las ideas que analizaba eran enunciados aislados sin un nexo aparente, salvo para él *(Formación azarosa de una pauta de puntos y organización casual)*, que buscaba alguna otra conexión, un *einblick (La energía, que incluye a la materia, es espaciotiempo arrollado)*, o quizá saboreaba su propia genialidad, sus sueños. Disfrutaba como de niño con un libro de cuentos nuevo; le gustaba aspirar el aroma de las hojas y la cola, el

cartón de la cubierta, el plástico de algunas.

(La evolución del universo es la dispersión de las ondulaciones del espaciotiempo).

Álbum 2.

(Quarks en grupos de tres, desacoplarlos puede ser lo mismo que desacoplar el espacio).

Álbum 2.

Y de pronto, una interrupción, un corolario efímero, incompleto, ordinario. Nada que no estuviese escrito ya, nada que validase sus intuiciones.

(La vida del universo está posibilitada por el equilibrio de las intensidades de las fuerzas que rigen el movimiento, que configuran los átomos y que los agrupan en gatos y galaxias).

Enfocó, pasados varios segundos de un reloj que no veía por ninguna parte, y allí estaba de nuevo el Álbum 2.

Los adivinos acaban mal o se les ridiculiza, pensó como si de un mantra se tratase, pero no necesitaba ninguno. Si seguía inmerso en los trazados de sus teorías como si fuera la letra de la música, un coro tenue pero constante, era capaz de enfocar en el preciso instante en que aparecía el número 2 del álbum en la pantalla LCD.

Era capaz de predecir (si bien era cuestionable que lograse reproducir las condiciones necesarias para volver a hacerlo otro día) cuándo aparecería la información del álbum del radio CD mientras hacía otras tareas que exigían esfuerzo intelectual, no importaba lo extenso que fuera el enunciado intelectual en su cabeza, uno, dos o cuatro segundos, y siempre miraba en el momento preciso. Si consideraba un sistema caótico definido por «*estar sentado en su estudio, pensando en sus teorías y escuchando música, tal que cada vez que alzase la vista y mirase la pantallita del radio CD coincidiese con la información del álbum en la misma*», acababa de encontrar el ritmo que subyacería a la fórmula matemática no enunciada en este caso; es decir, como si tuviera la fórmula ante sí, acababa de encontrar la cuantificación física (en movimientos oculares espaciados por la especial actividad electroquímica cerebral de sus pensamientos) que indicaba en qué momento mirar para convertir algo, que en otras circunstancias sería azaroso, en un patrón mecánico.

De súbito despertó de las ensoñaciones coloristas y visionarias que comenzaban a surgir entre sus palpitantes y canosas sienes. Ahora veía también la pista del álbum en pantalla. No sabía qué había sido todo esto, no sabía qué de revelador o aplicable tendría para sus teorías. No sabía nada en verdad, solo que por un momento había convertido algo azaroso en predecible, sin prestar una atención consciente que hubiera desvirtuado el «experimento» por tratarse entonces de un mero cronometraje.

El corazón le palpitaba ahora con mayor intensidad, sentía opresión, necesitaba quitarse la camisa, salir, beber una copa, meterse algo, acostarse con Sonia, lo que fuese. O quizá transcribir todo esto, si su pulso trémulo le dejase, si no se sintiese absurdo (pero excitado, eufórico). ¿Funcionarían así el resto de variables? ¿Todo sería tan burdo e intuitivo? ¿Se requería algún estado alterado de la conciencia? ¿Acaso lo que estaba haciendo no era en el fondo una forma encubierta de contar, de cronometrar pensando en frases en lugar de en segundos?

Dejó de hacerse preguntas, porque, tal vez, si se daba media vuelta desde la puerta del estudio y miraba de nuevo la pantalla del radio CD, vería el número 2. Y si por azar volvía a hacerlo y lograba de nuevo encontrarse con el número de álbum, y otra vez, y otra..., es que entonces había dejado de ser azar, y en tal caso... las consecuencias asustaban.

Asustaba sentir más realizables sus sueños, descubrir su presencia en algún recodo velado de la realidad, a pesar de no poder visualizarlos con claridad. Caminar a ciegas sin conocer los límites del camino, pero sí cómo llegar al final del mismo y echarles mano, hacerlos tangibles. Y esos sueños, desde una perspectiva menos pasional que la suya o que la de sus compañeros más acérrimos, eran los sueños de un loco. Y si los sueños de un loco se hacían realidad, entonces lo que le rodease se vería socavado por la locura.

Y Hutter había oído una vez que la locura era una cosa relativa.

3

ANUARIO DE 1982

Saint-Etienne, viernes 16 de abril

Blandine Piegay, niña de 14 años que desde que el sábado 31 de octubre del año pasado vio a la Virgen María en el huerto familiar de La Talandière, lleva cosechadas 31 apariciones marianas en el curso de puntuales y fugaces sesiones místicas sabatines, es objeto de plantón celestial por parte de Nuestra Señora, que hasta la fecha, en el curso de sus reveladas comunicaciones, le ha hecho hincapié en el necesario revival de rosarios y novenas, liturgias latinas y sotanas, así como en el deseo de que se proceda a levantar una santa basílica en el solar adyacente al huerto.

«Porque ahora las cosas son así…».

Alguien en ese patio había pretendido calmar la inquietud, consolar con esas palabras tan poco reconfortantes. Los de afuera habían cerrado las dos únicas puertas de salida a las escaleras y les habían dejado atrapados en la incertidumbre, que se decanta peligrosamente hacia el pánico, sobre todo por cómo les habían mirado, cómo se habían sonreído y ladrado incoherencias en una competición por soltar la mentira más gorda; mentiras impersonales, miradas vacías u orientadas hacia un espectador inexistente y cómplice allá arriba, de donde provienen esos chorros que repiquetean agua contaminada. Es la era de Acuario, y una maligna tergiversación del aguador del signo zodiacal vierte con mangueras psicopatía y muerte.

—Yo sabía que tenía que haberme ido a la casa de mis padres, haber salido de la ciudad justo el viernes, el viernes que ya podía pedir vacaciones, qué bien me hubieran venido, qué bien…

La mujer se retuerce los puños de la chaqueta una y otra vez. Ese movimiento compulsivo no es nuevo, al igual que su inútil y lastimero discurso. Esos dos hombres, de escaso cabello, zapatos caros y que tantos negocios gustan de hacer juntos, simulan escucharla. Permanecen juntos, sin hablar, sin escuchar a nadie en realidad, solo a sus propios pensamientos; seguro que hay algo que se pueda hacer para convencer a esa gente que les retiene, seguro que sí.

—… Yo sabía que todo iba a ir mal, muy mal… —sigue lamentándose la mujer—. Yo lo sabía en cuanto pasó lo del extractor, el mismo viernes, antes de lo de las sirenas y todo eso, antes de las noticias…

El anciano, en el borde de una de las jardineras que no es

alcanzada por el chorreo constante de agua, levanta la cabeza y la mira con ojos cansados y benévolos, tal vez porque la mujer ha dicho algo diferente, el inicio de lo que puede ser una historia entretenida. Hasta el niño deja de inspeccionar los imbornales y los regueros de agua que surcan las baldosas color canela. Se mete las manos en los bolsillos y da vueltas en torno a su tembloroso padre mientras pone un poco de atención al relato.

—... cuando estaba friendo san jacobos para el novio de mi hija, que se había presentado sin avisar, y como no tenía nada que darle, pues se nos ocurrió poner la freidora y de paso unas patatas...

El muchacho de las gafas redondas es el único que ni se molesta en aparentar que la escucha. Todo ese rollo que está contando, según él, se resume en la misma frase: «Porque ahora las cosas son así». La hiedra y el jazmín sí resultan de interés, y no por su aroma ni por su insana humedad debida al goteo incontrolado de las mangueras del tercer piso, sino por las ramas que llegan a poco más de un metro del suelo del patio. La otra mujer que les acompaña, mucho más taciturna, adivina sus intenciones, si bien, y a pesar de que se conocen desde algo más de un año, no media palabra con él, todavía.

—... y al darle al interruptor, mi marido y yo empezamos a escuchar ruidos en el tubo, pero como no era la primera vez que se metía algún pájaro allí dentro, pensamos que ya se iría. Siempre que encendíamos la campana o le dábamos algún escobazo al tubo se acababan yendo, pero esta vez... Era un mal síntoma, y eso ya lo sabía yo, pero no dije nada luego, porque...

—Podríamos trepar por aquí —propone en voz baja el joven de las gafas a su compañera—, subiéndonos en la jardinera se podría hacer.

Ella no contesta. Contempla los cristales del techo, sucios, o quizá es que la tarde se está enturbiando. Tiembla, como el padre del niño, y siente la tentación de pedirle uno de sus cigarrillos y contar, si ha de morir, que al menos lo ha probado, que no criticaba el tabaco sin conocimiento de causa. Las galerías de las tres plantas se presentan silenciosas, perversamente prometedoras, mucho más que aquellas dos puertas de grueso jambaje que únicamente se abrirán desde el otro lado, cuando aquella gente se aburra de dar absurdas razones para tenerlos aquí atrapados.

—... asqueroso, juro que lo que me salpicó el delantal eran tripas, y caían plumas sobre la freidora, qué sé yo cómo se había metido en las aspas ese pájaro...

—Ni por qué —ataja el anciano, frotándose la barbilla.

—¡Queréis dejar de contar esas cosas! —se queja el del cigarrillo, lo que sorprende a más de uno por la firmeza con que interviene—. No te acerques mucho al agua —le pide a su hijo, ya en un tono más trémulo.

—¡Eh!, escuchadme —dice el de las gafas—. Podríamos trepar por la hiedra y subir al primer piso aunque fuese.

Primero el silencio. La mujer deja las anécdotas y los lamentos, incluso deja de frotarse las mangas. Enseguida, las réplicas del hombre de la barriga prominente:

—Vale, alpinista, siguiente idea, por favor.

Su amigo y compañero de negocios ríe el comentario. El de las gafas insiste:

—No, en serio, se puede hacer, solo hay que subirse a la jardinera, o con ayuda de otra persona, y trepar.

—Yo no puedo subir por ahí —se lamenta la mujer de las anécdotas.

—Tú estás loco, la hiedra no aguantará nuestro peso, y con suerte las jardineras de arriba todavía se te caerán encima —dice el de la barriga, dándose la vuelta como para no seguir escuchando tonterías.

—Si te agarras por diferentes sitios, y cogiendo gran cantidad de raíces, sí que aguantaría —interviene la joven taciturna—; además, solo habría que llegar a la primera planta, no está tan alta.

—Yo no puedo subir por ahí…

—Yo seguro que sí podría subir, y luego podría intentar abriros la puerta —propone el niño, lo que provoca la inmediata protesta de su padre.

El joven de las gafas abre mucho los ojos y asiente al niño con gravedad.

—Eso estaría muy bien.

El niño siente un cosquilleo de orgullo que le recorre de abajo arriba, sofocado de inmediato por la voz quebrada de su padre, que suelta el cigarrillo:

—Mi hijo no se va a jugar el tipo por nadie, así que dejad de decir tonterías.

—Yo no puedo subir por ahí…

—Bueno —dice el anciano, tratando de que se le escuche sin subir demasiado la voz—, no tenemos por qué poner en peligro la vida de nadie sin saber de qué pie cojea esa gente.

—Esa gente… —replica el de la barriga—, ya visteis qué son: gentuza enloquecida. Ha sido cosa del agua, seguro, haríamos bien en dejarnos las escaladitas y evitar mojarnos…

—Te recuerdo —dice el joven— que te mojaste la camiseta y el pelo nada más pasar aquí… —La mirada furibunda de su compañera le recuerda que poco o nada conseguirá metiendo más miedo en el cuerpo a los demás. Así que se vuelve hacia la hiedra.

—Yo no tengo miedo, podría… —insiste el niño.

—¡QUE NO! —grita el padre.

La chica taciturna pide silencio siseando como una serpiente a

punto de atacar.

—Mirad —dice el joven—, nadie va a obligar a nadie a hacer nada. Yo, por mi parte, creo que merece la pena intentar trepar. Como dices tú —refiriéndose al que ahora de lado, casi dándole la espalda, no se le nota tanto el exceso de peso—, esa gente está loca o son unos hijos de puta. El que se quiera quedar aquí a esperar a ver cuándo se deciden a abrirnos...

—O qué van a hacer con nosotros —añade la joven.

—... Pues eso, que se quede. Yo me largo, y que después no me espere nadie para abrirle la puerta si veo peligro.

—Es que yo no puedo subir por ahí...

—Bueno, eso ya se verá luego —dice el anciano en tono conciliador.

—¿Tú también vas a trepar? —pregunta burlón el de la barriga prominente, otra vez encarando a sus compañeros.

El joven de las gafas mira al anciano como reparando por primera vez en su avanzada edad, caricaturizada ahora por el bastón que tenía apoyado en uno de los muros agrietados.

—Claro que voy a subir. Si mi espalda y mis brazos me aguantan, subiré.

—Yo también —dice el niño.

—De eso nada.

—¡Jo, papá, deja de darme la lata!

—¿Que no te dé la lata? Lo que no quiero dejar es de protegerte de planes absurdos. ¿Y si te caes?

—¿Planes absurdos? —dice la joven, mutando su mirada taciturna en otra de desprecio—. Mejor vamos trepando los que no quieran quedarse aquí a que se los coman las moscas.

—¡Sí, planes absurdos! —replica el padre con el pulso tembloroso, pero su voz recupera firmeza, los ojos iracundos—. Tú, ideas gloriosas, que solo abres tu boca de perra para proponer planes de mierda. Por tu culpa estamos en este edificio ruinoso...

—Sí... «Vamos a protegernos del viento en este edificio, que tiene la puerta abierta» —parodia el otro hombre de barriga menos pronunciada, aflautando la voz—; «Sí, oh, qué buena idea, oh, mira, si hay gente, qué diversidad cultural, todos aquí reunidos para cantar canciones. Mírales, si hay ecuatorianos, gitanos y, por supuesto, castellanos con la ropa muy rota, porque ha hecho mucho viento, y con manchas de ketchup»... ¡Porque eso eran manchas de ketchup, y no de sangre! ¿VERDAD?

Alguien le ríe la gracia.

—Yo no puedo subir por ahí, yo me voy a quedar aquí, yo me voy a quedar aquí...

—¡Señora, cállese!

—Mira, ¡a tomar por culo! —El joven comienza a trepar desde la jardinera más próxima—. Yo me subo por aquí. El que quiera que me siga.

—Si me ayudas —pide el anciano a la joven—, me subo por este otro lado. Será mejor que nos distribuyamos si se puede, no vaya a ser…

—Sí, venga, que le aúpo.

Al joven de las gafas se le quiebran algunas hojas, antes de abandonar del todo el contacto con la jardinera.

—Te lo dije, te lo dije, se va a caer —el padre pretende ser aleccionador con su hijo, pero se lo susurra, dubitativo, como si él mismo estuviese intentando convencerse.

—Alguien podría ayudarme a auparle por lo menos —se queja la joven, dirigiéndose a todos en general, pero sobre todo al último que ha hablado.

—Venga, va, yo os ayudo. —Se acerca el de la barriga. Su mayor masa corporal es un claro beneficio a la hora de sostener en equilibrio al anciano—. Pero yo no me voy, no me fío.

—Si es porque tienes miedo, los demás te ayudamos, ¿eh? —le dice el anciano—. Mírame a mí, esto no lo hacía desde que robaba naranjas de joven…

—Pues yo no lo hacía ni de joven —apostilla el padre.

—Yo no me subo, no puedo, no…

El joven se remueve balanceándose entre el crujido de las ramas. Siente las manos húmedas y la ropa mojada por el chorreo. Aguanta la respiración y trata de ascender un poco más con medio cuerpo, ya refrotándose en el verdor descontrolado del patio. Se pregunta si le saldrán erupciones, si se le caerá la piel a trozos.

—Parece Tarzán —murmura el niño.

—Se la va a pegar —dice el hombre de la barriga menos prominente, con los brazos cruzados.

Su amigo chasquea la lengua. Subir al anciano es algo más complicado. La joven le sujeta las perneras por si vuelca mientras busca asidero firme y tantea si los brazos le aguantarán. El jersey del anciano se levanta y deja ver un ombligo pequeño y pelambre canosa.

—Esto está chupado, hombre, si hasta el viejo lo va a cons…

El joven interrumpe su chiste quedándose quieto, abrazado a la húmeda vegetación. Mira arriba intentando adivinar el punto preciso en el que se han desprendido los fragmentos de pared.

—Seguro que es de la barandilla —dice el padre, agarrando a su hijo por el brazo y cubriéndole la cabeza.

—¡Callaos un momento! —ordena la joven—. No sigas subiendo —refiriéndose al anciano.

Durante un instante todos callan, incluso la mujer de los lamentos,

pero por poco tiempo:

—Yo no subo por ahí, se escucha la gravilla todavía, ¿no lo oís? El edificio se cae y la...

—La barandilla —puntualiza el padre, apartando a su hijo de los extremos por donde están trepando.

—Subid con cuidado, no pasa nada —dice la joven, volviendo a ayudar al anciano, bien sostenido por el hombre de la gran barriga.

Eso piensa hacer el joven, antes de resollar un taco. Las manos comienzan a estar muy resbaladizas, no sabe si por el sudor o por la humedad de la hiedra, que aspira antes de aguantar la respiración. Cuanto menos respire esa humedad, sí..., cuanto menos la respire...

—Se va... a caer..., ay... yudadle...

Solo un hombre se aproxima, tentativo, poniendo las manos en bandeja como si fuera a recibir algo; los demás, ocupados en mostrar algo a sus hijos o ayudando a los ancianos.

—No me caigo, no me caigo... ¡ugh!

Un chasquido precede a la gravilla desprendida. El joven se da impulso hacia arriba para abrazarse más a las inseguras ramas, que crujen y se agrietan. Roza la pared con la rodilla y se da cuenta de que es la única parte de su cuerpo que no se encuentra sostenida por el ramaje, un ramaje que parece cobrar vida propia, que se retuerce, protesta, juega con él para luego soltarlo cuando haya subido más alto. Mira abajo. Todo es posible ahora, que las ramas cobren vida... sería posible. Las manos le sudan mucho, y no está a tanta altura ni él es tan débil, podría subir sin dificultades si dejase de imaginar tanto. ¿Y qué pasaría si cayese? Nadie se muere por un par de metros, tres o cuatro a lo sumo si llega a la barandilla.

—Lleva cuidado —le dicen por ahí abajo.

Cierra los ojos, mueve los dedos, los dorsos de las manos, enrosca las piernas cuanto puede y nota pocas ramas y demasiado pantalón. ¿Qué demonios le está sujetando entonces? ¿Solo ese puñado de ramas y hojas al que está abrazado mientras ve y huele cómo se agrietan? Las de más arriba tienen más forma de corazón, parecen más firmes, solo tiene que sujetarse mejor, y subir, por Dios, subir. Abre bien los ojos, su cuerpo se balancea ligeramente. Al otro lado puede seguir los avances del anciano. ¡Qué alto ha subido ya!, ¡está alargando la mano a la jardinera! ¿Y si ha sido eso? ¿Y si la tierra y las piedrecillas eran en realidad de las jardineras? ¿Y si la hiedra acaba por perder el arraigue? ¡La hiedra no le sujetaría! No, no serían suficientes los anclajes que la planta pueda haber hecho a lo largo de todo el muro, y pensar en ello le da calor, demasiado calor. Le viene bien mojarse las mangas, sí, luego habrá que ver si el agua le quema la piel o algo peor.

—Si no puedes, bájate y vuelve a subirte —le dice la joven—, no te

fatigues innecesariamente.

Parece que esté ayudándole a él en lugar de al anciano. De hecho, al del bastón (que se lo ha metido a saber cómo por entre el cinturón) le va bastante bien, ya no le ayuda nadie a sostenerse, aunque no para de rezongar allá arriba.

El joven piensa en los ataques de corazón. Al anciano podría darle uno por el esfuerzo, aunque es él quien siente las sienes palpitantes, quien se nota enrojecido y con el pecho dolorido. Podría dejarse caer un poco, resbalar, desollarse las manos, pero al menos aterrizar sano y salvo… O seguir trepando, ya que está, por no quedar mal, ¿no? Aunque está demasiado nervioso como para pensar en su orgullo. Y las gafas se le empañan. Ahora todo es un extraño manto de hiedra sobre el que se ha acostado para echar una cabezada y de paso tener una pesadilla, una de esas en donde uno se cae y trata de sujetarse mientras va perdiendo sujeción…

—Espera, voy a ayudarte.

La joven se desplaza con amplias zancadas. Él se da cuenta de que ha cerrado los ojos de nuevo, y la altura, al abrirlos, le resulta mayor. Traga aire con sabor a clorofila y espira con fuerza. Luego hace movimientos de torsión. Un crujido, y es como si hubiese bajado un escalón sin haberse movido.

—¡Cuidado! ¡Así te vas a torcer un tobillo! Venga, descuélgate con cuidado y ponte en otro lado, que aquí se te va a desmontar la cuerda…

—¿Ves, hijo, lo que te decía?

—Pues él sí que ha subido.

—Es evidente que no todos vamos a poder subir por aquí —sentencia el hombre de la barriga prominente, mirando al joven sudoroso en la hiedra.

—Joder —se queja, alzando el brazo para encontrar otro asidero. Se aferra con fuerza y desliza un poco la mano para que ambas estén pegadas una encima de la otra.

—A lo mejor basta con que él nos abra la puerta a los demás.

—Sssh…

El anciano, con el dedo todavía en la boca después de pedir silencio, se encorva mirando en todas direcciones, como si le hubieran disparado. Todos miran a su alrededor esperándose lo peor.

—No hagáis mucho ruido, que no se note que estamos… —la voz del anciano llega como un susurro grave camuflado con el chorreo de agua—. Por ahí se oye algo, pero todas las puertas están cerradas, no sé…

Silencio.

Nadie sabe dónde señala el anciano, ni qué está oyendo exactamente. Ahora solo se escuchan los esfuerzos del joven. Está

subiendo. De pronto, el ascenso se muestra sencillo, como si hubiera estado fingiendo todo el tiempo. Pero no es así, sigue sudando, y la joven lo ve en su mirada, está muerto de miedo, sube como un autómata, sin importarle si en cualquier momento se rompe la rama o resbala y cae sobre la cabeza de sus compañeros de encierro. Cuando llega a lo alto, lo hace jadeando, con la mirada perdida en la masa de hojas. Se queda suspendido un instante sobre la jardinera con una mano en la barandilla, y tuerce el cuello para mirar arriba. Se queda tan quieto que se temen que vaya a hacer ahora la gracia de tirarse del trampolín.

No lo hace. Se encarama ceremoniosamente, entre temblores, y se enrosca en la barandilla, pasa una pierna por encima, y luego el tronco.

—Ahora voy yo —avisa la joven, desplazándose hacia su derecha.

La hiedra por ahí está más alta, pero parece igualmente densa a poco que se estire, y hay otra jardinera menos torturada por su compañero. Observa al resto tratando de decirlo todo con la mirada. Parpadea y sigue su avance. Ahora todos obedecen al anciano y callan. Bueno, casi todos:

—Yo no puedo subir por ahí…

Atravesado el cancel, el olor no le gusta. Espera con tanto movimiento oler su propio sudor frío a través de la lana del jersey, tal vez al levantar el brazo para apuntar con el revólver. Enseguida recuerda que de olfato y de transpiraciones no anda muy sobrado, por lo que confirma que ese olor no es suyo, a pesar de que podría serlo. Olor acre intenso. Se ajusta bien el abrigo, las pistoleras. ¿Una visita a un cubil improvisado de la secta?

No, no le gusta ese olor, sobre todo por lo que le sigue; un silencio acompañado de ecos delatores de movimientos, de presencias humanas, o casi humanas. Y no, tampoco es la misma peste que despedía aquella encapuchada que en otra vida fuera policía. Pronto encuentra que sus botas se pegan en las manchas parduscas de las baldosas, y que eso puede delatarle. Hay movimiento rodeando el arranque de unas escaleras. Él sortea un panel de buzones tirado en el suelo y se esconde en el hueco de las escaleras, cada vez más convencido de que deberá usar sus armas contra la gente al otro lado del muro de las escaleras.

Murmuran, ríen, contenidos y al mismo tiempo guturales, y tienen un acento raro, variado, de consonantes marcadas. Le recuerda mucho a la letanía de los cultores, pero es diferente. El metal roza el granulado de las paredes, los pasos y golpes resuenan por la barandilla escalera arriba sin prisa ni cuidado, pero tampoco hacen ostentosa su

marcha. No sabría precisar cuántos son, pero sí que son muchos y que arman menos ruido del que debieran, sobre todo teniendo en cuenta la actitud que les atribuye desde su escondrijo, frente a una vieja bicicleta. ¿Y qué otra actitud se puede tener hoy día en esta ciudad? Ya va asimilando los nuevos cambios, los nuevos tiempos que nos toca morir.

Voces desde el hueco de la escalera, barandilla arriba.

—... ¡Yo quiero bajar..., yo quiero ver si mi padre está bien..., yo quiero bajar, quiero bajaaaar!...

Pisadas que bajan al encuentro con los dueños de las voces, que resuenan ahora por el hueco de la escalera, barandilla abajo.

—... ¡Están arriba atrrrincherados!

—... ¡Le hemos dado a uno! ¡Le hemos dado!

—... cucxilloss, butanno...

—... ¡VEN CON TU PADRRRE! ¡TOMA LA SANGRE DE TU PADRRRE! ¡TOMA!...

—... ¡Vamos! ¡Volvamos arrriba, levantad las arrrmass! ¡Ande!

Y el calzado sobre la piedra, el metal arañando el nacarado del pasamanos, las espiraciones y, ahora sí, las prisas, la mascarada rota por la masa ávida de reencontrarse con la voz frágil de allá arriba. Un niño. No le pareció que aquel grito que le guio hasta aquí fuera el de un niño. Ahora la responsabilidad moral es mayor *(según el código que me enseñaron y que sigo a ratos, solo a ratos)*; lo mejor que puede hacer es ignorar el código y seguir su instinto. A lo mejor hasta se divierte.

Sobrepasa los buzones y se asoma como un espía seguro de sus pistolas. Pero nadie se da la vuelta ni repara en él al mirar por el hueco hacia abajo, así que los sigue, a paso lento, se podría decir que tranquilo, teniendo en cuenta que los códigos morales ya no son lo que eran.

Al joven de las gafas le habría gustado decirles a los de allá abajo «Ya está, inútiles, ya he subido, está chupado, imbéciles, ahora os va a rescatar vuestra...», y lo demás serían tacos que tampoco va a proferir. Se impone la discreción.

La joven desanda, retrocede a mitad de la galería, donde el anciano y el joven la observan a ella y al hueco de las escaleras con preocupación.

—Están ahí abajo, no sé si alguno sube —revela, conteniendo el aliento.

—Las casas están cerradas, pero podemos ir escalera arriba por ahí —señala el anciano, siguiendo con la vista el recorrido cuadrangular de la galería.

En el patio dejan de interesarse por sus compañeros de allá arriba,

por las jardineras y por los chorros de agua. No una, sino ambas puertas comienzan a abrirse. Se diría por el estruendo que estuviesen retirando una aldaba enorme, tal vez incluso algún tipo de apuntalamiento que nadie vio cuando les invitaron a pasar al patio.

—Ay, Dios, por fin abren la puerta, por fin nos abren…

Arriba, se agachan por prudencia, si bien siguen asomados, menos el joven, al cual le parece cada vez más sugerente la idea de rodear la galería.

—¡Que van armados, que van armados!

Al anciano le habría gustado que esas mismas palabras hubieran salido de su propia garganta tras un oportuno carraspeo que tanto necesitada. Habría deseado avisarles, ellos que vigilaban desde una posición privilegiada. Pero la alarma la ha dado uno de sus compañeros del patio, y también son los de allá abajo los que gritan y comienzan a moverse en círculos como si estuvieran de acuerdo en hacer cualquier cosa salvo subir por la maldita hiedra, por la que hasta un señor de setenta y tantos años ha podido trepar.

—¡Qué vais a hacer, hijos de puta! ¿Qué hacéis? —aúlla la joven, lo que deshace su ilusión de sigilo.

Obtiene protestas, gruñidos e incoherencias por respuesta; «¡Ese le ha metido mano a mi hija!»; «¡Ese le ha hecho un corte a mi madre!»; «¡Han robado, han robado…!», pero todo atropellado, extrañamente acentuado, proferido a voces que no se prestan a la réplica, por muy pasional o conmovedora que sea.

La joven sigue gritándoles, volcada sobre la barandilla. El anciano la agarra por acto reflejo, temiendo que pueda arrojarse sin molestarse siquiera en descolgarse por la hiedra. El joven también se asoma, incapaz de respirar ante lo que empieza a presenciar.

Las gentes del edificio, una nueva comunidad de vecinos: razas reunidas y unidas por una cultura única moldeada por el odio y la violencia injustificada; un grupo de manos y cuchillos, barras, tenazas, sierras, martillos y otros metales retorcidos de formas siniestras, algunos decorados con cinta aislante o pinturas de guerra (sangre); agresividad imparable que avanza entre los charcos del patio, y el pánico y desorganización de sus víctimas, que alzan manos y miradas en un acto de defensa inútil.

Un brazo anciano sujeta a otro más joven, estremecido, tenso, casi descoyuntado. Apenas escuchan sus propios gritos de amenaza y súplica mal articuladas, poco convincentes. Ni siquiera creen que sus vidas sean reales durante unos instantes de horror absoluto, paralizados en mitad de la galería, con la salida atrás esperándoles para darles una oportunidad, una que no van a tener otros.

Abajo, la mujer que no se sentía capaz de subir acaba enganchada a la hiedra y al amasijo de hierros cruzados y brazos histriónicos que

la hienden y fracturan tras haber acabado con la pulcritud de su vestido y de su rebeca a grito de «¡Que se escapa, que se essscapa la puta que ha violado, ha violado, arrriba puuuuuta!».

Dos charcos de sangre más a la derecha, el hombre de la barriga prominente es doblegado por un grupo de cuatro personas de brazos sudorosos. Un pedazo de su mejilla salta delante de sus ojos al tiempo que las tenazas caen de nuevo sobre su rostro y le fracturan el tabique nasal. Araña el brazo de una joven de piel morena, la hace sangrar, sin darse cuenta de que él mismo está sangrando por ese brazo, que un chaval se encarga de agujerearle con una aguja de hacer punto. Así descubre demasiado tarde que no es capaz de hacer frente a tantos ojos desorbitados por la insana sed de sangre, y que al defenderse lo único que consigue es agravar sus propias heridas. Al poco, su consciencia se ve saturada por una serie de estampidos metálicos, y se sumerge y se ahoga en un espeso y profundo burbujeo carmesí.

La muerte como suma de acciones violentas sobre la carne. Un momento, breve en su inicio, pero demasiado duradero, y que se merece algo más de gloria y de lágrimas. Uno de los participantes en la carnicería señala y amenaza a los tres de la galería mientras asesta un martillazo letal al padre, que antes empuja a su hijo para que corra y no deje de hacerlo entre todas esas herramientas crueles, el olor a azufre y las regurgitaciones de bilis y odio. El niño obedece, arañazos en el costado, golpes en los hombros, mechones de pelo que se desprenden de su cuero cabelludo. Resbala y se desliza, repta y se reincorpora con el jersey húmedo no sabe bien de qué. No mira atrás, y cree seguir escuchando la orden de su progenitor sobre la cacofonía de berridos y el angustioso sonido de la carne humana macerada y sajada.

Otra voz deja de lamentarse cuando le cortan la garganta. La víctima da vueltas contemplando más que oyendo las risas a su alrededor, sin entender dónde está la broma. Los jirones de carne y cartílagos del cuello se le desprenden como si fueran un adhesivo silencioso, y la sangre mana en espesos borbotones que aparecen y desaparecen como en un macabro truco de magia.

No hay mucho más que contemplar de la espantosa escena. Han sido unos espectadores fieles, y los actores que siguen en pie les dan ventaja. Les miran con menos avidez, pero les vigilan, todavía entretenidos con los cuerpos tendidos y mutilados. Algunos hacen chistes, otros espiran con satisfacción casi sexual.

—¡Vámonos, nena, vámonos, déjalos! —el anciano intenta arrastrarla con un esfuerzo que pone a dura prueba las dolencias de la edad—. ¡Ya no hay nada que hacer, vámonos, vámonos!

—Por aquí, por aquí —masculla con voz pastosa el joven, tomando la delantera hacia las escaleras que llevan a la segunda planta.

Un niño grita como si le hubieran matado. Una voz quebrada, y rugidos de bestias con forma humana se alzan de nuevo, ansiosos de seguir con la caza.

¡Hay más, hay más allá abajo!, piensa el joven tapándose los oídos, trastabillando, buscando sus cordoneras o cerciorarse de que no está vomitando mientras va al trote. *¡Han matado hasta al niño, hasta al niño…!*

—¡Vámonos, vámonos, por Dios Santo, vámonos, nena, no te quedes aquí!

—¡Por las escaleras, por las escaleras viene…!

—¡Sí, corre, que suben esos, hay que correr, nena!, ¿es que no lo ves, es que quieres que nos maten? —No puede con la joven, apenas si han avanzado dos metros.

—¡No, por las escaleras, que viene el crío, que viene por ahí! ¿Lo oyes, es que no lo oyes?

El anciano se queda parado con la boca abierta. Hasta el joven se detiene en el umbral de las escaleras del otro extremo, queriendo asegurarse de que no se va a quedar solo, o tal vez como un impulso morboso de comprobar si les van a despedazar a ellos también, si todo eso que ha visto allá abajo ha sido verdad, o solo el recuerdo de alguna película estrenada en uno de esos cines vacíos por los que habían pasado mucho antes de acabar aquí encerrados.

—¡Vienen por ahí! —profiere sin estar muy convencido de que el anciano y la joven le hayan oído entre la tremenda algarabía de las escaleras.

—Ven por aquí, ¡vamos!, por aquí, ¡dame la mano!

La joven tiende una mano a la esperanza, a la cordura quizá, cuando ve al pequeño con una mancha roja en la cara, los pantalones mojados y olor a orín, pero vivo y aún ágil. A punto de caer, se desliza por la galería hasta topar con ella. Ahora el anciano tira de ambos, ensordecido por el zapateado descoordinado y agresivo que sube y les perseguirá hasta dondequiera que puedan ir.

Manchas como rastros reptantes al pie de la ventana, hundida en su jambaje, y un espectáculo sórdido de pintura descascarillada y pedazos de muebles que se asemejan a un torpe cerco para animales. Y esta habitación de este piso en concreto tiene algo más de especial, una puerta abierta que no disimula el hedor ni la impactante visión del cadáver tumefacto de una anciana recostada en el dormitorio contiguo. Nadie podría reconocer sus facciones en los retratos rotos que aún reposan perdidos por ahí, tampoco querría nadie reconocerla, ni siquiera reparar en ella. Hay cosas más importantes que hacer. Sobrevivir, por ejemplo.

La habitación tiene otros elementos de gran interés. El hecho de poder abrir la ventana, asomar medio cuerpo por entre los tablones y cristales rotos, mal cubiertos por un postigo deteriorado, y gritar en un acto patético. El ruego por la propia vida siempre resulta patético, sobre todo en condiciones tan incomprensibles. La calle vacía, el viento huracanado cerniéndose por los edificios cercanos, o lejanos, tanto da si uno no ha de salir, si no hay otra salida que la de aunar tres, cuatro a lo sumo, voces para llorarle al salvador ausente, imposible...

... O no, porque, a no muchos metros de allí, un hombre prematuramente aburrido de la vida conducía un vehículo ajeno junto a personas que también le eran ajenas en muchos aspectos. Ese hombre se había percatado de sus gritos de auxilio, porque era eso, o algo parecido, lo que necesitaba escuchar. Ellos cuatro, supervivientes de una matanza absurda, se habían perdido y habían acabado encerrados en el edificio. Él llevaba también un tiempo perdido, ¿quién no lo estaría en una ciudad así? ¿Quién no rezaría o se volvería loco pensando qué hacer para que todo volviese a la normalidad?

Suponiendo que la palabra «normalidad» tuviera ya sentido.

Un pequeño problema: la casa no está cerrada. Que esos locos no se den cuenta de que la anciana está muerta, oh, por favor, que no se den cuenta de que no hay nadie que les pueda echar ni correr el cerrojo, y que sigan, que sigan entreteniéndose en las escaleras, que sigan sin subir, que se asomen a las demás casas...

Los jóvenes, el anciano, el niño incluso, superan su parálisis y sus absurdas pretensiones de encontrarse a salvo en un sitio en el que no pueden hacer otra cosa que tropezarse con jarrones rotos y excrementos de animal. Al anciano le crujen los huesos cuando tira de una estantería con la pretensión de bloquear la puerta que ya deberían haber...

Hay que dejarlo, los músculos en tensión, los dientes asomados, el corazón martilleando incesante, todo para nada. La puerta se encuentra desencajada. Están subiendo, y eso es lo que deberían hacer ellos también, subir a la planta de arriba, convencerse unos a otros de que esta casa abierta y habitada por cadáveres ni es segura ni es un buen augurio.

No miran atrás por la galería, ni abajo. No son del todo conscientes de los elementos de terror del escenario, ni de si los asesinos se han asomado ya por el hueco de la escalera y les señalan con sus herramientas ensangrentadas. Pero se enterarán de todos modos, las voces suenan como si ya estuvieran ahí...

Como si ya estuvieran aquí..., cerca, demasiado cerca, teniendo en cuenta que no hay salida posible.

El abrigo le va rozando por los portales de las casas, cerradas en su mayoría. Sus botas no son sigilosas en su rápido avance pegado a ese extremo de la galería, sin acercarse a la barandilla desde la que podría ver el patio hacia el que descienden esas plantas trepadoras, o parte del contenido de las galerías superiores. Tampoco tiene de lo que preocuparse, semejante marabunta desquiciada será incapaz de percatarse de su presencia.

Su presencia… De pronto se ha hecho material e importante, decisivo para una pequeña y localizada historia de lamentos y muerte. *¿Qué pinto aquí?*, se dice, *¿qué estoy haciendo?* Ya sabe que no hay cultores, aunque sí locura. Ya sabe que podría seguir registrando el edificio como un fantasma y nadie repararía en él. A lo mejor incluso nadie le tendría miedo. ¿Un fantasma con pistolas? ¿Y qué iba a disparar, balas de helio?

Segunda planta. Se encorva y observa en el rellano opuesto pantalones sucios, cordoneras desatadas y extremos aserrados de algunas herramientas que asoman a medio camino entre dos galerías. El escándalo y los golpes se concentran arriba, se dispersan y envuelven todos los rincones del edificio galería abajo, resuenan por el patio y por la bóveda como una fanfarria grotesca.

Apenas si ve un cuerpo entero. Pugnan por apelotonarse en la tercera planta, lo que le deja vía libre para continuar pegado al muro, con las armas preparadas por si hay algo necesario (o divertido) que hacer con ellas. Le sorprende encontrarse dos bombonas de butano, tumbada en mitad de la galería una, arrinconada junto a un individuo muerto o inconsciente otra. Varios cubiertos, muchos de ellos cuchillos, forman una especie de confeti como rastro de este tipo tan raro de fiesta que se está perdiendo, aderezada con sillas rotas, plumas de cojín, paraguas y hasta libros gordos deshojados, uno de ellos una Biblia.

Con cautela, llega hasta el cuerpo. Allá delante todavía hay un par de piernas intentando subir, silenciosas, como si no formaran parte del escándalo. Pero él sabe que sí, que todo está contaminado de esos gritos, esas carcajadas y esos golpes, que todo está dentro de ese jaleo, incluso él, por mucho que se empeñe en esconderse. Y debería sentir miedo, se imagina a sí mismo temblando por lo que está a punto de hacer, y es que la imaginación es una de las pocas cosas que le quedan para regresar a días anteriores, cuando uno tenía que servirse de esa misma imaginación perversa para evocar un escenario así, en lugar de vivirlo.

Se agacha. El hombre caído no es un cuerpo, sino un vivo con una brecha en la cabeza y tal vez un brazo roto, a cuyo lado todavía reposa una herramienta como la que sobresale cerca de esas dos

piernas, excluidas de la última galería. Arruga la nariz. Olor diferente, pero también acre. Matices de un mismo y advenedizo origen. Tiene que dar un tiro de aviso, ¿cómo espera poder subir por esa escalera con tanta aglomeración? Necesita materializarse, dejar de ser un invisible, un ignorado, entrar a golpe de militarismo descontrolado. Se escuchan gritos, y esto va a acabar con muerte de cualquier manera. ¿Hará algo útil? ¿Se sentirá útil por hacer algo «útil»?

Un estampido y un puré de sangre en el portal: el cuerpo ya es un cuerpo con el cráneo abierto. El tiro de aviso está hecho, y no le ha temblado el pulso. Voces y movimientos se interrumpen progresivamente primero, abruptamente después, para acto seguido explotar en oleadas confusas que arrastran cuerpos con ojos desorbitados atropellándose escalera abajo, clamando con sus voces de ira y desconcierto al patio, a la luz del sol casi extinta.

Aguanta lo que pueda ser ahora su respiración. Separa las piernas y se prepara con una mueca indescifrable mientras parte de la marabunta desciende y lo abarrota todo con sus herramientas y ojos sádicos. Siente un ligero cosquilleo que podría ser interpretado como de temor. Los brazos y las formas metálicas, las bocas torcidas y los dientes apretados están tan cerca que podrían tocarle, rajarle, destrozarle. No se amedrentan cuando comienza a disparar con ambas manos, y teme que la pistola se encasquille, no apretar el otro gatillo con la rapidez requerida para que esa furia incontenible no se abalance sobre su bufanda.

Trata de avanzar, cegado por sus propios disparos, por salpicaduras de sangre como gotas de rocío. Ve un reducto que se abre, un pasillo amorfo de cuerpos que necesita franquear para subir y terminar su papel de héroe. Pero lo cierto es que no importa, retroceder tampoco es una opción. Ahora está rodeado por seres, heridos o no, que le flanquean para invitarle a un paso que puede ser una trampa de herramientas de muerte. Corre a través sin preocuparse de la munición restante. Siente pero no padece los golpes furtivos, los enganchones de la ropa, los cortes en las perneras o incluso en las botas al pasar, un filo que se clava en su cintura, que le agujerea el cinturón y hasta la carne.

Degusta sangre que no es suya, se asfixia en efluvios amargos, entre brazos sudorosos que le obstruyen la luz y se atreven a agarrarle, a retenerle, a poner la mano frente al cañón. Intenta saltar, pero lo único que consigue es no tropezar con el brazo de alguien. Empuja y se abre paso a la carrera, aunque lo único que logra es que no le derriben. También intenta descolgarse el fusil y dispersar a la turba furiosa, sin éxito, y a duras penas la correa no se le desprende. Al menos no le quitan el fusil ni le abren un agujero en la espalda de un disparo.

Empieza a subir, destroza una rótula de un disparo que rebota por el piso. Alguien le tira del cuello, es la bufanda, pero ahora no puede quitársela y el nudo se le aprieta hasta el estrangulamiento. Los flecos de la misma se deshilachan y alguien le tira un escoplo a la cabeza con endiablada puntería.

Las lentes de sus gafas se tuercen y le presionan el tabique nasal. Las imágenes se dividen en dos claridades distintas que se entremezclan, le confunden, le hacen tropezar una vez arriba, frente a una puerta destrozada y semihundida. Hay unos cuantos más de esa turba violenta a lo largo de la galería, y a duras penas los retiene entre disparos más amenazadores ya que certeros. Hachas y músculos se preparan para echarse sobre él con un leve atisbo de cautela, de raciocinio o, quién sabe, a lo mejor le esperan porque les está haciendo un favor al servirles a las víctimas en bandeja.

—¡Si estáis ahí, salid de una vez! ¡Voy armado y les estoy reteniendo! ¡Salid! ¡Salid ahora que podéis! ¡Rápido! —El revólver se quedó sin balas, pero lo agita desafiante—. ¿Me oís?

Por el hueco de la escalera, varios rostros ensangrentados y sus cuerpos encorvados asoman con las armas por delante, las uñas destrozadas y bocas ya sin motivación de articular nada inteligible, pero anuncian de forma muy gráfica sus primarias intenciones.

—¡SALID, IMBÉCILES! ¿ES QUE NO QUEDA NADIE VIVO?

El revólver cae al suelo. Varias hachas se aproximan unos centímetros, demasiado descarados. Una granada emerge del bolsillo y se alza a modo de palabra disuasoria, muy gráfica también.

—¿Entendéis esto, cerebros desquiciados?

Le parece escuchar una respuesta a gritos, un murmullo en comparación con las imprecaciones incoherentes de los furiosos, pero proviene con claridad de la puerta atrancada, que se abre unos prudentes milímetros antes de que él mismo le dé un empellón.

—¡Salid de esa ratonera de una vez y pegaos a mí! ¡Venga!

Un anciano se pega a su abrigo ensangrentado, casi envuelve con él a un niño de unos diez años.

—Quiero ir con mi padre, quiero ir...

—Sssh, pégate a mí, vamos con este policía, vamos a salir de aquí y luego volvemos.

—¿Solo sois cuatro? —pregunta él mientras dispara en el torso a una mujer obesa con su hacha demasiado levantada.

El joven de las gafas se agacha cubriéndose la cabeza. Su compañera, con un mango largo de recogedor en una mano, le tira de la manga.

—Sí, cuatro —responde el anciano a destiempo.

—¡VAMOS A ABRIRNOS PASO! —vocifera, soltando la granada a su espalda—. ¡CORRED!

—¿Pero qué hace? —Logra decir el joven de las gafas, aunque nadie le oye. Y por suerte para él, su compañera le tira del brazo lo suficiente como para seguir la marcha entre las filas abiertas por el hombre de la bufanda.

Varios estampidos de pistola ensordecen como preludio a un estallido mayor. El desfile infernal de rostros les dedica una mirada de avidez y rencor conforme las balas y la confusión se abren hueco. Algunos huyen a la par o se cuelan por las puertas abiertas. No todos. Una tenaza consigue abrir una brecha de sangre, algunas manos se atreven a agarrar prendas de ropa, cabellos, a producir arañazos entre esputos de odio. Pero no logran detener la huida hacia las escaleras, unas escaleras que por un momento se sacuden, se alejan y aproximan alternativamente. El caos de voces y movimientos es absorbido por el estampido de aire y los destellos que lo acompañan. Vuelan cuando el suelo cede y les abandona envuelto en una súbita tormenta interior con su lluvia de yeso, mármol y gravilla. Todo es como una broma, un inesperado empujón de mal gusto. Un par de parpadeos más tarde, dientes rotos contra los escalones, cuerpos caídos unos sobre otros, con la sensación de haberse elevado aún en el estómago.

Al abrir los ojos, un doloroso zumbido recorre el suelo resquebrajadizo y la estructura sucia, caliente, hasta llegar a la espalda, la ropa destrozada, la propia sangre ardiendo que se desliza fosa nasal abajo.

La misteriosa figura salvadora se alza sobre ellos. Es un hombre, al menos lo parece, pero aquellos asesinos también lo parecían antes de dejarles encerrados y entrar a lincharles. Podría tratarse de un hombre cruel como ellos, que les engaña para luego jugar con las explosiones. Les contempla con el rostro pálido, huesudo, manchado, las ojeras marcadas sobre unos ojos hundidos, cadavéricos, y una mueca de labios agrietados, espantosamente fría, que corona sus heridas humanas, en apariencia.

Les anima a subir con palabras que no se oyen. La broma es muy cruel, que se deje las calumnias y se dedique a matarles como aquellos, que lo deje ya, porque el dolor es demasiado como para hacerles creer que pueden escapar. Pero su mirada inyectada en sangre no invita a la broma, más bien a terminar con tanta lamentación. Que se han roto algunos huesos, pobres, que están sangrando, que les duele, que hay un niño atrapado bajo un anciano que a lo mejor está muerto... Podría haber sido otro de esos asesinos, podría acabar la sinrazón y apretar el gatillo de una vez.

—Subid por aquí, ¡vamos! —exige, con sus músculos faciales demacrados y carentes de cualquier rastro de empatía o disculpa por sus métodos.

El edificio sigue vibrando cuando se reincorporan tambaleándose,

con el estampido aún resonando en sus oídos. Ayudan a levantarse al anciano y al niño, conscientes, vivos. Al cerrar los ojos se visualizan encerrados en el patio, sin heridas, rodeados de conocidos, de gente común. El cuerpo, por contra, atiende a otros dictados en su búsqueda de la supervivencia. El extraño les arrastra hacia una terraza, una puerta que cede a su envite. Si se detienen, si intentan resistirse a ese espectro con bufanda que les conduce a cielo descubierto, se enfrentarán al pandemónium de allá abajo, donde solo pueden esperar una muerte lo más rápida posible.

El anciano que habían dado por muerto cierra la marcha y la puerta a su espalda. Otra vez encerrados, en esta ocasión en la terraza. El anciano da pasos inseguros, pero los más jóvenes intuyen que no es por su edad ni por las heridas. Ellos mismos comprueban cuánto retumba el suelo, cómo tiemblequea toda la estructura. La próxima pisada se debe hacer como si quemara, y han de buscar desorientados puntos en alzada donde agarrarse, o quedarse quietos para que el suelo no termine de abrirse y ceder.

—¿Es un policía de verdad? ¿Es de verdad...? —dice el niño, sin saber muy bien a qué adulto preguntar. Puede que se lo esté preguntando a sí mismo en realidad, que con sus preguntas esté buscando esos puntos de apoyo en alzada, aunque sean emocionales.

La joven se agarra a un conducto de salida de gases y se asoma con prudencia a los remates del murete adornado de la terraza. Los demás han desestimado ya esa opción, más preocupados en seguir el recorrido en forma de U de la terraza. El hombre de la bufanda, pese a escuchar forcejeo en la puerta de metal que acaban de cerrar, se planta en mitad de ese espacio abierto para recargar munición con parsimonia. El joven de las gafas hace el intento de tocarle el hombro para avisarle, pero este levanta la cabeza como un resorte mucho antes. Un quejido lastimero del anciano se impone sobre el silbar del viento cuando se da cuenta de lo que ha llamado la atención de sus compañeros. Hasta el niño se asoma a un recodo tras la caseta de la terraza, luego se lleva las manos a la cabeza de forma involuntariamente teatral.

Un pararrayos torcido, acabado en base circular con aspas y rematado por una cruz, señala, insidioso, un cielo cada vez más oscuro. En su asentamiento sobre la superficie desconchada del tejadillo anexo a la caseta, una mujer con la tez ennegrecida y una túnica manchada de sangre cuelga de una soga a su cuello, como un adorno más de la terraza, aunque el resto de la escena hace pensar otra cosa bien distinta.

La parsimonia del hombre de la bufanda se convierte en un apresurado intento de aflojarse el nudo de la misma y echar mano del fusil. Una docena de personas reposan de rodillas con la mirada

perdida en la cruz del pararrayos. Desde aquí llega su olor acre inconfundible. Esa suerte de adoradores del pararrayos, sin embargo, no parece armada, y apenas si reparan en sus sorprendidos visitantes. Más bien se concentran en la forma torcida del pararrayos y en unas incomprensibles pintadas en el murete.

La puerta de la terraza termina por ceder. Varios vozarrones entran acompañados de calzados agresivos no muy preocupados por el temblor de la superficie. La joven emite un gritito de terror cuando la cabeza de cabello enmarañado del primero de esos locos asoma por la curva de la terraza. Su compañero de las gafas se echa al suelo, el anciano a su lado cubre al niño y le mira perplejo, pero comprende su movimiento inesperado cuando la superficie arcillosa que el hombre de la bufanda abandona de un salto se resquebraja y se hunde en un abrir y cerrar de ojos, con una lluvia de tierra, silenciosa en comparación con el escándalo que forman los que ahora se arremolinan en la terraza. Los cuatro rehenes de la locura se quedan estáticos, trémulos, rodeados de poses extrañas.

Su supuesto salvador se ha plantado sobre la caseta, y señala con un dedo pálido —con esta luz podría ser el dedo esquelético de la muerte— las cabezas de los locos armados. Su abrigo, su bufanda, su cabello incluso, ondean al viento y le dan la espalda al brillo tenue del sol. Su voz ronca y en un tono desagradable se impone, acompañada de la silueta amenazadora del fusil. Nadie escucha al joven de las gafas rezar que no sea como ellos, que no acabe uniéndose a los asesinos. Ese fusil, esa mirada extraviada... Y le escuchan, no se detuvieron lo suficiente ante las balas, ante la granada, y ahora se paran en mitad de la terraza incluso con gestos de respeto. ¿O es temor?

—¿Este es vuestro ídolo ahora? —vocifera más que pregunta desde la caseta, palpando la base del pararrayos—. ¿Esto es vuestro dios?

El niño es el único que se remueve en su sitio. De entre los violentos armados solo se escuchan resuellos. De los arrodillados, miradas de atención ya más despiertas. Una lluvia de ladrillos repiquetea con fuerza por alguna parte del patio entre la U de la terraza, y la joven contempla el murete, sopesando con el ánimo apesadumbrado la posibilidad de arrojarse por ahí.

—¡Vuestro dios es el caos! ¿Me oís? ¡El caos que creó una secta que ni conocéis! ¡Un hombre nos hizo esto! ¡Ese es vuestro dios, y yo voy a matarlo! Y os mataré también aquí mismo, frente a vuestro ídolo, si no dejáis que estas personas se alejen de aquí para adorar a sus propios dioses.

El contenido de la última frase dulcifica el tono de su breve discurso, advertencia más bien. El anciano le coge la mano al niño, y con la que tiene libre llama la atención del joven acuclillado. Traga

saliva. Por el motivo que fuere, esa gente está escuchando, incluso uno de los del trance gira tronco y cuello para mirar fijamente las lentes del orador del fusil.

—Este es nuestro templo —dice con una voz pastosa pero serena—. Este edificio ha resistido temblores de tierra y torbellinos. Este edificio nos ha protegido bajo su símbolo sagrado, nos ha revelado... la salvación..., nos ha dado... el refugio, el templo, el camino... —sonríe con la boca, pero no con los ojos, perdidos incluso por encima de las gafas de sol de su interlocutor—. No hay leyes ya aquí en esta ciudad que ha dejado de serrr... Es nuestra la ley, es nuestro el refugio, y esos CRRIMMINALES no son bienvenidos... ¡NO LO SON! —apostilla, perdiendo el equilibrio.

Los aludidos aguantan con expresión fatigada las calumnias de los asesinos que corean la última frase. Un disparo al aire, esta vez de fusil, calma los ánimos.

—¡Adorad a vuestros dioses y dejadles! ¡Puedo derrumbar este edificio y vuestro ídolo si quiero! ¡Puedo matar a vuestro verdadero dios y lo haré! ¡Y no os daréis cuenta, porque estaréis aquí como animales primitivos viviendo los restos de la existencia que un hombre os ha robado! ¡Vámonos! —añade dirigiéndose a sus cuatro protegidos mientras salta de la caseta para horror de algunas miradas.

El golpe de sus pisadas supone un atentado contra la tocada estructura. El joven de las gafas trata de emularle de un saltito, sin pensar en las consecuencias, confiando en que la forma de seguir vivo sea imitar los movimientos de ese hombre tan extraño. Su joven compañera de padecimientos, en apariencia de mayor edad debido a las arrugas de sufrimiento en su rostro, les sigue a muy pocos centímetros, con la mente obnubilada, perdida en la conversación que acaba de escuchar, suponiendo que a eso pueda llamársele conversación. Da un saltito procurando evitar las grietas, toca de puntillas por si su mundo se termina de venir abajo, y de buena gana, piensa mientras deja que su cuerpo se mueva por inercia, se dejaría caer, se regodearía en la sensación de presión fría en su pecho y estómago, y comprobaría qué pasa al caer entre los escombros, cuántos pisos necesita atravesar, agujero tras agujero, hasta acabar con un súbito impacto, tan temido como morbosamente esperado. A su derecha, algo adelantados, el anciano y el niño van cogidos de la mano y demuestran de qué es capaz la voluntad a pesar de las limitaciones físicas. El problema viene cuando la voluntad se extingue, cuando se ha esperado una mínima explicación para tanta muerte, aun a sabiendas de que esta no tenía por qué darse, para luego encontrar un absurdo encuentro teológico, el poder de un símbolo inverosímil y una figura profética ridículamente armada con un fusil que de pronto ha logrado lo que otras balas y explosiones no. En cualquier caso, ni

ella ni ninguno de sus acompañantes dejan de moverse. Parar puede suponer que el suelo ceda, o que esos que aún miran con recelo —aunque es mucho más que recelo lo que expresa la intensidad de sus miradas— decidan cercarles o dedicarse un taconeo para hundirles a todos en un acto de suicidio colectivo.

El grupo de arrodillados no les dedica ni un segundo más de atención. Regresan a cualquier matiz que no hubieran visto ya de su adorado pararrayos, al cielo turbio, o a cualquier abstracción sobre la deteriorada superficie de la terraza. Los asesinos supervivientes, sujetando sus herramientas con ganas, se retiran en pequeños arcos sin mirar el suelo, al contrario que aquellos cinco que cruzan ahora la puerta. Están tan seguros de que su edificio no se vendrá abajo como seguro está el hombre del fusil de que les dejarán paso.

No por ello dejan de mirar atrás una vez en la galería, aceleran en lo posible el paso, se agarran unos a otros, y a los muros, y a las columnas, con tal de bajar sin caer por un agujero, siempre cuidándose con aprensión de no pisar los cadáveres ni las herramientas.

—Todavía están allí, nos siguen..., míralos, míralos... —lloriquea el niño, señalando atrás.

El anciano no le permite detenerse para mirar a los hombres y mujeres de muecas y murmuraciones feroces que les siguen desde las escaleras, con los nudillos apretados y evidentes muestras de contención. Hay demasiadas grietas en el suelo como para que esos, convencidos o no de la invulnerabilidad de su templo, se arriesguen a perseguirles a la carrera. Así y todo, esa lenta pero constante presencia tras ellos se hace de lo más turbadora, sobre todo cuando han de detenerse en el otro extremo de la galería, en donde el hueco de las escaleras es una ruina de hierros sueltos, baldosas caídas y yeso ennegrecido. Hay un salto importante hasta lo que queda del rellano de la galería inferior, y en este lado, a pesar de que sus pasos son cada vez más cortos y cuidadosos, se acrecienta la sensación de que el edificio se está inclinando, o replegándose por algún extremo como si fuera de cartón.

—Descolgaos apoyando los pies en el trozo de tabique.

El joven de las gafas, unas gafas muy sucias, obedece de inmediato. Para vivir, piensa, he de seguir obedeciendo a esa voz. Y se deja caer casi sin buscar apoyo, convencido de que mientras siga las instrucciones al pie de la letra nadie le aserrará los dedos ni le perforará el pecho.

—Yo bajo ahora y tú me pasas al crío —dice la joven, ajustándose bien el pantalón del chándal.

El trozo de suelo con los hierros salientes se remueve cuando se apoya con la boca del estómago para descolgarse hasta el trozo de

tabique.

—Cuidado con la cabeza —dice el anciano, señalando lo que queda del esqueleto de las escaleras con aspecto de desplomarse si se la mira demasiado—; cuidado no te enganches.

El hombre de la bufanda les espera con impaciencia apreciable por sus movimientos de dedos sobre la culata del fusil. No deja de vigilar el lento pero continuo avance de los habitantes del edificio, que se burlan en silencio y sortean como si nada los cadáveres esparcidos por la sucia y deteriorada galería. Las deportivas de la joven hacen un ruido líquido al pisar un torso con ropas sanguinolentas adheridas como vendas.

—Bajad ya, que voy a vomitar.

—Tápate los ojos —dice el anciano, cubriendo con su rugosa mano la frente del niño—. No sigas viendo esto.

Ayuda al niño a descender a los brazos de la joven.

—Procura mirar poco —añade ella, aguantando las arcadas que le sobrevienen cuando un pedazo de víscera se desprende de un amasijo de hierros y aterriza cerca de sus deportivas.

—Concentraos en el olor a quemado —dice el hombre del fusil.

El anciano lo mira, deja caer su bastón por el hueco de la escalera en ruinas. Trata de buscar en ese hombre un indicio de que su último comentario pretendía ser una broma.

—Ayudad al viejo a bajar.

—Cuidado, se te va a enganchar eso con el hierro.

—Esto apesta...

La joven arquea la espalda, intentando en vano contener las arcadas. Su compañero hace el ademán de ir a sostenerla, pero se aparta en un acto reflejo cuando ella vomita violentamente frente a un portal con la puerta astillada. Cuando la joven repara en el rostro agujereado y remozado en sangre y arenisca junto al que ha vomitado, regurgita a punto de asfixiarse y se apoya en la pared.

El anciano termina de descolgarse, sin atreverse a recoger su bastón del suelo entre vísceras y miembros amputados sobre una macabra papilla roja.

—Cuidado con los hierros, hi...jo —alcanza a decir el anciano, a punto de devolver también.

—Es óxido, ¿verdad? Eso rojo de los hierros es óxido...

—No mires y camina junto a mí.

—Vamos —dice el hombre del fusil, descolgándose con bufidos evidentes de molestia al rozarse sus prendas con el sucio espectáculo —. No creo que los de arriba puedan hacernos ya nada.

El anciano y los jóvenes miran con preocupación el saliente afilado y agrietado del piso de la galería que acaban de abandonar. Ese hombre les invita, les obliga a seguir avanzando entre escombros y

cuerpos —o trozos de cuerpos—, con el sonido pegajoso del calzado sobre la sangre y la tierra, y tanteando de puntillas a cada nuevo temblor sentido o baldosa agrietada encontrada. Perciben el movimiento, incluso los rostros que se asoman desde los restos de la escalera. Están aguardando su momento, tal vez para reírse luego, para vociferar entre insultos y gruñidos que la puerta del edificio está atrancada, que de nada les va a servir acompañar a ese loco del fusil.

Pero son incapaces de hacer otra cosa que no sea obedecer a quien ha tomado el control de sus voluntades. Se estremecen a cada paso en el interior de esta ruina macabra, esta trampa sucia y mortal llena de ecos furiosos y lluvia incesante de polvo que amenaza desprendimiento. Temen la posibilidad de tropezar al final, de hundirse con los escombros, de encontrar un fusilamiento cruel en el patio, la puerta atrancada o más gente deshumanizada aguardando dar la sorpresa final, por mucho que el resplandor del rellano frente al cancel prometa devolverlos a la luz del ocaso en una ciudad triste, muerta, demente.

El viento que proviene de las esquinas solitarias de la ciudad les embriaga tras el umbral, les limpia los oídos del zumbido de las explosiones, les hace toser con su oxígeno viciado pero limpio del hedor a muerte. No pueden ya ni esquivar el escalón de la entrada. El anciano tropieza y rueda acera abajo, con una mueca que se diría divertida. La joven sujeta al niño que, mudo, sigue intentando con la mirada regresar donde su padre, aunque una parte de él va asimilando qué ha pasado y qué podría pasar si no sigue a ese hombre rocoso de las gafas de sol y la bufanda, el mismo que cierra el portón y señala enfadado al otro lado de la calle.

No hay nada tras la brecha abierta en el asfalto, ningún coche patrulla ni ambulancias dispuestas a atenderles con rapidez o a tomarse en broma la levedad de sus heridas. Tampoco asistencia psicológica de ningún tipo. Tan solo una puerta cerrada que dejan atrás como si no hubiera pasado nada que mereciese la pena mostrar al mundo, y un hombre armado y furioso que maldice a algún cobarde, que busca con la mirada en una calle, un entorno tranquilo. Cualquier cosa parece tranquila ahora.

—Teníamos una furgoneta al doblar la esquina.

Las palabras del joven deshacen el mutismo. La joven afloja su presa sobre el niño y se frota los ojos, se ajusta de nuevo el chándal y asiente mirando alrededor mientras su sentido práctico va regenerándose en su dolorida cabeza llena de cortes.

El salvador sonríe y ayuda al anciano a incorporarse. Mantiene una sonrisa agrietada, sangrante, muy irónica, torcida, y arquea unas cejas pequeñas con salpicaduras de algo marrón.

—¿Y bien? —insta al joven—. Llévanos a la furgoneta.

4

ANUARIO DE 1982

Kampala, martes 20 de abril

Osmundo Bilbao Garamendi, misionero vasco de los Padres Combonianos, muere en la carretera ugandesa de Entebbe al ser ametrallado en un control guerrillero después de que desoyera la orden de detener su furgoneta.

Verja echada, barrotes entrecruzados que contienen la penumbra de las taquillas. María ralentizó su paso al lado de la entrada del último cine tradicional que resistió en la ciudad. Había gente a lo largo y ancho de todo el paseo imprimiendo velocidad y estrés incluso en pleno mes de julio. Ella caminaba más despacio para gozar de lo umbrío de la fachada, bajo los balcones, y burlar por poco tiempo al imponente sol. También trataba de distinguir si se habían dejado puestos los carteles de los últimos filmes proyectados. ¿Cuál había sido el último estreno? Ni siquiera sabía cuándo lo habían cerrado. Llevaba tanto tiempo sin recorrer las calles, sin dar un paseo por el paseo Alfonso XIII... Qué redundante, y qué innecesario. ¿No estaba ya saliendo de casa periódicamente? ¿No estaba conociendo a gente y haciendo cosas nuevas? ¿Qué tenía de interés salir al ruidoso paseo para enterarse de que las multisalas habían acabado con el cine tradicional definitivamente?

Le apetecía ir al cine, esta misma tarde sin ir más lejos. Gozar del aire acondicionado, del penetrante olor de las palomitas, de la oscuridad ruidosa y envolvente que la trasladaría durante una o dos horas a otros mundos repletos de posibilidades. Crearse una burbuja placentera repleta de imágenes, de sueños que reemplazasen sus pensamientos, sus inquietudes, y que la aislaran del resto de espectadores (si escogía bien su butaca), del mundo. Por eso había pasado por aquí, no porque le viniera de camino para hacerle las compras a su madre, sino por curiosear qué películas daban.

Sus pasos la llevaron pronto más allá de la fachada del desolado cine. Y junto al resto de fachadas y escaparates María recuperó el ritmo, no fuera a ser que tropezara con la mujer que tenía a la espalda o con el joven cargado de periódicos que venía de frente a paso vivo. Le dolía la cabeza. Esta tarde era el día del espectador, y le vendría bien despejarse, variar su ruta semanal, pero había curso. No había tardado mucho en recordarlo, lo cual era meritorio teniendo en cuenta

que casi cada semana variaba el día de las sesiones —y la cantidad de estas—. ¿Es que no podía faltar ni un solo día? ¿Es que no podía ponerse enferma? Asustaba pensarlo. Tenía que ir, ¿qué le iba a decir si no al grupo?, ¿qué le diría a Juan, y cómo se tomaría que no le hubiese invitado al cine?, ¿qué excusa le pondría a su madre? No necesitaba el día del espectador, tenía el carné de estudiante. No, no era por el dinero, ni por los estrenos, quería ir por el dolor de cabeza, por la molesta sensación de que volvía a ser controlada por su madre, o por otras personas… ¿Qué le diría a Hutter si le preguntaba a la sesión siguiente por qué había faltado *una de sus alumnas más aventajadas*? «Es que me apetecía ir al cine, como no hay otros días para ir…». Y no iba a mentir, ese no era el estilo del curso. Además, dudaba que pudiese, llegado el caso, porque ¿y si la veían al salir del cine?, una tampoco sabía con exactitud cuánto duraban las sesiones. Ni hablar, no merecía la pena darle la espalda a sus compañeros por un capricho, y mucho menos por pereza. Esto no era la universidad, esto ni siquiera era su trabajo del supermercado. Iba al curso porque disfrutaba con la compañía, porque por primera vez empezaba a encontrar un sentido más amplio y significativo a sus decisiones y acciones. Una especie de puzle se estaba formando en su cabeza con cada nueva sesión, con cada nueva interacción con el grupo y con los juegos y la filosofía de Hutter. La ponía nerviosa imaginar que se perdía uno de los fragmentos del puzle, de esa idea global que estaba captando, algo que no podía recuperarse simplemente tomando notas como si se tratase de una clase magistral. No, no era ninguna lección, era… En realidad no sabía lo que era, pero sí que su malestar se aliviaba tras acompañar a su madre a ese edificio reformado, al sentarse y rodearse de rostros atentos y permitir que la voz de Hutter se apoderase de sus jaquecas, de su descontrol hormonal, de la incertidumbre, del miedo. Ni siquiera tenía que preocuparse por Juan, por ese compañero íntimo o aspirante a novio que se empeñaba en tenerla controlada, en saber a cada momento qué iba a hacer y dónde, para luego nada, porque ni ella se lo ponía fácil ni él mostraba la iniciativa suficiente para romper la barrera invisible que separaba sus labios. Eso era un quebradero de cabeza más, una molestia que durante las sesiones no existía, porque era Hutter quien dirigía la atención, los comentarios, los anhelos.

Se detuvo en seco ante la luz parpadeante del semáforo peatonal. Era Hutter quien traía paz a su turbulenta mente saturada de instintos sin iniciativa, de ideas divergentes y timoratas. Solo Hutter y el grupo, la seguridad, la referencia, el tiempo, el sentido. Había muchos días para ir al cine, para despejarse haciendo otras cosas. Además, siempre podía recurrir a Robert (Robert 82, o 98, dependiendo de si se tomaba su nombre completo y no su recién adquirido apodo) y a su incansable

descarga de cine en Internet. El mismo Hutter había propuesto ver alguna película algún día en el salón de actos del local. Sí, ahí estaba la solución a los dilemas, en el grupo. No tenía sentido plantearse la cantidad de dedicación al curso, cuestionar aquello que la enseñaba a cuestionar otras cosas, a aprender el verdadero significado de su vida estudiantil, laboral, familiar e incluso amorosa.

Todo estaba bien, jugarretas de la mente. Se veía a sí misma como una monja novicia que se plantea sus votos, aunque la comparación resultase burda. No se podía comparar la libertad de palabra, obra y pensamiento que disfrutaba con la que pudiera tener una monja. Se sentía tan bien encontrando tan rápida solución a sus dudas...

Un saludo fugaz a la vecina del cuarto, la misma que la había dejado sola con su madre en el trayecto hacia el curso. Lola le dedicó un simpático pero huidizo gesto con la mano mientras se apresuraba a meterse en el ascensor. Lola no la esperó para que se subiera al ascensor. Lola ya no iba al curso, siempre estaba demasiado ocupada. Daba largas a su madre y eludía cualquier encuentro con sus antiguos compañeros si coincidían por la calle. Siempre se había comportado así, y a María lo mismo le daba subir por las escaleras a pesar de las bolsas de la compra. Solo eran dos pisos.

María dirigió una última mirada suspicaz al ascensor. La compañía de su madre ya no resultaba tan molesta, después de todo, ahora que volvía a vivir con ella acabados los exámenes. Quizá porque le había cogido el tranquillo, después de tantos años, a eso de ignorar sus interminables explicaciones que no llevaban a ninguna parte. O quizá porque ya no se empeñaba tanto en criticar todo lo que hacía. Sí, hasta sus conversaciones se habían vuelto más amenas, toda vez que hacían referencia a los contenidos de las sesiones. Además, se la veía más resuelta, menos preguntona desde que había conocido a la gente del curso. María se sentía ahora más responsable de ella que nunca. La mujer no estaba para cargar con los botes de desinfectantes ni con los paquetes de leche, sobre todo si el trayecto hasta el hipermercado era largo, aunque sí debía hacer ejercicio, cuidar su alimentación...

Giró las llaves de casa con el ceño fruncido. Jesús, con un cepillo para el pelo en una mano, le daba la espalda en el pasillo de camino a su dormitorio. Ya se podía haber encargado él de las compras. Pero siempre estaba tan ocupado, incluso ahora, a mediados de julio, con el curso escolar acabado. Si la relación de María con su madre se había dulcificado un tanto, no podía decirse lo mismo con respecto a su hermano. Seguía igual de taciturno, igual de impaciente, igual de...

No se había planteado demasiado qué era lo que fallaba entre ellos dos, probablemente lo mismo que fallaba entre madre e hijos, si bien

en este caso había además manifiestas demostraciones de antipatía mutua. Ni siquiera se soportaban el timbre de voz. Jesús siempre se quejaba de que su hermana pareciera estar gritando a cada momento, pero ella opinaba que era él quien hablaba demasiado bajo, como para sí mismo.

La olla a presión silbaba con insistencia y soltaba efluvios de la comida que su madre había estado preparando. Ahora fregaba cubiertos con unas manos bien remangadas y hábiles. María dejó las bolsas sobre la atestada mesa, respondiendo evasivamente a las trivialidades que preguntaba su madre; *sí, ya sabes que siempre le pongo dos bolsas a la compra por si se rompe, que sí, que hace mucho calor y antes no hacía tanto, que ya te he dicho mil veces que no estoy saliendo con Juan...*

En su habitación, ya más completa en cuanto a comodidades (música y cojines, sobre todo), se tumbó sobre la cama sin hacer, bajo la ventana bien abierta. Le dolía la cabeza. Miró su escritorio con culpabilidad. Allí había dejado los libros de sus cuantiosas asignaturas pendientes, y desde principios de junio todavía no los había tocado, no porque el curso o su trabajo por horas en el supermercado la absorbieran demasiado, sino por desgana. Por primera vez su madre no estaba tan interesada en juzgarla y rejuzgarla, ni en intentar reconducir sus aspiraciones laborales hacia terrenos *más provechosos* según las cuatro conocidas del supermercado o la vecina del sexto. Seguía sintiendo presión al tragar saliva, la presión de la responsabilidad académica bien aprendida desde sus años de instituto, pero el objetivo último no dejaba de ser una calificación, parabienes e indicadores de un progreso adecuado hacia la obtención de un título que a saber para qué facultaba en la realidad. ¿Qué sugería Hutter a propósito de estos interrogantes? *Sí, que cada acción, cada decisión, se ha de relativizar y analizar en sus factores colindantes, coadyuvantes, determinantes. Lo que yo haya hecho o lo que haga que me provoque malestar debe ser simplificado, derivado, desviado y reconducido hacia otras acciones menores o mayores que me hagan sentir bien...* (*O algo así*). El mensaje estaba claro, pero aún formaba parte de un rompecabezas al cual le faltaban piezas. Hutter proponía, entre otras muchas cosas que no se sabía bien si eran meros entretenimientos o entrenamientos, tomar decisiones acertadas, ¿y cómo saber si eran acertadas?: previendo. La idea en sí era fascinante, propia de la obra de un filósofo, aunque ella no había leído demasiadas obras del pensamiento.

Lo cierto era que en los últimos meses no leía obras de ningún tipo, tan solo periódicos. Hutter recomendaba leer el periódico, el que fuese. Ella lo tenía fácil para hacerse con un diario, ahora había muchos que se ofrecían gratis por la calle o se arrojaban al suelo como

propaganda ideológica esperando ser recogida por sus adeptos o por cualquier otro incauto, ¿no era eso otro tipo de secta? En fin, teorizar sobre qué era o no secta ya la aburría. Agarró uno de los dos ejemplares del escritorio, le daba igual cuál fuera y qué ideología destilase. Aguzaría su capacidad de observación y de análisis del mundo, no para hacer disertaciones en la cafetería, no para hacerse la interesante ante sus conocidos ni para escribir un ensayo, sino para controlar todo aquello que pudiera afectarla a ella o a sus seres queridos. Esa debía ser la actitud.

—Ni que yo viera algo la tele a lo largo del día.

Jesús acabó así su protesta. Cogió con brusquedad una bandeja para irse a comer a su habitación. La discusión acababa ahí, porque María no replicó, cosa poco habitual en ella, y más ahora que sabía que su madre se apartaría la cuchara de la boca para salir en su defensa. Antes no acababan con tanta facilidad las disputas por el canal a la hora de la comida. Si todo seguía por estos cauces, su hermano acabaría cada vez más marginado en casa, y María no tenía muy claro qué consecuencias traería eso. *Dilo claro*, había pensado cuando su hermano bufó al ver quién se había apoderado del mando a distancia para poner las noticias de un canal local*, di: «No soporto cuando pones alto a esos malditos cantautores»; yo tampoco soporto tu música de gritones siniestros; «No soporto que te encierres en el baño justo cuando he de prepararme para salir ni que lo dejes todo empañado»; ni yo que abuses del desodorante; «No soporto que hayas vuelto para acaparar la lavadora con tu continuo cambio de ropa, que te apropies del sillón bueno del salón, que te comas mis frutos secos, que te apoderes de mi espacio y me estorbes en el pasillo con tu presencia de chanclas chirriantes...»; sí, tu espacio amenazado por extraños, posibles invitados que deberán apartarse al entrar para no rozar tu estúpido jarrón de dos piezas anclado en el pasillo; nuevos aires intrusivos, molestos para tu rutina huraña y ultracontrolada, para las cuatro paredes decoradas a tu gusto y que ocupas desde hace demasiados años con la excusa de estar cuidando a mamá, ahora que ella quiere cuidarse de otra forma, rodeada de otra gente de la que tú recelas.*

María se preguntó si había regresado al hogar para sentir más malestar que cuando se fue. Cruzarte cada mañana en el pasillo con una persona que no soportas y que utiliza la misma mesa que tú para comer y el mismo váter que tú para evacuar es una de esas cosas que van minando el buen ánimo, y no basta con ignorar. La mera presencia hostil elimina las sonrisas, inhibe las palabras amables, cohíbe la libertad de expresión por si eso puede ser utilizado más tarde para menospreciarte.

Menos mal que Hutter había insinuado la solución. Controlar pequeñas acciones que han acompañado y desembocado en el malestar final, y reconducirlas antes de que acaben deteriorándote: cambiar el canal bajo la mirada de apoyo materna, hacer la compra sin rechistar, cerrar con pestillo el cuarto de baño, no replicar las protestas si no es necesario, cerrar la puerta del cuarto, verlo lo menos posible, y acompañar a mamá al curso, defenderla de las ignorantes e infundadas advertencias de su hijo; en definitiva, aislar el problema, marginarlo, y aguardar a que con la constancia y el apoyo (del grupo) su hermano abandone por fin el hogar familiar o se decida a dar un primer paso hacia la conciliación.

De momento, y esto servía como solución provisional, Jesús desaparecía cada vez con más frecuencia por las mañanas para dar solitarios paseos, perderse en los cibercafés, en los centros comerciales, o dondequiera que fuese. Disponía de las tardes para mirar de reojo la partida de su madre y de su hermana a *que les comiesen la cabeza y les sacasen el dinero*, para luego en el fondo disfrutar de la quietud de una casa que quizá, según él, debiera ser exclusivamente suya.

Claro que Hutter, en esas tardes cada vez más frecuentes, hablaba de factores mucho más complejos que el mero hecho de respirar hondo y poner en su sitio a un pariente. Otras veces, sin embargo, frivolizaba, representaba el papel de un desfasado animador sociocultural. En dichas ocasiones dejaba de tener sentido encender el ordenador para procesar abstractos cálculos que acabarían concluyendo cosas como «Dile a tu hermano que se busque una novia».

—... Anotad un número de tres cifras...

Hutter garabateaba con el rotulador para reforzar su explicación. María 258, como la mayoría del grupo, lo observaba en silencio, pero ella tenía fijación por vigilarle las sobaqueras. El atuendo de Hutter seguía siendo una rara mezcla entre formal e informal, un híbrido entre político de pueblo y empleado de copistería. María 258 no encontraba humedad en las sobaqueras de su impoluta camisa blanca con los faldones fuera, pero sí en su frente. Se le veía cómodo y seguro frente a la pizarra, así le daba de lleno el chorro de aire acondicionado. María admiraba la energía que invertía en modular su tono de voz y sus gestos incluso en cosas tan simples.

—... Escribidlas y a continuación volvedlas a escribir de forma que tengáis un número de seis cifras... Así. Ese será vuestro número secreto para esta tarde...

Mientras anotaba sin mirar en el papel que tenía sobre la carpetilla

del curso, María 258 también se fijó en uno de los asientos que se habían quedado vacíos. Era fácil adivinar quién había faltado a la sesión, ya que cada alumno ocupaba a fuerza de costumbre una misma silla. A Lola ya la habían dado por perdida durante las primeras semanas, pero Manuel 270, dos filas por delante, seguía acudiendo hasta hacía un par de semanas. ¿Estaría enfermo? Esa era, en opinión de María 258, la mejor excusa para faltar a las sesiones, si uno deseaba faltar, claro está.

—... divididlo entre once, y lo que os dé lo dividís a su vez entre trece, y luego, no os asustéis —aprovechó para hacer una pausa, reírse y juguetear mecánicamente con la capucha del rotulador—. Coged la calculadora, que os será más...

—Están bien estas calculadoras del todo a cien, ¿eh?

Todos estaban ya acostumbrados a esa voz proveniente de las filas intermedias que interrumpía de continuo. María 258 se sonrió. Había que reconocer que el individuo a veces era ingenioso, y sabía reírse de sí mismo. Le hacía falta, o no habría aguantado que Hutter le dejara en evidencia tantas sesiones.

—Sí —dijo Hutter—. Espero que las disfrutéis con salud, y bueno, ya sabes, puedo traer la hucha de la colecta para que hagáis vuestras aportaciones y así comprar unos portátiles para cada uno...

El buen humor y los comentarios subsiguientes postergaron los cálculos. No importaba. María 258 reía con la boca bien abierta. Su madre, desde que venía al curso, había descubierto cuán amplia podía ser la sonrisa de su hija. Este hecho ya no inquietaba a María 258, ¿por qué no dejarse llevar y ser ella misma? Incluso podía dejar caer algún comentario cuando se terciase. Eso sí, procuraba ser más oportuna y menos plomiza que su compañero. Y, a propósito de compañeros, Juan 141 estaba más callado y serio de lo habitual. Sobrevolando un poco los peinados y los hombros de los compañeros que tenía por delante, también reparó en el aspecto fatigado de Sonia 120. La pareja de Hutter iba más tapada de lo habitual ahora que el calor comenzaba de veras a hacer estragos, y tampoco se comportaba del modo acostumbrado. Ella y Hutter no habían mediado palabra desde que había comenzado la sesión.

—Bien, bueno, volvamos al asunto —recondujo Hutter—. ¿Tenéis ya los cálculos? Bien..., algunos. A ver, mi querido Robert 82, tú que eres tan rápido para todo...

María 258 esperaba un comentario picante, pero este no se produjo. Hutter había dejado la pizarra y ahora se movía inquieto con una mano en el bolsillo, y el resto de sus poses de orador habituales. Se humedecía los labios una y otra vez, como cuando estaba a punto de hacer alguna demostración.

—... No me digas el número de seis cifras en el que pensaste, solo

dime el resultado final de las operaciones que has llevado a cabo con la ayuda de nuestras útiles calculadoras de conversión a euros...

—El 1407.

—Vale, espera, que te lo adivino.

María 258 atendía divertida. Hutter estaba demasiado lejos como para ver los arrugados papelotes de Robert 82, pero había truco igualmente.

—El 201 —resolvió casi de inmediato.

—Joder, pues sí.

—Tranquilos, vuestros números de cuenta del banco están seguros, no soy adivino ni nada de eso. Si habéis de admirarme, hacedlo por... —Aquí dudó—. Por otras cosas. En realidad me he limitado a dividir mentalmente entre siete el número que me has dado. Habíais dividido entre once y trece, y siete era el número que faltaba para devolver vuestro número a su estado inicial, antes de que repitieseis las tres cifras, que no era otra cosa que multiplicar por 1001, y siete por once y por trece da 1001... Lo que trato de mostraros con este rollo es que la adivinación, la predicción, no tiene por qué ser una cosa de videntes. Si controláis los factores, como yo he controlado los divisores, adivinaréis el resultado final. Ya lo hemos hecho alguna vez de pasada, pero enseguida empezaremos a ver problemas prácticos, *vuestros* problemas, lo que os preocupa cada día antes de venir aquí a pasar el rato, a que os coma la cabeza con mi afición por los números.

Hutter sorteó con educación y buen humor a algunos de sus alumnos. Se coló en el asiento que Manuel 670 había dejado vacío.

—Hey, vosotras dos... —reprendió sin levantarse del sitio que acababa de ocupar.

Un hombre mayor de las filas de atrás agradeció la intervención de Hutter y relajó el ceño casi siempre fruncido que les dedicaba a sus dos compañeras de delante. Hutter prefería utilizar su carisma personal siempre que podía, y aprovechar la circunstancia para hacer partícipes de su próxima explicación a los sujetos disruptivos.

—... Veréis que hablo mucho de números, ¿verdad?

Una de las adolescentes asintió.

—A lo mejor por eso se marchó Manuel 670.

María 258 se sorprendió mirándole de nuevo las sobaqueras. Se le ocurrió que Hutter debía de llevar alguna chuleta en algún lado, tal vez ahí, donde no sudaba. Si no, no se explicaba cómo era capaz de recordar incluso los números de los ausentes.

—A lo mejor —rio la más rubia de las dos chicas.

Hutter forzó sus arrugas con una nueva sonrisa.

—Pero tal vez Manuel 670 no se dio cuenta de que todo esto de los números no es más que parafernalia, los tráileres, la publicidad, las letras al principio de una película. Por ejemplo, tú, Constanza 232...

María apenas si reaccionó con la atención de Hutter puesta en quien ella tenía tan cerca, al lado. Incluso habría deseado esta vez poder intervenir.

—... ¿Qué cosas buenas te han pasado desde que estás aquí, nos escuchas y empiezas a probar nuestras técnicas?

—Ee... ¿A qué técnicas te refieres? ¿A lo de buscar la verdad y eso? —dijo la joven, removiéndose en su asiento.

—Más sencillo, dinos cómo te encuentras desde que te apuntaste al curso. Levántate, por favor, ya sabéis que me gusta que nos veamos bien, aunque yo ahora esté sentado... Disculpad —se levantó frotándose la cabeza.

—Pues... yo... me encuentro bien...

—¿Bien nada más?

—Muy bien..., no sé, esto es ameno, aunque hablemos a veces de cosas muy raras, y me sorprende mucho la variedad de personas que estamos aquí, y que nadie se sienta acomplejado. Yo misma, que no tengo muchos estudios ni nada, y mi vecina —refiriéndose a una señora mayor con un bastón y unas gafas oscuras—, me sorprende que venga y esté aquí escribiendo si apenas ve...

—Pero entonces, aparte de para pasar el rato, supongo, y eso ya lo hemos hablado muchas veces en nuestro círculo de amigos, somos gente ocupada, y quedar semana tras semana se supone que es para llegar a conclusiones, para reforzar los conocimientos que emanan de nuestra actividad común, de nosotros, que somos algo nuevo, algo creado para apoyarnos y conseguir lo que deseemos. ¿Cómo te ha servido todo esto ya en tu vida? Y te aseguro —añadió antes de dejarla intervenir—, que te servirá de mucho más...

—Pues, sí, eso de la cadena de favores que hicimos estuvo bien, me sentí muy querida, y lo de escribir en un papel lo que hacemos antes, durante y... después de sentirnos mal, y analizarlo y todo eso... Eso está bien, no sé, te hace mirar las cosas de otro modo, te hace...

—Prevenir —acabó Hutter.

—Sí, te hace prevenir no volver a cometer errores y..., eso.

—Sí, eso —sonrió Hutter, abandonando el sitio de Manuel 670—. La verdad no es más que *eso*, lo que podamos percibir y experimentar. Lo que podamos vivir con nuestros sentidos, en definitiva, y si lo vivimos y lo entendemos podemos manipularlo a nuestro antojo. ¿Quién dice que no podemos ligar con la que nos gusta? ¿Quién dice que no podemos decantar los resultados de unas elecciones si nos lo proponemos? Es cierto que no todo es tan fácil ni está tan a nuestro alcance, ya sabéis, la lotería... Pero siempre lo aceptaremos todo de otra forma, ¿verdad? —Esperó una respuesta colectiva, y hasta que no lo logró no prosiguió—. Tenemos que averiguar qué le pasó a Manuel 670, tenemos que apoyar a nuestros compañeros cuando lo necesitan.

¿Acaso su decisión pudo ser correcta? ¿Acaso él pudo predecir lo que le iba a suceder si dejaba el curso? ¿Acaso fue consciente de todo lo bueno que le esperaba con nosotros a su lado? ¿Acaso...?

María tragó saliva preguntándose por qué estaba tan seguro de que Manuel 670 no se encontraba enfermo, de viaje o algo así. Se vio incapaz de preguntarlo. Ni siquiera la voz impertinente dijo nada al respecto. Ahora que reparaba en ello, no habían pasado un solo día sin hablar de la ausencia continuada de Manuel 670.

—... Y regresando al tema —señalando ahora a las adolescentes—. ¿Sabéis por qué le doy tanta importancia a los números?

—Lo acabas de decir, ¿no? —dijo la más risueña de las dos.

—Eres genial, chica. Claro, sí, es por eso y por muchas cosas más. Os gusten o no, los números siempre están ahí, vuestras medidas, los euros que cuesta una moto, o los símbolos que han rodeado nuestra cultura desde un principio y que, sea cual sea vuestra religión, no se pueden ignorar.

El incansable orador recorrió todo el pasillo entre las dos mitades del aula. Sorteó el ordenador y la camarera portátil llena de botes de refrescos. Borraba la pizarra con parsimonia mientras hablaba. *Otra vez bajo el chorro de aire*, pensó María.

—... de lo que ya hablamos el otro día, de los símbolos. Símbolos como la franja y los colores de la Coca-Cola, ¡y dejad de mirar ya los refrescos!... Bien —carraspeó—, símbolos que significan algo, aunque la gente no se dé cuenta de ello. ¿Sabéis algo de la Biblia? ¿Tú...?

—José Carlos.

—¿José Carlos qué más?

Desde la pizarra, Hutter no podía leer la pegatina en la camiseta de su alumno. Se mostró contrariado por no saberse el número de memoria.

—José Carlos 366.

—Bien, José Carlos 366, ¿qué sabes de la Biblia?

El aludido, un hombre de mediana edad con los dientes amarillentos, puso sonrisa de circunstancia.

—¿Tú crees que hay simbología en la Biblia?

—Sí..., claro, eso sí, sobre todo el Antiguo Testamento.

—Pues como bien dice nuestro compañero, sí, en efecto, hay simbología, más de la que podáis suponer, y esos símbolos son más antiguos que la palabra de Cristo. Por ejemplo, el cuatro, ¿te acuerdas del cuatro, José Carlos 366?

—Sí..., ee... era lo del tetraedro, lo de la composición de las cosas y...

—Exacto, no te preocupes, no se trata de que habléis como un científico ni de que entendáis del todo lo que os digo. A veces es mejor no entender y dejarse llevar, pero no siempre, recordad, aquí estamos

para conocer verdades, y la verdad es que el número cuatro, *Daleth* en hebreo, es equivalente al Delta griego que da nombre a esta asociación. Según el Apocalipsis, cuatro son las partes en las que se divide la Tierra, cuatro las bestias con ojos, cuatro los caballos, y cuatro los ángeles del Éufrates. Como veis, los números también se esconden en algunos textos sagrados, pero la filosofía de esas religiones se ha alejado de todo esto, del código y esas cosas de las revistas de esoterismo.

Robert 82 asintió ostensiblemente, tanto que quedó en simpática evidencia. María 258 sonrió, se alisó los pantalones y se perdió en la persiana entrecerrada a su izquierda. Un mosquito intentaba sin éxito acceder a la sala. Afuera la claridad todavía estaba presente, pero la sesión se estaba celebrando bajo la luz de los tubos fluorescentes. Miró su muñeca desnuda; genial, no se notaba diferencia de moreno donde antes solía llevar el reloj de pulsera. No recordaba cuándo había dejado de usarlo, y este hecho la inquietaba un poco. Ya no sabía qué hora era ni lo que ocurría ahí fuera. Sabía a la hora que debía llegar, pero no la hora de salida, y lo cierto era que, salvo por la necesidad de ir a los aseos de abajo, no le importaba demasiado. Cuando llegase a casa podría traerse la tele pequeña a su habitación (la otra estaría ocupada por su hermano) y relajarse con alguna serie norteamericana.

De súbito, una mano muy fría le rozó el brazo. Se estremeció al visualizar una escena, perdida en sus recuerdos, de alguna película en donde un zombi hacía presa de la asustada protagonista. Pero era el rostro y la voz de Hutter, quien, cargado de vitalidad, la arrancaba de su abstracción.

—... Uno representa a Dios —prosiguió, sonriendo a María—, el dos a la materia, el tres al mundo físico, y el cuatro es la reproducción. Y de la Creación hablaremos más adelante. ¿Tenéis hijos? ¿Quién tiene hijos? ¡Levantad la mano!

Muchos habían levantado la mano. Había miembros del grupo relativamente ociosos, pero una gran parte debía rendir cuentas a numerosas responsabilidades. ¿Cómo podían pasar tanto tiempo aquí entonces? María 258 (ya tenía tan asumido lo del número, que hasta le gustaba; parecía la clave telemática de la universidad) aprovechaba muchos momentos del día para reflexionar sobre detalles llamativos del curso, por ejemplo al regresar de las sesiones con su madre, mientras limpiaba la habitación, mientras veía algo poco interesante por televisión o incluso antes de caer dormida en una espiral hipnótica de pensamientos e impresiones. Reconocía que esta asociación o lo que fuese, este curso, era de lo más versátil. Lejos de ofrecer una actividad popular, se arriesgaba a aburrir con sermones intelectuales y

lograba retener gran parte de la atención de un público bien heterogéneo, sobre todo en cuanto a edad se refería. Rivalizaba con las responsabilidades diarias ofreciendo actividades y apoyos que sobre todo el sector de mayor edad agradecía: cuidado de los niños por parte de algunos compañeros, sencillos talleres de manualidades (que acababan convirtiéndose en talleres del cotilleo), cuidado de las jardineras, y ante todo sesiones de escucha en las cuales, según le había contado su madre, Hutter les hacía sentirse importantes.

Y si las responsabilidades personales se relajaban con la sola asistencia al curso, se incrementaban las contraídas en el mismo. Así, de cuando en cuando y con motivo de alguna fiesta celebrada, se sorteaba entre varios de los miembros las tareas de limpieza del local. Para Hutter la palabra «responsabilidad» tenía un carácter ambiguo en lo relativo a compromisos laborales y familiares, pero una importante obligatoriedad moral en lo que concernía al grupo. Bien estaba que Hutter se permitiera regalar algunas calculadoras y carpetas, pero el flujo constante de aperitivos y eventos sociales exigía la colaboración de todos. Así lo entendían incluso los tres adolescentes que formaban parte del grupo, para los cuales Hutter preparó una fiesta nocturna a la que estaban invitados amigos y parientes jóvenes, así como cualquier posible adepto al que le hubiesen pasado el folleto del curso. Aquel sábado noche produjo, aparte de un coma etílico, un nuevo miembro.

Las reuniones más interesantes eran las dirigidas a la totalidad del grupo, entre aperitivos, música variada y bebidas de todo tipo. En esto último no había complejos, aunque se procuraba mantener las formas. A fin de cuentas se trataba de hablar y ser escuchados, aunque fuera en un ambiente más distendido y con un contenido menos programado.

María 258 no sabía cómo lograba Hutter enlazar con su movimiento continuo por el local a los distintos subgrupos —casi siempre subgrupos de edad— y hacer que dichas fiestas o «sesiones de relax», como prefería llamarlas, fuesen memorables. De ellas surgían discusiones estimulantes, propuestas de lectura, chistes verdes, amistades consolidadas, revelaciones de secretos íntimos, emparejamientos inusitados, y una nueva actividad de financiamiento con el beneplácito incluso de la joven policía que acudía en ocasiones al curso en calidad de antigua alumna o prelada; y es que Robert 82 y Leo 396 habían asumido la puesta en marcha del negocio de la piratería de cine y música a pequeña escala, y los fondos iban a beneficio económico y cultural del curso y de sus miembros.

También había descubierto otra posibilidad del curso para sus asociados y miembros más selectos. Se sonrojaría ante Hutter si tuviera que reconocer que había necesitado el diccionario para

averiguar el significado de «prelado». La había dejado confundida su significado religioso, si bien Hutter no parecía por su discurso una persona especialmente vinculada a temas religiosos, cristianos en particular. La palabra más bien tenía un significado... ¿sectario? No lo sabía, y en cualquier caso María 258 acabó igualmente aturdida y sonrojada, sin tener que dar explicación alguna sobre lo que entendía por prelado.

—María 258, ¿puedo preguntarte si crees en Dios?

El *trivia* de temática televisiva hacía más de media hora que había terminado. María 258 no era mala jugadora, pero había fallado algunas preguntas y le había tocado soportar alguna que otra pregunta indiscreta. Y era muy difícil mentir o eludir las respuestas comprometidas en medio de tanta mirada afable, en ese ambiente tan divertido, aunque tu propia madre te estuviese escuchando con atención. Hutter quería seguir jugando, aunque por suerte con algo más de intimidad. Iba trajeado, lo cual le daba un aire carca a pesar de ir sin corbata. También iba despeinado, y el aliento le olía a whisky. Sin embargo, guardaba la compostura, y se le disculpaba, teniendo en cuenta que la fiesta estaba tocando a su fin y le había supuesto un gran desgaste.

—Ya me lo estás preguntando, Hutter número uno.

Por las manos de María 258 también habían pasado algunos vasos de tubo, casi siempre de licores de frutas. Se encontraba más desinhibida y despreocupada, algo cansada de los patéticos esfuerzos de Juan 141 y Sonia 120, alias Sonia 3, por disimular que estaban enrollándose en la fiesta. Para ella, ser la última en recibir las atenciones de Hutter era un espléndido broche final.

—¿Y cuál es tu respuesta a la pregunta implícita? —dijo Hutter, acercando la silla a una de las ventanas para apoyar la espalda.

—No tengo una opinión muy sólida al respecto, a lo mejor..., quizá me podría considerar agnóstica.

—Un buen cajón de sastre ese.

—Sí. —Apuró su bebida.

—Pero creas lo que creas, te habrás planteado alguna vez la idea del final, de si trascenderemos este cuerpo, la muerte.

—Escoges los temas más escabrosos para las charlas privadas.

—Siempre.

Él se relajó en su silla y miró al resto de sus invitados congregados, más bien esparcidos por la planta superior del local. Parpadeó con la misma cadencia con la que alguien esparcía las cenizas de su cigarro sobre una de las macetas de las esquinas. María 258 aprovechó para dejar el vaso en el suelo y observarle. ¿A qué venía tanto hablar de dioses y trascendencias? Trató de escrutar más allá de las arrugas inteligentes de su rostro, más allá de su mirada siempre húmeda y

activa. Se dio cuenta de que le miraba las piernas a una de las adolescentes. No tenía mucha pinta de cura excomulgado ni de iluminado. ¿Un tramposo entonces?, ¿un loco? Tal vez un científico decadente, un neurótico carismático, un camelador...

—Dime entonces —insistió Hutter—, ¿te inclinas por la idea de que al final trascenderemos?

—Eso espero, la idea de que mi pensamiento, mi ser, sea una cosa tan efímera sin posibilidad de prolongarse de alguna forma... Al final no nos quedaría otra que vivir del exceso, o convertirnos en unos monstruos o algo así para que al menos seamos recordados... Joder, lo cual tampoco me consolaría mucho, por cierto.

—Te entiendo. Yo me planteo la idea de mi muerte y de cómo llegar a ella de dos formas: una, que con la putrefacción de nuestro pellejo se acabó todo; y otra, que de alguna manera pasaremos a otra forma de existencia, no necesariamente la que nos cuentan las diversas religiones, la que nos han inculcado a nosotros en particular.

María 258 sonrió, casi rio, pero lo que no sabía Hutter era que lo hacía por la forma de acentuar la primera «a» de «particular»; no hacía falta olerle el aliento para saber que había bebido.

—... Si solo somos carne y hueso, ¿para qué preocuparse tanto? Y si no lo somos, nos cabe despreocuparnos, porque al final de esta vida habrá otra, o ser igualmente responsables. ¡Esa es la cuestión! —una de las adolescentes se volvió para mirarlo—. El final está ahí de todas formas, la cuestión es el camino y lo que decidamos hacer con él.

—Sí —asintió María 258.

—Y a mí no me vale que me cuenten el final de la película, porque puede que estén equivocados, ¿entiendes? Siguen estando ahí las dos posibilidades, o incluso alguna variante de estas. Prefiero descubrirlo por mí mismo, y mientras tanto, aprovechar el camino... Mira, María —ya ni le decía el número—. ¡Eh, Judit, ven, acércate!

La joven se acercó con sus tacones altos sin tambalearse demasiado. Claro, se suponía que no debía haber bebido, era menor de edad...

—¿Qué pasa?

La joven parecía mostrar descaro, pero lo que mostraba era poca labia. María 258 no había hablado apenas con ella, y no la consideraba muy espabilada, ni guapa, quitando su cuerpo, muy voluptuoso para su edad.

—¿A que tú no sabes lo que nos espera tras la muerte?

—Pues...

—¡No me cuentes lo que te han dicho en el colegio ni en misa! ¿A que tú no sabes lo que nos espera tras la muerte?

—No, yo no...

—Pues entonces bebe, baila, besa, procrea, pero ten presente que

al final a lo mejor descubres todas las cosas en las que estabas equivocada.

—Ah...

—Ya puedes irte, pásalo bien, anda, hazlo por mí.

La joven se marchó algo turbada, aunque se tomaba las excentricidades de Hutter muy bien. María 258 empezaba a preguntarse cómo se las estaba tomando ella misma.

—¿Me quieres contar algo con todo esto? —dijo María 258, cansada—. Siempre tengo la sensación de que se me escapan las moralejas, y eso me estimula, pero a la vez me...

—Claro, claro, María, a veces me olvido del relax. Lo que quería que vieses es que tú destacas sobre la mayoría. No me malintrer... —Se le trabó la lengua—. No me entiendas mal, destacas intelectualmente, destacas en tus gustos, y cuando digo destacas quiero decir que entran en sintonía con los míos, con los del grupo de antiguos alumnos, que son personas como tú. Seguro que si acabara el curso y volviera a sacar otro similar, tú te apuntarías.

María 258 no pudo hacer otra cosa que asentir.

—Pues ya está, ya tienes lo que necesito para formar parte de nuestro grupo de investigación. Estoy convencido de que te interesará, no te creas que el ambiente será muy diferente a este...

Hutter abrió las manos y mostró la actividad que reinaba alrededor del desorden del mobiliario, las manchas de bebida, los restos de aperitivos, la música, el lenguaje corporal y de los efluvios placenteros que flotaban sobre los colores cálidos de la amplia sala. Las persianas hasta abajo les resguardaban de los curiosos, *y de mucho más*, pensó ella, *de la otra vida*. Y Hutter le ofrecía un nuevo modo de...

—... pasar el tiempo, María, eso es lo que te ofrezco, que nos ayudemos. Comprobar si te interesan nuestras ideas y compartir las tuyas. A lo mejor estamos más cerca de lo que pensamos de aprovechar bien ese camino que nos lleva inevitablemente al final. No te preocupes, no se trata de que te vaya a tocar limpiar el local ni cosas por el estilo. De hecho, no tendrás que hacer gran cosa. Estoy convencido de que te apetece, hasta te sentirás halagada, seguro.

Para qué abrir la boca, si ya lo había dicho él todo.

Eso también la inquietaba, que Hutter lo dijera casi todo. No era que no pudiesen opinar, pero la última palabra siempre la tenía él. Lo cual era lógico, considerando que era él quien impartía el curso, aunque no se trataba de eso, sino de su acaparadora personalidad, igual de directiva (y amable) tanto en los momentos de relax como en las sesiones más intensas. A María (María a secas ahora que había descubierto que durante las reuniones de prelados todo era más

familiar), no le gustaba sentirse controlada. Le había seducido el curso por su peculiaridad y por la impresión de libertad, sobre todo al principio, una impresión que ya ponía en duda en ocasiones, pues si bien se sentía con mayor determinación por arreglar todo lo que obstaculizara su bienestar, también sentía que sus decisiones terminaban por ajustarse a las leyes explícitas o implícitas del grupo que dirigía Hutter.

Una prueba más de lo relativo de su libertad de elección era que hubiese aceptado tan a la ligera acudir al día siguiente a la reunión de prelados, fiesta de antiguos alumnos o comoquiera llamársela. No le apetecía destacar sobre el resto de alumnos ni trabajar más de la cuenta, de la misma manera que una no se apuntaba a un curso de ofimática básica para que le acabasen enseñando a desarrollar inteligencias artificiales. Se sentía halagada, sí, pero meterse así de golpe en la élite del curso para percibir todavía más la presencia de Hutter sobre ella como si fuera especial...

¿Y si lo fuera de verdad? Esa idea la ponía nerviosa, y no merecía la pena fastidiar un buen curso con más preocupaciones de ese tipo.

Claro que ya estaba Hutter para solucionar sus dudas. Eso se empeñaba en decir él. Ella no acababa de verlo claro. Miraba sin apetito los aperitivos sobre el mantel de la gran mesa del salón. Se encogió en el sofá con respaldo regulable sin ánimo de echar mano de los cojines. Algunos servían de asiento para otros invitados. No percibía en ellos demasiado entusiasmo por su presencia. Cathy incluso evitaba mirarla, y había otros que mostraban su disgusto de formas menos sutiles: ese tal Miguel Ángel, al cual apenas si habían visto por el curso y que se cubría sus pulseras de oro como si fuera a robárselas, había insinuado algo de *joder la noche*. No tardó en marcharse acompañado de otros dos individuos que María no conocía de nada y que ni siquiera se habían dignado a saludarla.

—Bueno, María, parece que te han ascendido pronto.

Juan, detrás del sofá, le tocó el hombro. Se veía afable, pero había algo en su tono que no terminaba de gustarle. Ni siquiera se había sentado con ella. Rondaba demasiado a Sonia, quien también iba de aquí para allá a la velocidad de las drogas, vigilando no se sabía bien qué, si el visillo de la ventana o quizá a Cathy. A Hutter no parecía preocuparle este hecho. Se ocupaba en estar encantador, en regular bien el aparato de aire acondicionado, mostrarse frugal con las bebidas y atender rápido a sus invitados para dedicarle toda su atención a ella. Nadie había ocupado la otra plaza del sofá, sepultada por cojines con flecos ostentosos que no encajaban con lo sobrio de la decoración.

Pablo y Juanjo, que no paraba de masticar chicle, hablaban en el estrecho recibidor. Daba la impresión de que estuviesen a punto de

irse, aunque María se sentía constantemente observada por ellos. A veces reían o se movían al ritmo de esa música... María intentaba averiguar su procedencia, pero no veía los altavoces por ninguna parte. Le habría gustado cambiar el disco (no soportaba el jazz), visitar las habitaciones, descubrir si eran espacios amplios y despejados, si era ese el motivo de la sensacional acústica. La habían traído a este chalet en coche y ni siquiera se había quedado con las calles. Dentro de la casa se sentía perdida, incapaz de encontrar el aseo ni de adivinar cómo era Hutter en realidad a juzgar por sus posesiones, sus cortinas, sus retratos de familia. Y la única persona que se había mostrado amable, aparte de Hutter, era ese concejal, Villafranca. Tampoco asistía a todas las sesiones del curso, aunque sí se le veía mucho más dedicado que Miguel Ángel. María había mantenido una superflua conversación con él a propósito del tiempo. Lo encontraba poco accesible, tal vez complejo de inferioridad de ella por tratarse de un político.

—¿Pero entraremos en materia esta noche, Hutter? —dijo Villafranca, acomodado en uno de los sillones, apartando la vista del periódico.

Hutter retiró una silla de su camino y le dirigió una mirada cordial. Dispuso mejor un plato de aperitivos que quedaba demasiado al borde y se dirigió a una de las estanterías mientras respondía en voz alta para que le oyesen también los demás.

—Esta noche le presentaremos a nuestra nueva compañera lo que hacemos aquí, nos relajaremos y procuraremos que se sienta al menos como en el curso.

Villafranca asintió y volvió a bajar la vista a su periódico con una fijeza e intensidad que María encontró enfermiza. Hutter se sentó al lado de María y le tendió una hoja plastificada.

—Olvida tus preocupaciones...

María no sabía si mirarle a él o a la hoja. Se sintió más relajada cuando Hutter se recostó en el lado opuesto del sofá y miró con aire distraído al resto de invitados.

—... Los que aquí solemos venir encontramos el curso en parte como pasatiempo. Nos gusta transmitir nuestros saberes, nuestros valores, nos gusta sentirnos escuchados como a todo el mundo. Si te he invitado a venir aquí es porque creo que podrías ayudarnos, pero sobre ti no recae ninguna responsabilidad que no quieras asumir. De todas formas comprobarás que nuestro modo de entender estas reuniones es algo informal. El placer y el trabajo no tienen por qué ir reñidos.

María le dio un tímido trago a su bebida. La hoja colgaba tiesa de su otra mano. Había unas ecuaciones o algo así escritas.

—En el curso damos consejos prácticos para solucionar conflictos

emocionales, como si de una sesión de terapia grupal se tratase, aunque lo que en realidad hacemos es consolidar un grupo de amigos, de buenos amigos, ¿no crees?

—Sí —dijo María sosteniéndole la mirada.

—Pero aquí llevamos esas recomendaciones de psicología de bolsillo a algo más complejo, y nadie te pedirá que estudies Matemáticas, sino que aportes tu visión al análisis de situaciones, de recortes de periódico, por ejemplo. Eso es lo que queremos, y eso es lo que quiero yo. En el fondo me caes demasiado bien, y si estuviera borracho a lo mejor te diría que incluso me gustas, pero eso sería vulgarizar mucho las cosas.

María no sabía qué decir.

—Digamos que me gusta rodearme de gente interesante, tener cerca a personas a quienes quiero ofrecer algo más... personal que toda esa simpatía que derrocho en clase. Échale un vistazo a la hoja.

María alzó el papel plastificado como si fuera una declaración de amor que no sabía si corresponder. Le temblaba un poco el pulso, así que dejó el vaso en la mesita auxiliar.

LAS MATEMÁTICAS Y LOS NÚMEROS COMO INDICIO SIMBÓLICO DEL CAOS

$$a = b$$
$$a \times a = a \times b$$
$$a^2 = a \times b$$
$$a^2 - b^2 = a \times b - b^2$$
por las reglas del álgebra: $a^2 - b^2 = (a + b) \times (a - b) = a \times b - b^2$
$$(a + b) \times (a - b) = b \times (a - b)$$
y simplificando: $a + b = b$
y como $a = b$ tenemos $2b = b$
y simplificando: $2 = 1$
¿?

—¿Qué te parece? —dijo Hutter tras una pausa.

María había repasado las ecuaciones por encima. No estaba ni mucho menos lejos de su capacidad, pero no le apetecía detenerse demasiado ante el apremio de Hutter. La confusión en el rostro de María no se debía tanto al absurdo de la conclusión como al hecho de ignorar lo que él pretendía revelarle. Prefirió dejar que Hutter siguiera hablando.

—Sé que soy muy pesado con los números... Deformación profesional, ya sabes. Solo quería que vieses algo curioso. Suelo utilizar esta hoja para explicar...

Un ajustado y voluminoso vaquero interrumpió la conversación.

Teresa, sonriente y con rubor en las mejillas, ofrecía una botella de brandy y algo de baile.

—Ahora no, encanto —dijo Hutter—. ¿Podrías dejarnos un momento acabar la conversación? Luego me tomaré ese trago contigo.

Teresa se disculpó y se marchó con movimientos marciales.

—Perdona, lo que te estaba diciendo es que uso esta hoja cuando quiero mostrar que un formalismo matemático, algo simbólico, puede llevar a un resultado absurdo; yo lo llamaría caótico. Me gusta utilizar un sentido amplio para la palabra «caos», Y ese caos, ese algo desordenado e impredecible, no es tan impredecible si desciframos la simbología de los números, de las ecuaciones. Todo es simbólico, nada ha sido creado porque sí. Las Matemáticas son una representación más de la realidad, y por lo tanto esconde también el reflejo de sus propiedades más misteriosas. Y yo que insisto en que venimos aquí a divertirnos, y mira..., siempre acabo comiéndole la cabeza a los demás.

—No importa. Es interesante lo que dices, pero no llego a entenderte del todo, quizá porque me faltan clases del curso y...

—Sí, eso también, pero no debes preocuparte porque entiendas o no. A veces cuanto más lo piensas, menos lo entiendes. Tampoco se trata de un acto de fe, sino de credibilidad, de plausibilidad. ¿Te parezco plausible? ¿O tal vez un científico loco? ¿Un charlatán? ¿Un loco a secas?

—No.

—Hombre, un poco loco hay que estar para ofrecer un curso gratis —intervino Villafranca. Su sillón no estaba tan apartado. María incluso se sobresaltó antes de contagiarse de las carcajadas de Hutter.

—Ni los sudokus ni el jazz disturban tu capacidad de atención —dijo Hutter alzando el vaso hacia Villafranca.

El concejal le devolvió el gesto y regresó al periódico. A María la escena, destacada por la lámpara de focos del salón, le recordaba a alguna película clásica. O quizá era por el alcohol. Se sintió corroborando el tópico de que las mujeres se vuelven más promiscuas con el alcohol. Le hacía gracia que estuviese abriendo su mente (o su voluntad) en lugar de sus piernas.

Aunque todo se andaría.

—Me pareces un hombre muy plausible.

—Suena bien eso —sonrió Hutter—. Por cierto, ¿recuerdas eso que hemos hablado alguna vez de las coincidencias?

—Sí, serendipias creo que dijiste que se llamaban.

—Buena memoria, pero prefiero no llamarlas así, me gusta ponerles mis propios nombres a los fenómenos cuando voy logrando profundizar en ellos. Así se vuelve todo... más preciso. ¿Has experimentado alguna vez una de esas coincidencias?

—Quizá algunas menores que no recuerdo. Y bueno, al hecho de que descubriera este curso podría llamársele coincidencia, porque precisamente me encontré con Juan por haber decidido detenerme a sacar un café, yo que casi nunca tomo, y menos de las máquinas de vending esas.

Hutter asintió satisfecho.

—Los matemáticos suelen explicarlas como acontecimientos meramente casuales, pero también hay quienes les atribuyen unas razones más profundas, aunque poco precisas. Todos hemos experimentado alguna vez una coincidencia, casi siempre hechos triviales, pero a veces son de tal magnitud que es poco razonable atribuirlas al azar. Además, para mí el azar no es azar, sino otra cosa. Un pensador contemporáneo llamado Koestler dijo que una vez un estudiante inglés llamado Nigel Parker le relató una de esas coincidencias: que Edgar Allan Poe escribió un libro titulado «El relato de Arthur Gordon Pym», en donde el señor Pym viajaba en un barco que naufragaba. Los cuatro supervivientes pasaban muchos días en un bote antes de decidirse a matar y comerse al grumete, cuyo nombre era Richard Parker. Unos años después, el primo del bisabuelo del estudiante era grumete de una yola que acabó hundiéndose. Los cuatro supervivientes navegaron a la deriva en un bote durante muchos días. Al final los tres miembros mayores de la tripulación mataron y se comieron al grumete. Su nombre era Richard Parker.

—¡Vaya! —el asombro de María era sincero. Además, le gustaban esas historias, eran las que hacían al curso más atractivo.

—Los primeros cosmólogos creían que el mundo se mantenía unido por una especie de principio de totalidad. Hipócrates decía que el universo está unido por unas afinidades que él creía ocultas. Como ves, todo esto que te cuento no es nuevo, ni me lo estoy inventando.

—Nunca he insinuado eso.

—Ya lo sé. Pero espera, como te veo interesada...

Se levantó con celeridad. Villafranca y Teresa lo vieron escarbar en la estantería. A María le resultaba obsesivo su entusiasmo. Solía guardar mejor las formas. *El alcohol otra vez*, pensó sonriéndose. Ya se encontraba más relajada, pero todavía incómoda, como atada a una butaca de cine, obligada a descifrar una película poco comercial para luego escribir una crítica para un periódico local. La comparación tenía algo de estimulante, como la situación en sí y los personajes estáticos que la rodeaban, más extraños ahora que cuando los había visto por el curso.

—Mira —dijo abriendo un cuaderno viejo ante ella—, te leo: *Schopenhauer definió la coincidencia como «La aparición simultánea de acontecimientos causalmente desconectados». Sugirió que los acontecimientos van en líneas paralelas, y que el mismo acontecimiento,*

aunque representa un eslabón de cadenas distintas, se da en ambas, de forma que el destino de un individuo se ajusta al de otro, y cada uno es el protagonista de su propio drama mientras que simultáneamente está figurando en un drama ajeno a él. Todo está interrelacionado y mutuamente armonizado. ¿Qué te parece? —esta vez sí esperó la respuesta de María.

—También parece plausible.

Villafranca y Hutter rieron a la par, pero fue Hutter el único que siguió hablando:

—¿Te suena Paul Kammerer?

—No.

—No importa, no tiene por qué sonarte. Era el director del Instituto de Biología Experimental de Viena. Empezó a escribir un diario de coincidencias, muchas de ellas triviales, como nombres idénticos que surgían en conversaciones separadas, tener el mismo sueño y cosas así. Luego tomaba notas acerca de las personas y situaciones que experimentaban esas coincidencias: la hora punta, el tiempo, la época del año... para luego descubrir que los resultados se clasificaban en grupos de números como los que usan los estadísticos. Lo llamó «serialidad». Escribió un libro sobre esto, de lo poco que sé pronunciar a la perfección en alemán: *Das Gesetz der Serie*. ¿A que suena bien? Y eso es decir mucho, tratándose de ese idioma... Bien, Kammerer afirmaba que las coincidencias iban en serie, es decir, los números individuales en la secuencia no estaban conectados por la misma causa activa. Y la coincidencia era solo la punta del iceberg dentro de un principio cósmico más grande que la humanidad todavía apenas reconoce, una fuerza apenas comprensible en el universo que intenta imponer su propio orden en el caos que nos rodea.

Se quedó mirándola, esperando una reacción. Los brillantes ojos de Villafranca también la espiaban cuando se asomaban a veces por encima de un periódico que hacía rato que no pasaba de página. Teresa observaba con curiosidad desde el otro extremo del salón, apoyada sobre una silla, como aguardando algún tipo de juego que no se celebraba. María dedujo que los prelados de Hutter se sentían fastidiados por esta inactividad preludio de algo. Se fijó mejor en esos dos de la puerta, y ahora sus risas, sus comentarios, no parecían deberse a que estuviera aquí sentada hablando con Hutter, ni daba la impresión de que la marcha de Miguel Ángel se debiera a un rechazo a la nueva invitada. Hutter estaba contento, aunque ella no respondiera a sus preguntas, aunque no fuera capaz de hacer otra cosa que asentir y sentirse intrigada, fascinada por tanto relato propio de revistas paracientíficas. Le gustaba ser escuchado, al igual que sucedía con esas señoras mayores que acudían al curso, como mamá, como cualquier persona... Y a María le gustaba escucharle.

—... Y algunas personas parecen presentir las coincidencias y sacarles partido. Mira, te leo: *Solo cuando su tren entró en la estación de Louisville, George D. Bryson decidió interrumpir su viaje a Nueva York para visitar aquella histórica ciudad de Kentucky. Nunca había estado allí y tuvo que preguntar dónde se encontraba el mejor hotel. Nadie sabía que estaba en Louisville y, en broma, preguntó al recepcionista del Hotel Brown: «¿Hay cartas para mí?». Quedó atónito cuando el recepcionista le entregó una carta dirigida a él que llevaba el número de su habitación. El anterior ocupante de la habitación 307 había sido otro George D. Bryson, que no tenía nada que ver con él.*

—Algunas personas... —murmuró María.

—Sí, algunas personas, ¿entiendes ahora lo que hacemos aquí por..., por hobby? ¡Juan! —llamó, irguiéndose, buscando al chico por encima del sofá. Lo localizó en el vano de las escaleras.

—¿Sí?

—Coge el portátil y tráelo aquí, por favor.

Sonia había bajado las escaleras y apareció también apoyada en el vano.

María se quedó mirando a su interlocutor con una fijeza que consideró inapropiada. Pero durante unos segundos no pudo dejar de hacerlo. Quería decirle tantas cosas, responderle al fin a tantas preguntas... No pudo. Se limitó a vigilar con suspicacia a Sonia y a Juan mientras este traía el portátil.

—Mira —dijo Hutter.

María atrajo la pantalla como si fuera otra hoja de papel plastificado. Había muchos números en ella.

5

ANUARIO DE 1982
Katmandú, martes 4 de mayo
Los alpinistas Vladimir Balyberdive y Edouard Myslovski -integrantes de una expedición soviética que, bajo la dirección del célebre montañero Yevgueni Tamm, acomete la escalada del Everest- abren una octava vía en el "techo del mundo", al alcanzar por primera vez su cumbre a través de la cara sudoeste, considerada poco menos que inexpugnable.

(... hay que hacer con tanta sequía... exprimir la sangre si falta hace... sacarle ojos al perro de la puta para... así... plantas... —urr napistrrrimmn urr napasnavacutrrumatrumm— son bellas a su modo... su autodesarrollo... son muy venenosas dije siempre mucho veneno en el mundo mucho veneno...).

Ella debería haber llegado ya, debería...

Hutter es el único cultor con la capucha bajada. Otea a través de una de las ventanas del autobús mientras, metros más allá, un vehículo militar ligero callejea por las intersecciones y regresa una y otra vez a la alameda entre rugidos de motor, hasta que lo pierde de vista. *A lo mejor han encontrado una mascota o algún refugiado que podríamos...* Todo está muy tranquilo. No cuesta tanto acostumbrarse a la inactividad urbana, sobre todo cuando uno es capaz de ver, tal vez alucinar, sombras, movimientos cotidianos tras las ventanas y en el asfalto. Ese perrillo sucio que orina junto al árbol ¿está allí en realidad? Resulta mucho más real que la figura de su dueño, que le tira de la correa y sortea un banco en donde una pareja se besa, mientras un vehículo levanta al pasar bolsas de aperitivos del suelo. Una farola parpadea tres, cuatro veces, como si estuviera tratando de decidir si ha caído la noche ya. El dueño del perro levanta la cabeza tan extrañado como Hutter —puede que mucho más—, preguntándose por qué esos gorriones dan vueltas alrededor del globo de la farola para luego caer reventados y quedar adheridos a la acera. *Tiene imperfecciones,* piensa Hutter, *ya las arreglaré.* Un camión de reparto con sus puertas posteriores repletas de adhesivos aparece fugazmente en su campo de visión, y desaparece cuando varios niños alegres cruzan el paso de cebra de camino al colegio, donde los árboles del patio se muestran aún frondosos a pesar de la estación, y las aves en su copa se despiden y describen círculos pacíficos mientras la línea de teléfonos de la oficina de una sexta planta permanece ocupada y una empleada de la limpieza aparta la cortina para verlos volar y...

—Ounarr an vvointlinai... —entona con voz nasal el conductor del autobús.

Lo sé, piensa Hutter, levantándose de su asiento y pegándose más al salpicadero. El vehículo que aparece al final de la larga alameda no es militar. Su capó oscuro y su trayectoria firme arrollan a su paso alucinaciones y restos más tangibles de la malherida ciudad.

—¡Espera! ¡Da marcha atrás cuando te diga!

—Le vas a darr —el conductor no logra entonar sus palabras a modo de interrogación; ya está seguro de lo que va a suceder—. Urr navatrumatunnn...

—Urr navatrumatunn —corea Hutter sin alzar mucho la voz, aguardando expectante, los labios torcidos en una pérfida mueca, a que el vehículo se aproxime a las ruedas traseras del autobús.

(Muchos embarazos no deseados ¿y si uno es deseado... y si?).

—¡Ahora!

El automóvil que viene recorriendo la alameda no ha aminorado la velocidad. No le ha detenido la horrible visión de los cadáveres arrumbados de las más diversas e inoportunas formas alrededor del mobiliario urbano, ni los morros de los vehículos encajonados y aplastados a la entrada del aparcamiento subterráneo, ni tan siquiera los árboles caídos o el resto de vehículos travesados en mitad de la ancha calzada. Tampoco la posibilidad de que de pronto un semáforo se ponga en rojo y aparezca en mitad del paso de cebra un peatón extraviado, y mucho menos la posibilidad de que alguno de esos vehículos mal estacionados y abandonados se ponga en marcha de repente para cambiar de carril sin intermitente.

No se ha cuidado, por tanto, de ese autobús rebozado de tierra cuya parte trasera sobresale de uno de los cruces y ocupa uno de los carriles. Bastaría con sortearlo, salir cuanto antes del lugar, de esta ciudad y de todos los horrores instalados en ella.

Craso error.

Frena demasiado tarde. El enorme transporte público se echa sobre el automóvil y le cierra transversalmente el paso. El capó más pequeño intenta esquivar el topetazo metiéndose en el paseo, se traga las jardineras, casi un álamo y un banco, y gira sobre su eje a poco de volcar, y otro choque. El maletero se aplasta contra la carrocería del autobús.

Las puertas basculantes del autobús emiten un chirrido al abrirse.

Deja de meterle el fusil en la boca, por favor, deja de hacerle eso, piensa Rocío, incapaz de verbalizarlo. Ya solo emite balbuceos. La boca torcida en llanto se le llena de saliva, de mucosidad y de la sangre que le resbala. Pero lo intenta, sigue moviendo la boca una y

otra vez, aunque no la oigan, aunque no le hagan caso, aunque vomite por el olor a muerto que desprende el autobús.

—... No quiero eso, ¡quiero la historia, la historia, la historia completa!

El cañón del fusil vuelve a golpear las encías de Pedro Manuel. Sentado de lado, con sus maltrechas piernas bajo el brazo del asiento, se le entrecierran los ojos. Está mareado, demasiado asustado y herido como para levantarse y escapar por la puerta abierta. El aire que se cuela por ella no le refresca. Apesta, es el olor de los de ahí fuera, el mismo de sus torturadores. ¿Se están riendo? ¿Son risas esos carraspeos guturales?

A un gesto de Hutter, el cultor que le acompaña golpea de nuevo la boca del joven.

—¡La historia completa! ¡Desde el principio!

—¿Pero qué queréis, qué queréis? —suplica Pedro Manuel escupiendo sangre. Su brazo descansa flácido sobre la baranda que limita los asientos delanteros.

—Desde el prrincipio —ronronea Hutter, acariciándole la mano. Pedro Manuel la encoge en el acto.

—De... jadle... —lloriquea Rocío, toda una proeza.

—¿El principio? ¿Qué principio? ¿Lo de estar por la ciudad?

—La historia —asiente Hutter.

—La gente se fue, pero nosotros nos quedamos en el piso y... yo qué sé, la casa temblaba, la gente se daba navajazos, golpes..., y fuera..., fuera se escuchaban ruidos muy fuertes y gritos, y olía a humo. Mi Rocío está embarazada, por favor, ¿no ves que tiene náuseas?, por favor...

—¡Urr navracumatumm! —El fusil insiste en golpear la boca con más desprecio que fuerza. Esta vez Pedro Manuel se aparta lo suficiente para que no le rompan un diente.

—... ¡Joder!... Y ella estaba así y no podíamos irnos como todas las personas, además, en la radio decían que no había que hacerlo, y... nos quedamos escondidos, y después se calmó la cosa y nos fuimos en mi coche a buscar a unos primos...

—La historia es bonita, me gusta la historrria —sonríe Hutter. La ferocidad de sus irregulares arrugas no transmite simpatía—. Sigue así.

Los dedos de Rocío tiemblan, aferrados al respaldo de un asiento tres filas más atrás. Ese individuo pretende ser afable, se diría que incluso se jacta de ello. Podría aparentar estar satisfecho con el estúpido relato que le están contando y seguir apuntándoles, tomándose a juego la decisión de apretar el gatillo. Tal vez sea solo eso, una diversión cruel. Si al menos se pudieran descifrar sus intenciones... Imposible adivinar nada en ese rostro camuflado en

arrugas resaltadas por la rojez de su piel. *Te espía con la mirada, aunque no te mire en realidad*, piensa ella, evitando un encuentro directo con sus ojos y fijándose en los mechones puntiagudos que se elevan sobre su frente como cuernos demoníacos. *Pobre, cómo me lo está dejando, mira lo que le ha hecho en la boca, mira...* Rocío se abandonaría al llanto si no fuera porque quiere demasiado a su novio como para no seguir suplicando por él, y por ella misma. ¿Qué espera ese loco? Nunca ha visto alguien así, ni siquiera en las películas sobre dementes psicópatas que tanto le gustan a Pedro Manuel. Rocío prueba a suplicar con la mirada, quizá tenga más suerte que con la voz. Sorbe, traga salado, las náuseas se acrecientan, el relato debe seguir, ella quiere levantarse.

—No te muevas, guapa —advierte Hutter borrando cualquier rastro de simpatía de su rostro mientras se saca un cuchillo alargado de la manga—. A mí me gustan más los cuchillos, sobre todo si son rituales, ¿sabes? Urr navracumarrr... ¿Quieres prrobarlo? Ya te he dicho que a ti no quiero hacerte daño, pero a él puedo cortarle algunas partes prescindibles...

Ella se deja caer sobre el asiento. Se hunde entre sus propios brazos, gimoteando. Aprieta los dientes para que nadie la golpee ni le clave nada, para que no le disparen en la boca a su novio, al padre del niño que lleva en sus entrañas. Los aprieta fuerte para que su cuerpo no acabe traicionándola, para no verse a sí misma corriendo hacia la puerta del autobús desoyendo advertencias y el fatal disparo. Se sujeta con las fuerzas que le quedan. No quiere abandonar a su novio, no quiere abandonarse a sí misma y al hijo que lleva dentro.

—Sigue.

—No le hagáis nada a mi Rocío, por favor...

—No te preocupes, hombre, no seremos nosotross quienes le hagamos nada... ¡Sigue la historia!

—¿Para qué queréis que os cuente...?

—¡SIGUE!

—¡Vale, vale! —lloriquea protegiéndose del cuchillo—. Es lo que te decía, por Dios, ¡no me pinches aah!... Est... Estábamos buscando a unos primos por la ciudad..., comprando algo por las tiendas, y se oían ruidos raros, como gemidos, pero todo venía de lejos, de lejos, y nosotros no queríamos saber nada, así que nos escondimos en el parking subterráneo, pero no con el coche, no se podía entrar con el coche; todo estaba oscuro y olía a humo, y había ruidos raros. Había muchos coches ahí, muchos apiñados y con el morro chafado atascando las salidas, como si se hubieran chocado por salir antes que ninguno, y mira... Al final nos metimos en el parking por las escaleras, solo un rato, y era peor, se oían pasos raros, como arrastrando los pies en el suelo, así que mejor fuera, allí por lo menos se veían las cosas.

Luego no sabíamos dónde ir. No quedaba nadie, ni la Asunción ni el niño..., nadie, y estaba todo quemado, así que nos fuimos... y, ¿qué más? Ah, luego en la gasolinera vino un payo muy raro con armas...

—Así me gusta, toda la historia —Hutter muestra los dientes.

—Se metió en mi coche cuando salió otro payo medio muerto de la tienda..., se arrastraba —traga saliva—, y nos fuimos. Había muchos locos por la calle y nos daba mucho miedo. También nos daba miedo ese payo de las pistolas. El desgraciado nos llevó a un sitio lleno de agujeros, a una casa donde salían gritos, y cuando se bajó del coche cogí el volante otra vez y lo dejamos solo. Estuvimos dando vueltas por las tiendas, eran de aparatos, pero no vimos nada, y luego discutimos por dónde teníamos que irnos... Rocío se enfadó, decía que a dónde iba, que si es que no salíamos por Canteras, que si es que ya no íbamos a ver si estaba la abuela..., y yo aceleré mucho cuando vi que unos letreros se caían al suelo. ¡Era el viento, lo juro por mi madre! ¡Hacía mucho viento!, como tornados de esos. Y veníamos pisándole por la alameda hasta que...

—Ya, ya —Hutter le acaricia el sudoroso cabello al tiempo que el fusil del otro cultor le da golpecitos en la mejilla.

—¿Nos dejas que nos vayamos? —ruega Pedro Manuel, apartándose del impertinente fusil.

—Ya, ya. Todo está bien —salmodia Hutter.

Rocío mira por la ventana y ahoga sus gimoteos. Afuera, uno de esos encapuchados rebusca en unas cestas de supermercado dispuestas sobre el capó de un vehículo militar con la pintura descascarillada y manchas parduscas en numerosas abolladuras. De una de las cestas saca unos dedos humanos amputados que muestra a su compañero con placer. «Comida para los peces», cree escuchar Rocío.

—Ya, ya. Una embarrazada, la nueva vida, un uno y un tres...

A Pedro Manuel no se le da muy bien suplicar, pero no por ello deja de hacerlo.

Hay restos humanos en esas cestas. Rocío experimenta un fuerte dolor en su vientre, el niño, las náuseas. Se convulsiona y se prepara para el vómito. Pero, no sabe cómo, se da cuenta de que está corriendo hacia los dos hombres que retienen a su novio, no para quitarles las armas, no para escaparse a empujones. Durante unos instantes es incapaz de mirarles a ellos, a los de fuera o a su horripilante mercancía *(restos humanos)*. Solo ve el suelo forrado del autobús, muy sucio, todo está muy turbio, y sigue oliendo mal. Dentro o en la calle, ¿qué más da? Huele mal en ambos sitios. Lo que importa es hacer algo, moverse, dejar que el cuerpo decida si vomitar la comida o la propia sangre cuando oiga el disparo, porque cuando el estómago decide echarlo todo fuera, no hay vuelta atrás.

—Ya, ya...

6

ANUARIO DE 1982

Granada, jueves 13 de mayo

Coincidiendo con el aniversario de las apariciones de Fátima y con el frustrado atentado contra Juan Pablo II, las mejillas de la Virgen de la Lágrima (talla del siglo XVIII procedente de una donación efectuada hace ocho años a la iglesia de San Juan de Dios, desde donde entonces se venera en una urna) aparecen surcadas de rojo sangre, en incomprensible fenómeno que el beaterío local no duda calificar de milagro, con la declaración arzobispal de que "no existe indicio alguno de intervención sobrenatural en el llanto" y la retirada de la imagen, la jerarquía eclesiástica dará por concluido el asunto, presunto fraude de alguno de los hermanos de aquella comunidad religiosa.

Este quiosco no era el más próximo a casa. No solía comprar la guía de la televisión a mitad de semana, ni venir a esta zona expresamente por la tarde. *Es un parque muy chulo, no paso mucho por aquí, me apetecía pasear*, se decía Jesús Coria, a sabiendas de que se estaba engañando. Y hacía demasiado calor como para ir engañándose.

El parque en sí era estupendo, pero sobre todo lo era el paseo ajardinado que lo recorría en suaves cambios de dirección, los cuales dificultaban adivinar hacia qué otras calles conducía. Sí, el parque estaba muy bien, pero seguía haciendo sol, y él seguía empeñado en llevar ropas oscuras y andar a paso muy vivo. Podría detenerse en uno de los bancos, disfrutar de la sombra de un platanero y respirar alguna fragancia disimulada entre los arbustos, quizá recorrer las baldosas de distintos colores, o ver jugar a los niños en esos coloridos columpios; a ellos tampoco les importaba el calor.

No tenía claro si estaba bien o mal merodear en torno al edificio de la antigua Iglesia de la Meditación Trascendental. La curiosidad se acaba enquistando si se la racionaliza demasiado. ¡Y lo grata que resulta cuando es satisfecha!

Todavía no le habían recorrido las primeras gotas de sudor axila abajo cuando se topó con su hermana y con su madre, o mejor dicho, con el grupo que frecuentaban, *con la secta.*

Un buen número de voces le puso en alerta. Se dio la vuelta a tiempo de distinguir a los cuatro que iban en cabeza, y había más. Sin mirar ahora, se desvió por uno de los callejones a su derecha. Le llevaría a unas pistas deportivas, pero él se quedó más cerca, en una cabina telefónica bien resguardada del sol junto a los umbráculos. Desde allí dentro podía vigilarles.

Eran muchos, como había supuesto, se trataba de ese grupo, y su familia iba con ellos como en una excursión intergeneracional. Jesús cogió el teléfono y subió bien el brazo para cubrirse en lo posible. A través del cristal protector y de la publicidad impresa podía observarles mientras hacían el recorrido, al menos hasta que doblaran el próximo recodo del paseo. Formaban una comitiva calmada, risueña, peculiar, no muy estrambótica. No les veía recogiendo flores ni cantando a la felicidad, tampoco intimidaban ni abordaban a los viandantes ni secuestraban gatos para sacrificios rituales.

Así y todo, no le gustaban.

El cabecilla debía de ser ese hombre maduro de andares amplios y camisa de oficinista mediocre. Era el que más abría la boca, al que más miraban y escuchaban, el que más gestos hacía, y el que iba por delante, acompañado de una joven atractiva de aspecto decaído.

Dos filas más atrás se encontraba su hermana, bien integrada en un subgrupo que también adoptaba forma de fila. Charlaba y sonreía asintiendo con la cabeza. Y más atrás venía mamá, a otro ritmo de paso respetado por las filas de delante.

Afinó el oído. El zumbido de una avispa..., no, no tanto. Estaba algo desentrenado, tanto tiempo escuchando sus mismos pensamientos una y otra vez. No le gustaba ese grupo, para empezar, por los temas de conversación que se traían: coincidencias, números, ¿club de fanes de los sudokus? «Un curso», le había dicho su hermana, y así iban ellos, hablando de cosas del curso. *¿Pero qué curso es ese? ¿Y qué hacen? ¿Pasear? ¿Forma eso parte de las actividades del curso? ¿Y por qué hablan con esa complicidad en las sonrisas como si fueran catedráticos en álgebra en su fiesta de antiguos alumnos de la facultad? ¡Una panda de ignorantes son! No hay más que verlos, como un grupo de esnobs de campo utilizando con acento una lengua que desconocen.*

¿Y sus miradas? No solía mirar mucho a los ojos de su hermana ni a los de su madre. Ahora trataba de fijarse en ellos y en los del resto. Estaban demasiado lejos, pero le inquietaban. Se miraban entre ellos con ojos entrecerrados, asintiendo con simpatía aprendida u obligada, y se fijaban en el resto de viandantes con la misma frialdad con la que mirarías una papelera; ¿qué tiene de diferente esa papelera?, ¿asoma de ella un ejemplar de una revista porno? Entonces vamos allá, vamos a escrutar a esa persona de ahí hasta averiguar de qué lado está y cuánto tardará en convertirse.

Meras impresiones, de acuerdo. La comitiva esperaba a los más rezagados y se recreaba un poco. Su familia podría fijarse en la cabina y descubrirle, pero estaban demasiado concentrados en esa charla insustancial, profunda en apariencia, una charla que podrían mantener en cualquier cafetería con música ruidosa de fondo. Esto era como una excursión, llevaban dulces, zumos, refrescos, ese tipo de

cosas que podrían estar tomando en una cafetería. Eran muchos, claro, no hubieran cabido en una normal, o quizá preferían su propio entorno cerrado, y que nadie les perturbase.

Ni siquiera saludaban a sus conocidos. Esa chica que pasaba al lado del grupo en bicicleta era amiga de su hermana, pero María no le hizo ni caso. La chica, no recordaba su nombre, sonrió al pasar e hizo un movimiento con el manillar al descubrir a María entre todas esas cabezas y movimientos uniformes. Tal vez su hermana no se había dado cuenta, tal vez...

Tampoco disolvían la masa compacta que formaban para dejar pasar, ni siquiera a las madres con carricoche. Era la actitud de los que se creían con más derecho que otros de pisar el suelo de la ciudad. ¿Pero qué derecho era ese?

Quizá era absurdo juzgarles así, quizá era simple antipatía *(o incluso celos, vete tú a saber)*. Demasiado análisis para unos escasos minutos de vigilancia, aunque pronto se topó con otro detalle siniestro que confirmó sus recelos. Tal vez por su mismo deseo de ver en aquel grupo algo negativo, pero para él fue una demostración más que suficiente del tipo de «curso» que en realidad era.

Fue cuando la mayoría había doblado el recodo y estaban a punto de perderse de su vista cuando escuchó al cabecilla decir:

—... y comprobaremos que no hay civismo de cualquier forma. Arrancaremos la papelera de cuajo, solo como experimento, no como vandalismo, recordad, y estudiaremos qué efecto tiene mañana, y la semana que viene...

¿De qué hablaban? Salió con cautela de la cabina para espiarlos desde detrás de un árbol antes de la curva del paseo. No necesitó mucha cobertura, un par de jóvenes se abalanzaron sobre una papelera mientras el grupo observaba la escena con una expresión uniforme en sus rostros. Al poco se unió un hombre de cabeza pelada que comenzó a patear los anclajes al tiempo que los dos chicos tiraban del cesto para arrancarlo.

—... dentro de poco sabremos qué consecuencias ha tenido su rotura. Llevad cuidado, no os hagáis daño. Si quisiéramos podríamos así alterar toda una política local de limpieza urbana.

Dio un paso hacia un lado, más cerca del árbol. Estaba tan sorprendido que se había expuesto demasiado a que alguno se diera la vuelta, su madre tal vez, que iba de las últimas. Estaban rompiendo una papelera, y todavía lo disfrazaban de derroche intelectual a pesar de la actitud de cernícalo de esos jóvenes y del no tan joven que remataba la escena. Con todo, lo más inquietante ocurría ahora. Dos mormones se cruzaron con el grupo y contemplaron la escena con perplejidad. Quizá fue su disposición a entablar conversación con desconocidos lo que les impulsó a quejarse en voz alta por lo que

estaban presenciando.

—Creo que sois los menos indicados para hablar —decía el cabecilla con voz engolada y desafiante, respaldada por un buen número de miradas de aprobación—. Vosotros que venís del extranjero ¿qué sabéis de lo que nosotros aportamos cada año en impuestos para que este paseo esté limpio? ¿Y qué sabéis vosotros, hijos de una secta, de lo que es refutar una creencia si no hacéis otra cosa que escudaros en paparruchas engañosas escritas por cualquier sinvergüenza sin imaginación?

Uno de los mormones, el que mejor dominaba el español, intentó defenderse, pero su carácter moderado se vio engullido por el torrente de ese hombre con camisa de oficinista y aires de superioridad.

—... ¡No me vengáis con rollos! ¡Vosotros que os metéis en casas ajenas, que pedís dinero para escuchar tonterías que ofenden a los que de verdad profesan la fe católica! No tenéis nada más que decir, ni nosotros más tiempo que dedicar a una secta. ¡Llamad a la Policía si tan preocupados estáis de nuestro mobiliario urbano, que nosotros les daremos una lección de lo que significa urbanidad!

La discusión supuso una breve pausa en la caída final de la papelera. Su contenido quedó esparcido en el mismo suelo que recorrían los mormones, resignados. Él se apartó para evitar que le descubriesen, porque seguro que se darían la vuelta para dedicarles una mirada victoriosa a los mormones.

Se imaginó los ojos claros de ese hombre capaz de empujar con desprecio y violencia a quienes se atreviesen a desprestigiarlo frente a su público. Esa mirada entre taimada y explosiva decorada con los gestos seguros de un buen orador, y una sonrisa final coreada por su grupo, satisfecho de estar en el bando de los vencedores, satisfechos todos a su vez de tener a un líder tan elocuente y capaz de decir lo que pensaban en voz alta. Todo un número uno...

Lo de llamarle «Hutter número uno» durante las sesiones tenía una explicación razonable según los términos del curso, ya que su nombre, Jesús, sumaba 77 según la Aritmología Zodiacal, y asimismo si se multiplicaba dicha cantidad por el número de orden correspondiente al signo de Tauro, el 2, se obtenía la cifra total de 154. Sumando cada uno de los dígitos, algo que se solía hacer en otras técnicas aritmománticas, se obtenía el número 10, y volviendo a sumar los dígitos, el número 1. No se sumaban todos los dígitos en el caso de los números de los alumnos del curso, y aunque muchos de ellos habrían acabado por reducirse a la misma mínima expresión, no dejaba de ser llamativo que Hutter pudiese presumir de dicho número en concreto.

Hutter contaba con otras muchas cosas a su favor para blindar su

autoridad carismática y su autoproclamada magnificencia. Disponía de textos y frases de grandes pensadores para reafirmar sus propias palabras cuando creía necesitar algo más que simpatía y dinamismo. A veces hasta él mismo se veía rozando el esnobismo (cuando no se imaginaba degollando con un cuchillo ritual a sus alumnos), pero luego se sorprendía de lo bien que encajaban sus citas incluso las personas menos intelectuales.

Citas como la del psicólogo Carl Rogers: «*Hasta ahora, los físicos se han limitado principalmente al concepto de entropía, o la tendencia al deterioro o al desorden… Pero existe una tendencia formativa —poco conocida— aún más importante, que puede observarse igualmente en cualquier nivel del universo*». A Hutter le encantaba leerla de una de sus tarjetas-chuleta de forma rápida y fluida, ya tendría luego tiempo de recrearse en sus propias palabras, y comprobar la reacción de María (*¿le dará esto credibilidad a mis teorías?*). En cualquier caso, siempre le servían para buen fin, o incluso para autoparodiar su alemán diciendo «empatía» en dicho idioma —*einfühlung*— como si estuviera estornudando. Había mucho público al que entretener.

Donde más fuerza cobraban sus referencias (ajenas a cualquier precisión documental, del tipo nombre de la publicación o año) era frente a su grupo de prelados. Si a unos cuantos pseudointelectuales propensos a simpatizar con sus teorías les proporcionaba una apariencia de rigurosidad, amparada por ideas gestadas en siglos pasados, suponía el definitivo broche a su autoridad intelectual, más aún cuando nadie se veía con capacidad o con ganas de contradecirle. Y así y todo echaba de menos a su viejo grupo de estudiosos de los movimientos caóticos, aunque seguramente le hubiesen querido dejar en ridículo al refutar sus hipótesis. Por ejemplo, al citar a Jung, algo que le venía de maravilla en sus sesiones de prelados para justificar su uso intuitivo de fórmulas matemáticas: «*… los hechos sincronísticos, que se pueden verificar empíricamente, lejos de construir una regla, son tan excepcionales que la mayoría de la gente duda de su existencia*», no habría faltado quien le preguntase qué norma debiera seguirse para la interpretación de un suceso sincronístico, para acabar afirmando después que no existía pauta objetiva, racional y sistemática, sino solo intuición y subjetividad.

¿Y qué no es subjetivo? ¿La ciencia, su método? ¿Las Matemáticas? En cualquier caso, el cerebro que se sumerge en ellas, que las utiliza, sí lo es.

(Yo lo soy, tú lo eres, nosotros lo somos…, yo, yo, yo…).

¿Aleister Crowley? Un egoísta, un patán cruel, un endiosado que no logró ir más allá de su progresivo letargo sensual. Pero era subjetivo, quizá se jactaba de no serlo, pero lo era, como yo (yo, yo, yo…), tenía visiones,

tenía ideas, tenía una gran visión del mundo estropeada por no saber o no desear ir más allá de sus putas. Tantas mentes (hatajo de ignorantes...) brillantes constreñidas por el positivismo, o decididamente paracientíficas, y con orgullo y cerrazón. Luego estaban los que eran como Jung, gente de prestigio, gente cuyas ideas se ven ahora con dureza, a veces con simpatía, pero siempre con aires de superioridad (si supierais... si supierais todos vosotros...).

(Yo también porque yo hago lo que los demás pero yo no soy un como ellos que... Nunca me ha gustado Bach, nunca, ese no...).

Y es tan simple... Basta con sentirse frustrado, con no ser un superdotado capaz de resolver ecuaciones de cabeza o de memorizar series imposibles; mentes brillantes, pero poco subjetivas al final, poco carismáticas; se encierran y mueren solos en su mundo, un mundo que en realidad les mira de reojo, y a lo sumo llegan a publicar un libro o dos, brillantes teorías que no pueden contrastar, brillantes teorías sin desarrollo que no sea para algo más que la ciencia ficción; más horas de estudio para los superdotados y sus envidiosos acólitos (yo).

(El mío no se publicará, ¡se vivirá, se vivirá!).

«Divide, suma, multiplica y comprende», hasta los ignorantes visionarios como Crowley se aprovechan de la intuición, pero son incapaces de hurgar en ella, de llevarla al extremo. No, si han de llevar algo al extremo lo hacen solo por placer (asesina, sácale las tripas, bebe su orina, sufre un orgasmo con su sangre, copula con tu hermano... ¡Hazlo hazlo hazlo...! Hay algo bajo la carne y muchos quieren saber qué es para meter la mano dentro y luego chuparlo...), para darle oscuras satisfacciones a sus sentidos. Lo subjetivo para ellos no es más que dar rienda suelta a pasiones mal vistas por la sociedad. Pero lo subjetivo es algo más, es la esencia de la voluntad, de la apertura honesta hacia el conocimiento que otros como tú (... como yo..., como tú, como yo...) han abierto, y acaba su trabajo, compruébalo, ten el valor, otra intuición correcta del Liber AL vel Legis *de Crowley: «Para el perfume mezcle comida y miel y los posos espesos de vino tinto, luego, aceite de Abramelin y aceite de oliva, y después suavícese y lícuese con sangre rica y fresca». En efecto, ¿qué será lo que debo hacer para poner a prueba mis teorías?*

No, no me siento frustrado (¡rabioso!) por no haber terminado la licenciatura, por haber sido despreciado por mi círculo social de intelectuales (mentes de raíces cuadradas...), por no ser ni una mota de polvo para la ciencia; ni siquiera necesito vengarme de la vida, de la sociedad, por haberme arrebatado a mi único amigo, ni soy del todo un producto de un padre promiscuo, de unas raíces olvidadas o de una madre ausente. Solo me siento... (¡dilo cabrón hijo de puta eres como todos al fin y al cabo eres como to...) desapegado, *¿es esa la palabra? A veces cuesta sin un diccionario delante, tal vez haya un vocablo alemán que lo defina mejor. No sería la primera vez, ya Freud —otro subjetivista algo*

extraviado— se enorgullecía del término alemán Triebe*, las pulsiones. ¿De qué me enorgullezco yo? No de mis raíces, no de mi nacionalidad, no de mi coche ni de cualquiera de mis posesiones, y por supuesto, no de mi novia.*

(Solo tú y tu voluntad), solo yo y mi voluntad, solo yo y una nueva era para la ciencia y para todo ser vivo... (¡Ellos solo se preocupan del ladrillo del petróleo de más dinero más dinero y falsas apariencias éticas no hay ética no hay que no me engañen nadie es consciente de que...eee...!).

... De que estamos solos con nuestra voluntad.

(Somos como números primos que... No encuentro el valor de la variable de...).

Los demás son únicamente reflejos convenientes o no de nuestros deseos. Por eso es mejor no revelarlo, muchos no son aún lo suficientemente honestos como para aceptarlo, conviene esperar y descubrir...

Si todo fuera tan fácil como leer un libro y descubrir que de pronto te escuchan...

Hutter sobrevoló los rostros de ojos cerrados de sus adeptos. Se paseaba descalzo, cadenciosamente, por la sala que las señoras mayores habían fregado a conciencia la semana anterior. Aparte de todos los pensamientos desquiciantes que tenía que desechar cada cuatro o cinco inspiraciones, lo que le resultaba más difícil de este ejercicio de sugestiones indirectas era no sonreír abiertamente, quién sabía cuándo uno de esos rostros podía perder la concentración y abrir un ojo. Además, un discurso acompasado, suave y de sutiles variaciones en ritmo e intensidad necesitaba de la apertura bocal correcta, y también de una respiración adecuada, la misma que quería transmitir a sus adeptos.

(Podría besar a María ahora y no se enterarían, quizá, o puede...).

—Muy bien, así, respirad con el estómago, despacio, y no entréis en trance hasta aseguraros de estar cómodamente sentados en las sillas...

Le gustaba pasar al lado de María. Incluso estando ella en medio de la fila se percibía su suave perfume de... Desde luego no era un entendido en perfumes, ni siquiera en olores, ¿violetas tal vez? ¿Cómo olían las violetas? Era demasiado típico, y María no era tan como los demás. Cabezas mejor o peor peinadas, escotes o camisetas holgadas, algún movimiento más tenso de lo esperado, carpetas por el suelo, respiraciones más dificultosas a este lado de la columna, menos espacio entre estas dos sillas, y por aquí llega un buen chorro de aire acondicionado, no se está tan mal.

Hutter sorteó de puntillas una mochila en el suelo y se acercó a las

ventanas.

—... No sé si será en este mismo instante cuando empezaréis a daros cuenta de la relación que hay entre todo lo que os pasa a lo largo de los días, o si os iréis dando cuenta poco a poco a medida que pasen las sesiones...

(Aunque algunos palurdos ignorantes solo os daréis cuenta de que respiráis pero ya os quedapocoesperoque...).

De vez en cuando tocaba con suavidad el hombro de alguien de las últimas filas o de los extremos de cada columna. No sabía muy bien si eso afectaba a las sugestiones o a la relajación, pero sabía que era un gesto afectuoso bien recibido. Cuando hacía esto, procuraba seguir hablando para que no se distrajeran, y moverse para que su voz pareciera desplazarse por la sala como llevada por el aire acondicionado, aire refrescante que les protegía del calor de allá fuera. El cedé de música relajante también ayudaba a disimular sus pasos. Desde luego, no era una técnica muy ortodoxa, pero ¿cuándo había sido ortodoxo él?

—... Y mientras prestáis atención a mis palabras, vuestras inspiraciones se harán más largas y profundas. Así...

Avanzó más rápido de la cuenta y agitó el cabello rubio de una adolescente a su izquierda. Tenía que vigilar la duración del cedé él mismo. El reproductor estaba sobre la mesa, delante de una pizarra vacía y del portátil abandonado *(... Sonia, Sonia es un problema, me deja solo la muy zorra, me roba y se droga a mi costa la muy...).* Subió el peldaño de un saltito silencioso y procuró tragar aire antes de seguir hablando, conteniendo un largo suspiro. Por un momento temió perder el hilo de lo que estaba improvisando y dirigió una mirada furtiva a su maletín, en donde guardaba la fotocopia del manual de Psicología. Abrió los ojos de par en par al ver entre las patas de la mesa el envoltorio de uno de los preservativos que utilizaban Sonia y él.

—... y... sí, a lo mejor queréis recordar un momento de vuestra infancia, un momento de sonrisas y emociones agradables, o quizá... prefiráis seguir escuchándome hasta que mi voz sea una con vuestra respiración, y entrar más y más en ese trance que os hace sentir...

(Será hija de... Hija de la gran puta...).

Dirigió una mirada furibunda que se estrelló en los peinados de sus alumnos. Vio sobrevolar un mosquito y, en su mente, arrancó la piel a tiras del rostro de Juan. Le daba igual que se la estuviera follando, pero le enfurecía esta desfachatez, *me roba las llaves y se lo trae aquí para que lo vean los del curso, esa drogata no se preocupa lo más mínimo de mi imagen.*

(La honestidad...).

No podía creer lo que estaba escuchando... La puerta de abajo.

Avanzó a toda prisa arrastrando los calcetines a ritmo caricaturesco. Sentía como si unas manos pegajosas le estuvieran tirando de las canas en direcciones opuestas. De un lado, el reproductor de música y el envoltorio del preservativo, de otro, los pasos de allá abajo. Y a su alrededor decenas de pares de ojos cerrados impidiéndole tomar una decisión adecuada mientras sus palabras salían de forma mecánica de su boca, vomitadas del recuerdo de alguna lectura, de algún plan trazado la noche anterior mientras escuchaba la radio, de alguna suerte de sincronía aprendida, capaz de eludir los pensamientos groseros y enfermizos que ya eran una constante en él.

—... Para empezar a ver la acción, la palabra, el recuerdo o la imagen que enlaza todas y cada una de las cosas que os ocurren, especialmente las importantes, podéis ir empezando por respirar y dejar vuestra mente en blanco, que sea mi voz, como si de un instructor sabio y paciente se tratase, la que os guíe cuando vuestra mirada se dirija hacia ninguna parte. Puede que os sorprenda descubrir qué fácil os va resultando ahora respirar tranquilos cuando os imagináis algo que os preocupa, cuánto sentido tiene todo lo que os ocurre cuando descubrís lo conectado que está todo, y lo que...

Hutter se quedó paralizado al escuchar el molesto ruido, en su cabeza, como una radio con interferencias, o como una melodía distorsionada de alguno de esos móviles que prohibía traer conectados al curso. Fue incapaz de tragar saliva mientras atendía perplejo a cómo se abría ante él un universo de miradas, de caras interrogantes, de cuellos que crujían, de inspiraciones y espiraciones alteradas por unos tacones sucios y grasientos, unos bufidos ordinarios y unos pechos mal sujetados por un traje sin brillo.

—¡Llego tarde... lo sieeennto!

¡SONIA!, gritó en su cabeza.

—¿Me has gguardado mi sitio, verdazz, cariño?

Hutter fue incapaz de apartarla de sí pese al hedor que despedía su boca. La conocía bien, no estaba montando esta escena solo porque hubiese bebido de más. Ella sabía que prefería que no viniese a las sesiones si se había colocado, si le había dado uno de sus ataques depresivos o si le había ocurrido todo eso a la vez. Estaba haciendo esto por desfachatez, por rebeldía, por unos celos absurdos que nunca demostraba cuando hacían tríos en la cama. La ingratitud se reflejaba en el envoltorio de preservativo, en la violación flagrante de las mínimas normas de conducta que exigía el curso, en la mirada socarrona disimulada tras las copas de más. No, no supo apartarla de su mejilla cuando le dio un beso, porque la habría estampado contra las sillas de los sorprendidos alumnos de su derecha.

—¿Qué hace esa puta en mi sitio? ¡Jodder, número uno, qué hace esa puuta en mi sitioo?

Sonia señalaba a Cathy, quien se giró y la miró como un búho. Sonia señalaba en esa dirección, aunque solo la aludida lo entendió, puesto que el dedo no apuntaba demasiado bien. Hutter reaccionó y la sujetó con fuerza contenida.

—¿Sabes lo que estás haciendo, lo sabes, Sonia?

(Te voy a matar, te juro que te voy a matar).

Sonia era la única que percibía los incisivos de Hutter asomados de pura rabia. Se tambaleaba, pero no caía, no se sabía si por la fuerte sujeción de Hutter o porque no estaba tan mareada.

Has venido a buscar bronca, ¿no? A escudarte en las drogas para montar el espectáculo que llevas tiempo deseando…

—¡Vete ahora mismo a casa, que no estás en condiciones! ¡Se te van a acabar a ti las drogas!, ¿me entiendes? ¿Eh, Sonia? ¿Tú sabes que estábamos en mitad de un ejercicio, lo sabes?

—Pero… cariññ…

—¡Cállate y ven conmigo! Ya tendrás tiempo de contármelo todo luego, ¡vamos!

Sonia no pudo resistirse. Lloriqueaba, pero las primeras lágrimas cayeron ya al pasar junto al soporte de extintor vacío del rellano de las escaleras. El bolso se le quedó enganchado en la barandilla. Hutter lo soltó de un tirón y reprimió las ganas de empujar a la chica por las escaleras. El sudor se anticipó al primer paso bajo el sol de la calle y resbaló axila, frente, espalda abajo.

(Mi imagen puta desgraciada se te ha acabado todo ¡TODO!).

Hutter dio un portazo al salir mientras tiraba de Sonia. Esa tarde de julio fue la sesión más corta de todas cuantas hubo.

Esa tarde también fue el fin oficial de la pareja Hutter-Sonia. El bueno de Hutter había intentado llevarla por el camino recto, pero no pudo ser, no pudo ayudarla con su descontrolada adicción a las drogas. No era más que una mentirosa, gentuza que le robaba a él y robaba parte de los fondos del curso. No era fiel en ninguno de los sentidos. Una cerda desagradecida, una puta, sí, de profesión, y encima se gastaba lo que ganaba en otro hombre, con quien se estaba pagando una casa, y mientras vivía gratis en el hogar de Hutter, pobre confiado. Sonia había demostrado que no era ni de lejos una compañera, que no se había interesado lo más mínimo por el grupo, que había sido una simple asistente, no una adepta. Era una puta embustera y traidora que se había estado aprovechando de la buena voluntad de todos y…

La naturaleza de la desaparición de Sonia variaba según en qué sector del alumnado se vertiesen los chismorreos de rigor. La explicación oficial era clara y honrosa para Hutter, dada la escena

presenciada aquella tarde, una infame provocación, una clara falta de respeto hacia los que se suponía eran sus compañeros. La libertad era uno de los preceptos del curso, sin embargo: *Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley; pero amor es la Ley, amor bajo voluntad*. Y Sonia no sentía amor ni estaba bajo la voluntad del grupo.

Cathy 290 había integrado bien el mensaje. También había asumido responsabilidades que antes tenía asignadas Sonia, lo cual le venía bien para su timidez, hubo de reconocer. «No era la persona adecuada para mi descendencia», le había confesado Hutter a Cathy en el dormitorio. A Cathy 290 no le importaban los motivos de Hutter, pero sí sus deseos. Ni le importaba que Hutter tampoco la viese a ella como a la futura madre de sus hijos. La descendencia, la trascendencia, estaba asegurada de otra forma si las investigaciones de los prelados prosperaban. Daba igual que Cathy 290 fuera anorgásmica o que Hutter desease verse con otras mujeres. Ella había sido elegida por lo que era, por sus conocimientos, incluso por su presencia retraída y su carácter taciturno, y por su sexo incapaz de sentir en plenitud. Cathy 290 no necesitaba un amante ni una pareja estable. De hecho, Cathy 290 creía con firmeza que no *necesitaba* a otra persona, hasta que empezó a ser especial, lo que la impulsaba a buscar más atenciones y aprobación de Hutter. Había descubierto que le gustaba abrir la boca para exponer una idea, y que ni siquiera precisaba tomar la iniciativa para hacerlo. Él le pedía su opinión de forma periódica, sobre todo en sus sesiones privadas. La llevaba de la mano al dormitorio y le ofrecía caricias placenteras. Confiaba en ella, nunca la criticaba, y le asignaba tareas de relevancia fundamental para el curso, para unas investigaciones que nadie más en el mundo, ni con los mejores medios técnicos, estaba realizando.

Cathy 290 se preguntaba muchas cosas cada vez que Hutter interrumpía el discurso para dar pie a la participación de uno de los alumnos. Aprovechaba esos momentos que, nunca lo reconocería, eran los que menos le interesaban de las sesiones, para lanzarse las grandes preguntas, las que nunca obtendrían respuesta. ¿Qué es el amor? ¿Sentía ella amor? ¿Qué importancia tenía llamarle o no amor a esa lealtad y respeto que sentía? ¿Qué importancia tenía que como mujer se sintiera sumisa hacia ese hombre, ella, que no aceptaba sumisión alguna ante nadie que quisiera quitarle el sujetador?

—... *Mauritania rescata los cuerpos de ochenta y tres inmigrantes ahogados el sábado*... —leía uno de los alumnos, en pie, con una mancha de café en la camisa.

—En efecto. —Ratificaba Hutter, apartándose del cómodo sillón con ruedas donde estaba sentada Cathy 290, en mitad de la sala—. Todos hemos partido de la misma base «mundial», por decirlo así. Cogimos el periódico la semana pasada y leímos la noticia. Fuimos

conscientes al mismo tiempo de lo que ocurre fuera de nuestras fronteras, de un acontecimiento que, por cierto, suele afectar a España de manera más directa que si se tratase de una catástrofe natural en Asia.

¿Qué es lo importante? ¿Qué son esos inmigrantes desconocidos en nuestras vidas?, se preguntaba Cathy 290.

—... Y vamos a ver, Ana 128...

—¡Esa soy yo!

Risas generalizadas. La mujer estaba exultante, lucía vestido nuevo, había ido a la peluquería. Era una madre algo sufrida, pero durante las últimas semanas parecía otra persona y, sin embargo, Hutter sabía que si hurgaba en la herida hallaría el llanto.

—... ¡Esa eres tú, Ana 128! Ahora, sigamos con el ejercicio. Resúmenos los puntos de tu problema.

Cathy 290 continuó divagando. Los problemas de Ana 128 se los sabía de memoria. También sabía que Hutter lo parafrasearía todo a continuación, y además todo esto era una versión simplona de las verdaderas predicciones que se gestaban durante las reuniones de prelados. Cathy 290 toqueteaba las teclas sin hacer ruido. Se sentía cómoda al portátil y mirando de reojo a sus compañeros, a María 258. *¿Es honesta con el curso? ¿Es honesta con Hutter?*

—... Bueno, eso ya lo sabemos —atajaba Hutter—. No te desvíes de los temas: la venta de la casa que compartías con tu marido, la separación, el vecino misterioso que por no pagar la comunidad te rompe el interfono y el buzón, la búsqueda de la nueva casa, el trabajo de limpiadora y la maqueta que querías grabar, ¿correcto?

—Sí...

—Digamos que todo eso es tu *caos* vital. Pero la semana pasada leíste la noticia en el periódico que te dieron por la calle y pensaste en los inmigrantes, ¿de acuerdo? Eso es lo que tenías que hacer, pensar, y luego coger un papel, el papel *de los deseos*. Todos hemos escrito en el papel de los deseos, ¿no es así?

Volvió a repetir la pregunta hasta que obtuvo una afirmación generalizada.

—Ya hemos visto tu lista —Hutter señaló la pantalla en donde seguía proyectada una diapositiva con un archivo de texto esquemático que Cathy 290 había transcrito en su casa—. Lo has hecho muy bien, has escrito una serie de variables, de cosas que tienen que ver con cada uno de los temas y que te podrían servir para el seguimiento de tu problemática. Por ejemplo, para el problema del vecino misterioso y boicoteador...; has tenido en cuenta, muy bien, todo lo que te ha hecho: te arranca los carteles que pones en los bares, te estropea el que cuelga de la ventana de tu bajo, te rompe la cerradura del buzón, te saca el botón del interfono... También has

especificado los antecedentes del caso: la mala relación con algunos vecinos, entre los que debe de estar el que te rompe las cosas, las irregularidades en la gestión de la comunidad que te han llevado a negarte al pago, el hecho de que tu marido sí fuera apreciado en el edificio... Y lo más importante, los indicadores y hechos que nos dirán cómo avanza tu problema: cartel sin estropear, arreglo del buzón con cargo a la comunidad, venta del piso, arreglo del interfono, saludo a los vecinos aunque no sea correspondido...; y las acciones que llevarás a cabo para conseguir todo eso.

Ana 128 asentía, con expresión risueña, retorciéndose un dobladillo de la falda. La falda llevaba un bordado de lentejuelas que brillaba bajo las luces de los tubos, pero no tanto como los ojos de la mujer.

—Hemos obtenido, previamente y entre todos, varios números para las variables antecedentes, el 3, por ejemplo, el número de la autoexpresión. Hemos visto todo lo que te ha ocurrido con ese vecino y hemos predicho que seguiría ocurriendo pero de manera más espaciada, dado tu silencio. Pero tu silencio no te ha llevado a una actitud sana y autosuficiente. El resto de problemas se hallan entremezclados, y la casa no se vende, tú no estás en paz ni te sientes por encima de las patéticas maniobras de tu vecino, de hecho la patética eres tú, pues tu vecino misterioso te supera, y te hundes, contagiada por el resto de tus preocupaciones. ¿Qué opináis?

Cathy 290 se sonrió. En estas ocasiones no necesitaba ni mirar a Hutter. Siempre había tres o cuatro que intervenían con el asentimiento de la mayoría. Se trataba de una de esas preguntas retóricas que solo esperaban confirmación, aunque Cathy 290, si le preguntasen, siempre estaría de acuerdo con lo que decía el número uno.

—¿Y tú qué opinas, Ana 128?

—Sí..., he estado algo deprimida...

—Algo deprimida... Bien, pero dime, mira lo que has escrito en esta lista. No hace falta ni que te fijes en los números que nuestra nueva secretaria te ha puesto en el margen. Cualquiera con una mente despierta y abierta al curso, a nuestro curso, lo vería. ¿Lo ves tú?

—Pues... El...

—Ana 128, si tu mente no está abierta no podrás ver. Y hay veces en las que no debes esforzarte en ver. ¿Lo entiendes? Ni siquiera necesitas entenderlo, solo escuchar, escúchame, escúchanos: ¿has especificado lo que harías teniendo en cuenta la noticia del día anterior? Veamos, en tus planes no has mencionado ni una sola vez la idea de vender la casa a unos inmigrantes, ni la idea de que para buscarte un empleo has de tener en cuenta los que suelen asumir esta gente. A eso se le llama relacionar eventos, ¿ves? Y luego está lo que

decía la noticia de morir ahogado, en tu caso «ahogada» por las deudas, por las responsabilidades... ¡Mira! Has escrito que buscarías el trabajo de dependienta... ¿Pero acaso has tenido en cuenta a tu hijo? Sabes de sobra que puedes traerlo aquí, ¡piensa! No has considerado todos los factores, no has tenido en cuenta la cadena de relaciones, y no digamos ya los números.

Una leve tos y el zumbido del aire acondicionado fueron los únicos sonidos audibles cuando Hutter hizo la pausa. La expresión de Ana 128 había mutado a una afectada seriedad. Tenía el ceño fruncido, pero Hutter sabía que antes de protestar acabaría llorando.

—En lugar de haber definido la acción concreta con tu vecino, con la venta, has divagado, ¿me oyes?, ¡divagado! Has divagado sobre ofertas que te ha hecho tu familia. ¿Acaso prevenir acontecimientos es lo mismo que preocuparse por innumerables posibilidades? ¿Acaso es lo mismo eso que encadenar una secuencia de acciones con efecto inmediato, como por ejemplo ir al locutorio, pegar el cartel, hacer una oferta en la inmobiliaria, plastificar el cartel y echar cartas en todos los buzones vecinos con advertencia para el misterioso boicoteador? ¿Acaso has recordado que apoyarte en nosotros y no en elementos externos es lo fundamental? No, te has limitado a escuchar a familiares que te quieren encerrar violando el significado del 3. Tu autoexpresión, tu *des*-ahogo. Ellos quieren que te refugies allí, en esa pedanía, que te apartes de lo que te hace ser única, que te alejes de tus amigos, y todavía te planteas ese pretendiente abogado que te han buscado. ¿Qué dijiste que opina él sobre lo que estás haciendo? Sí, lo recordamos, a todos nos ha ofendido profundamente: que somos una secta. ¡Una secta! ¡Qué diablos sabrá él lo que es una secta! Él sólo entiende de legajos y de ocio barato, quiere que tu ocio consista en acudir a aburridas cenas familiares, tripas satisfechas y sonrisas de compromiso. ¿Lo comprendes, Ana 128?

—Lo comprendo..., pero ¿y si me quedo sola y...?

—La pobre muchacha también tiene derecho a rehacer su vida... —intervino una voz de persona mayor desde las filas de atrás.

Ahora Cathy 290 sí que dejó sus pensamientos y abrió bien los ojos. El resto del alumnado apenas si se giró, acostumbrados a las intervenciones espontáneas, que siempre eran bienvenidas. Sin embargo, esperaron a comprobar la reacción de Hutter. Los mofletes algo sonrosados del orador se torcieron en una expresión de gravedad. Se llevó las manos a los bolsillos y avanzó lentamente hacia la mujer que se sentaba junto a la madre de María 258.

—*Rehacer su vida*... ¿A vosotros os parece que eso es *rehacer su vida*? Vale, veámoslo así, observemos esta cadena de acciones desconectadas: ella deja de lado la venta, le carga su hijo a los abuelos, se casa con un abogado quico que pretende llevarla de la

mano para convertirla en la misma inútil que fue con su anterior esposo, y de paso darse algunos golpes de pecho para quedar bien ante la familia y ante todos los necios que no saben ver más allá. Ana 128 no hace nada de lo que se había propuesto, de lo que había deseado, «¿Para qué querría grabar ella una maqueta si eso no le va a dar dinero?», diría tu abogado. No estás segura ni siquiera de si te gusta ese tipo, lo consideras como una acción posible, porque estás desesperada, porque tienes miedo a quedarte sola, pero has olvidado lo más importante: no estás sola. Mira a tu alrededor.

Hizo una pausa prudente mientras levantaba un brazo en señal demostrativa. Silenciosos rostros, muchos con un atisbo irreprimible de simpatía, la observaban.

—Vas a perdernos si tomas las decisiones inadecuadas. Y nosotros no somos los que te impedimos hacer tu vida. Todo lo contrario, te ofrecemos soluciones bien encadenadas: un trabajo de limpiadora a media jornada, cuidado gratuito de tu hijo, compañía y, quién sabe, algún pretendiente inesperado —guiñó un ojo a nadie en particular—. Hacer tu vida, grabar tu maqueta, desear algo y lograrlo con la fuerza de tu voluntad y de las coincidencias que irán cayendo. ¿Acaso no funcionó lo que te propusimos para la separación? Te dimos una serie de televisión para que te inspirase, te pusimos en contacto con aquella asociación de separados y divorciados, te acompañamos para negociar con tu marido y te aconsejamos lo que tenías que decir. ¿Y funcionó? ¿Lograste el acuerdo, que abandonara la casa y que colaborara en la venta?

—S... sí...

—Lo único, que él no desea venderla, como tus familiares no desean que rehagas tu vida. Ellos quieren que sigas atada a unas convenciones que te fueron impuestas. ¿Has sido feliz con tu separación?

—No...

—¿No, qué?

—No, no lo he sido.

—¿Cuándo has empezado a encontrarte mejor?

—Cuando vine aquí.

—¿Y por qué viniste? ¿Qué hiciste?

—Cogí el folleto que me dieron y...

—¡Exacto! Te propusiste hacer algo para distraerte, decidiste escuchar a nuestro compañero Pablo 48, y decidiste venir aquí. La idea rondaba tu cabeza, Ana 128, solo tuviste que encadenarla siguiendo tu intuición, tus genuinos deseos. —Ahora Hutter se dirigía al resto de su auditorio mientras abría ampliamente los brazos—. En eso consisten estos cálculos, abrir la mente, descubrir el número que nos puede indicar cuál es nuestro punto débil o qué tema deberíamos

tocar, y luego encadenar las acciones una a una. ¿Propuestas? Vamos a ayudar a Ana 128, ya lo tiene casi todo hecho, pero vamos a animarla con ideas sugerentes, el tipo de ideas que alguien fuerte como nosotros pondría en juego. A ver, Teresa 710, ¿qué te parece a ti que debiera figurar en esas notas que vamos a meter en los buzones?

—Sí... Mira, yo lo que haría es ser dura. *Queridos vecinos, dado que alguno de vosotros me ha estado rompiendo el buzón y todo lo demás...*, bueno, mencionar lo del pago de la comunidad y eso... Y luego algo así como: *De vuestro buen comportamiento depende el tipo de personas que estoy dispuesta a meteros en el edificio...*

—¡Eso es! —dijo Hutter—. Contundente, inteligente; lástima que no todos los policías sean como tú.

Teresa 710 se sonrojó alarmantemente. Cathy 290 sintió una oleada de envidia, pero no abrió la boca, no tenía nada que aportar, no, así no, sus métodos eran otros, su labor era otra.

—... Pero hemos olvidado al marido, la cadena, la predicción. Era una de las variables que controlar. Debemos hacer referencia en la nota al marido, a lo buena que era la relación entre él y los vecinos, y...

Hutter seguía hablando de hechos. Cathy 290 lo entendía, *hechos*, no rabia contenida que orbitaba complejos o preocupaciones. Hechos: una sobredosis; nunca un asesinato programado fue tan lógico, tan conveniente y limpio. Porque así debían actuar quienes tenían ambición si querían salvar los obstáculos. Una drogadicta descontrolada hubiera sido mucho más que un incordio si hubiera rondado el edificio del curso o la casa de Hutter. Cathy 290 entendía la diferencia entre lo legal, lo que *los otros* establecían, y lo que *ellos,* el grupo, establecían. Incluso había que tener cuidado dentro del mismo grupo. Deshacerse de una persona molesta con el juego de química de niña, cometer lo que en las novelas de detectives sería llamado un crimen, no era una cuestión baladí. Ella había aceptado los motivos, había aceptado ser la mano ejecutora, había deseado ser la elegida de Hutter para este primer gran paso hacia la demostración de las teorías, «Haz lo que tú quieras, será el todo de la Ley», pero siempre había que tener en cuenta la voluntad a la que había que someterse. ¿Qué eran unas manos manchadas de sangre, más bien manchadas de heroína adulterada? Sus manos, las mismas que habían ayudado a Hutter a llevar a Sonia a un sitio apartado para poner punto y final al incordio. Eran las manos que ayudaban a resolver un problema que la Policía, la ley exterior, no hubiera sido capaz de solucionar.

El orador seguía discutiendo, rayaba en la pizarra con el rotulador, se hacía con sus adeptos, y con Ana 128, quien se restregaba las lágrimas con una sonrisa que debía de ser de alegría. Cathy 290 se

hacía preguntas y encontraba justificaciones que ya había escuchado en el cine, en películas de gobiernos corruptos y sus grandes fines de grandes justificaciones. O tal vez hallaba respuestas en el capitalismo brutal, en el egocentrismo absoluto. Daba lo mismo, la conclusión siempre era la muerte como conveniencia sublimemente razonada. Pero comparar los fines de Hutter con los fines de un especulador sin escrúpulos era una aberración. ¿Era ella una asesina? No lo creía, porque no le había gustado matar. Pero sí le había gustado seguir las instrucciones de Hutter, permitir que una conciencia superior se sobrepusiera a la suya para en el fondo dar rienda suelta a una emoción satisfactoria: Sonia se lo merecía. Así que no era una asesina, en una guerra se mata al enemigo, en esta guerra se mata al enemigo también...

Y esa puta me trataba como a una retrasada mental que Hutter quería tirarse. Ella, su preciosa novia, tenía que enseñarme a mí cómo había que satisfacer a su hombre, qué tenía que hacer para no ponerla celosa, porque las novias modernas y drogatas no sienten celos de las muñecas hinchables.

Cathy 290 asintió a algo que preguntó al aire Hutter. Se removió satisfecha en el mismo asiento que una vez ocupó esa rubia de bote que ahora estaba criando malvas. Sonia no era una persona honesta. Teresa 710 iba detrás de Hutter, pero era honesta. Y María 258... Cathy 290 se sentía como una francotiradora. Para qué lo iba a negar, eso le gustaba. Notaba un cosquilleo que debía de ser lo más parecido al orgasmo que había experimentado nunca. Únicamente le faltaba sentir verdadera simpatía hacia algunos adeptos y prelados. Hutter sería comprensivo con eso, seguro, bastaba con ser fiel y recta, acatar la voluntad, *amor bajo voluntad*.

—Te quiero —le susurró a Hutter, ahora que todos reían por un comentario de Robert 98, ahora que Hutter no miraba.

Lo que siento es amor, el amor que yo defino y que atesoro como válido y único. Haría lo que fuese por amor, eso es lo que dirían otros muchos, yo lo llevaré a cabo, esa es la diferencia: hechos. Lo he predicho: te ayudaré a poner a prueba tus teorías, seré tu brazo ejecutor, seré tuya en la cama si lo deseas, te compartiré con otras si lo deseas, porque yo sé que estarás junto a mí, porque yo sé que me necesitarás, porque yo sé que me consideras especial, me necesitas, me necesitas, sé mi padre de verdad, sé mi compañero, mi figura complementaria, sé incluso lo que no puedas darme o yo no sepa tomar... Tenía la garganta atenazada. *Qué tonta soy, al final seré yo la que acabe llorando en público, y no, yo no soy como ellos, yo no dejo que me vean llorar.* Sacó un pañuelo y miró furtivamente al número uno, temiendo que pudiera, por algún casual, pedirle su opinión, algo que no deseaba en este momento.

—... Y ¿qué es el azar psicológico?, os preguntaréis —declamaba Hutter—. Pues, por ejemplo, apostar en la ruleta al rojo porque ha

salido muchas veces seguidas el negro. ¿Responde eso a las probabilidades reales? No os molestéis en mirar a los matemáticos, yo os lo diré: no. Pero es importante tener en cuenta esas intuiciones. Si nosotros creemos que va a salir el rojo, es posible que tengamos otros muchos factores a favor para corroborar nuestra predicción. Hay que ver con esos ojos mágicos las cosas, esos son los ojos que nos llevarán a las coincidencias deseadas. Recordad, no se trata de establecer normas simples, el caos no funciona así. No porque digáis: «Ha salido tres veces el negro, luego ahora ha de salir el rojo» vais a reventar la banca. No, solo os digo que lo tengáis en cuenta, que abráis bien los ojos a este tipo de cosas… Pero volvamos con Ana 128. Ana, ponte bien la etiqueta en la solapa, que no todo el mundo tiene tan buena memoria para acordarse de tu número.

—Sí, claro.

—Bien. Pues aquí tengo… —cogió una baraja de la mesa— las cartas. Vamos a proporcionarte más intuiciones. Venga, Ana 128, y todos los demás, a enunciar preguntas. Recordad, si sale una carta con número impar, la respuesta es «sí», si sale par, «no», y si sale una figura es «no se sabe». Comenzamos…

Sí, comenzamos, pensó Cathy 290.

7

ANUARIO DE 1982
Gotzis, domingo 23 de mayo
El atleta británico Daley Thompson bate el récord del mundo de decatlón.

Con un «Yo conduzco», ese hombre demacrado y maloliente se había hecho con el volante. A este hecho había contribuido que sus cuatro acompañantes se sintieran conmocionados por la matanza. Y por haber sobrevivido.

Conocen de sobra las calles de la urbanización que desfilan al otro lado de las ventanillas de la furgoneta, pero más de uno ignora por dónde van. El joven de las gafas, por ejemplo, prefiere contemplarse en el retrovisor, todavía incapaz de creer que ese rostro lleno de marcas de golpes sea suyo. El niño que hay a su lado, y cuya mirada también puede ver reflejada en uno de los espejos, ya no mira hacia atrás por si ve llegar corriendo a su padre. Su mirada está tan fija y perdida en la distancia del parabrisas como la de sus silenciosos compañeros de viaje.

En un momento de lucidez y tranquilidad favorecido por el murmullo familiar del motor de la furgoneta, el joven se percata de lo diferente del mutismo del extraño conductor del vehículo. No se le ve conmocionado, ni siquiera asustado. ¿Es o ha sido policía o algo así? Se hace cargo de la situación como si lo fuera, pero ¿cómo podría alguien estar acostumbrado a esto? Tal vez no lo está. Tal vez sucede que le da igual, que está tan podrido por dentro como por fuera. A lo mejor tiene algún tipo de cáncer y no le importa lo más mínimo la muerte, y alguien a quien no le importa la muerte, poco puede importarle la vida.

Vida como la que hay en los asientos de atrás. Vida asustada que de cuando en cuando vigila a través del retrovisor esos ojos enrojecidos al volante, ya desprovistos de las maltrechas gafas de sol. El hombre de la bufanda y las armas mira a sus cuatro pasajeros como si fueran fardos de ropa mal afianzados en los asientos. Se le adivina un ceño fruncido a pesar de la piel despellejada, de la palidez, de la suciedad y los cortes. Podría estar maquinando algo, tal vez decidiendo si deshacerse de la ropa vieja.

—No... Nosotros deberíamos ir al barrio, al barrio Peral —dice el anciano, apretándole la mano al niño para cerciorarse de que sigue

ahí.

La joven parpadea y mira al anciano como si despertara de algún sueño poco placentero (a juzgar por su expresión de pánico). El conductor ni se inmuta.

—Tenemos que ir hacia allá. Allí tenemos parientes, y a lo mejor no se puede salir de la ciudad...

El joven de las gafas redondas suda. No le hace ninguna gracia la insistencia del anciano en seguir en esta ciudad de dementes ni que la furgoneta vaya cada vez más despacio.

—¿Y quién te ha dicho que vayamos a salir de la ciudad? —replica con una seriedad desasosegante el conductor.

—Nosotros... —intenta protestar el anciano.

—Vosotros queréis que os pase otra vez lo mismo.

El joven de las gafas se remueve en su asiento. *Tienes razón,* quiere decirle al de la bufanda, *este viejo está loco*. Pero no se atreve, porque tampoco le hace ninguna gracia que conduzca tan despacio, que amenace con pararse en cualquier momento en mitad de la vacía e inquietante calle. Tampoco acaba su réplica el anciano, la ahoga en un quejido apenas audible. Ese hombre les ha salvado con sus armas de soldado, con su rostro de muerto viviente y sus ropas malolientes y siniestras, con la seguridad indiferente que transmite. Qué desagradecidos podrían parecer si reclamasen las llaves del vehículo, qué inconscientes si pidiesen perderse de nuevo en los horrores ocultos tras los muros de la ciudad.

No es seguridad lo que transmite ese conductor, por muchas armas que lleve. No es solo que ya no cuenten como propietarios de la furgoneta, sino que ni siquiera disponen de sus propias vidas. Y lo peor es que son incapaces de encontrar argumentos ni fuerzas para recuperar el control de sí mismos, no ya por el temor que les infunde con su frialdad, sino por la aplastante sensación de que serían incapaces de luchar por su supervivencia si volvieran a encontrarse en otra situación de vida o muerte.

No podrían salvar sus vidas sin él. Pero ¿y *con* él?

¿Sacas a esta gente de allí para ahora utilizarla de cebo?

—Vamos a parar por aquí —dice el conductor de la furgoneta con voz cascada y sombría. *Ahora aparece la conciencia*, piensa entre divertido y fastidiado.

Hace rato que llevan los faros del vehículo precavidamente encendidos. La temprana oscuridad del invierno comienza a pesar sobre los edificios y la calzada. Cuando el sol se apaga y las farolas no toman el relevo, las imperfecciones en las fachadas se difuminan y esbozan una ilusión de normalidad. Pero los obstáculos en forma de

árboles caídos, coches travesados o inesperadas apariciones de vida animal desquiciada se tornan más peligrosos al configurar una carretera, un camino diferente de giros y tropiezos inesperados. De todas formas no van a ir muy lejos. La furgoneta se ha detenido sobre la acera, y todos sus pasajeros se remueven inquietos. Los faros señalan en ángulo torcido un pedazo de la achaparrada fachada del hotel.

Al salir del vehículo son conscientes de que no hay diferencia de quietud entre la noche y el día. Más aún, durante la noche se confunden los contados sonidos con las sombras, y la opresiva amenaza del peligro inminente les mantendrá más alerta que nunca, porque dejar de ver el peligro no implica que este haya desaparecido.

Más alerta que nunca... Así quiere estar el joven de las gafas redondas, sin separarse del calor familiar de la furgoneta. El conductor ha salido el primero. Mira al joven y al resto de sus protegidos. *Serán incapaces de dormir en este estado*, piensa *(y eso es bueno para tus planes)*.

—¿Vamos a dormir aquí? —le pregunta la joven, hipnotizada por el suave movimiento de las banderas en la fachada del hotel.

—Sí.

En realidad no lo tiene tan claro. Sus intenciones son algo mezquinas, y le preocupa no saber si está preocupado por ello...; qué retorcido, como retorcida es la idea de andar por la calle con estos cuatro. Pero le sigue pareciendo oportuno. No se le ocurre mucho más para forzar un encuentro con los cultores que no implique una visita suicida al puerto. Mejor que sean los cultores los que vengan mientras él se esconde y se prepara para lanzarse sobre ellos. ¿No ha sido siempre así? ¿No se ha utilizado a otros seres humanos para las tareas más ingratas en virtud de principios de conveniencia? Desde los sacrificios rituales, pasando por la esclavitud, hasta llegar a la pragmática del belicismo, en donde las vidas no son más que las fichas de un juego de planes siempre justificables. Por supuesto, uno tiene que agotar otras posibilidades antes, la cuestión es cuántas posibilidades, cuánto está uno dispuesto a esperar hasta decidir que puede disponer de las vidas ajenas para lograr un «bien mayor», en este caso acabar con los cultores.

—¿Vamos a pasar la noche en el hotel?

—¿Pero podremos entrar?

—¿Y si dentro hay...?

... Y otros comentarios que un pensativo y bien armado hombre no escucha. *Los hombres con el poder no necesitan escuchar a los que están por debajo*, se sonríe con ironía. El problema es que, aunque lograra salir de su cinismo y se lo creyera firmemente, pronto recordaría que no es un hombre con poder. *Te creías capaz de alterar el desastre,*

restaurar todo el daño que ha causado esa secta matando a sus miembros ahora que no hay nadie para criminalizar tu descontrolado uso de las armas; te creías alguien importante por sentir que tu cuerpo, muerto en apariencia, tiene más energía de la que has tenido en tu... otra vida, pero no eres nada de eso, eres insignificante, como estas pobres vidas de aquí, sometido a la necesidad de afrontar la violencia de otros, siempre la violencia de otros... Si acaso combatirla con sus armas, convertirte en poco menos que un cultor...

De súbito se da la vuelta. Evita mirar a los ojos de sus acompañantes. Les señala la explanada de los aparcamientos con un movimiento rápido.

—Esperad por aquí. Hay que asegurarse primero de que no hay sorpresas en el hotel.

El hotel... *No has venido aquí por las camas ni por el refugio, ¡RECONÓCELO!*

Y lo reconoce.

—Tengo miedo... —musita el niño. Rompe así el silencio por primera vez desde que salieron del edificio de la matanza.

Él mira al niño ajustándose bien su maltrecha mochila, la correa del fusil, la bufanda. Es un niño como sus alumnos de primaria, un niño como solían ser los niños antes de que huyeran de la ciudad o se convirtieran en peligrosos descerebrados. Un niño que..., *bueno, no tiene más valor que un adulto, ya que se convertirá en eso, si sobrevive.*

Le tiemblan las piernas, experimenta un dolor distribuido por los brazos, por los omoplatos y por el pecho. Tiene ganas de toser, pero es fácil aguantarse, sobre todo cuando apenas necesita tomar aire. Y tiene una bota algo rajada, *eso sí es un problema*, piensa.

No se atreve a confesarles que ha venido aquí a por un aparato de radio. ¿Y para qué querrían ellos saber nada? Si los dejase solos, probablemente acabarían en problemas, y de noche no cree que puedan salir de la ciudad de una pieza. Ya se sabe, las líneas de media tensión soterradas que han quedado a la vista con los temblores de tierra, los repentinos vientos de más de 180 kilómetros por hora... No, circular por la noche no es nada seguro. Además, ¿quién dice que podrían salir de este infierno? ¿Quién dice que el Ejército no ha puesto en cuarentena a la ciudad?

(Ves demasiadas películas).

Pero es precisamente en las películas donde pasan cosas como las que estamos viviendo. La sensación de irrealidad no le había molestado demasiado hasta ahora, pero desde que ha empezado a encontrarse con gente normal, le cuesta dejar de comportarse como si sus acciones no tuvieran consecuencias y estuvieran por encima de toda ley. Esos cuatro se mueven nerviosos, una reacción normal de acuerdo con lo que se espera que hagan, como los personajes de una historia que él

mismo está relatando y modificando a su antojo. Ahora sus personajes esperan indicaciones.

Le deben mucho, la vida nada menos, y por eso no protestan demasiado, por eso aceptan con resignación que no les cuente lo que está pensando ni lo que ha estado haciendo con ellos. *Le debéis la vida a alguien que contempla la suya propia como en un oscuro cómic que ya no le da tiempo a dibujar.*

(Y nunca he sido buen dibujante).

Pero haré lo posible para que no os pase nada.

(Claro, cualquier ministerio de defensa diría lo mismo, y haría lo posible por...).

—¿Qué ha sido eso? —dice el joven de las gafas, pegándose a la furgoneta como con pegamento.

—Parecía un búho —dice la joven sin convencimiento.

—¿Un búho por aquí?

—Deben de haberse cansado de morir electrocutados en Abarán —masculla el anciano.

—¿Qué?

—Lo de la instalación de salvapájaros en las líneas de... ¡Bah!, déjalo, ya estoy desvariando. ¿Pues no que me estoy acordando ahora del periódico que leí el jueves pasado? Es como si estuviera esperando volver a sentarme a leerlo para que después de dejarlo en la mesa pasaran cosas normales, no sé, yo me levantaría, saldría a comprar el pan...

—Han pasado algunos días y parece que llevemos solo unas horas soñando algún tipo de pesadilla, ¿verdad? —interviene el hombre de la bufanda mostrando una boca cada vez más desdentada.

Lo miran sorprendidos. Hasta él mismo se queda pensativo tras su repentina manifestación de empatía.

—No os preocupéis por los ruidos. Como hay tanto silencio, os parecerán más inquietantes de lo que son. Esta zona parece tranquila. Ya he estado antes. Quedaos por aquí mientras voy a...

—¿Pero por qué no pasamos al hotel? —protesta el joven de las gafas—. Aquí hace frío y estamos demasiado al descubierto, nos podrían ver desde las ventanas..., los locos... y...

—... Eso, las ventanas —dice, chasqueando los dedos frente al joven. Su movimiento de aproximación ha sido tan rápido que los demás solo han visto pasar su largo abrigo—. Céntrate en las ventanas. Mira, ¿ves alguna luz? Es muy posible que alguien se la dejase encendida cuando todo empezó a torcerse, pero no se ve ninguna, y cada vez está más oscuro, sería fácil darse cuenta. Mirad a vuestro alrededor...

Obedecen, siguen el movimiento pausado de los dedos de su salvador, incluso el niño, que ya no va cogido de la mano del anciano.

—... Nada. Persianas echadas o arriba del todo, casas vacías, silencio. Y el hotel está igual. Lo que quiere decir que no hay electricidad aquí, y por muy tranquilo que parezca todo, no podemos arriesgarnos a meternos en ese edificio a oscuras... Todavía no.

—Pero a lo mejor hay linternas, o luces de emergencia, o también podríamos buscar velas en alguna tienda o...

—Mira, si tantas ganas tienes de buscar algo, fíjate... Allí —señala la entrada a la cafetería en un lateral—. Tráete esas sillas y podremos sentarnos aquí a la luz de los faros. ¡Corre! —añade con un empellón.

Comienza a quitarse la mochila. El joven le ha obedecido, pero los demás no han puesto buena cara.

—Perdonad mi brusquedad.

Se da la vuelta y se quita del todo la mochila sin saber qué más añadir. Duda si dejar también el fusil en el suelo, y termina por desechar la idea. Luego piensa en ir a ayudar a traer sillas, pero la joven se le adelanta.

—Tengo que ir al váter —dice el niño.

Toda la ciudad es tu váter, está a punto de decir él.

—Paciencia.

El niño lo contempla inmóvil y con el rostro huidizo.

Entre los dos jóvenes colocan las sillas en un círculo muy abierto alrededor del haz de luz de los faros, que les dan lateralmente, convertidos en uno solo.

—Podríamos buscar algo de comida en la cafetería —dice el joven de las gafas, todavía reacio a sentarse en mitad del aparcamiento.

—Yo iré —dice él, dejando el fusil en el suelo, sintiéndose algo estúpido por su vacilación anterior—. Vosotros sentaos.

Lo ven marcharse sin decidirse a ocupar las sillas. El fusil y la mochila quedan en el asfalto y nadie se atreve a tocarlos, ni aunque decidieran que ese hombre que les ha rescatado es un enemigo. Al poco, su dueño vuelve con una mesa en vilo y algo de bollería industrial y aperitivos en precario equilibrio sobre ella.

—Así estaremos más cómodos hasta que decidamos lo que hacer. —*Decidamos. Suena sarcástico y todo*.

De momento, acceden a sentarse como un grupo de amigos ociosos en la terraza de un bar.

—Hablad de cosas agradables. No es necesario que estemos pensando todo el rato en cómo la locura se ha adueñado de la ciudad ni en por qué tengo esta cara de muerto —dice dirigiéndose al vehículo militar siniestrado. Otro vehículo estacionado tapa el cadáver de la cultora que intentó estrellarlo con él dentro.

Cómo me pude olvidar del equipo de comunicación, piensa meneando la cabeza. *Dar y dar vueltas por la ciudad sin rumbo fijo... Eso es lo que has estado haciendo, y no les quieres dejar a ellos que hagan lo mismo. De*

pronto te has vuelto tan sumamente paternalista que estás dispuesto a retenerlos a punta de pistola si hace falta. Para que te sirvan de cebo.

—No os va a pasar nada —murmura. Nadie le oye.

Alguien abre una bolsa de aperitivo que resuena en toda la explanada.

—¿Pues sabéis lo que suelo hacer también con los periódicos? —dice el anciano con un tono que pretende ser jovial, pero que a más de uno le provoca un nudo en la garganta—. Muchos empiezan por las páginas de atrás..., por la programación de la tele, pero yo empiezo por la lotería. Tampoco tiene nada de raro, claro, pero es que luego me voy derecho a las esquelas.

—¿A las esquelas? —pregunta el niño para sí, con la mirada perdida en la bolsa de aperitivo estruendosa.

El joven de las gafas mira al niño con horror. Reprime el impulso de gritarle «¡Sí, las esquelas!, ¿no sabes lo que son las esquelas? ¡Los avisos de los fallecimientos! ¿Lo sabes ya? ¿Eh? ¡Eh!...».

—Sí, hijo. Es que primero miro la lotería. Si no me ha tocado me voy a las esquelas, y como tampoco me ha tocado, estamos empates.

Desde la puerta del vehículo militar escucha las risas apagadas de sus protegidos. Las escucha con culpabilidad, un sentimiento que ha vuelto a su cuerpo al igual que los dolores que recorren sus huesos y las heridas ocultas tras la sufrida ropa. Se sienta, examina su rostro en el retrovisor con la poca claridad que queda. Se pregunta si con la vuelta del dolor regresará también su aspecto normal.

Todo lo contrario.

Fuerza una exhalación y una nube de vapor se dispersa en su reflejo. Parece un dragón moribundo incapaz de escupir llamas.

—Soy un engendro incompleto —se dice, mostrando al espejo sus encías llenas de hemorragias, sus dientes cubiertos por una finísima capa amarillenta, su lengua removiéndose inquieta en la sequedad que la rodea.

No, no parece que su aspecto esté mejorando, por mucho que se limpie la cara con un pañuelo. Sus ojeras son prominentes, con bolsas amarillentas que remarcan unos ojos demasiado rojos ya como para saber siquiera de qué color son. La piel de su rostro, entre blanca y amarillenta, se está replegando, estirándose cada vez más hacia los lados; muestra unas orejas puntiagudas que sobresalen por entre un cabello lacio y apelmazado. Los pómulos destacan como queriendo terminar de rasgar la piel para mostrar al fin la calavera escondida, y las llagas que surcan los recovecos más carnosos que aún le quedan parecen aguardar a que así sea, aunque de momento están disimuladas por los cortes y las manchas de sangre reseca que no han saltado con el pañuelo.

Una risa tonta y demencial quiere apoderarse de él, pero le duelen

demasiado las costillas como para abandonarse a ella. Las costillas podrían abrírsele en cualquier momento, dejar salir la vibración que reverbera en su pecho. Tal vez eso es lo que necesita su cuerpo, terminar de consumir la piel para mostrar de lo que está hecho. ¿Para qué tanta parafernalia física si todo esto no es más que la espera de esa nueva existencia que otros han decidido? Tantas religiones... Al fin una ha logrado que la realidad se amolde a sus dogmas.

—¿PERO CÓMO COÑO LO HAS LOGRADO, HIJO DE PUTA? —grita, regocijándose en la rabia que le estremece todo el cuerpo, que le muestra unos rasgos todavía humanos, aún capaces de expresar emociones que siempre le han pertenecido.

Arranca el retrovisor de cuajo. Piensa de forma fugaz si se habrá roto él también algún cartílago. Abre y cierra la mano, gira la muñeca y se frota el mentón. Mira atrás por si su grito ha inquietado a sus acompañantes, y a continuación vuelve la mirada a la radio montada en el salpicadero. Está intacta, solo algo torcida. Engaña su color marrón desvaído, pero sus diales e interruptores se ven bien, y el piloto encendido resulta casi fulgurante en la noche. Si sigue mirando con tanta atención ese cacharro lleno de protuberancias incluso se le antojará que el micro que cuelga de su cable se balancea como la cola de un perrito contento.

Demencial.

—... ¿que por qué ha pasado esto? —se escucha decir al joven de las gafas en respuesta a alguien—. Por la conspiración de la fregona.

—¿Qué?

—La conspiración de la fregona. ¿Nunca os habéis dado cuenta de que últimamente los manojos de las fregonas Vileda no encajan bien con los mangos antiguos?

El anciano ríe entre toses.

—Pues lo normal es que eso fuese porque la empresa quiere obligarnos a comprar los nuevos mangos también, ¿no? ¿Pero qué pasa si no existen esos mangos? ¿A qué empresa importante se le ocurre no ofrecer recambios válidos para sus productos? ¿Y qué pasa si no hay en el mercado otro producto competidor de fuerza ni cualquier otro que ofrezca compatibilidad con los manojos de las fregonas? ¿Cuál es el sentido de todo eso entonces?

Él no escucha los resoplidos, pero ellos sí tienen que haber oído su grito anterior. La estúpida ocurrencia de la fregona no es más que otro intento de traer normalidad a donde no puede haberla. Con todo, ha logrado en él un leve tirón en la mejilla derecha, una sonrisa genuina.

—... Pues aquí ha pasado lo mismo, que alguien estaba preparando una buena, y ya ni recuerda lo que quería hacer. Todo lo que ha pasado, natural o no, no tiene sentido. Quizá Vileda mantiene sus manojos por mezquindad, o porque todavía no está preparada para

fabricar nuevos mangos... En cualquier caso al consumidor todo le parece una conspiración: están vendiendo unos manojos inútiles adrede.

—¿Y quién conspira? —pregunta el anciano, ya sin demasiado interés.

—Y yo qué sé, terroristas, una promotora inmobiliaria... O el Ejército —apostilla, señalando al vehículo militar y a su único pasajero con bufanda.

Prefieren no seguir hablando. Cada vez hay menos luz, y en la explanada se están formando ráfagas de aire muy molestas.

No tardarán en querer marcharse, piensa él, cogiendo el micrófono de la radio.

—¿Hutter? —susurra—. Llamando desde el Ejército de Tierra en su especialidad de Caballería, de compromiso corto, claro. Llamando al almirante de acción marítima Hutter, código rojo, águila azul, vestido rosa, aquí un hijo de su madre muy cabreado, ¿me recibes? Eres un cucharilla que no sabe mantener a raya a sus subordinados. Pero ¿desde cuándo eres tú militar, hijo de puta, asesino, loco de mierda? Cuando me veas te acordarás de mí; descuida, yo te lo recordaré. Por cierto, tengo tu libro, no vas a ganar el Planeta con él, pero no te ha quedado mal del todo...

Gira uno de los mandos de la radio, tamborilea con los dedos de la otra mano alrededor de la antena.

—Muy bien, radio de la serie... AN/PRC-77, demuéstrame eso de la «voz segura». ¿Hutter? ¿Huuutteeer...?

Luces. Sentidos aferrándose a ellas contra la disolución y la confusión de formas de la oscuridad y la locura. A Cathy le recuerda a cuando, meses atrás, Hutter la rescató y la guió como un faro en la noche en la que venía hundiéndose desde la adolescencia.

Cathy, aunque ya no es capaz de recordar su número, sí lo siente de la misma manera que ve y huele. Está ahí, como un valor bien arraigado, como una emoción anclada desde la niñez, como un sentido de identidad visceral que la une a su grupo, a Hutter. A Cathy ha dejado de importarle el sarro en sus dientes. Se pasa ahora la lengua sobre los incisivos inferiores sin darse cuenta de que tiene mucho más que antes. Se le ha formado una placa tan pronunciada que incluso le lastima la punta de la lengua, pero a ella le resultan lisos, y encuentra placer en hacerlo una y otra vez, ya no para intentar que se desprenda la placa, ni siquiera por manía. Es solo que su lengua necesita moverse mientras piensa, así resulta más fácil no perderse.

Cathy ve en los faros encendidos de esa furgoneta a Hutter, como un número a medio sumar, tal vez a medio restar; es lo mismo. Ella

sabía mucho de números antes. Ahora todo eso no importa, solo son fotos viejas, palabras que se han convertido en una lengua extranjera poco practicada. La frente le zumba por dentro, una débil corriente, un flujo estremecedor bajo la piel mezclado en el riego sanguíneo, una caricia interior llena de ideas difíciles de expresar, pero muy básicas, como las construcciones de la Lengua.

—¡URRR NAVRACUMATURMM TURMENNT! ¡UR NAVRACUMATUMM!

Está tan excitada que casi se le caen los prismáticos azotea abajo. Una cabeza encapuchada se asoma desde el vehículo azul marino de la Policía Naval. Cuatro pisos y algunos balcones separan ambas capuchas. Rostros que no se distinguen, pero que se conocen bien, y serían capaces de adivinar la expresión del otro, suponiendo, claro está, que variaran sus habituales rictus.

Cathy asiente satisfecha, echando una última mirada con los prismáticos. Solo distingue a un par de personas sentadas en unas sillas, pero sabe que hay más gente. Sonríe por dentro, si es que es posible aplicar con propiedad ese verbo a alguien así, alguien que ha aprendido a sustituir sus recuerdos pasados por unos pocos más recientes. Y en estos la sensación de euforia y vigor que da la anticipación de la sangre derramada es indescriptible. Tantas frustraciones acumuladas por el deseo de rebelarse contra el diseño de la naturaleza y su racionalización humana, tanta rabia satisfecha al fin bajo la seguridad, bajo el nuevo esquema de conocimientos, bajo el nuevo guía.

¡Cree en mí! ¡Sigue la luz o cae a pedazos, cae a pedazos! ¡Urr navracumatumm!

Gira sobre sus pies con su túnica arrastrando por la azotea. Cathy no es demasiado alta ni atlética, pero sí poderosa. Ahora todos tienen poder y una arrolladora fuerza de voluntad. Más abajo de este edificio, tiendas, oficinas, más viviendas... deshabitadas. Se imagina un visillo corriéndose con disimulo, una persiana a medio abrir, un albañil descarado en el andamio de al lado; le dispararía entre las piernas, procuraría mejorar su dominio de estas armas de militar y reventarle los testículos para luego golpearle en la cabeza una y otra vez con la culata del arma. Suelen ser incapaces de cubrirse de los golpes cuando están ocupados sosteniéndose los restos sanguinolentos de su altivez masculina. *¿Me miras ahora con pena, eh? ¿Te ríes de mí porque me han comido la cabeza? ¿Ya no tienes ganas de follarme, papá?*

Sus argumentos son fuertes ahora. No hay leyes contra asociaciones ilícitas, no hay miradas de suspicacia o de desprecio. *¡Ou manurr onmaraná! ¡Únete o muere, mira cómo te reviento los huevos!*

Cathy sale de la azotea y baja los peldaños, traga el aire que ella misma exhala, sacude la lengua, extasiada por el recuerdo del olor, el

sabor de la sangre. Es cierto que ahora su rostro torcido, salpicado de manchitas, de erupciones purulentas, expresa algo, algo muy vivo que se regodea con la muerte.

... Color negro o endrino seguimos en el mismo año las coordenadas son 37N36 0W59 el carácter desastre rabioso y su nombre podría ser C o contener muchas S y hay armas el Ejército... me salen el Ejército y la embarazada según qué tabla use... Un hombre, es un hombre y él...

—¿Hutter? ¡No me lo puedo creer! ¿Estás usando la radio de la Policía Naval? ¿A ti también te gusta lo de ir de soldado con capucha?

—Quién eres quién eres quién eres... ¡tu nombre! ¡Rápido!

—No, tío, no, primero vamos a encontrarnos tú y yo, quiero contarte algo sobre tu secta y la gente que has arrastrado con ella, ¿te parece bien, psicópata de mierda? ¿Te atreves a encontrarte con uno que huele igual que tú?

—¿Eres un militarrr? ¿Dónde estás? Me gustaría estrecharte la mano...

Risas.

—Eso ha sido gracioso, Hutter... Espera, te voy a dar otro incentivo más para buscarme: tengo tu libro de tapas negras y tinta roja, tu diario de gilipolleces. ¿Sabes lo que pasa?, que no hay quien lo entienda, así que prefiero que me cuentes tú con quién te has aliado para organizar la que has...

—¡Tu nombre!

—¡No me cortes, desgraciado!

—¿Dónde estás? ¿Estos coches tienen algo para localizar la señal de radio? ¿Dónde estáss..., y por qué me hablas en esta rradio? ¿A cuánta distancia puede recibir este...? Urrrr...

—... nquilo, no te comas la lengua. Primero dime dónde estás tú.

Hutter esboza una sonrisa mientras observa los rostros cubiertos por capuchas de los cultores que le esperan fuera, apoyados en el capó del vehículo de patrulla. Luego se fija en su zapato lleno de tierra asomado bajo la túnica. Había olvidado que llevaba zapatos y le parece un detalle curioso, mundano, tan mundano como la necesidad de defecar o de abrazar a ese desconocido.

—En autobús, muy cerca de... la Alameda. ¿Por qué no me dices tu nombre?

—Tranquilo, caperucito; te espero en el hotel Manolo, ¿sabes dónde...?

—... Verás un autobús llegar, y hablaremos y te estrecharé la mano...

(Al cuello).

—Claro, oye, te dejo, tengo aquí gente... Bueno, sé que te gusta la

gente, eres muy sociable con tus fusiles. Pero ni se te ocurra empezar a matarlos. Yo estaré entre ellos, y seguro que te interesará que hablemos. Por cierto, yo también soy muy sociable, creo que me he cargado a alguno de los tuyos, pero porque empezaron ellos primero, ¿eh? Quién sabe, a lo mejor me hago de tu secta para compensar las bajas, ¿te parece? Seguro que te gusto. Mi familia te gustó.

—¡Dime tu nombrre!

Nadie contesta.

—... ¡Oun nes mor non tonmaraná! ¡OUN NES MOR NON TONNMARANÁ!

(¡Es él es él y la embarazada la embarazada!).

Piensa, no... ¡Piensa!... habla con la Lengua habla...

—En el hotel de la urbanización Mediterráneo, pero iré solo, porque soy vuestro líder y voy en autobús...

El 5 es el número del cambio, ¡él es el 5 y también el 1!

(Imposible... habría sido imposible las coordenadas exactas pero ha llamado ¡ha llamado!).

Piensa...

—Tun sein dai gringrinnn pauderauer oinointi nnai... Alameda, hotel...

¡Es él!

El chasquido de las radios sigue sonando mientras los motores arrancan y las nubes de humo de los tubos de escape se levantan... *Como esa canción infantil «los pajaritos cantan...», sus notas expresan números en la escala pitagórica (... y el principio de la quinta) que me han venido sí me han venido (¡URR NAVARRACUM TURRMENNT!); do puede ser uno según la notación y re...*

(Es fácil es fácil está ahí él te lo ha dicho él es él es él...).

¿Pero quién es él?

—Nada, solo se escuchan tonterías en esa frecuencia.

Ellos, la mayoría demasiado inquietos ya como para continuar sentados, le miran con desconfianza. Los restos de plástico de lo que han consumido se dejan llevar por el viento, debajo de las sillas.

—Lo único que tengo claro es que no podemos salir todavía de la ciudad —sentencia, y se cubre la boca con la bufanda. Su voz suena más ronca ahora. *Cada vez parezco más un cadáver disfrazado de vivo*—. Pero aquí estaremos bien.

—No sé lo que entiendes tú por bien —masculla la joven sin dejar de mirar el suelo, para asegurarse de que no se está desvaneciendo bajo sus pies.

—Venga, vamos a estirar un poco las piernas y a instalarnos bien —tercia el anciano, haciendo un ademán al niño—. Tiene que ir al

aseo.

—Y hay que explorar el hotel —dice el joven de las gafas.

El niño calla. Dobla y desdobla una bolsa de patatas fritas.

—Hmm... De acuerdo. En la cafetería puede haber uno, aunque quizá esté cerrado con llave, y de todas formas tenemos que echarle un vistazo al hotel, así que vamos allí.

El anciano sonríe satisfecho y toma al niño de la mano.

—Pero solo vamos a ir nosotros tres, no quiero que vayáis todos detrás de mí en un sitio tan oscuro. Los demás quedaos por aquí y avisad si oís algo raro.

—Yo voy a ver si encuentro algo en la furgoneta —dice el joven de las gafas, aceptando con resignación lo de quedarse fuera.

La joven se aparta instintivamente cuando el hombre del abrigo largo y bufanda recoge su fusil y su mochila.

—Vamos allá.

Asusta el umbral del hotel. Los faros de la furgoneta no dan aquí demasiado y la oscuridad se acrecienta con ese hombre y su ropa negra delante. No es demasiado vistosa la entrada, si bien parece limpia e intacta. De no ser por la escasez de luz, ese suelo tostado y bien pulido podría conducirles a un mostrador ocupado por un atento recepcionista y su monitor. Si bien ni el anciano ni el niño se engañan; un hotel así podría ser silencioso en cualquier caso, pero los pasos y el crujir del arma de ese hombre provocan un eco que nada tiene de habitual. Es como si su presencia perturbase el descanso de los muertos, y este es un hotel muerto, y amortajado.

Unos puntos de luz de emergencia en las escaleras siluetean apenas el ala izquierda del hotel. Desde la entrada, sin embargo, aún pueden distinguir detalles como la pistola que ha sacado el hombre que les precede.

—Por aquí puede haber algún aseo para el personal... —dice avanzando mientras tantea con la mano libre.

Pronto se da cuenta de que su vista se adapta bastante bien a la penumbra. Menos fácil lo tienen sus dos acompañantes, muy pegados ahora a él, que recelan hasta de los macetones del recibidor. De súbito se detiene y les mira de reojo.

—Mejor rebuscamos aquí, a ver... —dice subiéndose al mostrador —. Sí, mirad, de la primera planta. Una habitación, y de paso averiguamos si está todo bien.

El niño insiste con el ruido de su bolsa de patatas.

—Ya llegamos, no te preocupes, hasta nos daremos una ducha caliente —le dice el anciano.

—Suponiendo que el calentador no sea eléctrico... —interviene el otro antes de conducirles hacia las escaleras.

Suben con cautela y sus pasos silencian cualquier otro comentario.

Puedo ser más aguafiestas todavía, se recrimina, avivando la subida. El hotel está demasiado tranquilo como para ir tan despacio. Más bien deberían preocuparse de...

—Aquí es —dice girando la llave.

El suave olor a ambientador y una temperatura ligeramente más cálida les da la bienvenida a una espaciosa estancia de la que apenas pueden distinguir la forma de la cama y de la mesita con televisor y minibar.

Él es el primero en ensuciar la moqueta con sus botas de militar para probar los interruptores de la luz, sin resultado.

—Pasad por aquí, esto está vacío.

Les indica la puerta del aseo, la abre él mismo. Un nuevo aroma, esta vez a jabón.

—¿No fumas? —le pregunta al anciano—, un mechero nos vendría bien.

—No —responde este, entornándole la puerta al niño—. No te preocupes, hijo, estamos aquí mismo, en la entrada.

Aunque el hombre de la bufanda no se queda en el pasillo con el anciano, sino que entra directo hacia la ventana.

—¡Joder!

Descorre las gruesas cortinas y abre la ventana de golpe. Es lo que se había figurado, un grito de aviso. Afuera, los dos jóvenes miran en todas direcciones y se mueven con inquietud alrededor de la furgoneta.

—Quedaos aquí. Si tenéis miedo, cerrad la puerta y acercaos a la ventana, que hay más luz.

Y bebed algo del minibar, si veis que tal, piensa, la ironía como bálsamo para la culpa, aunque está más centrado en agarrarse a la carrera al marco de la puerta, embriagado de nuevo por una vitalidad antinatural. Se lanza sobre los escalones como si pudiera volar. No hay tiempo para que le importe nada, ni para desentrañar qué oxidadas emociones le asaltan. Brinca y se estrella en el rellano con el desparpajo alegre de un niño, pero con el rostro contrahecho de un viejo prematuro aquejado de toda clase de dolencias.

En el rellano ya no necesita de gritos de advertencia. Las puertas quedaron mal cerradas, y su monumental abertura le trae, aparte del frío de la noche que se le cuela por la pechera, rumor de motores.

—¿Qué haces? —le pregunta al joven de las gafas con voz atronadora.

Este le mira desde la parte de atrás de la furgoneta, se queda estático como si le hubieran pillado robando.

—He... encontrado una linterna...

—Bien, vale —dice a la carrera mientras guarda la pistola.

—¿Qué o quién será eso que se oye? —dice la joven, acercándose a

la carretera.

Si vosotros supierais.

—Nada… No sé, a lo mejor ni se acercan, pero vosotros seguid ahí mismo, yo me esconderé en… Ahí…

Le ven meterse en el hundido portal de un edificio antiguo, al otro lado de la carretera.

—… Tranquilos, que vigilo —asomando unos centímetros el fusil.

El joven lo mira, confuso, jugueteando con el pestillo de la puerta abierta. En la otra mano lleva la linterna encendida.

Desde su escondrijo, que huele a orina, tiene una buena panorámica de la calle si se asoma. El joven está en una postura un tanto absurda tras la furgoneta, como si buscara algo que está bien. *Debería reprenderle y mandarlos a todos al hotel, sí, eso es lo que haría una buena persona.*

Ahora reconoce con claridad el sonido. El murmullo lejano que remueve el aire se ha convertido en un rugido, de algo grande. Como prometió, Hutter viene en autobús. Hay, sin embargo, algo que no había previsto. Está convencido de haber escuchado más motores, no cree que fuera el eco del autobús. Pero ahora solo se escucha el ronroneo de un vehículo grande que surca las corrientes de aire frío entre edificios.

Vuelve a esconderse tras el muro, pisa algo blando y húmedo, asqueroso. No puede salir todavía, no puede arriesgarse.

—¡Es un autobús…! —dice el joven de las gafas sin moverse un centímetro.

Tiene que asomarse, tiene que apuntar bien…, así, con cautela, que se vea lo mínimo posible el cuello del abrigo, la bufanda, el cabello…

Ese autobús con las luces apagadas se antoja muy voluminoso, casi un tanque, y va demasiado despacio. Reconociendo el terreno, claro. *Algo no está bien, no, no, no…* Lo tiene a tiro, pero si va dentro, ¿para qué va a acribillar a Hutter? Primero tiene que hablar con él, primero…

—No me gusta, vámonos de aquí —dice la joven, abriendo la puerta del copiloto. La oscura entrada del hotel parece tan lejana.

Él puede asomarse un poco más. Los faros de la furgoneta y esos dos jóvenes llaman demasiado la atención como para que reparen en él. Sí, ¡espera! El autobús se detiene a ¿cuánto?, ¿cincuenta, treinta metros? *Esto no está bien.* La ciudad queda de nuevo en suspenso. Los insectos, los animales y algunas personas permanecen escondidas en sus recovecos, las banderas ondean despacio y en silencio al paso de un aire cada vez más frío que hiela la sangre de los que aún siguen vivos.

—¿Qué hacemos? —dice el joven en un murmullo. Como no obtiene respuesta, acaba con la incómoda quietud hurgando

compulsivamente el pestillo de la puerta con el pulgar.

Un chasquido, otro, y otro. Ese joven no para con el pestillo, no le deja escuchar... Tampoco ayuda el zumbido cada vez más acelerado en su pecho. Sigue oliendo a orina, más intenso, ¿se estará orinando él mismo? A lo mejor los semimuertos no retienen bien esfínteres. No importa, está seguro de que ha oído algo, pero no es en el autobús, no es por allí, no...

—No... —dice con la voz atragantada.

Las luces de larga distancia del autobús se encienden, el motor se revoluciona atronadoramente, los corazones se disparan.

—¡NO! ¡SALID DE AHÍ! ¡IROS DE AHÍ, RÁPIDO! —A la mierda el escondrijo y el sigilo. Ya ha ejecutado su plan y los cultores han sido más listos que él, sí, ya escucha con claridad: costuras que se rozan al viento, correas y piezas metálicas que crujen, calzados que chirrían, arrastran y pisotean el oscuro pavimento; más asesinos a pie.

La joven es la primera en reaccionar. ¡Qué lejos está el hotel! Se sube al vehículo esperando que alguien vestido de negro lo conduzca. Su compañero, por su parte, intenta cerrar la puerta preso del pánico. Ha atascado el pestillo con el pulgar y ahora no puede cerrarla. Insiste a golpes, no atina a soltar desde un lateral la pieza que ha atascado, es fácil, un simple movimiento de dedo, pero no lo ve, le ciega la luz brillante que cae sobre la furgoneta. La cosa grande que se acerca no es un autobús, sino una nave nodriza, los extraterrestres, que por fin han venido a terminar su trabajo, a terminar de abducirles.

—La puerta..., no pu... edo cerrar la p...

—¡Métete, por Dios, yo no sé conducir, deja eso DEJA ESO!

—¡IROS, JODER, IROS! —El hombre del fusil va por la carretera con el arma a la cintura sin saber bien hacia dónde apuntar—. ¡HUTTER, ESTOY AQUÍ, DA LA CARA, VEN A POR MÍ!

No da tiempo a adivinar la procedencia de las balas, ni siquiera da tiempo a comprender que son balas hasta que estas ya han hecho su trabajo. La calle se llena de cristales que revientan en pedazos, puertas que escupen astillas y polvo, letreros que se desprenden con una cadencia macabra; y pequeñas pero compactas motas de sangre empañan los haces de luz de los vehículos cuando se crea el primero de los cadáveres. El joven pierde sus gafas antes incluso de caer sobre el asfalto como un pellejo de vino. Su cuerpo vomita por más de un orificio sangre que forma un charco y amortigua una caída que ya no necesita ser amortiguada. En cuestión de un instante queda tendido frente a la portezuela delantera de la furgoneta. Dentro, una

desquiciada joven todavía reclama un conductor. Ella pide auxilio, llora sin lágrimas (no le va a dar tiempo a llorar), y es incapaz de moverse, creyéndose segura en un vehículo cuya endeble chapa no para de replegarse y abrirse entre chispas y olor a plástico quemado.

—¡Agacha la cabeza, hijo, no mires, no mires, por Dios, no mires!

El anciano trata también de no asomarse demasiado por la ventana, no sabe qué hacer, no sabe si podría seguir empujando la cabeza del chiquillo hacia el suelo, no sabe si sería capaz de salir ahí fuera para morir intentando ayudar.

Ni siquiera sabe si está vivo, si alguna bala extraviada le ha perforado ya y lo que protege la cabeza del niño es su voluntad después de muerto, que anima su propio cadáver durante unos segundos.

—¡Es él! ¡Conduce, conduce, acércame! ¡Los números!, ¡los números decían que iba de negro y el Ejército, lleva las armas del Ejército! ¡URR NAVRACUMATUMM! ¡URR NAVRACUMATRUM TURRRMEEENN!

El autobús se echa sobre la furgoneta. Destroza el radiador de esta con un ruido seco, silenciado en parte por el caos de disparos, balas extraviadas que agujerean incluso el autobús, cuyo conductor estalla en carcajadas desquiciadas mientras Hutter sigue dando órdenes no menos desquiciadas.

Alguien le ha abierto un agujero en el abrigo. Lo ha notado como un tirón en la ropa. Ese joven ha perdido las gafas y de pronto ha caído al suelo. Les había advertido *(tarde)* que se fueran, que ya habían hecho bien de señuelo, que no quería que les matasen, ni siquiera que presenciaran el tiroteo *(tarde, muy tarde y mal)*.

Le ha costado localizar a los encapuchados apostados en los árboles y en las estructuras del parque al otro lado de la calle, en sentido contrario al autobús. En qué emboscada tan pueril ha caído...

Responde al fuego de los cultores casi por colaborar en el mal acompasado y grotesco ritmo de estampidos fugaces. La escena se torna lenta a sus ojos, sus escasos colores se funden en el pardo nocturno entre destellos ocasionales y unas luces que quedan a su espalda. Se tira al bordillo junto al edificio del que ha salido, dispara una ráfaga frente a sí sin apuntar, y pronto se da cuenta de que no se ha tirado al bordillo, sino que una de sus piernas ha flaqueado al recibir uno de los disparos. Ahora se encuentra medio apoyado en una

farola con el fusil golpeándole el bajo vientre por el retroceso. El libro en la mochila, el maldito libro, se le clava en la columna. El aire huele a metal, huele a sangre, la suya propia que humedece la noche como agua de rocío. Es tan incómodo y tan fútil. Varios cultores avanzan en las sombras y le apuntan con cautela. Deja caer el fusil y les observa con atención, estudia los movimientos de aquellos que tanto temor y odio le producen. Le rodean, intuye que no van a seguir disparándole. Lo que no sabe es por qué.

La joven está recostada plácidamente en el asiento de la furgoneta. Tanto tiempo dando vueltas por la ciudad, es normal que al caer la noche le haya entrado sueño. Además, todo se ha vuelto aburrido desde que no hay otros jóvenes en los locales del puerto deportivo. Lleva la chaqueta del chándal algo arrugada, como si se hubiera hundido en el asiento conforme el sueño la iba venciendo. Y se ha quedado en esa postura, con la cabeza ladeada mirando su portezuela abierta, por si venía alguien del hotel a contarle cosas divertidas, conspiraciones de fregonas. Pero al final ha cerrado los ojos y se ha quedado así, con la misma expresión indiferente. Le dan igual esas tontas historias de conspiraciones (¿acaso no has pensado que quizá en otros supermercados sí vendan los putos mangos de fregona?), se ha dejado llevar y tal vez se despierte luego y se suba la manga con ímpetu para mirar el reloj, sin acordarse de que mañana no tendrá que ir a trabajar, porque ya no hay gente trabajando en la ciudad ni...

Al pasar junto a la furgoneta instigado por los fusiles de los cultores, contempla el cadáver de la joven, busca inútilmente indicios que confirmen esa fantasía en la que tanto ella como su compañero siguen vivos. En lugar de eso debería estar meditando sus posibilidades de lucha, dado lo próximos que están los cultores y la escasa maniobrabilidad de que disponen con la furgoneta a un lado y esas armas largas torpemente sostenidas. Podría sorprenderles sacando la pistola, pero no lo hace, como tampoco presta atención al dolor en su pierna, y eso que el regreso del dolor es una gran noticia, no importa que sea buena o mala. De momento, solo puede pensar en que la joven no parece muerta, que se ha quedado quieta y ha cerrado los ojos con aspecto de no haberse enterado de nada de lo sucedido. Pero entonces el autobús reduce la intensidad de las luces, se mueve, gira, modifica la textura de las sombras y delata desperfectos en la cremallera del chándal, manchas húmedas en la carne, profundas manchas en la vida.

Y ese de ahí sonríe. No se cubre la cabeza con la capucha, no le vigila con intención de matarle como los demás cultores. Aproxima a la luz su rostro enrojecido y arrugado, abre los ojos hasta dejarlos casi

desorbitados, y ríe.

Él espera del cultor unas carcajadas profundas, las del villano de esta pésima producción de terror serie B... Por contra, una risilla cascada, fluctuante, una boca bien abierta con un paladar muy húmedo a punto de escupir palabras o *incoherrrencias*.

—¿Hutter? —le pregunta, antes de que termine de juntar esos labios agrietados e hinchados.

El cultor sofoca una risita pasándose el dorso de la mano por la boca. Y asiente.

Aquí está, piensa, *y nada de esto le importa. Para él todo ha sido necesario para lograr... lo que sea que quisiera lograr. No mira a la joven muerta, porque no es necesario, y yo..., ¿yo qué soy? ¿Otro como él? ¿Por eso no me mata? Puede. Al fin y al cabo, también lo he hecho, he elegido mis objetivos y no me ha importado utilizar a esos pobres desgraciados para conseguirlos, y ahora...*

—¿Cómo has hecho esto, loco de mierda? ¿Cómo lo has conseguido?

El cultor se ve tan emocionado y divertido que no profiere palabra alguna. Se mueve a un lado y otro de la franja de luz.

—¡Hutter! ¿Sabes quién soy?

Este deja de mirarle la mochila y la ropa, y le encara de nuevo. Desprende vaho pestilente con sus risillas, sus jadeos. Le agarraría del cuello por no contestar, haría explotar una granada y se inmolaría aquí mismo con todos los cultores para acabar de una vez. Tanto esconder la cabeza por si los dementes de la ciudad le hacían daño, tanto vagar por ella como un ángel vengador, tanto maquinar su encuentro con el cabecilla de la secta para que ahora ni siquiera le responda.

—Hijo de puta... ¿Sabes quién era mi madre? ¿Y mi hermana, recuerdas a mi hermana María? Tú sacrificaste a mi madre como a un cochinillo junto a otras personas mayores. Tú le comiste la cabeza a mi familia y me la mataste, y luego... no sé lo que hiciste, pero me convertiste en esto. ¿Vas a hablarme, o la radiación o lo que sea que hayas desatado te ha dejado mudo y subnormal?

Mudo y subnormal... Tiene gracia y todo. Al final este zumbido en el pecho será risa tonta y acabaré retorciéndome en el suelo, pero no de dolor, no, yo ya no le hago caso al dolor, porque ni mi cuerpo ni mi conciencia necesitan avisarme de nada.

De los ojos de Hutter discurren sendos canalillos de lágrimas. Traga aire sin seguir riendo, sin decir nada aún.

—¿Qué? ¿QUÉ, LOCO PSICÓPATA, QUÉ? ¿SABES QUIÉN SOY, ME RECONOCES? Tú me has visto una vez, ¡me has visto!, y yo a ti, pero..., pero estabas más agraciado antes —ríe ya sin poder ni querer evitar la emoción o las sacudidas reflejas en su pecho—, antes tenías...

más… pelo, y… ¡no estabas tan moreno!

Ambos ríen. Qué terrible preludio a la muerte. ¿Será diferente, pasará a otro nivel de existencia semimuerta? Podría reventarle la cabeza a ese loco en un último y brutal gesto antes de caer acribillado. Sería de lo más gratificante, un final espléndido, y mejor dejar las preguntas para otro momento. Para qué, si todo lo que le vaya a decir va a sonar a R de retorcido, raro o *incomprrrensible.*

—Bienvenido —dice entre sollozos Hutter.

Él no lo puede creer. Siente el aliento acre del cultor echándose sobre él. Le está rodeando *(¡abrazando!)* con su sucia túnica, y la funde en apretones impúdicos contra su no menos mugrienta indumentaria negra. *Me está abrazando… Desde lejos y con esta luz… hasta podríamos parecer un fraile y un cura dando rienda suelta a impulsos pecaminosos…*

Qué contagio tan extraño, ya no siente deseos de matarle… todavía. La curiosidad, sí, tal vez sea la curiosidad, o un mero acto reflejo, disparar cuando te disparan, responder con afecto cuando te abrazan.

—¿Tienes mi libro de anotaciones? ¿Tienes mi libro? Tu herrmana está viva.

Hutter deshace el abrazo, y él se queda inmóvil con la bufanda cayéndole con suavidad tras despegarse de la áspera túnica del cultor. Una de las bolsas de aperitivo vacías rueda solitaria desde la explanada hasta la carretera.

—¿Tienes mi libro? —insiste.

No necesitan empujarle ni amenazarle para que se suba al autobús con Hutter.

CONSOLIDACIÓN

1

ANUARIO DE 1982
Beirut, jueves 10 de junio
El poeta libanés Jalil Hawi, profesor de filosofía en las universidades americana y libanesa de esta capital, y una de las figuras más destacadas de la literatura árabe actual, se suicida a los cincuenta y tres años de edad, “empujado por la gravísima situación en que se encuentran sus compatriotas” a raíz de la invasión israelí.

María llevaba ya seis meses en el *curso sobre la verdad de las cosas* de la Logia Delta, que poco a poco había perdido la capacidad de sorprenderla y mantenerla en vilo. En su ánimo se había instaurado una fastidiosa sensación de rutina. La excitación del principio, al conocer gente nueva y descubrir nuevos universos en común, ya prácticamente no existía, y el discurso de Hutter no terminaba de conducir a ninguna parte. Por otra parte, se sentía cómoda sabiendo qué debía o no hacer en cada momento. Por ejemplo, era noviembre, y la universidad ya no era una de sus prioridades. Se había matriculado de tres asignaturas, y tan solo por disponer de una base de conocimientos. Su verdadera vocación, creía, se hallaba en las oportunidades que se le iban abriendo y…

Había algo que no funcionaba. ¿Qué oportunidades eran esas?, y ¿eran para ella, o para Hutter? ¿Y qué pasaba con su tan propugnada libertad? Saber qué hacer en cada momento, disponer de un recetario de acciones que se recomendaban o no según la voluntad del grupo… ¿Y en qué consistía en realidad esa *voluntad de grupo*? No era nada, o lo era todo, no sabía bien. Debía seguir allí, con su gente, seguir aprendiendo, apoyando a Hutter en sus estudios, y así evitaba la incertidumbre, la desaprobación de su madre, la hostilidad de personas como sus antiguas compañeras de piso, la confusión vocacional… Sí, evitaba muchas cosas, pero ¿qué elegía ella? ¿En qué se veía reflejada, en el fondo, su libertad? ¿Libertad para beber y drogarse en las «sofisticadas» reuniones de prelados? ¿Libertad para permitir que Hutter se acostase con ella? Unas cuantas excursiones programadas y varias confesiones sobre los problemas cotidianos no constituían el contenido de una vida. Pero, ¡ah!, ¿en qué consistía el contenido de la vida? ¿Amor?, ¿dinero?, ¿una carrera?, ¿hedonismo sensual? Hutter sí lo tenía muy claro. Lo demás, acostarse con ella o no, que cediese como el resto a sus excesos, no era importante. Lo importante era el objetivo final, la trascendencia, dotar de sentido

(contenido) a la existencia haciendo algo realmente importante para un hogar, para un barrio, para una ciudad, para un país, para el mundo, para todo el universo. Por eso no la habían acosado a ella también como a Manuel 670, más bien Manuel a secas. Quien ya no formaba parte del curso no merecía ni el esfuerzo de recordar su número. Estaba fuera, y la gente de fuera no necesitaba ser reconocida por la magia de los números.

María a menudo se sentía en la cuerda floja. Como prelada tenía privilegios, el derecho a conocer determinadas estratagemas que se utilizaban en situaciones y para miembros «difíciles». Eso la asqueaba, pero también comprendía la lógica de dichas acciones, y le agradaba sentirse especial y participar de los secretos de su grupo. Así, no se atrevía a poner de manifiesto sus dudas existenciales, que el propio curso enterraba si una seguía sus pasos al pie de la letra, y tampoco las dudas que el propio curso generaba. ¿A quién podía recurrir entonces? Sus compañeros eran sus confidentes, pero, paradójicamente, no podía revelarles sus continuos cuestionamientos. ¿Cómo la tratarían si empezaba a poner en duda todo lo que Hutter les enseñaba? ¿Qué le harían? Se le hacía un nudo en la garganta y en el estómago cuando pensaba en el desprecio, en la hostilidad de la que podría ser objeto, cuando no algo peor. Después se sentía aliviada al recordar los buenos momentos junto a ellos, la simpatía con que era recibida en cada nueva sesión y el alivio que suponía dar pasos por el camino que los demás aprobaban. Únicamente daba salida a su vena rebelde e inconformista para rechazar los excesos sensoriales de Hutter. Que un hombre mayor que ella fuera tan descaradamente tras su cuerpo habría sido un motivo más que inmediato para alejarse. Pero no era solo su cuerpo lo que él deseaba. Era su mente, su presencia, de una manera excesiva e idolatrante. ¿Y qué veía en ella? Se sentía, en el fondo, tan halagada, tan en deuda con él. Había bebido mucho en ocasiones, y había estado a punto de rendirse a sus juegos sexuales, pero lo que más asustaba a María no era tanto su supuesta depravación, sino la impresión de que acostarse con él sería una suerte de matrimonio, una comunión con un ente superior sobre quien todavía tenía sus reservas.

No podía hacer otra cosa que rechazar parte de los valores de Hutter, ser la prelada especial, entre disidente y valiosa, halagada por la perseverancia galante y obscena de Hutter, atemorizada por lo que pudiera suponer dar la espalda a sus *amigos*.

Hutter se había esforzado en que Manuel regresase al redil. Manuel nunca había tenido razones de peso para abandonar el curso, y a todas luces se veía que era un pobre hombre con la perspectiva algo extraviada. Lo veías entrar al curso con su sonrisa inalterable, su mono de trabajo, su barba de tres días; era como si viniera a la

consulta del psicólogo sabiendo que al final no podría pagar porque no tenía dinero. Su vida era su trabajo mal pagado en el taller, sus esperanzas no iban más allá de soñar con que prosperaba, se frotaba la calva como pidiendo disculpas por haber perdido su pelo, como si todo fuera igual que eso: una pérdida de la que él se creía responsable. Te escuchaba, sonreía, le gustaba creer que podía cambiar algo, pero en su fuero interno estaba convencido de que no, sonreía otra vez, y cuando la posibilidad de alterar su vida se veía tan palpable, tan a su mano mientras Hutter le tendía la suya, se asustaba, huía. ¿Qué puedo hacer yo?, pensaría, así que mejor regresar a casa, saludar a su hermana, visitar a su padre enfermo, ver la tele, poco más.

Aunque Hutter y los demás no lo habían entendido así.

Juan 141 y Teresa 710 habían ido a visitarle a su casa siguiendo instrucciones de Hutter. Le habían hecho una visita como amigos, para interesarse por su estado, para saber por qué había faltado tantos días al curso, para ponerle al día de todo lo que habían avanzado sin él... Luego iba Juan 141 y le pedía ir al aseo y, aprovechando, le registraba los armarios, el botiquín, tomaba nota del nombre del médico de cabecera escrito en alguna receta extraviada, dónde compraba la loción de afeitado...; se fijaba en cualquier retrato del pasillo o de las habitaciones, en cualquier objeto personal peculiar, a ser posible que no estuviese demasiado a la vista: un libro sobre la eyaculación precoz, color y forma de la ropa interior, una joya familiar, unos lápices de colores en un estuche... Después, media hora más de charla amistosa culminada con un último ruego: que volviese al curso, a despedirse al menos. Y la consiguiente calurosa acogida: «*¡Qué bien que hayas vuelto!*», «*Sabíamos que volverías*», «*Te hemos estado guardando el sitio*», sin dejarle explicar que solamente había vuelto para despedirse. Trágate la sesión, ven, participa, escucha, sí, escucha. Hutter tiene debajo de su mesa una chuleta con todos tus objetos personales apuntados, aprovecha para dar una muestra de cómo los números básicos pueden servir para predecir, y lo hace: un paciente del doctor de la consulta 4, colores verde y rojo (los lápices de colores de su habitación), afición por el número 1, lo masculino (demasiadas películas de boxeo), aquejado del 5 y del 8, que bien podrían significar (sumados dan 13) una afección gastrointestinal (tomas demasiado Almax)...

Y el ardid resulta tan grotesco que funciona. Muchos se sorprenden cuando Juan 141 comenta que el otro día visitaron a Manuel 670 y descubrieron que tenía toda la saga de Rocky en DVD, y en cuanto a lo demás... Bueno, que sea el mismo Manuel 670 quien confiese que sí, que hay muchas coincidencias, que ha tenido problemas en la cama, que para qué lo va a negar, y ahora que lo recuerda su médico de cabecera, don José, está en la consulta número cuatro de su centro de

salud. Pues bien, Hutter insiste con sus mejores armas en que a alguien del curso con esas aficiones, con esos números a su alrededor, con esos indicios, le va a ocurrir algo importante, es una predicción sencilla, como quien mira el horóscopo, pero todos ellos intuyen que así va a ser…

«¡No puedes faltarnos!», había insistido Hutter cuando todos se despidieron de Manuel, todavía 670, cálidamente, asfixiantemente. Hasta María 258 se había sentido molesta por tanta efusividad.

Pero Manuel sí faltó. A lo mejor Hutter le había creído idiota, con ese mono sucio, con esa sonrisa simplona, con ese vasto acento al hablar y esa cara regordeta y bonachona. O a lo mejor se había pasado de paternalista y lo había asustado. En cualquier caso, sobre lo que vino a continuación, María 258 no pudo más que aceptarlo con un sí colectivo, y hacer y opinar lo que los demás hacían y opinaban.

¿Cuál era la verdad? La verdad podía ser un concepto resbaladizo, pues si bien se podía hacer una descripción esterilizada de hechos observables, el observador ya aportaba de por sí un sesgo. María 258 no era una gran observadora. No sabía de qué iban esas reclamaciones judiciales, qué cuotas debía Manuel ni por qué se había inscrito al curso, firmado unos papeles y dado su dirección. ¿Estaba eso bien? ¿Era esto una secta ávida de dinero capaz de exprimir a gente honrada y confiada? No, decían, solo eran los compromisos que Manuel había adquirido voluntariamente. Había aceptado aportar algo con sus conocimientos de mecánico, eso sí lo había escuchado María 258 durante las sesiones. Mucha gente aportaba así al curso. Era lógico que Manuel, al querer desligarse, no desease seguir trabajando gratis, pero había sido deshonesto, decían. ¿De verdad? Quién sabe, la verdad es…, sí, eso de la relatividad y lo subjetivo. Para María 258 se trataba de un pobre hombre. Para los demás, para Hutter, era deshonesto. Y los familiares de Manuel empezaron a dar la lata por los cuarteles, despotricaban, calumniaban. Una asociación es una cosa muy seria, no se puede tolerar que anden desprestigiándola. Así pues, denuncias, indemnizaciones, Manuel en el punto de mira, Manuel el deudor, el traidor, de miembro querido a elemento peligroso.

Todo lo que arrastró durante meses este asunto no fue agradable. La hermana de Manuel gritando a varios miembros por la calle que supuestamente la habían amenazado por teléfono, el taller destrozado, visitas diplomáticas de Hutter para disculparse en persona con Manuel por «todas las consecuencias indeseables del desencuentro», consecuencias que habían escapado de sus manos, de sus tretas como habilidoso presidente de la asociación.

Al final, María 258 vio conveniente creer a su grupo. La decisión era tanto más fácil cuanto más sola podía quedarse de elegir el bando equivocado. Además, si todos lo veían así… Y no faltaban en el curso

quienes replicasen de cuando en cuando a Hutter, pero incluso esos compañeros creían que Manuel había sido deshonesto, que no había cumplido con sus obligaciones y que había comenzado una campaña para desprestigiar la Logia Delta. Hutter no lideraba una secta vengativa, Hutter se había interesado por un antiguo miembro, nada más, solo había defendido a su grupo.

¿Seguro?

¿Y si no era así? ¿Qué iba a hacer ella? No sería la primera vez que descubría que uno de sus cantantes favoritos era un engreído o un drogadicto, y no por ello le había dejado de gustar su música.

Notas, sonidos, cortes con los que María no bailaría, cantaría ni recordaría momentos felices de su adolescencia. No le inspiraba el jazz, pero este fluía por su cuerpo como la tan necesaria sangre, bombeada hacia su cerebro en pautas precisas pero indescifrables para ella.

Le esperaba otra vida distinta a la que había llevado hasta ahora, ahí, más allá del felpudo cuadriculado de Hutter, tras esa puerta astillada y repintada. Decoración austera repleta de símbolos impares, fuera zapatos, puedes fumar si lo deseas, y esnifar, buscarte un rincón cómodo y pasarme el libro de esa pila a tu derecha. Tres cuadros abstractos, y se te permite, si te consideras una artista, pintar el tuyo propio y enmarcarlo aquí, pero has de hacer dos, siempre ha de haber números impares, así que cinco cuadros, no es superstición, ¿cómo puede ser superstición si para demostrártelo puedo romper un espejo sobre la mesa y quedarme tan ancho? Y el jazz, siempre el jazz, impulso y ritmo para los músculos, así, ya estás dentro, conmigo, y no saldrás hasta que no acaben todos los temas.

María probaba la droga, no importaba cuál. Una concesión, solo una, por esta vez, y quizá ni siquiera tomase la dosis suficiente para colocarse. El ambiente de la sala ya estaba lo suficientemente cargado, ventílalo si quieres, pero sube arriba a airearte, abajo no, abajo cortinas echadas, persianas abajo, ventanas cerradas, nadie de fuera ha de saber nada, ¿para qué?, ¿acaso comprenderían lo que significa la palabra *thelema*?

Una mano tocó su hombro, húmeda incluso a través del suéter. Aquí una se siente desnuda, incluso cuando Hutter aún no te ha quitado la ropa, aún no te ha llevado a su dormitorio ni se ha deshecho de los demás, en especial de Cathy, de esa vigilante de mirada oscura y fiera. ¿Dónde fue su timidez? Tal vez la perdió cuando entró en el polvoriento lecho de Hutter. Era como entrar en el refugio de un vampiro, la puntiaguda barra de metal de la cortina, la chimenea grande y antigua, la austeridad de las mesillas, rústicas,

desprovistas de adorno o útil alguno, como en un castillo de película. Hutter apartó su colcha con una mano abierta y celebrante, ven, termina de desnudarte para mí, termina de ofrecerte...

Si se esforzaba en olvidarlo, incluso se convencía a sí misma de que había sido un sueño o una alucinación. No era un recuerdo traumático ni una vergüenza. Tampoco debía esconderlo ante nadie, ni propalarlo. Solo debía ser honesta, eso le exigían los ojos de Cathy, eso exigía su vínculo con Hutter, el vampirismo emocional del siglo XXI. Se lo exigía un ente global y monstruoso llamado grupo, curso, asociación. Un contrato, una cláusula oculta, un pacto con el mismísimo diablo.

Un diablo que le explicaba su naturaleza entre humo de tabaco e imágenes a cámara lenta. Aperitivos que se multiplicaban sobre la mesa y manchas que engendraban otras manchas. Las teclas de los portátiles producían ese repiqueteo como de lluvia de información, los folios crujían alrededor de miradas sofisticadas y copas de whisky. Ensimismados, encendían la tele, bajaban la voz, espiaban la calle a través de una rendija de la persiana, o subían a la terraza para vomitar y tomar el aire; una terraza bonita, con macetas que se cuidaban solas y figuras de cerámica amontonadas, excluidas por la funcionalidad cada vez más obsesiva del hogar de Hutter.

Sí, María escuchaba aletargada, pero no por las drogas o por el cansancio de tantas horas dedicadas a ser prelada, sino por la cadencia de la voz de Hutter, el contenido exhalado de su boca con sabor a alcohol. Respondía a su hechizo, aguardando el momento de volver a acostarse con él, porque ya no podría negarse. Después de todo, había contraído compromisos.

(¡Escucha, oh, esposa, el hechizo que ha hecho de mi vida tu amor!).

Villafranca hablaba con voz engolada. Jugaba con el hilo suelto de los flecos del sillón. Balanceaba la pierna con nervio. La música, cada vez más lejana, como si también callara para atenderle. Todos le miraban, no masticaban más aperitivos ni se levantaban para ir al aseo. Hablaba de detalles casi siempre anecdóticos, temas transversales, pero con acierto. Su punto de vista formaba parte vital de los cálculos que estaban llevando a cabo:

—... los dos hombres que se casan cada uno con la hija del otro. ¿Podemos considerar esto como parte del atractor extraño?

—Joder, no —intervino Juan, aprovechando el ensimismamiento de Hutter—, no trivialices, el atractor puede ser un punto fijo, una órbita periódica, aperiódica o una combinación de los anteriores. Y los atractores recurrentes aperiódicos son...

La verborrea de Juan encontró pronta cortapisa por parte de

Villafranca:

—Vale, pero anótalo, no me des ahora una clase teórica.

El rollo de papel continuo con el esquema del modelo matemático de Hutter colgaba como un adorno prenavideño de una de las molduras del techo. Ni un soplo de aire lo alteraba, sus garabatos estaban a la vista de todos. Hutter tenía la mirada perdida en él, con una mano envolviéndole el mentón, que se agitaba de vez en cuando en asentimiento. Los ojos parpadeaban a ratos muy espaciados entre sí, saltaban en dirección a María, el recuerdo del día en que se acostó con ella. No fue como cuando se metía en la cama a Cathy o a Teresa, ni como cuando algún otro prelado masculino participaba con él en una pequeña orgía con fundamento trascendental. No, María era...

Eres como un sencillo pensamiento de ánimo, una muestra de la riqueza y maravilla de la naturaleza creada por ese cúmulo autoconsciente que es Dios. Y de la misma manera que de él surgieron las cadenas de reacciones químicas, de mí surgen ahora innumerables reacciones que encaro con mayor entusiasmo, el entusiasmo de crear a nuestra medida. Tú serías un buen modelo para la Creación.

María se ruborizó por nada en especial. Tomaba notas, revolvía los periódicos, sacaba punta al lápiz, pedía prestada una calculadora, examinaba las gráficas impresas, las ecuaciones y sus resultados, las tablas, lo pulcro y extravagante del modelo.

»Mi modelo es esto, María; intuición consumada, imposible de llevar a hipótesis contrastables si no es siendo poco ortodoxo. Intuiciones, conocimientos asombrosos que se remontan a los escritos cuneiformes sumerios, epopeyas, documentos jurídicos, teología estrafalaria con dioses representados por números. Ya lo dijo otro buen intuitivo, Joseph Halevy, el sumerio es en parte un código secreto. Números, siempre números subyacentes, números que en Gematria son letras, palabras ocultas, como en el código B, pero sin estar tergiversado por la mano estúpida de los tiempos... Súmale a eso todas las predicciones clásicas, Astrología, Tarot, Numerología, olvídate de la Alquimia, olvídate de Nostradamus, obtén los valores, juega como si fueran sudokus, y mételos en la ecuación...

Ella tomó otro trago, acarició los folios que Hutter le mostraba.

—El último foco de acción que se deriva del prisma de..., ¿cómo se pronunciaba? —dudó Villafranca—. Sena... Senaquerib; nos traslada, precisamente, a estas latitudes, ya solo sería cuestión de triangularlo con otros datos para comprobarlo, ¿no, Hutter?

—¿Eh?, sí...

»Pero ¿qué ecuación es la que se necesita?

»Buena pregunta, María. Una ecuación de sistemas no lineales, ya se sabe, donde los efectos no son proporcionales a las causas, y es que en la vida real nada es lineal. »¿Pero qué ecuación?, ¿cómo la has descubierto?

Parecía fascinada, estaba cerca, muy cerca de Hutter.

»Pues sencillo, ¿quién fue el padre de todo esto del caos? ¿Quién tuvo la intuición? Lorenz. Prueba sus ecuaciones diferenciales, esas tienen distintas soluciones, y puesto que el sistema de ecuaciones diferenciales constituye un modelo del sistema, conocer la evolución futura del mismo requiere conocer el estado actual; pero tenemos que ajustar variables y parámetros, no nos valen los de un modelo meteorológico como el de Lorenz. Necesitamos un fractal, un objeto geométrico de dimensión no entera... Luego te explicaré lo que es un fractal. Necesitamos, como digo, un fractal, obtenido a partir de tres variables que pueden ser coordenadas geográficas, colores, signos del zodiaco, fechas, horas, números ocultos y su interpretación... En definitiva: x, y, z. Y con las ecuaciones de Lorenz y cambiando los parámetros, obtenemos diez fractales que se pueden ajustar fácilmente a un tetraedro según el modelo del área de esta figura regular.

(¡Es sencillamente soberbio!).

»... Y es que cada fractal constituye una aproximación de uno de los diez puntos que forman el tetraedro según la tetraktys *pitagórica, ese dibujo piramidal que te he enseñado; aproximaciones al núcleo temático, que es el punto central del tetraedro, el núcleo de la materia.*

—Juan, introduce: para la triangulación, segundo fractal, valores redondeados a dígitos básicos, intervalo inferior primero... Deterioro del parque infantil de La Vaguada, valor del primer intervalo para x, 3; para y, 5; para z, otro 3. Los temas elegidos son: deterioro, infantil, pintada. Temas relacionados para el intervalo superior: denuncia, ayuntamiento, número de distrito. Temas afines: secuestro, menores, clavos...

—No olvidéis «deterioro» —recalcó Hutter, volviendo la mirada a María, siempre a María. La chica tomaba notas sobre algo.

»... Y ahora, vamos con la teoría de cuerdas..., aproximada, pero no del todo acertada.

»Reconozco que no me entero de mucho, demasiada terminología... ¿Qué es la teoría de cuerdas?

»Pues, simplificándola al máximo, diría algo así como que si utilizáramos un microscopio muy potente, nos daríamos cuenta que un electrón no es en realidad un punto, sino un pequeño lazo.

»Ah...

»Pero yo estoy convencido de que no es exactamente así. Verás, orden a partir del caos. Pasamos del fractal a la figura regular: la materia más esencial y microscópica que veríamos a través del microscopio serían diez puntos distribuidos para formar un tetraedro regular (orden), y esos puntos son, a su vez, no puntos, sino fractales pequeñitos. Pero volvamos a los tetraedros regulares que conforman las unidades temáticas y físicas de la vida. Siguiendo una explicación similar a la teoría de cuerdas, dichos tetraedros se conectarían unos con otros, lado a lado, arista a arista, y se retorcerían y formarían espirales.

—Es el PSOE quien denuncia el deterioro, así que el color rojo va para el intervalo medio.

—Sí —corroboró Juan, que ya había introducido esos datos en el portátil.

—Pero todavía estoy asombrado de que todos los datos al final confluyan en esta zona, habiendo partido de eso de los dos padres en Asia. ¿Cómo podemos comprobar que no estamos calculando por calcular, Hutter?

Juan se atrevió a responder por él asomando la barbilla sobre la pantalla del portátil:

—Cosas que significan algo, dijo una vez el número uno, ¿verdad? —no esperó confirmación—. Robar las monedas a los pies de un santo significa algo para los creyentes, para el ladrón no. Pero el mero hecho de considerar el simbolismo que para muchos tiene dejar unas monedas en el santo... influye. Influye aunque sea remotamente en el ladrón, y en la percepción de las personas que pasan al lado de la figura del santo, ¿verdad?

Hutter parpadeó, sacó un pañuelo y le dedicó una sonrisa enigmática a Juan, luego a Villafranca.

»Pero, si lo he entendido bien, tenemos datos orientativos de los sumerios y demás. Luego haces una y otra vez pruebas traduciéndolo a números y pasándolo por una ecuación de otro modelo adaptada a este, y obtienes tres coordenadas repetidas en un rango de valores para formar un fractal, y luego otro, y así. Luego los retocas para que sean los puntos de un dibujo de un tetraedro de los pitagóricos, y cada punto es un número que relacionas con otros...

»Sí, y esos números son también colores, signos, letras, fechas, coordenadas, horas, caracteres, magnitudes... Cifras simples, no vamos a necesitar un superordenador para resolver estas ecuaciones.

»... Vale, y entonces... con esos datos...

»Hallamos más acontecimientos encadenados, cada vez más cerca de nuestro objetivo.

María bebió otro trago.

»Pero eso es lo que no entiendo, Hutter. Te puedes pasar así la vida relacionando acontecimientos, hechos, presumiendo que los cálculos hayan sido correctos.

»Suelen serlo. Basta comprobarlos siguiendo la intuición. Cosas que significan algo, las coincidencias..., todo aquello de Jung. Es más sencillo de lo que parece corroborar las relaciones entre los sucesos, porque, ¿sabes una cosa?, los acontecimientos están, como nosotros, entre las dimensiones de espacio y tiempo, y por lo tanto son ondas de energía, y ahí está la cuestión que tú me intentas plantear. Ya te he explicado que la materia última son fractales y todo eso, pero vamos a verlo en una forma más agrupada, más concreta: espirales y ondas no lineales. Lo microscópico

representa a lo macroscópico, y viceversa. Las espirales de una concha de Nautilus *reflejan las de las galaxias. Pero no solo se representan mutuamente, sino que además se afectan de una manera que se me escapa.*

»¿Y?

—... Y... —explicaba Hutter, ahora en pie, tapando el dibujo. Pasó cerca de María, quien le seguía con la mirada—, como nuestros resultados, nuestros números, son, por así decirlo, los «átomos» de la materia, sea esta una piedra o un padre que se casa con la hija de otro padre, por lo tanto tenemos la materia, y la materia son fuerzas. ¡Fuerzas que podemos ejercer! ¿Cómo saber entonces que nuestros cálculos son acertados y nos llevan a alguna parte? ¡Pues forzando los acontecimientos, la materia! ¿Comprendéis? Y con las ecuaciones podemos seguir la pista y predecir qué va a ocurrir y con qué está relacionado todo.

Pablo dejó la revista que hojeaba y se quedó con los codos clavados sobre la mesa. Teresa, como casi todos los demás, era una estatua con la mirada perdida en alguna divagación. Villafranca iba a decir algo, aunque finalmente calló. De pronto caían en la cuenta de que iba a ser algo más que palabrería y garabatos. Hutter iba a hacer algo grande, pero no visualizaban los explosivos, la mochila ni los teléfonos móviles, no imaginaban nada tangible, y sin embargo temblaban ante la inminente explosión.

—Esto hasta a mí se me escapa, pero para eso ya lo estudiaron otros... La materia más la antimateria es la nada, la simetría perfecta. Ya intuitivos de la primera Biblia lo sugirieron en el Génesis: «La tierra era un caos informe; sobre la faz del abismo, la tiniebla». Pero la asimetría es el cambio, la creación. Así pues, el caos dirige y frena al mundo a la vez, es decir, controla la dispersión de la energía de las espirales de materia. Un cambio brusco en el movimiento ondulatorio, un colapso en el sistema caótico, y se alteran las probabilidades de los acontecimientos. Un ejemplo: que una manzana desprendida del árbol caiga o no al suelo es cuestión del equilibrio de las intensidades de las fuerzas que actúan sobre ella. ¿Os imagináis lo que ocurriría si se alterasen esas intensidades? ¿Qué sería de la fuerza de la gravedad? ¿Adónde iría la manzana? Más aún, *¿qué sería la manzana*? ¿Os dais cuenta? No sabríamos bien, habría que pulirlo, la naturaleza de un cambio provocado que altera los acontecimientos, habría que llegar al núcleo mismo de un tema, es decir, hallar la verdadera esencia subatómica de una realidad concreta. ¡Maldita sea! ¡Esto ya se había calculado en 1982! ¡¿OS DAIS CUENTA?! Hubo una confluencia tal de factores que llevaron a algunos a creer que el apocalipsis era inminente, pero se equivocaron. Intuyeron la cadena de acontecimientos, los tetraedros, las espirales conectadas intrincadamente, pero no colapsaron el equilibrio del sistema, no

alteraron la materia, cualquiera, da igual; recordad que lo micro representa y afecta a lo macro, al universo… ¡Lo habrían cambiado todo!

Hutter sudaba copiosamente, tal vez por las drogas, tal vez por la excitación. Tomó aire, bebió un sorbo simbólico, puso las manos sobre los brazos de su sillón. Los miró a todos, sonrió, sintió amor, deseó a María como aquella primera vez. Su corazón se salía, su mente bullía, saltaría, gritaría, agarraría un cuchillo y comenzaría a cometer locuras, pero no, él controlaba y predecía, él era algo más que pulsiones y fantasías. No era un crowley cualquiera, no.

—Y menos mal que no lo hicieron, ¿eh? —rio, algo histriónico—. ¿Os imagináis lo que habría pasado si hubieran manipulado la materia sin haber estudiado primero hacia dónde colapsaría el sistema? ¿Os imagináis?

(¡¿Os dais cuenta?!).

2

ANUARIO DE 1982

Nueva York, sábado 12 de junio

Un millón de personas participa en una marcha pacifista por el desarme nuclear, colapsando el barrio de Manhattan.

Miradas de soslayo, rictus sombríos tras las capuchas, cuerpos removiéndose sobre cuatro grandes ruedas. Calor bajo luces mortecinas y conductos de ventilación cerrados al frío exterior.

Tiempo después de haber subido a ese autobús de malos presagios, el ruido del motor, los sollozos y lamentos de Rocío, la vibración del vehículo y el golpeteo de la caja de un fusil contra una ventana arrullan a Jesús Coria. Todo ese murmullo infernal le recuerda que su cuerpo necesita algo más que deambular y apretar el gatillo. Dormir, soñar con su hermana; fotografías de familia, huidizos encuentros en el pasillo de casa sin mirarse apenas a los ojos. Ahora visualiza los ojos castaños de su hermana con claridad, como un péndulo que su tocayo Jesús Hutter emplease para hipnotizarlo y mantenerlo a él, al mismísimo azote de los encapuchados, quieto en su asiento, a punto de derrumbarse por el cansancio.

Habían pasado por un barrio periférico, siluetas solitarias de casas de planta baja, con sus respiraderos y chimeneas como lápidas en los tejados. Trazados oscuros, semáforos apagados, un deprimente tour turístico nocturno. Había prestado más atención, si a eso puede llamársele atención, a los vehículos militares que flanquean en todo momento el autobús como escoltas de pesadilla con sus luces largas y agresivas. Y resulta cada vez menos grato sentirse el protagonista-héroe de una de esas pesadillas emocionantes en las cuales al final sales ileso por mucho que sudes al huir del peligro. También resulta cada vez más lejana la posibilidad de despertar a la aburrida pero segura cotidianidad. Su realidad ahora es esta: una carretera convencional cortada en algún oscuro y lejano extremo, un ferrocarril abandonado que sigue una trayectoria perpendicular entre los matojos, una silenciosa y pintoresca entrada a la factoría como la puerta del averno. La vegetación disimula los esqueletos de metal y cemento, las chimeneas como cuernos fósiles, y la deformidad que habita en esta factoría prematuramente inactiva. Y es que en las pesadillas el horror pulula a sus anchas sobre cualquier escenario.

El autobús se detiene sin hacer ruido ni ostentación de la locura que lo conduce. *Más calma antes de la tormenta*, piensa él, ajustándose la bufanda en un intento de sostener la piel de un rostro que debe de estar cayéndosele a pedazos.

—¡Quiero ir con él! ¡Se me está muriendo!, ¿es que no lo veis, desalmados? ¡Se me está muriendo, quiero ir con él, quiero que venga conmigo, conmigo, por favor, conmigooo...!

—¡Llevadla a mi estudio! —ladra Hutter, sin mirar a Rocío y meneando la mano con imperiosidad.

—Nosotrros le curaremos, ¡ven! —dice un encapuchado llevándosela a empellones.

—¡No, no, NO! ¡Quiero que venga conmigo, desgraciados, dejadme! ¡Aaah! ¡Me hacéis daño! ¡Por Dios, por Dios, dejadme, noo, AAAH...!

Las luces del autobús se apagan, no así las de los vehículos militares.

El siniestro personaje de la bufanda baja muy cerca de Hutter. Les sigue el conductor del autobús, un hombre que se diría esconde hongos bajo la capucha. Él se aprieta compulsivamente la bufanda y se tapa con ella hasta los oídos, como si así pudiera dejar de escuchar a Rocío, los gorgoteos de Pedro Manuel y los gruñidos de los encapuchados que se llevan por separado a la pareja más allá de la oscura entrada. Cierra los ojos y todo le suena a maullidos, gatos que se esconden en los tejados del vecino, gatos a los que podría atropellar un coche y poco o nada le importaría, gatos feos, malheridos o aberrantemente hostiles. El aire es frío y maloliente (más que el autobús incluso). Le escuecen los ojos, no sabe si por su progresiva descomposición o por el azufre impregnado en la atmósfera.

Unos cuantos árboles frondosos y de apariencia húmeda asoman sobre el muro empedrado que cerca el punto de acceso a la factoría, cuyas letras y logotipo de hierro forjado permanecen ocultas, como temerosas de una publicidad negativa. Racimos oscuros de flores jalonan el camino al otro lado de la valla corredera, flores que no transmiten la sensación de estar ahora robando oxígeno, si no que más bien se marchitan por el hedor de la niebla reinante. En cuanto a él... Él tiene motivos para sentirse mal desde sus propias entrañas, no necesita que el aire esté contaminado. Siente que hay algo adherido a sus extremidades, quizá parásitos bajo la ropa sucia y maloliente como su piel, estropeada después de tanta batalla sangrienta. Y hay una pregunta que le interesa hacer *(¿Dónde está mi hermana?)*, pero se reserva, es mejor reservarse cuando la garganta parece que vaya a desgarrarse al pronunciar una vocal muy abierta. Mejor caminar, seguir a esos locos a buen paso, aunque tras varios minutos en el autobús hayan empezado a arderle los gemelos, los empeines, las

heridas en general como dentelladas de dolor en las piernas. Y completan el cuadro clínico los jadeos apagados, la nariz atrancada, ronquidos en el pecho, y el zumbido constante en los oídos que viene de su turbulento y marchito interior.

En el interior de la factoría, recorren un largo y embaldosado punto de acceso, libre de automóviles. Los faros de los vehículos militares han quedado encendidos, pero dentro solo hay unas cuantas luces incandescentes que siluetean las estructuras hacia las que le conducen, lejos del resto de prisioneros.

Son sombras arrastradas por encapuchados de andares nerviosos. Es mucha la distancia psicológica que le separa de la carne temblorosa de los otros prisioneros, más que la distancia física. No siente lástima, tampoco temor. No se puede equiparar a esos dos pobres desgraciados cuyo destino puede ser mucho peor que la muerte. A él en cambio... ¿qué más puede pasarle? ¿Que lo conduzcan a un mohoso sótano para fusilarlo? Podría caerse a cachos aquí mismo si la rabia que aún alberga en su interior no lo moviese hasta mucho más allá de lo que Hutter está dispuesto a mostrarle. No, no se siente a merced de estos seres dementes con armas que quizá hayan aprendido a utilizar hace un par de días. No teme por su integridad física, si eso es lo único que peligra aquí.

Lo que siente es algo indeterminado y entremezclado con el deseo de ver a su hermana, y sí, por ella sí teme; miedo a descubrir que ella se ha convertido en otro loco deforme, en una psicópata o en un amasijo de gatos en un callejón. Teme que la melancolía, el único sustitutivo que conoce para el cariño fraternal, sea lo único que le quede de ella, viejas fotos, recuerdos de sonrisas esporádicas. Su escasa humanidad está a poco de diluirse en el recuerdo que su antiguo yo se llevará a la tumba cuando solo quede el muerto viviente, el congénere de Hutter. El cultor jefe es el padre de todo lo que habita ahora en esta factoría situada en Torreciega, y en Cartagena por extensión, y quién sabe si más allá de las carreteras cortadas.

Acompaña a los cultores, no instigado por las armas, sino codo con codo, aguantando la cojera. No distingue apenas nada a su alrededor, no sabe hacia dónde le conducen, pero acepta dócil las agobiantes atenciones de Hutter. Eso le perturba, porque sabe que el encapuchado jefe desea algo de él. Ya ha recuperado su libro, y aun así Hutter le está observando con una fascinación capaz de postergar durante un tiempo indefinido el encuentro con María. Y eso es lo único que reprime su impulso de arrojarse sobre el cuello del cultor y arrancárselo a bocados. *¿Acaso crees que tus fusiles detendrían mi carne*

muerta antes de que te arrancase la cabeza? Pero no puede hacer eso, no puede abandonarse a la bestia inhumana, no hasta que le muestren dónde está María.

—Lléva... llévame a ver a mi hermana, Hutter.

El grupo tuerce hacia la izquierda, sube unas escaleras separadas por una larga barandilla junto a la enorme silueta de un tanque de cemento y de un filtro. Una lámpara halógena se enciende en las manos de un encapuchado, y entonces es del todo visible la suciedad rojiza sobre el tambor del filtro, y una puerta de metal de apariencia endeble en el lado opuesto, al final de las escaleras.

Él conoce cómo ha cambiado el paisaje urbano, pero se estremece con la idea de cómo ha podido cambiar este, desconocido para él, escenario fabril.

—Hutter... Llévame con mi hermana.

—Te propongo una cosa mejor —dice Hutter con una sonrisa torcida—. Aprovecharemos este entorno para explicarte el papel que juega tu hermana en todo esto...

Sigue sin poder retorcer el cuello de ese loco sin capucha.

—... Si me dejas que te muestre algunas instalaciones, llegaremos inevitablemente hasta donde se halla tu hermana. No has de preocuparte, está bien, no urrrge tu presencia allí.

Un primer encapuchado accede por la puerta metálica con la lámpara halógena. Se queda esperando en el sombrío rellano.

—¿Ha cambiado? ¿Ha cambiado mi hermana...? ¿Como tú, o como yo?

Hutter balancea la mochila que lleva del asa. Con los dedos de la otra mano tamborilea sobre su libro. La pose erguida y enigmática de Hutter desalienta a sus compañeros encapuchados a terminar de acceder al interior. En su continua y nerviosa vigilancia del prisionero se refleja la confusión que para ellos supone el que no le hayan privado de las armas cortas que seguro porta bajo su abrigo negro.

El silencio aviva los deseos de matar del furioso hombre de la bufanda. Una súbita tos rompe el perturbador mutismo de Hutter, interesado por la salud de su prisionero.

—No te preocupes, ella sigue como... siempre. Todavía tiene la presencia que yo habría deseado conservar para este mundo...

Las respuestas de Hutter no le satisfacen. Elocuencia apaciguadora, tenso equilibrio entre los extremos de la violencia inminente y la sumisión resignada.

Más allá de la pequeña entrada, el opresivo edificio regurgita desde cualquiera de sus rincones murmullos de metal, chisporroteos eléctricos, ebulliciones y silbidos de vapor ululante. La factoría se veía más muerta desde fuera. El suelo tiembla bajo sus pies tras cada nuevo paso en esa inquietante oscuridad. Los cultores se han convertido en

soldados y en obreros especializados de la fábrica del cinc.

—Por aquí. Siento que no sea muy acogedorrr, pero no te preocupes, acabaremos la visita en las oficinas.

Algo tintinea en los bolsillos de Hutter con un sonido alegre, como corroborando su excitado estado de ánimo. Hasta parece más normal, menos alienado. Desde que han cruzado el control de entrada no ha utilizado esa habla extraña.

—Pasa, vamos.

Hutter abre el paso a una plataforma de metal. La barandilla es muy endeble y está caliente, como todo el lugar, caldeado. Y a la palidez de la lámpara, el azul y el amarillo galvanizado se confunden con una capa gris de partículas adheridas. Al fondo, el origen del calor, una enorme caldera conectada a una turbina y a una torre de absorción. La turbina debe de estar al rojo vivo a juzgar por la incandescencia del metal. Como a punto de reventar.

—Algunas cosas siguen funcionando. Nosotrros, no sabemos, no sabemos, pero, esto sigue funcionando, a veces hace ruidos muy raros, ten cuidado...

Hutter se le acerca con ademán protector mientras doblan por la plataforma. Abajo, alejados del suelo de la plataforma, varios bidones con algo que no se sabe bien si es líquido o está solidificado.

—... Aquí hay mucho SO_2 o SO_3, vapor, filtraciones, estructuras en mal estado... No sé, tú has visto la ciudad, aquí también ha pasado algo, pero a su manera. Yo de ti no me acerrcaría a las barandillas, yo de ti no...

—¿Qué es lo que quieres enseñarme? —le duelen las piernas, le duele el cuerpo, le duelen los oídos de tanta perorata.

Hutter se le acerca más y menea el libro delante de sus ojos con atisbo de agresividad.

—No..., espera —se tranquiliza Hutter, bajando el libro y mordiéndose el labio. Un hililllo de sangre se esconde entre las arrugas de su rostro—. Desde el principio.

¡Genial!, piensa él, estudiando a los inquietos encapuchados. Los bidones están demasiado lejos, habría sido bonito empujar a esos locos plataforma abajo y...

—¿Qué recuerdas de la espiral? —dice Hutter.

Él juega con los botones de su abrigo, inexpresivo bajo su bufanda.

—... Sé que estuviste allí, te vi. Tu hermana tenía fotos, yo sabía quién eras, pero no importó, era mi momento, era el momento de toda la humanidad, el principio de Dios, Dios es todo, todo es Dios, y... Pero... hubo fallos, falllosss, *urr navracumm*...

—Recuerdo ese remolino oscuro —comienza a parlotear él en un intento de agilizar el discurso de Hutter—, recuerdo que subía, que lo absorbía todo, o más bien era como si lo rodease, como si el sendero,

las rocas, las matas fuesen líquido, líquido discurriendo a lo largo de la espiral, de fuera adentro, de dentro afuera…

—Mis compañeros huyeron —sonríe Hutter—, pensaron que podían volver al autobús, pero la espiral, los vientos… Se desató el viento, Jesússs, se estrellaron contra las rrrocas antes de poder siquiera arrancarlo… Pero yo no, yo me quedé, como tú, cerca, y… me dormí, soñé muchas cosas, ¿sabes? Cosas poco agradables.

—No me interesa todo eso, yo también caí inconsciente, y cuando me desperté… estaba en el agujero, con tu libro, despertándome, recordando la pesadilla, solo que no era una pesadilla, hijo de puta, no lo era, y necesitaba hacer preguntas, preguntar dónde estaba mi madre, por qué la habíais arrojado al agujero como si fuera un fardo de ropas viejas. Pero os habíais ido, y os di por muertos a todos…, una catástrofe, un terremoto, qué sabía yo. ¿Recuerdas a mi madre, Hutter? ¿Sabes de quién te hablo, verdad?

La expresión del cultor se torna seria. Luego vuelve a agitar el libro, con frenesí en la mirada.

—Aquí… Estos son mis apuntes, ¿tienes idea de los folios que he utilizado para tomar nota de todo mientras no me lo devolvías?

—Me importan una mierda tus notas.

—Sí, yo también desperté confuso, todo olía mal, el aire pesaba, apenas podíamos ver, era como si hubiera niebla, como si… *Urrr*. Esperamos, ¿sabes? Un buen grupo sabe ser paciente, sabe esperarrr, es la base de la extensión de un credo, ¿sabes? Esperarr, observar, ganar adeptos con paciencia. Pero estábamos asustados, desanimados, furiosos; nuestro autobús no servía, así que asaltamos a aquellos retrasados mentales que venían de excursión… Fue cuando ya no importaba lo que hiciésemos, vida, muerte, matar, robar, matarr, no era algo trágico, no teníamos armas, pero matamos a algunos, y nos fuimos, pero con el viento, el murmullo en nuestros oídos… Nos fuimos, ¿sabes?…

Deja de decir «¿Sabes?», maldito loco.

—… Yo ni me acorrdé de mi libro, se me cayó al agujero, lo perrdí… ¡Lo tenías tú! ¿Sabes cuáaanto te agradezco que me lo hayas devuelto?

Justo cuando cree que el cultor le va a abrazar con la boca abierta llena de babas, algo lo detiene: el torvo lenguaje corporal del hombre de la bufanda, la rabia exudada.

—… No sabíamos… No sabíamos adónde ir, ni cómo… ir. No, no era por nuestro aspecto: trivial, ¿sabes? Muy trivial… Vida, ropa de etiqueta, buenos modales, niños jugando en el parque, bebés sonrientes, césped bonito, sexo, arte… A mí me gustaba eso, ahora…: arrugas, deformidad, hedor. Trivial. Este no era el cambio, este no era el objetivo, pero todos tenían que saberlo, de alguna forma había que

explicar al mundo, buscar ayuda, o cambiar más, más, más, ¡más! —Ahora es Hutter quien parece a punto de estallar, como la turbina—. ¡NO ERA ESTE EL CAMBIO!

Los encapuchados frotan nerviosos las armas. Hutter retrocede, avanza, se sujeta a la baranda, mueve los tobillos, mira a su prisionero con una mezcla de miedo, ira y tristeza. Otea por encima de las cabezas, la cara se le tuerce en un gesto imposible.

—No era el cambio... No, pero no sabíamos, solo escuchábamos la radio, empezamos a pasear, emisarios de muerte —carcajada seca—. Eso éramos, la muerte, y el desastre se nos revelaba poco a poco, nosotrros no hacíamos nada, de verdad, sé que tú no entendías nuestro curso, nuestro grupo, pero nosotrros no habíamos empezado todavía a hacer nada, eso vino después, un ratito después. ¿ES QUE NO OYES LAS NOTICIAS?... Perdona..., perrdona... Eso lo he pensado..., ¿lo he dicho en voz alta?, sí, ¿verdad? Estuvimos mucho tiempo vagando, escondidos, asustados, sí, era viernes por la mañana, lo sabíamos por los relojes, por los calendarios, bonitas fotos en los calendarios, arte, belleza que iba siendo trivial, nuestro aspecto era horrible y ya no importaba. Estábamos asustados, pero la rradio nos dio la solución, la blenda que transportaban desde Escombreras al parque de minerales de la fábrica... ¿No oíste el desastre? Eso es lo que ha pasado aquí, sí, pero yo sabía, yo lo había calculado, este era un buen sitio para esconderse, para calcular; del puerto a la factoría, el puerto, la factoría... Un buen escondite, buenos planes, sitios bien conectados, ¿has visto las criaturas del muelle? ¿Las has visto? Mira, ven, ¡ven!

¿Qué estoy esperando? Locos, estaban locos antes y están peor ahora, ¿y mi hermana? ¿Cómo estará mi hermana?, piensa, dejándose guiar a través de la plataforma como un autómata. Un chirrido lejano se hace cada vez más presente y molesto conforme suben por unas escaleras y alcanzan otra pasarela, rodeada a escasos metros por estructuras de metal pintado de rojo. De más abajo a la izquierda proviene el chirrido. Una especie de cinta transportadora con los rodillos ennegrecidos y atascados, líquidos espesos que se remueven en canalillos que deberían verterse sobre unas bandejas torcidas, bandejas con otros líquidos que las recubren, vibración contenida, caballete manchado de fango...

—Ahí, junto a ese filtro de banda, ¿lo ves? Hemos dejado algunas lámparas ahí, ¿lo ves?

Él asiente, con tal de que abrevie su discurso.

—He aprendido algunas cosas de esta fábrica rebuscando papeles en las oficinas, ¿sabes? Y en los manuales de prevención... Mira, ¿ves esos bidones cerrados? Hay alguna reacción química en los depósitos de electrólitos, en los tanques de PVC y en la bomba de grafito. Eso

está más allá, en el edificio del techo ladeado. No sé, no sabemos tanto, pero hay algo que afecta a los cadáveres. Los cadáverrres no sirrven, ¿sabes? No escuchan, hace tiempo que hemos decidido que no merece la pena convencer, formar adeptos, es mejor matarlos y traer algunos aquí. O fuera, o dentro, ¡muerte! ¡Quítate de en medio!, no hay tiempo, ¿sabes? Lo hecho, hecho está, las cosas han cambiado, ahora no hay Policía ni buenos modales ni porfavorporfavor... ¡Muerte! Y que no nos distraigan, hay mucho trabajo todavía... Hay que solucionar todo esto, ¿sabes? No está bien, no está bien... ¿Para qué tantos cadáveres? ¿Para qué tantos vivos? Estorrrban...

—Llévame de una vez con mi hermana o te juro que volaré en pedazos toda esta fábrica con nosotros den...

La amenaza hubiera resultado más convincente si no se hubiera puesto a toser con violencia.

—Perrdona, *urr navracumm...* El dióxido te afecta, y yo perdiendo el tiempo, perdona. Todo esto es secundario, verás... Criaturas, bancos de peces mutados, cadáveres reanimados, armamento robado... Solo es una forma de establecerse, ya sabes, se necesitan actividades en un curso, se necesita diversión, ya no hay drrogas, ya no hay necesidad de drogas. Ellos no entienden mucho de cálculos, los mejores ya no son lo que eran... Juan, Villafranca... Ni sombrra de lo que eran. Hay algo que llevamos dentro que se dispara cuando..., cuando nuestro cerebro se sale del camino establecido, el de la educación, las buenas formas, las leyes, los valores que nos dicen que esto no está bien... ¡Basura y más basura! Ven, ¿quieres ver mis notas? Seguro que ya has hojeado mi libro, ven, te llevaré con tu hermana...

Esto es tan absurdo. Puntos de luz sustituyen, mortecinos, los grandes tubos de luz y las luces de emergencia. Unos motores ronronean en una burda imitación de jornada laboral, estructuras de pintura descascarillada, firmes, asumen orgullosas otra buena cantidad de años de trabajo, hasta el cierre de la factoría, hasta su traslado, lo que se tercie, da igual. Sus nuevos trabajadores no son gente cualificada, no cuidan las instalaciones, no arreglan los desperfectos, no saben controlar sus máquinas... No saben controlar nada. Su jefe se limita a mostrar, orgulloso, sus deformidades, a proferir deformidades por su boca deforme, a prometer deformidades que no devendrán en otra cosa que no sea una horrible estampa de dolor. María, atrapada, convertida, una cultora de un grupo que ya no se esfuerza en negar lo que es: una secta de locos que al despertar de su último rito han decidido comportarse como psicópatas, como doctores frankestein, jugar con la química y con la física, robar armas, disparar sin temor a quedarse sin munición. Su juego es tan violento, tan abrupto, tan radical, que no se preocupan por quién ha de ganar o por dónde está la casilla de meta. Escuchan a su líder disertar sobre grandes cosas que

ahora son solo horrendas, y ya resta preguntarse «¿Cómo lo hiciste?». No importa lo que va a ocurrir, importa el pasado, entender, disponer de excusas para sentirse y comportarse como un monstruo más de este nuevo mundo de monstruos que ya no se esconden bajo ambiciones de dinero, poder o gloria. ¿Es que es solo un credo? ¿Es que es solo una idea trascendente preparatoria para otra existencia todavía más extraterrena que esta?

Quizá por eso sus pasos, doloridos, cojos, le llevan sin rechistar hacia el frío cortante e impuro entre los edificios, porque quiere saber, porque necesita entender por qué su hermana y su madre se metieron en esto, cómo ha logrado un tipejo cualquiera provocar tal desastre. ¿La fábrica? ¿Está en esta fábrica el origen de la contaminación, de las radiaciones o de a saber qué rayos cósmicos de ciencia ficción barata que hayan bañado la ciudad con una lluvia de luces de colores? *¿Qué ha hecho en realidad?*, canturrea en su mente una y otra vez, con sus pasos sobre el asfalto como compases, *¿Una bomba nuclear?, ¿crear una tormenta ácida?, ¿utilizar radiofrecuencias para freír cerebros y volver loca a la gente?*

Pasan junto a una carretilla elevadora y varios lingotes de cinc esparcidos frente a la entrada de un almacén. La lámpara halógena del cultor que va a la cabeza apenas ofrece detalles, tapada por su túnica. Es consciente de que podría meterse en el almacén en una versión sencilla de plan de escapada, o arrebatarle el fusil al que tiene detrás, en una versión más agresiva y complicada de dicho plan. El problema es… ¿qué haría después? ¿Buscar a su hermana él solo? ¿Agachar la cabeza entre las cajas mientras le disparan? No tiene muchas más ganas de aventuras, ni de que le sigan torturando la mente con discursos *errráticos*, pero no le queda más remedio, de momento.

El edificio de oficinas está muy cerca del control de acceso, siguiendo un paseo ajardinado junto al que hay varios vehículos mal estacionados. *Hutter podía haber empezado por aquí*, piensa él. No existe o no se ve la puerta de acceso, tan solo una entrada coronada por colgajos, trozos de tela pintada, seguramente con ese triángulo que lucen en las túnicas los cultores. Y hay algo extraño que sobresale en el tejado, ¿antenas retorcidas? Y, más a la derecha, ¿lingotes de cinc apilados? No se distingue bien. Por el lateral, conforme se acercaban al lugar, ha podido distinguir toda una cornisa caída.

Por dentro, hedor aparte, todo está en buen estado y en la misma inactividad apacible que corresponde a estas horas. Pero a poco que atraviesan los pasillos, los cubículos, y se acercan a unas escaleras, uno se va dando cuenta de que, aunque los equipos informáticos están en buen estado (por fuera) y el contenido de las mesas no se encuentra del todo desordenado, los archivadores y los cajones están descuidadamente abiertos, y muchas carpetas de dossier y rotuladores

en lugares variopintos, como en el alféizar de la ventana del rellano de las escaleras o en los paragüeros. Un buzón de sugerencias con manchas negruzcas le evoca una sugerencia: *Llévame con mi hermana de una maldita vez.*

La segunda planta, iluminada a intervalos por velas toscamente encajadas en los conductos de ventilación, presenta un aspecto más apropiado para la fealdad de los cultores: sin adornos, sin paredes repintadas ni cuadros. La mayoría de las puertas están cerradas, y la quietud aquí se reconvierte en murmullos que rezuman en las porosidades de la pintura o se adhieren a las vigas. La marcha de Hutter se hace más lenta. Él, que sigue al cultor con dolor de mandíbula de tanto apretarla, espera encontrarse los cadáveres, tal vez los espíritus, de los trabajadores que murieron aquí asfixiados por algún tipo de escape o asesinados por un grupo de locos en autobús que irrumpieron a las puertas de un fin de semana. Pero no hay cadáveres, el hedor que se respira a cada paso lo han dejado los cultores en los aseos, en las cortinas y en los recodos menos ventilados de los largos pasillos de las oficinas.

—Ya casi estamos —dice Hutter—. Antes quiero enseñarte una última cosa. Te mostraré por qué ha cambiado todo tanto.

Él asiente y le acompaña a un despacho amplio habilitado para varias personas. Sobre una de las mesas reposan algunos papeles y periódicos apilados, un portátil, un grupo de calculadoras científicas, vasos, una lámpara halógena y lapiceros y rotuladores bien agrupados, lo único bien ordenado del despacho. El material de oficina esparcido por los suelos cruje cuando pasan. Un cactus permanece volcado sobre una mesita auxiliar, al lado de cuatro botellas vacías. Hutter las derriba al pasar y deposita su libro sobre la mesa.

—Esto es lo que conservo de mis cálculos —dice, extendiendo ambos brazos en torno a la angulosa superficie—. Pero casi todo está en mi cabeza, siempre lo ha estado, ¿sabesss? Cada vez intuyo las cosas con mayorr claridad. ¿Conoces el origen de todo esto?

El aludido se baja la bufanda con parsimonia, temiendo que se le haya quedado pegada y que al retirarla se le vayan trozos de piel en ella. Niega con la cabeza.

—Idos, ¡vosotros!, idos, *orr nan nanmaraná…* —dice Hutter, mirando fijamente a sus compañeros.

Los cultores se remueven. La cartuchería que llevan bajo la túnica suena. Abren la boca, van a pedir explicaciones, confirmación, una señal divina… Y finalmente obedecen. Hutter sigue el discurso como si tal cosa:

—Los sumerios… Mi padre, aparte de un mujeriego, era un tipo raro que coleccionaba cosas desapasionadamente. Tennía una copia de una transliteración sumeria, ya sabes, tablillas, figuras; grabados,

rayas raras pasadas a escritura latina. El que se lo vendió lo tenía encuadernado como se merecía, aunque fuera una mera copia desgastada de algún original perrdido o escondido en algún museo. Incluso creo que lo llegó a lavar con glicerina... Tanto conocimiento, tanto... Ese no era un libro cualquiera, era la intuición por excelencia, no era esoterismo barato, crréeme, no tenía ni título. Erra el primer paso, un paso muy oscuro, hacia hipótesis que harían temblar de pavor a los físicos, a cualquier hombre de ciencia seria. Cálculos numerológicos, cálculos para descubrir y predecir la conexión de los acontecimientos del mundo, esas coincidencias que todos hemos experimentado alguna vez: la melodía que recordamos de pronto horas antes de que nos regalen por nuestro cumpleaños el cedé que la contiene, los fallecimientos familiares que se suceden el mismo día, exactamente un año después... Y si alguien tuviese el atrevimiento... —De pronto, Hutter empieza a reírse—. Sí, alguien muy aburrido, muy olvidado y menospreciado por sus compañeros de facultad... Alguien con demasiado tiempo libre y mucho hastío vital como para dedicar horas de su anodina vida a proponer hipótesis que otros han ido sugiriendo desordenadamente a lo laaaargo... de los tiempos...

Hutter se sienta y expele aire hasta quedarse sin aliento. Están los dos solos en esa habitación, no hay movimientos oculares nerviosos y disimulados previos a un ataque. Sorprendente. *Estoy escuchando la palabrería de este loco, ¿es que acaso me interesa?*

—... Hipótesis que vienen de los pitagóricos, mucho antes que todo ese rollo de la Biblia. Números que son en realidad la rrepresentación de las formas de lo subatómico. ¿De dónde creía la gente que venían los números si no? La magia de las Matemáticas, su perfección, alberga muchos secretos. ¿Porr qué crees que algunas especies marinas tienen forma de paraguas? ¿Por una razón evolutiva por la cual así se alimentan mejor y bla, bla, bla? ¡No! Porque es una simple propiedad isoperimétrica. Matemmáticas. Las Matemáticas esconden buena parte del lenguaje de la vida. Pero el siglo de la razón le ha restado mucho de su misticismo, ha alejado mucho el camino de la ciencia ortodoxa de este otro... De lo que ahora ves a tu alrededor: silencio anormal, cambio. Eventos mundiales conectados a la piruleta de un bebé que muere atragantado. Eventos que son tan tangibles y físicos como un lingote de cinc. Estructuras, fuerzas que no son otra cosa que formas para un sistema caótico por excelencia... El C... El Caos con mayúscula, sí, aquello del efecto mariposa, predicciones difíciles que en el fondo no lo son tanto... ¡Imaginación! Aquí lo tienes, ¿ves el portátil? —Hutter se lo muestra, apagado—. Ecuaciones, misterios resueltos porque alguien en la antiggguedad, no me preguntes por qué ni cómo, nos dio las pistas adecuadas, para quien supiera entenderlas. Y no hay más magia ni misterio que la propia ciencia, la realidad que

nos rodea, *adecuadamente* estudiada considerando tanto lo extravagante como lo convencional. Pero hacía falta forzar las fuerzas, las espirales, los acontecimientos, para que saliera algo, para que el viejo sistema colapsara y comenzara el cambio, un cambio como el que dio origen al univerrrso, ¿entiendes?

No obtiene respuesta. Su interlocutor no se sienta, no mueve un músculo, no se acuerda de su dolor. No pestañea. No comprende ni quiere comprender. En la habitación hay un ventilador boca abajo, es invierno, y por eso está boca abajo, la radio sobre una repisa está apagada, porque hay que centrarse en el trabajo, y no hay luz afuera, porque está nublado, no porque sea de noche, aquí hay gente trabajando, debe de ser lunes por la mañana.

—Por eso el sacrificio... Eran ancianos, joder, hacía falta un acto llamativo, una herida en nuestro propio y amado grupo para reaccionar. El simbolismo de las cosas, ¿sabes?...

Aquel demente menciona la muerte de su madre como un hecho..., ¿cómo lo ha llamado él antes?... «Trivial». Y sigue repitiendo «¿Sabes?». Hay muchos lápices afilados sobre la mesa. Hutter tiene los ojos saltones, incluso a pesar de los nuevos pliegues de su piel.

—... No romperrr un espejo es una superstición, pero desde el mismo momento en que el supersticioso o el sugestionable empieza a temerse desgracias por haberlo hecho, ese acto obtiene significación, significación, significación... Es... Eso es, los eventos significativos tienen una estructura de puntos fácilmente relacionada con otras, y así resulta un juego de nnniños crear una espiral de relaciones. Laborioso, pero un juego de niños.

Hutter expulsa aire por la nariz con el mismo sonido que un globo perdiendo aire. Abre su libro con esmero y aparta paquetes de folios garabateados.

—No hay mucho más que rresumir. He errrado mis cálculos. He creído que podía modificar todo un universo a partir de algo tan local como un punto en el mapa de la Tierra. Lo micro afecta y representa a lo macro, y viceversa, pero mis cálculos no han logrado más que formar un..., un agujero de caos, espiral de cambio desatado que no ha hecho más que provocar mutaciones en la materia. Eso es tan duro de aceptar como que emplease a tu madre para un necesario sacrificio...

Esta vez Hutter está preparado para una reacción violenta, yergue la espalda, la pega al respaldo de la silla giratoria. Ya no está en su curso, no está ante su público, apenas si conserva su fluidez, su carisma, su pizarra, sus aperitivos, sus fiestas con alcohol y sexo fluyendo y manchando el papel de las paredes y las alfombras. La sala solo contiene tablones, chinchetas, gráficas, muestras y números de teléfono; chinchetas que el hombre, ya sin bufanda, clavaría en los ojos de Hutter, una nota en el tablón para recordar, ¡recuerda!,

¡recuerda!

—Sé que no lo entiendes —prosigue con suavidad—. Nadie debe entender por qué se pierde a los seres queridos, y más cuando parece un capricho. Yo perdí seres queridos por el capricho de la muerte que llega con la edad, es menos violento, menos forrrzado... Pero... ¡No estoy...! ¡No estamos aquí para justificarnos!...

¿Por qué habla ahora en plural?

—... Hemos matado, hemos manipulado, he... Lo hemos hecho por un fin, el mismo fin que justifica las guerras, los robos, los asesinatos, los avances de la ciencia... Pero no nos negarás que es más elevado, que es el descubrimiento más grande jamás contado. ¿No ha matado la Iglesia por cuestiones irrisorias en comparación? ¿No ha matado por Dios? ¡Pues yyo, nosotros, yo, Crowley, Pitágoras, Jung, yo, yo, yo, él, nosotros...! ¡Hemos querido traer al cúmulo autoconsciente que es Dios! ¡Él sí que puede manipular todo el universo! ¡Él, creación azarosa del Caos, él sí que puede transmutarlo todo, cambiarlo hasta el extremo de crear...! ¿Te imaginas lo que podría crear? ¡Dilo!

—¿Qué? —escupe más que pregunta él.

—¡Di que amabas Cartagena antes del cambio! ¡Di que tu vida era maravillosa, que el mundo y sus habitantes eran estupendos, que todo era felicidad y placer, y que tu cuerpo y tu mente no se iban a desvanecer y sser al final un mero recuerdo para tus seres queridos, si los tuvvisste! ¡Si acaso los tuviste!

—No era peor que esto.

Hutter se cubre con sus propios brazos. Luego intenta cazar un mosquito que solo se halla en su mente, da un manotazo que derriba parte de sus anotaciones.

—¡Jusssto! *Urrr trumunavacumatummm turrrmennn ourrrr*...

Ahora, carcajadas histéricas de Hutter. Los dientes asoman, prominentes, amenazan con salir disparados como lluvia de astillas. Después, un súbito cambio de expresión. Los armarios crujen, la silla también.

—... La NASA también cometió sus equivocaciones.

El hombre de la bufanda pierde la paciencia, pero no saca su pistola escondida, no salta sobre la mesa ni se aferra al cuello del cultor. Se pone de lado y se fija en la entrada al despacho. No se oye al resto de cultores. Solo ese murmullo, esa enfermedad carcomiendo toda normalidad.

—Vale, has cometido un error. ¿Has acabado? ¿Puedo ver a mi hermana ya?

—Un momento.

Él se da la vuelta. Hutter conserva una expresión taimada en la rojez de su rostro, en su fealdad de cine de terror, de cáncer de piel, de maquillaje de carnaval. Sus manos, no puede verlas, podrían estar

empuñando un cuchillo, su despacho podría contener una trampa sobrenatural. No ha tenido tiempo de poner los libros de contabilidad en sus estanterías, pero seguro que sí se ha molestado en crear baldosas trampa con números de fuego dentro.

Es una ironía que le tenga miedo, respeto o lástima. Que no sepa muy bien qué hacer con el hombre que sedujo con su labia a su madre, a su hermana y a mucha más gente, obreros, estudiantes universitarios… El ratón de biblioteca, el *freak* matemático que pulsó el botón de las tormentas del diluvio universal.

—… Te necesito… —prosigue Hutter—, porque tú estás en mis cálculos, porque tu irrupción en mi ceremonia de sacrificio también influyó en este resultado que ves, y porque, ahora que he refinado los resultados, no es taarrde para introducir nuevos valores. No sé muy bien lo que es, pero una perrsona cuyos números encajan con lo que veo en ti es el núcleo, el lugar geográfico, el núcleo temático… Eres un atractor extraño por excelencia, una confluencia de espirales, de partículas, de… Diablos, no lo sé, pero hasta el color de tu ropa coincide, tu carácter frío, tu demacración, tus armas, tu historia… Sé que fuiste militar, ¿sabes? Tu madre contaba muchas cosas de su vida en algunas sesiones.

—¿Me necesitas?

—Te necesito, *urr, uurrrr*…

Hutter se mueve ahora como un gato, restriega sus brazos sobre fotografías de estatuillas, de grabados sumerios dispuestos en el secante de la mesa. Buen momento para un éxtasis religioso.

—Pues llévame con mi hermana.

Le duele la cabeza, los zumbidos en su pecho son como las patadas de un bebé que le llegan hasta las sienes y la nuca. No le gusta el argumento de esta historia de ciencia ficción. Que se acabe ya, con muerte, pero que se acabe ya.

A Hutter, sin embargo, le entusiasma.

—Anímate, ¡vamos a conocer a Dios!, ¡vamos a trraerle!

3

ANUARIO DE 1982

Arkansas, sábado 3 de julio

Keith y Kate Haigler, joven matrimonio de la secta que dirige el mesías norteamericano Emory Lamb, mueren, conforme a la fecha de sus predicciones proféticas de hace dos años y en espera de que se cumpla una segunda parte de aquellas, que prevé deberán resucitar a los tres días y medio. Para realizar su destino, secuestran un autobús con quince personas, amenazando con dar muerte a una cada media hora si no se les entrevistaba por televisión acerca de su mesías, Dios y el amor; ya ante las cámaras, resultarían heridos en tiroteo con la Policía, disparando Kate a quemarropa contra su marido y suicidándose a continuación.

Ya era diciembre. En casa de los Coria no se solía poner árbol de Navidad, y mucho menos con semanas de antelación. Y eso que había un rincón espléndido en el pasillo para colocar adornos: una pared perpendicular a las puertas de dos habitaciones, desprovista de cuadro, radiador o paragüero alguno. Allí ni se apoyaba la escoba cuando tocaba limpieza. Y de pronto, Jesús Coria regresaba de hacer unas compras —regalos autodedicados por su cumpleaños—, y se sobresaltaba al ver una figura siniestra de monje al final del pasillo.

Una percha, habían taladrado la pared para poner una fea percha comprada en un multiprecio. Y lo peor: colgaban, no una, sino dos túnicas marrones con un triángulo equilátero estampado en la espalda.

Y en esta casa tampoco se celebraba Halloween.

—¿Ceremonia? —gritaba Jesús Coria—. ¿Pero tú en qué mierda has metido a mamá? ¿Tú has visto eso que hay ahí colgado? ¿Tú lo has visto bien? ¿Qué cojones…? ¿Qué clase de curso es ese?

María estaba sentada en el borde de su cama, con los brazos en tensión sobre la colcha. No miraba a los ojos a su hermano por costumbre, y ahora no era la excepción, aunque sí era la primera discusión que tenían en la misma habitación desde hacía años. Notaba cómo le ardía el rostro, quería levantarse y vociferar, trazar una figura hostil en el aire y mandarlo todo al diablo, su hermano incluido. Pero no quería convencerle de nada, tan solo defenderse, convencerse a sí misma, poder hablar claro por una vez, sin meditar si estaba contraviniendo algún razonamiento de Hutter.

—Esto ya es el colmo, ¡ahora tenéis el aspecto de lo que sois! ¡Una secta! ¡Una secta de pirados de la cabeza! ¡Y ya tenéis vuestro

uniforme! ¿Tenéis velas, tenéis copas de sangre y visiones místicas grabadas en DVD?

—Son túnicas del taller de costura, las han hecho los mayores y alguna que otra ama de casa —la voz de María sonaba contenida, una letanía, aprovechando que su hermano hacía una pausa antes de continuar gritando.

—Mira, no me cuentes historias, lo único que sé es lo que todos sabemos por las noticias. Estáis en el edificio de una secta, y me he informado, ese edificio se alquiló aprovechando que las licencias de construcción no estaban en regla en su día, estaba demasiado cerca del parque...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tiene que ver... Tiene que ver con que os he visto, os comportáis como un grupo muy raro, hacéis cosas de secta, y ahora tenéis un uniforme de secta. ¿Se puede ser más descarado? ¿Y qué os piden, dinero?, ¿os obligan a trabajar, a prostituiros?

—¡Tú no tienes ni idea! —el tono de María se endureció—. No sabes lo contenta que está mamá ahí ni lo bien que nos sentimos en el grupo. No vamos predicando ni nos piden dinero, y podemos donar sangre, si es eso lo que insinúas. No hacemos sacrificios ni estafamos a nadie, solo hacemos cálculos, juegos, aprendemos cosas, es un curso, pero un curso muy especial, porque Hutter es muy peculiar, es como un animador sociocultural...

Jesús Coria se apoyó en el marco de la puerta y se impulsó hacia el pasillo con un gesto de desdén.

—¡Y una mierda! ¿Y lo de la ceremonia? Suerte que os escuché anoche, si no ni me habría enterado de que os vais a ir una noche con vuestras velas y vuestros rezos.

María resoplaba, agarró un cojín.

—¡Qué velas!

—¡Me da igual! ¿Tú en qué estás pensando? Tú hazte *skinhead* si quieres, pero ¿por qué tienes que meter a mamá en esos rollos raros?

—¡Mamá se metió en esto solita! Y si no, pregúntale cuando venga a ver qué opina, a ver lo que te dice. Mira, ¿por qué no nos dejas tranquilas? ¿Por qué no te encierras en tu habitación como siempre a renegar por todo? ¡Es solo una reunión, con disfraz, sin disfraz, son cosas nuestras, son ex...!

—¿Experimentos? ¿Son experimentos? ¿Como lo de romper papeleras por la calle? ¿A qué coño jugáis? ¿Quién es ese Hutter?, ¿de qué manicomio ha salido? ¡Mamá está mala y no tendría que estar por ahí haciendo el gamberro como si tuviera quince años!

María se levantó y cerró la puerta de golpe cuando su hermano se acercaba de nuevo a la puerta. Este retiró los dedos a tiempo. Una chaqueta se descolgó de alguna percha.

Si Jesús Coria no quería violencia, ahí terminaba la discusión con su hermana. De hecho, ahí terminaba toda discusión familiar antes de que su madre regresara de la compra. Era un inquilino de treinta y tres años que, para postergar su estancia en el hogar materno, alegaba con frecuencia estar cuidando a su madre. Esta ya le había insinuado en más de una ocasión que se buscase novia, y una casa, y unos hijos, ya puestos. Su hermana y su madre estaban acostumbradas a su forma de protestar en voz alta a través de las habitaciones, pero últimamente le habían hecho callar demasiadas veces, desde que estaban en ese maldito curso. Tenían demasiadas armas en la lengua para hacer que se sintiera aislado en el hogar que le había visto crecer. Y la idea de salir de él precipitado por las malas relaciones familiares no era algo que le sentara muy bien a su acidez de estómago.

Luego estaba lo de que intuía que algo malo iba a pasar. No creía que la secta les fuera a dejar sin propiedades, ni que volvieran adicta a la heroína a su hermana, eso era exagerar un poco. Como mucho, esperaba que con el tiempo ellas se volvieran más cerradas de mollera, que empezaran a tener hábitos y compañías extrañas que le estigmatizarían a él también. ¿Más gente en casa? ¿Más gente *rara* en casa? Ni hablar. ¿Y su hermana? Una gorrona. Él trabajaba, y no por horas, él aportaba algo. ¿Y ella, qué hacía ella? Pues suspender todas las que pudiera y apalancarse de nuevo en casa de mamá, a ocupar el sofá.

Jesús Coria regresó malhumorado a su habitación. Buscó con la mirada dónde había dejado la cazadora y reparó otra vez en las túnicas.

Una ceremonia con túnicas y símbolos. No, su familia no iba a beber sangre ni iban a copular con animales, pero...

... Era demasiado siniestro, y el enfado de su hermana no había sido muy explosivo. Recordaba bien las acaloradas discusiones de María con sus examigas por novios o por plantones de diversa índole; recordaba bien cómo se ponía cuando de adolescente le impedían viajar por cuestiones de dinero. La veías taconear de furia, inclinarse hacia delante, fruncir el ceño y moverse alrededor bufando de rabia. Y miraba hacia arriba, no te sostenía mucho tiempo la mirada, pero atravesaba mil partes de tu cuerpo con sus ojos. No, tampoco era como cuando defendía su derecho a ver un canal de televisión o cuando se negaba a escuchar los consejos académicos de mamá. Seguro que había dado el portazo porque se sentía acorralada entre sus propias dudas.

Esa misma tarde había sesión. María acudió, ignorando su leve resfriado, su dolor de cabeza, ignorando que le apetecía estar encerrada en su habitación y pensar. Su madre, como siempre, en las filas de atrás. Todos sus compañeros en silencio, las ventanas cerradas, las persianas echadas, la luz, mortecina, el suelo muy limpio. Hoy no había aperitivos, no había música ni televisión. No había fotocopias esperando ser repartidas ni testimonios o actividades previstas. Hutter, impecable como un oficinista con pretensiones de ascenso, sentado en su mesa mientras Cathy proyectaba y centraba en la pantalla una serie de cálculos que el número uno ya ni se molestaba en cacarear.

La voz de Hutter retumbaba con mayor intensidad en la sala desde que no necesitaban el aire acondicionado. Su entonación cadenciosa, firme y persuasiva era un estímulo demasiado imponente como para ignorarlo. Sus palabras retumbaban en la cabeza de María, como en la de cualquier otro alumno, pero así y todo lograba escucharse a sí misma de vez en cuando.

—... de las reuniones —decía Hutter—. Aquí os hemos ido presentando resúmenes de los datos. Y un importante evento, como sabéis, va a producirse en las ruinas del santuario. Ya tenemos las túnicas de monje para que nos dejen entrar en la abadía —rio, haciendo girar la muñeca en el aire para alentar el buen humor del grupo—. Pero hablando en serio, existen determinados miembros del grupo que han de cumplir un papel especial en la ceremonia. Podéis creer en quien queráis. En Dios, en Alá, en la ciencia o en el PP, da igual, existe algo que escapa a los métodos ordinarios de escudriñamiento de la realidad, y nosotros vamos a presenciarlo, esta vez no sobre el papel ni sobre la pantalla; esta vez lo vais a ver con vuestros ojos. Puede que sea una lluvia de estrellas, un fenómeno iridiscente, una descarga eléctrica, no sé, pero lo veremos, los cálculos son muy precisos esta vez...

A María se le aceleró el pulso. «*Los cálculos son muy precisos*». Ella sabía de qué cálculos estaba hablando, lo habían tratado en una de esas reuniones de prelados con las bombillas del garaje medio fundidas, con alcohol, música, con aperitivos sobre la mesa, comentarios sobre el mal tiempo que hacía fuera, y en medio de todo aquello, confidencias y propuestas crípticas sobre hechos que vendrían bien al grupo, alumnos en el punto de mira de esos «hechos», qué alivio que no hubiesen hablado de ella. *Pero sí de mi madre*, pensó, estremeciéndose de remordimientos. ¿Qué iba a hacer?, ¿qué iba a decir? Si cada vez la tenían menos en cuenta a la hora de tomar decisiones. Era una calculadora más, una compañera conveniente que asentía a cuanto decían. Era un figurín que agradaba la libido de Hutter. Sí, María se había estado portando bien últimamente. Caía bien a todos, a Cathy, a Juan... Ya no sentía nada por Juan, él

tampoco parecía sentir nada por ella. Solo Hutter llenaba su… ¿qué? ¡Su nada! Sexo libremente ofrecido, experimentar con drogas, relajarse, olvidar, pensar en los pensamientos de los pensamientos, mirar al techo, siempre hay alguna araña que cuelga y se balancea…

¿Y qué había querido decir Hutter durante aquella reunión con eso de «dejar a los más débiles del grupo»? María había escuchado esas palabras como masticadas ociosamente con los cacahuetes. ¿En qué se habían basado Hutter y Villafranca para deducir con tanta certeza que eran los mayores del curso los que iban a cumplir un especial papel en las predicciones? ¿Qué predicciones eran esas? ¿Es que había faltado ella a alguna reunión de prelados y no lo recordaba? Solo eran números que insinuaban vagamente que había que involucrar al propio grupo, y lo de siempre, estimaciones de tiempos y lugares, sucesos de relevancia cuestionable encadenados, en su mayoría trágicos: parricidios, homicidios y excursiones. ¡Excursiones! Tanto tiempo aguantando incoherencias, esperando descubrir algo tangible, y resulta que era el año de nacimiento de…

Hutter seguía hablando, ahora se levantó de su asiento. Se sonó la nariz, alzó su dedo característico, abrió la boca… y tocó el hombro de varios alumnos de la primera fila.

—¿Tenéis ganas, verdad?

Hutter esperó el asentimiento generalizado.

—¿Verdad? —insistió—. Os aseguro que yo estoy muy emocionado, me comporto como el astrólogo que descubre a su pareja ideal levantando una carta astral, o como el biólogo que descubre una cura para uno de esos virus raros. Cuando empezó este curso, pensé que solo íbamos a ser como el programa esotérico ese de la tele, contar cuentos a la luz de la hoguera…, bueno, de las lámparas, y pasar un buen o mal rato escuchando historias de coincidencias en las fechas de las defunciones. Pero hemos trabado una amistad, un compañerismo… digno de elogio. Me siento orgulloso, de verdad.

Miró al grupo, luego caminó por el pasillo central. Devolvió un bolígrafo que se le había caído a un alumno y dejó la vista perdida en las escaleras, al fondo. Le asomaron las lágrimas.

—Ahora…, debéis entender que el grupo ha de estar unido y apoyar a los elegidos. ¿No haríais lo que fuese por un amigo, por un hermano? Eso sois para mí, amigos, hermanos, mi familia…

¿Qué son los elegidos? Venga, ¡habla claro!, demuestra tus cálculos, di qué te propones, ¿por qué a las personas mayores?, quería decir María, pero todo se quedó en un cosquilleo en la garganta, terriblemente atorada. Tenía puesta la mordaza mental de Hutter, con doble nudo de prelada incluido. ¿Para qué iba a preguntar? Si Hutter respondía por todos, siempre dando buenos razonamientos. Además, aquí estaban todos porque querían, ¿no? *No quiero que me pase lo que a Manuel…*

Todo el mundo era libre, ¡claro! Pues si a su madre, que era persona mayor por excelencia y por tanto susceptible de ser «elegida», no le interesaba eso de la «ceremonia», que lo dejase, y asunto solucionado.

—... Y para demostraros a todos por qué hemos elegido a las personas de mayor edad, vamos a hacer un pequeño cálculo que es una versión súper simplificada de lo que hemos hecho en las sesiones avanzadas. Tomáoslo así: si los médicos están venga deciros que tenéis una gastroenteritis y todavía no os lo creéis, a lo mejor le hacéis caso al vecino que os sugiere el mismo diagnóstico basándose en que él lo padeció y tenía los mismos síntomas. ¿No? Pues coged lápiz y papel, ¡rápido!, y seguid los siguientes pasos:*Coged las dos últimas cifras de vuestro año de nacimiento; por ejemplo, para el 1935 serán el 3 y el 5. Multiplicadlas entre sí. Luego multiplicad esa cifra por 37, un número clave en* Gematria *que hemos obtenido tras numerosas repeticiones de ecuaciones diferenciales.*

María realizó sus cálculos con celeridad, no por interés en saber su resultado, sino para disponer de tiempo antes de que Hutter siguiera hablando. Miró su carpeta, su folio, impoluto hasta ahora. Juan lo espiaba sin demasiada discreción. Ella ignoró a su compañero de fila y tamborileó con el bolígrafo. Contemplaba el papel sin parpadear. Esto tenía truco, como todos los juegos que proponía Hutter. Había que fijarse bien... *A ver, los números interesados, los números que nos da ya prefijados, el 37,* seguramente era esa la clave. No recordaba haber oído mencionar ese número a Hutter ni a los prelados, claro que repetían tantos números al cabo del día...

Hutter iba de fila en fila resolviendo pequeños problemas individuales de cálculo, como cuando aparecía un 0 en la última cifra de los años redondos. María garabateó una tabla con los múltiplos de 3, de 5... ¿Por qué había puesto ese ejemplo? ¿Cuándo había nacido mamá? Fácil respuesta: en 1936. ¿Y qué tenía de diferente de cuando se nacía en 1956, por poner un ejemplo?

Hutter devolvió varias calculadoras tras unos cuantos cálculos rápidos.

—Bien, id diciéndome algunos resultados. A ver, tú, Robert 98...

María estudió su propio número. No tenía nada de especial, un número de cuatro cifras, ni siquiera estaba segura de haberlo calculado bien. Se dio la vuelta para observar a su madre. Estaba muy atenta y callada. Y muy seria. ¿Se encontraba otra vez mal? Quien cuchicheaba era su compañera de asiento, ajustándose una y otra vez un pañuelo que llevaba al cuello.

—... Muy bien, pero lo que habréis descubierto algunos de vosotros... Veréis que algunos tendréis un número extraño, repetido, como el 222. De hecho, y si el azar no me juega una mala pasada, seguro que existen uno o varios alumnos con un número de tres cifras

iguales: el 111, el 222, el 333, el 444, y así…

Hutter se detuvo en mitad de la sala. Miraba con parsimonia a sus alumnos. Había algunos cuchicheando, otros estaban expectantes, la mayoría miraba su papel y a Hutter, alternativamente, como esperando los resultados de una quiniela.

—Ahora, me vais a ir diciendo quién tiene esos números redondos, solo nos harán falta del 111 hasta el 666, y si varios tenéis el mismo número, existe una regla muy sencilla para dirimir los cálculos. Vamos a hacerla rápidamente, pero esto solo lo tienen que hacer aquellos que tengan en sus papeles uno de los números que he citado, hasta el 666.

Cathy proyectó una plantilla en la que se veía reflejado un ejemplo numérico.

—A saber: *Hemos nacido en 1933. Solo nos interesan, como siempre, las dos últimas cifras, el 33. Sumamos 90 a ese 33 y obtenemos 123. Sumamos la primera cifra, el 1, a la siguiente, que es de dos dígitos, el 23. Obtenemos un 24. A ese 24 tenemos que sumarle una constante al cuadrado. Esa constante es la década del año, es decir, la primera cifra de nuestro año, el 3 en el ejemplo. Ese 3 al cuadrado es 9. Debemos sumar 9 a nuestra cifra anteriormente calculada, el 24* —Hutter estaba ahora junto a la pantalla y señalaba con el dedo—. *24 más 9 da 33, nuestro año de partida.*

Hutter respiró hondo. María lo miró con recelo, con mucho recelo. Enseguida, volvió la mirada hacia el proyector. Tenía mucho miedo de que Cathy o el mismo Hutter se dieran cuenta de cómo estaba mirando al orador, al profesor, al líder. *Otra vez números interesados*, pensó, tratando de sobreponerse a su nerviosismo. Ese 3 al cuadrado… Tiene que significar algo, si fuera la década de los 40 o de los 50… El número sería entonces 16 o 25, y seguro que no daría lo mismo, no daría como resultado el mismo número de los dos dígitos del año. ¡Hutter estaba manipulando los cálculos para que siempre señalasen a los de mayor edad!

—… os ayudaré a calcularlo —decía, rondando la silla de la madre de María—. A quienes les ocurra esto que acabo de comentar, serán los elegidos por excelencia —hizo una pausa dramática—. Comprobaréis que las predicciones tienen preferencia por la ancianidad. Eso es una señal de algo, de la importancia del tramo final de la vida…

Ahora Hutter disertaba sobre la pérdida de estatus del anciano en una sociedad donde priman los valores de tipo económico. María aprovechó para estudiar los números de los compañeros que tenía alrededor. Había trampa, eso estaba claro. Su madre estaba muy seria.

—¿Quién obtuvo el número 111? ¿Más de una persona? ¿Y el 222? *¿Y el 666?*

—Ese es el número de orden. El 111 nos reitera el número 1, el

primer lugar; el 222 nos reitera el 2, el segundo lugar, y así sucesivamente. Tenemos seis elegidos, del primero al sexto.

¿Elegidos para qué? ¿Para llevar primero las velas? A María le sonaban estos pensamientos. *Mamá, no, ¡no levantes la mano…!*

María alzó la mano, temblando… No, no lo hacía, se rascó la nuca, se inclinó para abrir su estuche con su simpático sacapuntas incorporado. Sonrió a Juan con una mueca huidiza. *¿Tú también sabes dónde está el truco, verdad?*

—… ¿Veis? —decía Hutter, carraspeando, mostrando unos ojos muy vivos y excitados, se diría que divertidos—. Con esta regla hemos podido separar entre nuestros dos compañeros…

¡No, que no diga su nombre!

—… Mariela 300 y Luis 63. Y, Mariela, siéntete orgullosa, tú tienes el 666, y tu año de nacimiento nos confirma de forma circular que eres una de los elegidos.

María se removió en su asiento con un nudo en la garganta. Tenía calor, y pensó en quitarse ropa para llamar la atención. Pero todo serían intentos fútiles. Ya estaba todo calculado y dicho. *Enhorabuena, mamá, eres una de los elegidos*. Restaba saber el «para», *¿elegidos PARA QUÉ?*

—Luis 63, no te apures. Todos disfrutaremos con el fenómeno que vamos a experimentar. Para casi toda la gente de a pie la ciencia es poco más que cosas que dicen en los telediarios, cosas de gente estudiosa que se complica mucho, y nosotros… Nosotros decimos que con nuestro sueldo no vamos a disfrutar de ese nuevo coche que vuela. Lo que vamos a ver es ese tipo de cosas que maravillan a cualquiera, experimentar ese placer en forma de cosquilleo sin que nadie nos acaricie ni nos invite a una copa. Y tú, Luis 63, vas a ser uno más, como yo, como el resto. Alégrate por tus seis compañeros aquí presentes, quienes van a encabezar y oficiar el acto tan solemne que…

María quería gritar, salir de ahí. *Me tomarían por loca, por inestable.* Quería levantar la mano para preguntar lo que nadie preguntaba, el dichoso «para». *Dirían «Qué poco paciente eres, cómo se puede ser tan egoísta para preguntar eso ahora, cuando ni siquiera los elegidos han abierto la boca. Es un honor que aceptan gustosos, TODOS aceptamos gustosos lo que venga, porque somos…».* María no tenía ganas de pensar más en lo que eran como grupo, ni en por qué la sensación de libertad y fuerza que le solían transmitir sus compañeros se había convertido en una mano opresora que le atenazaba el pecho. Aquí solo se podía abrir la boca sin miedo al silencio helado cuando decías lo que todos esperaban escuchar o cuando estabas dispuesta a aceptar y acatar la nueva interpretación que Hutter, o cualquier otro en su nombre, hacía de tus opiniones. Y María quería alegar que su madre estaba enferma, que no estaba preparada, que el día de la ceremonia tenía que hacerse

un cateterismo. Quería levantarse y decirlo, o susurrárselo a mamá para que lo dijera, ya, antes de que siguieran convenciéndola de lo maravilloso que era ser un elegido. Pero hasta los más maleducados del curso sabían cuándo no debían interrumpir, y ¿para qué interrumpir?, si Hutter tenía salidas para todo: «*¿Un cateterismo? Yo he conocido a muchas personas que por hacerse una prueba de esas luego han acabado falleciendo. A veces es mejor, cuando uno tiene una cierta edad, dejar que su cuerpo, que es muy sabio, decida, y no meterse en intervenciones quirúrgicas innecesarias que no hacen más que empeorar*». Lo escuchaba con nitidez en su mente, con su mismo vocabulario y entonación, con sus mismos argumentos. «*Cuando uno tiene una edad, sigue siendo IMPORTANTE, demasiado IMPORTANTE como para ponerse en manos de los médicos como si fuera una rata de laboratorio*».

La colonia de Hutter flotaba en el aire que todos respiraban (asfixiando a María). La sabiduría que su madurez y su voz transmitían se esparcía y lo impregnaba todo, como su aroma, y su enérgica figura rodeaba las filas y asientos de sus atentos alumnos. Su propuesta podía significar muchas cosas, casi ninguna nueva en el curso: una extravagancia divertida, una nueva lección útil para el día a día, una oportunidad para aparearse con algún compañero, una fiesta más, posibilidad de compartir, misterios narrados entre la comida y la bebida, conexiones simbólicas con seres queridos ya fallecidos... ¡Ah! Pero todos levantaban la cabeza y seguían con la mirada al número uno, sí que había algo muy nuevo en esta ceremonia, un sentido de corolario del curso, el fin de la materia a la espera de comenzar al año siguiente, la trascendencia de los conocimientos adquiridos, su verdadera puesta en práctica (el fin de la mascarada). El aroma de Hutter les hacía cosquillas en el pecho cada vez que tomaban aire, henchidos de emoción. Y no iban a estar solos en esto, no necesitaban compartirlo con personas de fuera que poco o nada entenderían: qué cosas más raras, cuánto número, cuánta charla abstracta. «¿En eso malgastas tu tiempo?», «¿Esta gente son tus amigos?», «Te van a sacar el dinero, ¡al final te sacarán todo el dinero!», («*¿Quién es ese Hutter?, ¿de qué manicomio ha salido?*»). ¡NO! Eran cosas, números y charlas muy concretas y comprensibles para el grupo de alumnos del curso. La materia del curso era muy tangible y satisfactoria (estremecedora) para quien sentía la (inquietante) mano amiga de Hutter sobre su hombro, las miradas de aprobación, las sonrisas de sus compañeros (la desaprobación). Y también constituía un tema perenne de conversación, un (excluyente) modo de vida que consistía en observar, en escuchar, en ayudar al compañero para que todos pudieran comprender la lección. Todos con diploma de aprovechamiento, todos satisfechos con su nuevo currículo, con su nuevo grupo de referencia, ya sabían con quién cenar, con quién

celebrar el cumpleaños y a quién invitar a la boda. Ya sabían a quién acudir cuando tuvieran problemas, ya sabían en quién creer cuando la vida se les hiciera cuesta arriba, y ante todo ya sabían qué dirección tomar de entre todas las bifurcaciones posibles (bifurcaciones cerradas de antemano).

¿Podía una persona sentirse más aceptada? ¿Podía alguien sentirse más seguro? ¿Podía sentirse más importante y necesario para los demás que siendo un elegido para iniciar algo tan grande?

(¿Podía alguien sentirse más aterrorizado?).

4

ANUARIO DE 1982

Wimbledon, sábado 3 de julio

El norteamericano Jimm Connors se impone a su compatriota John McEnroe en la final del máximo trofeo internacional de tenis del Reino Unido, por 3-6, 6-3, 6-7, 7-6 y 6-4.

Adelante, pasa, ya no necesitas lámpara alguna. Un halo de luz fantasmagórico te guía, te señala el umbral. No preguntes desde qué ventana se cuela esa luz, ni qué es en realidad esa iluminación; ¿para qué? Puede que sea la chispa de un horno eléctrico de inducción, puede que sea un fuego sobre un bidón de combustible, o puede que sea la luna. Sí, así, sigue aferrándote a explicaciones racionales, ahora que te duele el cuerpo, ahora que ya te consideras menos muerto viviente y más moribundo. Sí, así, recorre esa improvisada alfombra de cartones, observa con asco las flores marchitas que hay clavadas con chinchetas al marco de la puerta, y embriágate del hedor a azufre mezclado con orín, sudor, frutas podridas… Es tan fuerte que ya se te ha olvidado que tú tampoco hueles muy bien, que digamos.

Eso es, sigue aferrándote a los sentidos, al empirismo, que diría Hutter en su vocabulario de seudocientífico. Olvídate de todo eso de la Creación, del Caos con mayúsculas, de los números que representan a la materia y de la materia que puede manipularse tirando a unos ancianos al agujero. Cuando cruces esa entrada (no tiene puerta, solo bisagras sueltas), lo que verás tan solo será un secuestro, y tú, que tan bien sabes manejar un arma, sacarás a tu hermana de allí, le lavarás la cara, pues estará muy sucia, le darás de comer (¿cuánto hace que no comes ni bebes tú?) y todo será…

La túnica de Hutter emite un rozamiento al extender el brazo, como un siseo. Llama la atención del hombre demacrado y ansioso que le acompaña, oh, sí, llama mucho la atención, porque le señala con ese sonido tan preciso y efímero un engendro de hierro galvanizado que pretende simular una cama.

Cuando ve la pierna desnuda y aceitosa enredada entre trapos mugrientos (bajo esta luz y con ese olor, todo parece mugriento), entre caballetes mal asentados e hilo industrial, no la reconoce. No tiene un recuerdo muy claro de cómo eran las piernas de su hermana, no iba a la playa con ella desde hacía mucho, no se fijaba cuando salía de la ducha ni se la había encontrado nunca mientras se depilaba. Así que para cerciorarse de que el resto del trémulo cuerpo le pertenece a

su más cercana pariente, traga saliva, o algo, mueve ese músculo pegajoso que aún se llama lengua, y da un paso más al interior. Algo cruje sobre estas baldosas sucias, algo está dispuesto a hacer que cada gesto en esta estancia sea desagradable. La túnica de Hutter cruje ahora en un extremo, se escucha el tintineo de una bandeja con cubiertos, hierros, llaves... El cultor espera en las sombras, muy cerca de la hendidura a través de la cual se cuela el halo de luz.

Tampoco reconoce el torso y abdomen semidesnudos de la mujer (es una mujer, eso sí es evidente) que se agita apenas entre vendas o algo deshilachado que da vueltas y forma nudos por debajo del improvisado armatoste de hierros, mal acolchados por esponjillas de sillones. ¿Quién ha pretendido que esto se parezca a una cama? Tan solo una palangana debajo del caballete le da una pizca de realismo cotidiano a la escena, aunque sea con un útil anacrónico para una joven como esta... Tan...

Está muy sucia, muy sucia... Casi no puede pensar en otra cosa, en que debería lavarla, en que no podrá llevársela de aquí hasta que no le quite esos chorretones verdosos. *¿Qué es eso?* Quizá se vea verdoso porque no hay luz, quizá sea producto de la sugestión amorfa a la que le ha sometido Hutter. Pero tiene que ser María, no recuerda si era así su ombligo, ¿y tenía un tatuaje en el costado? No, no, solo es una mancha más. Y puede ver parte de su pubis, eso tampoco lo reconoce, ni quiere fijarse demasiado. Prefiere dudar a pensar que esa es su hermana, tan sucia...

Hutter calla. Y él puede seguir postergando enfrentarse a la realidad, ignorar el busto de la mujer, acostada bajo el soporte articulado a modo de lámpara de quirófano que se alza muy por encima de donde debe de estar la cabeza de su ¿hermana?

Se quita la bufanda y la tira al suelo. Tiene calor, se remueve, molesto, palpándose el abrigo, nota su arma, las botas le rozan, le aprietan; se mueve, le gustaría que el aire se colara por su cuello y por entre la hebilla de su cinturón. Mira a otro lado, una mesa con útiles estrafalarios: cubiertos, frascos, muestras de mineral. En el otro lado, Hutter ¿sonríe? No le ve bien la cara, está rígido, muy rígido, con las manos apoyadas en un chisme que bien podría ser una estufa eléctrica, o una mesa auxiliar con bandejas llenas de tubos. *¿Qué es?*

Sigue sin poder mirar, pero ha venido a eso. No importa la suciedad, se puede limpiar, pero tampoco es...

Se fija en el brazo de la persona que yace y tiembla como si fueran sus últimos estertores. El miembro está amordazado con otra de esas vendas, pero tiene movilidad, incluso cuelga junto al caballete, casi toca el suelo. Una cucaracha corretea por el laberinto de hierros. Y eso es lo malo de este tipo de suciedad, que es la que acompaña a la putrefacción. Y no quiere afrontarlo todavía, no quiere recorrer ese

brazo hasta el hombro también desnudo (y muy sucio, o tal vez es el cabello, adherido como algas muertas), pero no le queda más remedio, porque ha reconocido el reloj, su forma pequeña y cuadriculada, el color, aquí no se distingue muy bien, pero sabe que es lila, es de esos que brillan en la oscuridad, y conoce los puntos y los semicírculos de su diseño moderno, como ojillos de ratas esperando darse el festín, qué apropiado.

La parálisis que siente es tan duradera que se asombra de que Hutter no siga con su discurso, si es que queda alguna lección que dar, alguna justificación para la persona abatida y maltrecha que se revuelve, privada de su dignidad, en su propia y blasfema crucifixión.

Ve volar un insecto, comete el error de seguirlo, y se fija al fin en quien lleva, posiblemente, un buen rato observándole con ojos vacíos y lejanos. Por un momento, siente alivio, *es solo Rocío, moribunda y ultrajada Rocío, no es María, y lo que huele tan mal es su pareja, muerta, desangrada por la paliza que le han dado, una lástima, pero…*

María *(sí, ¡María!)* le recuerda a un pez que abre y cierra la boca de manera agónica, que mira sin ver a la erguida figura de negro, quien le evita el contacto visual, tiembla como ella, teme no poder sostenerse. Él busca a Hutter otra vez (este lo observa, imperturbable y sombrío incluso sin su capucha), luego mira al frente: un visillo de oficina, una persiana echada, de ahí no proviene la luz, esta viene de un lateral. Entonces va a mirar a su izquierda para averiguar de dónde…

—Aa… Abri…

Se sobresalta, se sujeta el pecho para no mostrar debilidad ante Hutter, si es que no ha mostrado ya suficiente. Se encuentra de nuevo con los ojos de pez, solo que ahora brillan, enfocan, tienen vida otra vez, y su mandíbula, su cuello. Algo cae al suelo, como migas de pan, el pelo sí es suyo, es de su hermana, es igual de oscuro, incluso más, pero es el de María, es su flequillo, son sus cejas curvadas, sus mejillas, que se hunden cuando comienza a hablar. No es su voz, eso no lo reconoce, por eso se asegura, la mira de nuevo a los ojos, sigue escuchando su murmullo, pero no lo entiende, mejor lee sus ojos redondos, de pequeña los tenía más saltones aún, y era muy graciosa cuando te pedía algo, era como un teleñeco, no veías su boca, muy abajo de su afilado rostro que inclinaba para mirarte como de reojo, desde abajo, con una timidez pícara…

—Abrigo…, esse abrigo…

Se acerca para que ella deje de agitar el brazo, para que pueda agarrarle el abrigo, *nena quiedde abrigo*, es solo una niña pequeña que te mira con sus ojazos inocentes, y quiere coger el abrigo, *toma, bonita, el abrigo, el abrigo.*

Hutter carraspea, más bien regurgita algo, un aviso de su voz, el

suelo emite crujidos.

Él se detiene en el acto, da media vuelta; sus fuerzas, un recuerdo de sus fuerzas, podría haber sacado el arma como un relámpago y haberle volado los sesos al cultor, pero es que se siente tan culpable. Como si al sacar el arma con ímpetu le fuera a dar un codazo a su hermana. Y no la ha dejado coger el abrigo, qué mal hermano, qué antipático.

—¿Qué le habéis hecho? ¿¡QUÉ LE HABÉIS HECHO!? —no tiene el arma, pero apunta con el dedo.

Hutter se mueve con parsimonia y suspira. Y él no dice nada, le espera, su hermana gimiendo detrás, y él espera, porque la respuesta es tan evidente. Aquí... Aquí también huele a sexo, a semen, aunque bien podría ser olor a pescado podrido, todo sigue oliendo a podrido, incluso ese armario cerrado a su derecha, ahora que repara en él. Si no fuera por sus puertas metálicas abolladas le habría parecido un ropero.

—Hutter... —gruñe él, ahora temeroso de la respuesta.

—Fecundación. Ella no cambió, pero era de los nuestros, seguía siendo de los nuestros, solo que faltó a la ceremonia.

La voz y las palabras de Hutter suenan melodiosas, apacibles, *normales*. Como si hubiera recuperado su talante, su carisma, allí, en las sombras. Podría haber pasado por un anciano apuesto, fuerte.

—Lo sé, tendríamos que habernos ocultado en un hospital con camas de verdad, y no en esta pocilga, perrro ya sabes, el cambbio... Hay detalles que ya no les imporrrta demasiado, pero la tratamos bien, solo es fecundación, experimentación, es pronto todavía para saber si...

Cuando Hutter quiere darse cuenta, unas manos agrietadas y huesudas le atenazan el cuello, su cabeza repiquetea contra una estantería junto al armatoste, que por lo visto tiene ruedas, porque se desliza a un lado hasta chocar con una pared emitiendo un cascabeleo peculiar.

¡HIJO DE PUTA, LOCO ASESINO, LOCO ASESINO!, pero de su boca solo salen babas mientras zarandea y golpea al cultor. Sus efluvios se mezclan, y por un momento no huele otra cosa, no quiere oler otra cosa que el hedor que desprenden ellos dos, y la sangre que quiere ver derramada, pronto.

María gime, su improvisado camastro chirría, el suelo siempre cruje, la cabeza de Hutter también cruje, ya le parece oler la sangre, las manos arrugadas del cultor no son capaces de hacer otra cosa que aferrarse a su abrigo, le tironea de ahí como seguramente habría hecho su hermana, para ver si es real, si ese de verdad es su hermano. Le gustaría mirarla ahora, comprobar por qué se remueve tanto, tranquilizarla, hacer las paces con ella, decirle que la quiere, pero

primero ha de acabar esto, no puede darse la vuelta, porque si flojea el cuello se le abrirá, los brazos le sangrarán y olvidará lo que tenía que haber hecho desde que entró, y después ya será demasiado tarde, porque Hutter hablará y hablará y le recordará que toda esta ciudad ya no es una ciudad, sino…

… Un sueño. En su cabeza bailan todas las constelaciones, lo macroscópico, las luces, el halo, un baile, una música acompasada, los dolores regresan, pero solamente se fija en sus rodillas, que se doblan. El suelo y su cabeza han crujido, pierde a Hutter de vista, no a su túnica, ahora puede ver también el techo, y el rostro encapuchado de alguien, otra mujer con puntos negros en la cara, que no sonríe satisfecha ni se burla; los ojos empiezan a nublársele de tanta penumbra, la cabeza no la puede mover, es mejor así, ya ni recuerda que le duele.

Termina de caer de lado, y el armario abierto es lo último que ve antes de perder la consciencia.

5

ANUARIO DE 1982
Madrid, miércoles 7 de julio
Los Rolling Stones actúan por primera vez en España.

¡Ojos cerrados! Mueve los ojos con los párpados cerrados, describe círculos, así, una vuelta, dos vueltas, tres vueltas...

María estaba sentada y habría preferido estar acostada, sí, eso habría sido lo más apropiado para un ejercicio de imaginación. Escuchaba la respiración de Constanza *no-me-acuerdo-de-su-número*, la de Juan *tampoco-me-acuerdo*, la de un compañero resfriado detrás, y la de todos, como si fueran la ráfaga del aire acondicionado. La presencia de Hutter era su voz. Si abrieran los ojos seguiría siendo solo una voz en la oscuridad, o como mucho una silueta volátil. Sus pasos eran los de una aparición. Un golpe, dos golpes..., y todo el mundo preguntándose si esos pasos procedían del más allá. No, era mejor concentrarse en su voz poderosa, pausada, que se desplazaba rauda y eficiente por toda la estancia y burlaba los obstáculos del mobiliario y el ruido urbano exterior.

¡Ojos cerrados! Mueve los ojos con los párpados cerrados, describe círculos, así, una vuelta, dos vueltas, tres vueltas... Y ahora, empezamos.

—Empezamos —susurró Hutter.

María, con la cabeza gacha (como todos), aguzaba el oído, prefería concentrarse en eso a mover los ojos, esto último la mareaba. Esperaba que Hutter, poco a poco, se fuera hacia las filas de atrás, escuchar sus pasos de fantasma sobre el suelo encerado de por allá. Habían vuelto a limpiar el local, qué bien, se acercaba lo grande, había que estar engalanado, en todos los sentidos.

Pero Hutter tardaba mucho en desplazarse.

¡Empezamos!

—Ya has bajado del autobús, ya has puesto tu calzado sobre la fina tierra, el aroma de las matas húmedas te llega con la brisa fresca, hace una buena noche, el avance es fácil, tus compañeros te ofrecen una mano cálida por si tropiezas, todo está bien, te sientes bien, ligero, ligera, como el viento, como un pastor acostumbrado a andar por los montes. Te encaminas hacia el santuario, con una agradable sensación de libertad y comunión con todo lo que te rodea y con tus amigos. Tus temores ya no te impiden avanzar, cuanto más piensas en ellos, menos

te cuesta caminar y dejarte llevar. La saliva en tu boca sabe bien, tus músculos los sientes fuertes, tu mente está despejada y gozas de la brisa que te acaricia la frente, las manos desnudas. El aire es fresco, no mucho, pero la túnica te abriga, la túnica es cómoda...

María sentía húmedas las axilas, estaba encorvada, le dolía un poco la columna, pero era peor si se movía, si se resistía a la sugestión. No quería seguir imaginando nada, ni túnicas ni santuarios. Pero visualizaba cómo su madre respiraba con dificultad, cómo se sujetaba el brazo izquierdo mientras avanzaba entre las piedras con el rostro mortecino bajo la capucha; nadie reparaba en ello, porque nadie la miraba a la cara, maldita capucha, pero María sí, ella iba a su lado, ella la sujetaba, le rogaba que no siguiera, que regresara a casa, con sus hijos.

¡Cambio!

—Cambio —susurró Hutter.

Un paso en alguna dirección. No daba tiempo a más, no habían llegado al santuario, tampoco habían abandonado el sendero, el viento regresaba con la voz de Hutter como el narrador supremo de sus pensamientos:

—Estamos, todos, recorriendo el sendero, ascendiendo, dando suaves vueltas en espiral. El santuario está arriba, muy cerca. Es una construcción de colores que a la luz de las linternas se ven un poco apagados, con desconchados fruto del tiempo, pero de muros, contrafuertes y techumbre firme, solemne. Sobresale, apuntando hacia un cielo maravilloso y estrellado, y su puntiaguda torre nos señala la trascendencia de un pasado que enlaza con nuestro presente. Caminamos sin esfuerzo, respirando hondo, sonriendo. Nuestro presente es maravilloso, porque la torre nos señala hacia dónde debemos ir, allá arriba, tal vez. Miramos arriba, la inmensidad del cielo nos sobrecoge, nos quedamos quietos, respirando hondo el aire puro. No hay coches, no hay humo, no hay ruidos...

María sentía náuseas. El cielo era tan inmenso..., tanto como la caída. Miró hacia abajo, se había soltado de la mano, ¿de quién?, ¿de Constanza, de Juan?, ¿de mamá? El sendero le daba vueltas, era de barro, se iban a caer, todos, era demasiado estrecho, muy pronunciada la caída, todo un abismo en el que no se veía el fondo, solo la falda del monte al otro lado, escarpada, pelada. No podía dar ni un paso más, le faltaba el oxígeno, intoxicado por la fría voz de Hutter que se le metía hasta el esternón. Los dedos de las manos, hinchados, le dolían. No se había puesto la maldita túnica, no llevaba nada, estaba desnuda, y Hutter la observaba con deseo y desprecio a la vez.

¡Cambio!

Quería abrir los ojos. No podía, tampoco podía moverlos, y se le habían helado los tobillos. Se aferraba a algo, ¿a qué?, un matojo, una

piedra, una mano, no quería caer, no quería… No podía llegar allá arriba. *¡Mamá, no vayas, no vayas con ellos!*

—Cambio —susurró Hutter.

Un susurro expelido desde alguna esquina de la estancia. Una ráfaga. Un paso como una levísima agitación de la tierra, la tierra por la que caminan hacia el santuario, con el aire fresco cargado de susurros, el viento que agita las ramas, las capuchas, las hojas caídas; el viento que les favorece la ascensión y acaricia los bordes del santuario sin erosionarlo, sin perturbar su belleza ahora que lo miran. Podrían seguir mirándolo y no envejecería, no se llenarían de tierra sus ventanas, sus hendiduras, no se agrietarían sus muros ni se oxidarían sus estructuras. Seguiría siendo un símbolo mientras el susurro continuara guiándoles y llenándoles de fuerza y de paz.

Un susurro muy frío. Calor en las axilas de María, frío en el cuello, en la cara, en las piernas, los tobillos congelados… Inmovilidad, temblor, tensión.

—Abrís la boca y respiráis a través de ella. Vuestro paladar se apropia del regusto del tomillo, de la humedad rebosante en el romero, y calma vuestra sed de veranos pasados de infelicidad, vuestra sed de espíritu. Vuestro pecho se hincha. No sentís hambre ni sed, no estáis cansados; más aún, os sentís con energía, como si fueseis mucho más jóvenes. El aire fresco y dulce acaricia las hojas de los arbustos, rebota por las rocas, escala declives, acaricia los muros del santuario y regresa a vosotros con un susurro de aromas, de flores exóticas…, sí, en su día aquí hubo flores exóticas de vivos colores, rojo, púrpura… Lo que vais a presenciar con vuestra vista, vuestros oídos, vuestro tacto, vuestro gusto, allí, en ese lugar que pisáis, en ese lugar al que ya estáis llegando, está señalado bajo el edificio, es producto de una sabiduría pretérita; señales bien aprovechadas, perseguidas por un grupo de buenos observadores. Esos somos nosotros, observadores que han llegado a lo más alto del sendero, observadores preparados para sentir…

… La angustia, la humedad que erosiona el tórax de María, que la obliga a encogerse de dolor, incapaz de coger a su madre de la mano, incapaz de sujetarse a sí misma. Cae, se tapa los oídos, no encuentra asidero, abre los ojos, ¡no estoy en el curso!, se chilla sin mover la mandíbula, sin despegar la lengua del paladar, sigue sin oír, sin querer escuchar la voz de Hutter, el golpe, el golpe contra las rocas. Puede mirar hacia arriba, un último acto de libertad, pero solo ve puntos de luz danzantes, burlones espíritus de la oscuridad que la han expulsado a ella. «¡Ya no perteneces aquí, deja a tu madre morir en paz con nosotros!». Y luego decide que puede seguir con los ojos cerrados, que da igual, que para ver sus rostros ensombrecidos y conspiradores no necesita tenerlos abiertos. Por un momento goza de lo descontrolado del aire fresco en un inútil

intento de retener su caída, disfruta del abandono que tan bien hace a sus músculos congelados, pero luego escucha, siente, el impacto que revienta sus pensamientos hacia arriba y escupe fragmentos de hielo de María, y la devuelven a la velocidad de la luz hacia aquellas luces danzantes, pero yerra, se estrella contra los bordes del barranco y se pierde en la oscuridad…

María se convulsionó en la cama. Estaba destapada, sudorosa, temblorosa. Había derribado la lamparilla, había tirado el paquete de pañuelos de la mesita de noche. Tenía la boca abierta y respiraba a jadeos, y los ojos abiertos, buscando luz en las rendijas de la persiana, a través del visillo, bajo la puerta, en el teléfono móvil sobre el escritorio…

Su corazón, acelerado, iba recuperando un ritmo más lento, y junto a ese nuevo compás se instauró una realidad más coherente y conocida, lejos de los senderos de la mente de Hutter, fuera de santuarios y sus oscuras ceremonias. Aquí, en esta realidad de colchón y sábanas de tacto familiar, podía sobreponerse y escuchar los ronquidos de su madre, sin suspiros, como un tronco aserrado en una sola dirección. Deseaba seguir escuchando ese ronquido, la ayudaba a dormir, la arrullaba, le recordaba que su madre seguía ahí, con ella, con su hermano. Que al amanecer prepararía el desayuno con la misma vieja tostadora, y escucharía los mismos programas matinales que tantos recuerdos de días pasados le evocaban, días en los cuales todavía no conocía a Hutter, días en los cuales podía reservar la tarde para hacer otras cosas, aunque fuera aburrirse, sin mirar primero el calendario del curso. ¿Desde cuándo tenían ese calendario?

Buena pregunta, como tantas otras que le gustaría hacerse antes de volver a conciliar el sueño. O las pesadillas.

6

ANUARIO DE 1982
Estocolmo, miércoles 11 de agosto
El fabricante de brújulas Jan Soderberg saca al mercado una brújula, la deriva de cuya aguja no señala el norte magnético, sino la dirección de La Meca.

Cuando abre los ojos, parpadea cinco veces seguidas, luego varias más, hasta cerciorarse de que, en efecto, está a oscuras. Se nota las pestañas húmedas y pegajosas. ¿Ha llorado?, ¿ha sido por el golpe? Recuerda el golpe, recuerda el rostro de aquella cultora, si es que era una mujer, y no un horrible cultor de rostro enjuto con pecas o acné juvenil purulento. También recuerda la maldad desapasionada y enfermiza de sus ojos.

Intuye dónde está. En un cuarto pequeño y cerrado que huele a humedad y a productos de limpieza. Se desentumece con cautela, y reconoce la forma y el tacto de una fregona, la densidad voluminosa de lo que debe de ser un armario. Se cuela algo de aire bajo la puerta que tiene enfrente, incluso una débil franja de luz. Se endereza, le duele el cuello, el pecho... Sí, la situación le resulta familiar. Le han golpeado a traición y lo han encerrado en el cuarto de la limpieza. Ha dormido y ha despertado, pero todo está igual de fastidiado que de costumbre.

Se palpa el cuello, también mojado. Es como si su piel estuviera exudando toda la grasa que le queda, o quizá es por la humedad del cuarto que se nota adherida a los pelos de la nariz como si acercase la cara a un cazo con leche hirviendo. Tal vez sea por el azufre, tal vez. Hay más posibilidades que opciones de acción al estar encerrado.

Ya no siente el fino hilo de la bufanda rozarle la papada. Alguien se la debe de haber quitado. Se toca el resto del cuerpo, choca su codo contra un carrito con bolsas. No lleva la pistola, los dedos se le crispan al hurgar más allá del forro de su abrigo, del jersey; le duelen, como si estuvieran hinchados, vaya novedad. Intenta tragar saliva, destensar un músculo de la mandíbula. Ahora mordería algo, lo que fuese, su propia lengua incluso. Puede que así calmase la rabia. Puede que así dejase de pensar en lo cerca que ha estado de abrirle la cabeza a Hutter, el único abandono brutal que habría disfrutado de verdad desde que se ha convertido en carne con olor a muerto.

—¿Ya te has desperrrtadoo? —canturrea una voz.

Se muerde la lengua, y algo ácido *(¿la sangre es ácida?)* se desliza garganta abajo. La voz de Hutter, como una macabra psicofonía de cine de serie B, resuena tras los muros y se amplifica como si procediera del escurridor de un cubo de fregona.

Trata de ponerse en pie y su hombro choca con el pico de la puerta del armario. Cae de nalgas y su brazo a medio remangar derriba un bote de plástico. Un líquido viscoso le salpica los dedos. Retira la mano de inmediato, temiendo que el producto de limpieza le escueza en las llagas abiertas, en las heridas, en lo que tenga en la piel.

—No es un sitio muy cómodo —sigue diciendo Hutter desde afuera —, pero mis adeptos querrrían dejarte en un sitio peor, con los cadáveres, con los animados y los inanimados. Pero nooo, tú errres más importante de lo que creen, de lo que tú missmo crees. Deja de moverte, te harás daño. ¿Sabes qué día es hoy?

Se siente estúpido mirando la línea de luz bajo la puerta. Tiene la impresión de que por allí le está observando Hutter. Su lógica de supervivencia, la misma que le ha mantenido en sus cabales (por decir algo) desde que se decidiera a pegar tiros, le dice que el cultor está tras la puerta, aunque su voz parezca provenir del suelo o de algún conducto de ventilación. Y lo peor de todo es la eufórica sensación de que necesita seguir aquí para matar a estos locos, para abandonarse al subproducto violento de los pensamientos que le han mantenido en un estado más o menos sereno desde que se mirase el rostro demacrado en el espejo por primera vez. Sí, no se está tan mal aquí, escuchando la voz de Hutter, esperando una oportunidad para acabar con él, porque el rostro afeado del cultor es como una pelota antiestrés, y cree que podría seguir golpeándolo sin riesgo a matarle, mamar de su cuerpo inmortal (a golpes y mordiscos), seguir bajo su falda o túnica de creador de la vida (o de la muerte). La cabeza le empieza a zumbar como el pecho. Junta las rodillas y busca dónde apoyar la espalda, pero una pieza de plástico curva se lo impide.

—¿Es que no me oyes? ¿Sabes qué día es hoy? ¿Sabes la fecha? Te aviso de que el golpe ha sido más fuerte de lo que yo hubiera deseado. Has dorrrmido mucho y está a punto de amanecer. Debías de estar cansado, ¿no?

—Navidad, Navidad, dulce Navidad... —El hombre que permanece encerrado entona la canción sin gracia, como en una agria burla.

Así que al final es cierto, piensa, agarrando el mango de fregona, escoba o lo que sea, *he echado una siestecita, y esto de mover las mandíbulas es porque me han entrado ganas de desayunar*.

De súbito, se da cuenta de que no conoce la letra del villancico, así que la silba entre soplidos. De sus labios agrietados se escapa un silbido paralelo más profundo, el de su pecho, que se acopla con la melodía principal.

—Las... fechas son imporrtantes —dice Hutter—. Tiene gracia que hoy celebremos el nacimiento de Jesucristo, tiene grracia que sea hoy cuando debemos hacer el sacrificio para traer a Dios de vuelta.

—¿Sí? —dice él, lánguido, más preocupado de sacar el mango de la fregona de donde está atascado.

—En realidad, ni siquiera es cierto que Jesucristo naciera en el año 1. Las investigaciones sobre el perrrsonaje histórico datan su... *urrr,* venida al mundo hacia el año 4 antes del calendarrrio cristiano. Ni es cierto que su festividad haya sido siempre el 25 de diciembre, sino el 25 de marrrzo. Y, aunque fuera cierto que naciera en el año 1, no se designó ese momento como el comienzo del tiempo «nuevo», sino que se comenzó a contar como el «año 1», sin el cero, con lo que nos hemos saltado un año de historrria...

Hutter tiene madera de profesor, por su entonación, por su claridad de ideas y por su capacidad de expresión, a pesar de estar mermado por tanta repetición de erres. Hutter es un loco y un orador nato. Hutter es un ser despreciable al que quiere seguir escuchando, pero también desea que abra la puerta para meterle el palo de fregona por la boca.

—Es hoy, ¿sabes? A pesar de todo, es hoy, porque el simbolismo es importante —prosigue Hutter—. Debemos rrregresar al santuario y sacrificar a la embarazada...

Por fin logra apuntar con un extremo de la fregona a la puerta. Se la queda mirando, ausente por un instante a sus intenciones violentas. Rocío. Su embarazo.

—... Aunque debes ser tú quien la sacrifique. Sí... Has oído bien. Sé de qué pasta estás hecho, sé que no supondrá ningún prrr... problema. Es imporrtante, ¿no lo sientes? Debes de sentirlo en tu interiorrr, caíste al agujero, sobre la espiral, y esta se comprimió... Así que debe de estar en tu iinterior... Los números no son del todo rreveladores, pero sí, eres tú. Tienes el Caos dentro, y está destrozando tu carcasa de tejidos, se desata inevitablemente hacia una nueva expansión descontrrrrolada... No podemos consentirrlo, ¿me oyes? Debemos corregirr este desastre...

A él le gustaría replicar cada uno de esos argumentos de científico loco, pero no está rápido de reflejos, su lengua, que se remueve nerviosa, solo parece dispuesta a mandar a la mierda al cultor.

—Cállate —le dice.

Una de sus botas topa con una pila de rollos de papel.

—¿Todavía no lo has comprrendido? ¿Todavía no me crees? Suenan descabelladas mis teorías, ¿verdad? Aunque no tanto, si entendieses que todo esto ya se había propuesto desde rramas científicas más ortodoxas. Mira, las parrtículas no solamente se ven influenciadas por causas próximas..., sino también por causas lejanas.

Todo está interrrconectado. Todo esto es Física, adecuadamente encauzada, clarro está...

—¿Qué quieres de mí, pedazo de demente, que mate a esa pobre desgraciada? ¿Para qué? ¿Es que te resulta morboso matar a una embarazada? ¿Y luego que harás, comerte el feto? —se sorprende de lo fácil que le salen ahora las palabras; mueve la lengua con soltura, *eso es, muerde, muerde...*

Pero la risilla frenética de Hutter le llena de ira. Lo escucha ahora como si estuviera dentro del armario, espiándole, burlándose.

—Podrría decirte: *Si no colaboras, tu hermana morirá*. ¿Te gustaría eso? ¿Quieres que lo hagamos así?

Él aferra con fuerza el palo, agita la pierna contra los rollos de papel, aprieta la mandíbula.

—Mira... —prosigue, sofocando la risilla—. Nada de eso es necesario. ¿Matar a tu hermana? Ella me gusta, o me gustaba, mi cuerpo y mi mente no están en su mejorrr momento, pero eso ya no imporrta. Ella ha sido ofrecida a sus viejos compañeros, a quienes traicionó al faltar a la ceremonia. Ella estará deseando morirse ahora mismo, ¿y quién no? Despuéss de lo que ha vivido, de lo que ha visto... Ya ni siquiera nuestro credo la motiva, ¿para qué quiere seguir viviendo? Cathy le quitarrá las pocas ganas que aún le queden...

—¿¡QUÉ LE ESTÁIS HACIENDO, DESGRACIADOS, QUÉ LE ESTÁIS HACIENDO!? —estalla él, golpeando la puerta con el mango de la fregona, luego con la bota.

—Sssh. ¡Tranquilo! Así no ganass nada. ¿Tú sigues con ganas de vivirr? ¿La embarazada, crrees que seguirá con ganas de vivir aquí, después de todo esto? ¿O acaso crees que mi objetivo era crear este horrorrr? Con eso de que no pecarás de pensamiento, palabra, obra u omisión... es muy difícil no pecarrr, ¿no crees? No, mi querido Jesús. A nadie le gusta esto, nadie lograría salir con su salud mental intacta de todo esto, ninguna concepción del mundo puede permanecerr intacta después de este descubrimiento, ni siquiera los que se atreverían a tildarlo de satánico. ¡Tú! —recalcó haciendo sonar la puerta con algo hueco—. Tú matarás a la embarazada en el mismo lugar de la cerremonia, y yo estaré allí para contemplar contigo la llegada de la espiral, y tu turbulencia interna se calmará, Jesús, se calmará. Ninguna disculpa podría deshacer esto, pero sí los HECHOS, y el hecho es que tú deseas la paz, ¿verdad? ¿Podrrías negar eso?

—No... No podría negar eso, como tampoco niego que deseo... ¡ABRIR ESTA PUERTA Y ARRANCARTE LA CABEZA!

Una patada, dos, tres, se muerde la lengua otra vez, escucha los golpes, sus zumbidos, a Hutter diciendo algo allá fuera, el palo se agita, choca, se atasca, varias botellas caen de alguna estantería. Presta atención de nuevo a la voz del cultor que sale del armario,

insidiosa:

—Tu hermana y tu madre encontraron en mi grupo lo que andaban buscando. Ahora..., piensa en lo que buscas tú, y en ese momento logrrarás salir del cuarto sin necesidad de dejarte los huesos en la puerta, algo que, por otrro lado, también sé que serías capaz de hacerrr...

Se detiene, espera a que Hutter termine de decir algo, pero lo que oye son pasos raudos que se alejan, sin risas, sin provocaciones. Del armario ya no se escucha nada. El cuarto amortigua los sonidos del exterior, esto es lo que necesitaba, un lecho, una habitación aislada del estrés urbano, qué bien, un remanso de paz para meditar.

Una patada más *(muerde, muerde)*. Acabará arrancándola de sus goznes, aunque si pudiera estirarse sería mucho mejor, le dolería menos, sería menos agobiante. Otra vez tiene calor.

Para, se dice*, para y escucha.*

No oye nada, es como si le hubiesen dejado solo en el edificio. ¿En qué edificio? Debe de estar todavía en las oficinas, eso facilitaría mucho las cosas, volver con su hermana.

No oye nada, y eso no es tan bueno, más incertidumbre. *¿Qué hago? ¿Sigo rompiendo la puerta?* El escándalo se oiría, claro, y vendrían a golpearle de nuevo la cabeza. Se palpa la nuca, nota como una costra ahí, bultitos, el pelo apelmazado. *No tiene sentido*, piensa*, no estoy atado, nadie me vigila*. Recuerda las palabras de Hutter: «*Tú matarás a la embarazada en el mismo lugar de la cerremonia...*». Intenta respirar como solía antes de cambiar, tomando aire, reteniéndolo, expulsándolo, pero ya no es así, traga aire, lo pierde por alguna parte, lo expulsa mientras lo traga, su pecho se hincha por otro motivo, por gases sulfurosos.

Hutter lleva razón, la razón de un loco, pero la tiene. Su pecho... Hay algo en su interior. El cultor debe de saberlo bien, él lo ha creado, ¿no? Él también se llama Jesús, y es enviado de Dios para traer su oscura palabra de vuelta. Y es Navidad, *veinticinco de diciembre fffun, fffun, fffunnn...*

Se agita, los útiles de limpieza caen o se remueven a su alrededor, detesta su fragancia, detesta la mezcla de olores, detesta esta soledad, esta oscuridad, esta claustrofobia.

—¡Cabrón! —grita.

Su bota se estrella contra el marco de la puerta, sin puntería. Un dolor oscilante se le extiende desde el talón hasta la rodilla y la cadera. Se clava el borde de un cubo en el costado.

Prueba a sentarse con las piernas cruzadas, arquea la espalda, dolor, tantea el armario. ¡Y se sobresalta! Ha creído tocar un tejido, una túnica, pero no, y sigue rebuscando, huele a ambientador, a trapos mojados, a lejía perfumada. Escucha un tintineo, sí, un tintineo,

mueve los dedos, si los mueve mucho ni se entera de que le duelen, es bueno estar ocupado y pensar. Eso son unas llaves, las acaricia con las yemas de los dedos… Dos llaves en un aro. ¿Puede ser?

Se inclina hacia delante y su mano izquierda toca algo frío, se asegura hurgando con el dedo: la cerradura. Prueba con una llave, luego con la otra, la encaja, la gira, tantea, empuja, se abraza al pomo con la espalda arqueada y las botas clavándosele en las pantorrillas.

La puerta se abre.

(«… piensa lo que buscas tú, y en ese momento logrrarás salir del cuarto…»).

Afuera, en un pasillo aún iluminado por velones, se encuentra con una cuartilla arrugada y pegada con adhesivo al casquillo de una bombilla. Una flecha pintada en el papel. La risilla de Hutter resuena en su cabeza.

«*Tú matarás a la embarazada en el mismo lugar de la cerremonia…*».

Se ajusta el pantalón, se pone bien el abrigo y recorre el pasillo a su derecha siguiendo la flecha. Abre y cierra el puño.

Le gustaría morder algo.

Cuando encuentra el segundo papel arrugado con la flecha garabateada, espera encontrar también su pistola, su granada, incluso su bufanda, dispuestas en una mesita con pastas de té. Por contra, lo que halla es una polvorienta habitación con estanterías desmontadas y, en una esquina visible desde el pasillo de fuera, muy cerca de la puerta, un fusil apoyado con una nota grasienta pegada: «*Confío en que harás buen uso de él*».

(… piensa en lo que buscas tú…).

No está mal el juego de Hutter, pretende hacerlo entretenido.

Se queda tanto tiempo mirando el fusil que se sobresalta al escuchar movimiento al final del pasillo. Lo coge, ya no le duelen los dedos, retira la nota y sabe que desde este mismo momento, o tal vez desde que lo subieran a aquel autobús, está jugando según las reglas del cultor. Y está jugando porque lo desea.

Al final del pasillo hay una puerta de emergencia con manchas de sangre que con esta luz bien podrían ser de pintura. A veces es inevitable resistirse a la amorfa realidad que le rodea. Abre un poco la puerta y descubre unas escaleras y un rellano. La ventana del mismo avisa de las primeras luces del amanecer. El sonido que escuchó proviene de abajo.

Desciende de puntillas, entre la pared y su fusil aferrado con fuerza. Escucha golpes como de tambores de hojalata. Una de las hojas de la puerta de abajo está abierta, y desde las escaleras puede ver unos bidones y una carretilla.

Apuntando con el fusil, fuerza un poco más el ángulo. En la parte posterior del edificio, al menos dos cultores transportan unos bidones abiertos. De la carretilla recogen un cuerpo. Lo cierto es que no le cuesta reconocer al chico que iba con Rocío, aunque lo hace por las delgadas rayas de su camisa ajustada, ya que su rostro es una máscara ensangrentada e inexpresiva. Cuando lo levantan en peso, observa que debe de faltarle algún miembro, porque todavía hay algo rojizo en la carretilla.

En otras circunstancias habría vomitado. Ahora nada más que siente un malestar difuso. Incluso un alivio insano y cruel. La embarazada tiene cada vez menos motivos para seguir viviendo, y como dijo Hutter, eso facilitará la tarea.

«*Tú matarás a la embarazada en el mismo lugar de la cerremonia…*».

Porque yo también soy parte de la secta, o eso pretendes.

Termina de bajar y se pega al muro junto a la hoja de la puerta que sigue cerrada. Expulsa un suspiro de aire y se asoma. Los cultores están de espaldas y no le han visto. No hay ni rastro de Hutter en el callejón, aunque escucha con claridad el motor del autobús a lo lejos.

Se esconde y piensa, mirando el cañón del fusil en espera de que Hutter le susurre alguna pista. Tiene un arma, con ella podría matar a los cultores… Pero, Hutter, ¿para qué se la ha dejado?

Para que te defiendas, porque él se va, y tú has de ir tras él.

No tiene más balas que las que haya en el cargador del arma. Malgastarlas en encapuchados o en psicópatas urbanos no le produce demasiada satisfacción. No, él sabe a quién le gustaría matar, y Hutter también lo sabe, pero el cultor está tan seguro de que no le disparará…

Pues no estés tan seguro, loco hijo de puta.

Sube las escaleras con rapidez, sin importarle que le oigan.

Recorre los pasillos bajo los puntos de luz de las velas, guiándose más por su olfato que por su sentido de la visión. La inactividad en las oficinas es más que inquietante. A su paso ve habitaciones y habitáculos desordenados o congelados en una actividad que nadie va a retomar. Lo que le interesa está más allá, ahora no tiene más que orientarse por los gemidos de dolor.

¡María!

A la carrera, salta una maceta de plástico y deja atrás tres puertas. Reconoce esa curva en forma de L que forman las tuberías frente a esa entrada, reconoce la voz de su hermana aullando de dolor, reconoce la cera derretida y acumulada bajo las tuberías. Pero ya no ve más flechas garabateadas.

—¡Cathy!, ¡NO! ¡Cathy, no, no!… ¡No, Cathy, NO AAAaaa…!

Cuando el hombre del fusil irrumpe en la habitación donde yace recostada su hermana, la cultora que hay frente a ella se gira con

parsimonia.

Lo que no logró la visión del cadáver mutilado de Pedro Manuel lo logra la horripilante escena de ablación. Su hermana, despojada de las prendas que cubrían apenas su sexo, se ve ahora más frágil incluso, rodeada de hierros y ataduras, ensangrentada, afeada hasta el extremo por el dolor en vivo y en directo. La cultora de las pecas (aunque por la silueta todavía podría pasar por hombre) sostiene una navaja de afeitar con una mano salpicada de puntitos rojos que no destacan demasiado, debido a la rojez de su piel. La mueca de su rostro es indefinible. Él no podría asegurar que esté sorprendida, ni asustada, ni siquiera que esté burlándose. De hecho, se vuelve a girar lentamente hacia María y aproxima la cuchilla.

—¡Para! —le grita él, atónito por el descaro y sangre fría de la cultora.

María grita con menos fuerza, no por la presencia de su hermano, sino porque ya ha probado demasiado dolor, y por un poco más...

Él se fija en la mesa de muestras de laboratorio junto al caballete sobre el que está suspendida su hermana. En una bandeja llena de chorretones oscuros hay un amasijo de heces, vello y algo rojizo que podría ser una piel o...

—¡Para, desgraciada, para! —ahora la apunta con el fusil, temblando. Ya no confía en su puntería. Mira a su hermana, se contagia del horror y abandono reflejado en su mirada. Todo va muy despacio, la cultora se toma su tiempo, él se toma su tiempo, María se toma su tiempo en gritar.

Escucha la piel humana rasgarse. Es un sonido curioso, más audible de lo que habría pensado, como de jersey deshilachándose. María se retuerce. *Muy lento, has reaccionado muy tarde...*, piensa, y sigue pensando más de la cuenta. La cultora se da la vuelta con un colgajo de carne húmeda entre las manos.

—No ess necesario —dice—. No es necesario para procrear. Hay muchas cosas que sobran en el cuerpo.

Se escucha un estampido magnificado por el eco de la habitación. La capucha de la cultora se ha retirado hacia atrás con violencia. Una masa pulsante de carne y fluidos es lo único que queda entre las salpicaduras de la túnica. Durante un segundo, él piensa que el cuerpo va a caer sobre su hermana, pero no, se derrumba como un muñeco de paja y queda con los brazos bajo el caballete. La mesa de laboratorio se desplaza sola hacia un extremo de la sala, como en una película de fantasmas. María tiene la mirada perdida y la boca abierta, y corea así, muda, el disparo.

Los dos hermanos se miran fijamente, aunque cada uno parezca estar en otro sitio en realidad. Con todo, es la mirada más sostenida que han mantenido en su vida. A él le cuesta reaccionar, baja el arma

con extrema lentitud, hace un intento de caminar, mueve los dedos, parpadea, sí, está caminando hacia ella, algo tiene que hacer aparte de mirarla.

Ella no dice nada, sus labios se mueven, pero es por los temblores, por el llanto, por los nervios destrozados, por lo que sea… No tiene mucho que decir, un horror vale más que mil explicaciones.

Él comienza a desatarla con torpeza. No se atreve a buscar la navaja, así que lo hace con las manos que, por cierto, le vuelven a doler. De vez en cuando alza la mirada y ve a su hermana, iluminado su rostro por esa fantasmagórica luz que se filtra por alguna parte. No sabe si ella siente asco o temor por su aspecto demacrado, no sabe ni siquiera si le reconoce. Pero no grita, que ya es algo, aunque le gustaría que lo hiciera, le gustaría que reaccionara, que le ayudara a iniciar una conversación, algo normal entre hermanos, comentarios banales, lo que sea.

Ella ya es libre, si es que sus músculos no se han entumecido. María junta los brazos. Es lo único que hace. Y mover el cuello, mirar en otra dirección.

—Vete —dice.

Él se levanta. Siente la garganta incapacitada como por un cáncer. Se aferra al fusil.

—Vete —repite ella.

¿Cómo estás?, ¿qué te han hecho? ¡Vámonos de aquí!, venga, levántate, te curaré las heridas…

—María… —logra decir él.

Se oyen golpes sordos y metálicos por la calle. El rumor de la fábrica vuelve a hacerse presente. Silbidos apagados, gorgoteos, crepitaciones, ronroneos de motores desacompasados, esporádicos matraqueos… Quizá lo ha estado todo el tiempo, pero ahora su lánguida actividad cobra nueva entidad con la luz del amanecer, con esos locos por ahí dando vueltas con sus cadáveres y sus nieblas ácidas.

¿Cómo la voy a dejar aquí? ¿Cómo le voy a hacer eso?

—Jesús, vete, por favor…

Ahora le mira, con lágrimas de suciedad.

Él no sabe si mirarle la herida de la ablación sexual por una suerte de pudor aprendido, absurdo en esta situación. Debería cauterizar la herida, vendarla, limpiarla.

—¡Vete! —gruñe ella—. Déjame sola, déjame en paz… Déjame en paz —gime.

Él se da la vuelta con violencia. En varias zancadas militares se ha plantado fuera de la habitación, rumbo a la salida del edificio de oficinas. Se siente, y eso es demencial, ofendido. Ve a su hermana vejada y herida, mutilada, y prefiere hacer caso a su orgullo dolido.

Ha querido expresarle sus sentimientos, de alguna manera retomar algo perdido, sentirse cerca de su más próximo ser querido en estos momentos de horror, cuando se supone que uno más lo necesita, pero no, ella le ha ahuyentado, por vergüenza, por su maltrecho estado mental, por algún tipo de rencor: «*¿Por qué no nos disuadiste a tiempo?*», «*¿Por qué no evitaste que mamá fuera a la ceremonia?*». *¡Que se vaya al diablo!*, piensa él, que se desangre, que esos locos acaben con ella, él ya ha hecho su trabajo de hermano, la ha liberado, le ha tendido la mano *(¿cuándo le has tendido tú la mano?)*, y ella se lo paga echándole.

Aunque lo más cierto es que no soporta verla así. Prefiere darla por muerta, llorar por la María que conocía antes de todo este caos, llorar por todo lo que ha cambiado, por todo lo que se ha deformado, por su antiguo, aburrido y deprimido yo. Y eso es irreversible, por mucho que Hutter cacaree lo contrario, así que no queda otra opción…

… Que recorrer el patio a la carrera, atravesar el control de acceso, desoír los alaridos de los cultores, que ahora suenan lejanos, como el rumor de la fábrica. Y subirse a un vehículo militar, dejar el fusil a su lado, girar las llaves (esperaba encontrarse una flecha, una nota burlona pegada junto a ellas), escuchar el rugido del motor, el rugido de su ira presionando entre sus sienes, en su garganta, en su corazón.

Hutter, piensa, mordiéndose, *Hutter*.

SALIDA

1

ANUARIO DE 1982
Washington, jueves 19 de agosto
El Congreso norteamericano aprueba por segundo año consecutivo el fabuloso presupuesto militar presentado por la Administración republicana: 178 000 millones de dólares para un programa que incluye la fabricación de armas químicas y los nuevos misiles intercontinentales MX.

Mariela planchaba su túnica en la cocina. También estaba preparando el mate, aunque hacía rato que estaba descuidando el fuego. A Juan le había encantado cuando Mariela llevó un termo con la infusión para que sus compañeros de curso la probaran. Ahora al chico no le preocupaba que sirviese o no el mate, y a Mariela tampoco, tan ocupada en no estropear el estampado con la plancha mientras la pasaba una y otra vez por donde ya no quedaban arrugas.

Había oscurecido. María remoloneaba en las sombras de la galería ordenando cajas de zapatos. A través de la ventana que colindaba con la cocina, podía ver la cada vez más desastrada perilla de Juan. Mejor fijarse en eso que en sus gestos de complicidad con mamá, que planchaba con una sonrisa perenne y oscurecida, no por la luz (en la cocina sí brillaba un tubo fluorescente), sino por los continuos ademanes de asentimiento absurdos, incluso cuando no hacía falta asentir; *el automatismo de la fe*, pensó María, *o códigos compartidos entre creyentes.*

Una plantita sobre el lavavajillas tapaba la figura religiosa del calendario fijado a la pared. Hojas lobuladas, muy bonita. Un regalo de una compañera del curso, cómo no, aquí, bien presente, para recordarle el curso las veinticuatro horas del día. El extremo alanceado de la tabla de planchar se agitaba como la proa de un barco así como Mariela movía la plancha. Apuntaba hacia Juan, «*Mira a Juan, mira a Juan*», decía la tabla. *Sí, afróntalo, di algo*.

—Juan —dijo María, saliendo despacio de la galería y pegándose a la encimera—, qué aburrido lo de quedarte aquí toda la noche, ¿no? Tú no me tienes acostumbrada a esto.

—¿Por qué? —dijo él, con el puño apoyado en la mejilla, en pose interesante.

—¡Con lo que te gusta a ti la fiesta! Me das penica... —sonrió—, no hace falta que te quedes, que yo también estoy en el curso y puedo cuidarla antes de la ceremonia.

—Son las normas —dijo él, mirando ahora a Mariela—. Estamos descuidando el mate, Mariela.

—El mate, ah, sí... —dijo esta, sin dejar de planchar.

¿Ahora os preocupáis por el mate?, pensó enfurecida María.

—Sí, las normas —dijo María—, yo también valgo para cuidar a nuestra..., a mi madre, y por si no lo recuerdas, encima soy prelada, como tú. No es que no te quiera aquí, Juan, pero es que...

—Che, Mariela, estás descuidando el mate...

María derribó un vaso de la encimera. Frunció el ceño y retorció los dedos.

Mariela sonreía, imperturbable.

—¡Juan! —profirió María.

—¡María! —la reprendió su madre, dándose la vuelta y dejando en suspenso la plancha.

—¿Qué pasaría...? —dijo María, conteniéndose y mirando a su madre.

Avanzó hacia Juan, que se irguió en la silla. La miraba con aire intelectual, como si acabase de descubrir un nuevo espécimen. Ya no había deseo o interés alguno en esa mirada, hacía tiempo que no lo había, ni siquiera cuando iba borracho.

—... ¿Qué pasa si no queremos ir a la ceremonia?

Juan se removió en su asiento. La luz del tubo reflejada en sus gafas hacía ahora invisibles sus ojos. Su perilla apuntaba más hacia abajo que nunca.

—¿Por qué no querríais ir?

Mariela reanudó el planchado, con lentitud.

—No sé, mi madre no se encuentra bien últimamente...

—¡Eso no es verdad! —dijo Mariela.

—... y tampoco sabemos de qué va eso de la ceremonia. ¿Por qué yo no conozco todos los detalles?

Mariela dejó la plancha sentada para protestar, con el brazo tembloroso. Juan se le adelantó:

—Los detalles de la ceremonia son lo de menos. A tu madre le vendrá bien. Ya escuchaste a Hutter —sentenció, como si eso debiera suponer el fin de la discusión.

María regresó a la encimera. La plancha estaba demasiado cerca de una de las hojas de la planta. Imaginó cómo ardía.

—Ya... Pero... ¿y para qué te necesitamos aquí?, ¿por si nos fugamos o algo?

Juan la miró, sombrío. Se tomó su tiempo para contestar. Solía ser más comunicativo, incluso bocazas.

—Para apoyar a los elegidos. Para que no olviden que estamos con ellos... Y para que hablen de cualquier cosa que les preocupe, y de paso vigilar su salud, son personas mayores.

Mariela sonrió, aceptando demasiado bien el paternalismo.

—¡Pero para eso ya estoy…!

—No es lo mismo —atajó Juan—. Tú pasas mucho tiempo junto a ella, tú vives con ella, necesita un compañero… más de fuera, por decirlo así.

Un puto vigilante, pensó María, dirigiéndose al frigorífico, por hacer algo. Miró de pasada el fuego del mate.

—No sé si a Jesús le va a hacer gracia esto —dijo María.

—Eso es cosa mía —dijo Mariela. Por fin movió la túnica para planchar uno de los brazos.

—Pero mamá, ¿a ti te parece bien ponerte una capucha y hacer caso a todo lo que te digan sin preguntarte primero si…?

María detuvo la frase ante la mirada furibunda de Juan. Había como un secreto que se suponía compartido entre prelados, no apto para alumnos de rango inferior. Se suponía que ella debía estar al tanto de esos secretos, ser consciente de a qué estaban jugando y aceptarlo; ser libre, maldita sea, eso lo había dicho Hutter un millón de veces. Y ahora no podía acabar una frase, no podía negarse a asistir a una sesión o ceremonia, no podía plantearse preguntas que no estuvieran en el guion, porque de hacerlas, las respuestas siempre serían las mismas, y para colmo acabarían mirándola con desprecio, todos.

—Tu madre hará lo que desee —dijo Juan—. Eso es lo que Hutter nos enseña en el curso. Todos hacemos caso a lo que nos contaban en la escuela, o a lo que nos enseñaban nuestros padres, o la Iglesia, o incluso lo que oíamos en la televisión o de boca de nuestras amistades. Pues bien, ya somos mayores para saber que *Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley; pero amor es la Ley, amor bajo voluntad* —recitó, con una sonrisa impertinente—. ¿Por qué te preocupas tanto? Deberías hablar con el número uno, tal vez lo que te pasa es que sientes envidia por no ser tú una elegida; quizá podríamos volver a hacer los cálculos y revisar eso…

María se quedó clavada, con la puerta del frigorífico abierta. Juan se dejó la sonrisa puesta y se volvió hacia Mariela:

—Hicieron un trabajo soberbio con las costuras de las túnicas, ¿verdad?

María tragó saliva. Sabía que eso de revisar los cálculos no era posible, pero había una amenaza implícita, y se preguntó por qué lo era. ¿Tal vez porque sus temores acerca de la ceremonia estaban justificados? Tenía ganas de llorar. Cerró el frigorífico y se marchó de la cocina. Pensó en regresar y añadir alguna otra cosa, pero se vio incapaz. O gritaba sin articular razonamientos coherentes, o se derrumbaba a los pies de ese engreído con perilla.

¿Qué le pasa a mamá?, pensaba, sentada en su habitación. *Es como*

si la hubieran drogado. Aunque sabía que no hacía falta, que bastaba con no cuestionar la palabra de Hutter. Si atajabas pronto tus dudas, eras una buena compañera, de lo contrario eras despreciable. Y hasta una madre podía mirarte con desprecio si no la dejabas hacer su vida, o más bien, la vida que alguien les había ofrecido primero, y establecido después.

¿Cómo ha ocurrido todo esto?, y esa pregunta solo llevaba al llanto, porque las respuestas ya no provenían de los estudios de Psicología ni de sabios consejos escuchados alguna vez, sino de las palabras de Hutter, y en este momento era la voz que menos deseaba escuchar en su cabeza.

Cuando Jesús Coria se encontraba abriendo la puerta de casa, escuchó fragmentos de una conversación que no le gustó nada de nada.

—... ¿Es que tú no lo sientes, María? Tu madre lo tiene muy claro, ¿verdad que sí?

Un asentimiento. Un silencio, y la réplica de María a esa voz masculina apenas si se escuchaba desde alguna de las habitaciones.

—... Claro, Mariela, lo que le pasa a tu hija es que no ha hablado lo suficiente. Yo no me creo que no sea capaz de sentir los fenómenos que se avecinan, más aún habiendo trabajado codo con codo con el número uno. Es algo como cósmico, como una lluvia de meteoritos, o como un tornado, eso se siente en la piel, en los huesos, igual que cuando llueve...

María protestaba. No parecía enfadada, más bien desesperada, cansada...

Frustrada.

—... Todos lo sentimos, María, tu madre, yo, Hutter, el resto... ¿Por qué tú no? Deberías preguntarte eso, a lo mejor es que te hemos dejado mucha responsabilidad y todavía no estabas preparada. Mariela lo entiende, ¿verdad que sí? Es como cuando jugamos a las quinielas y procuramos hacerlo siempre con distinto número. ¡Trata de convencer a la gente de que existen las mismas posibilidades independientemente de los números de que se trate! ¡Anda, trata de hacerlo! María, todos sabemos que si no nos ha tocado, probaremos con otros números distintos, salvo que seas un cabezón que te obceques, o un pobre iluso que se coge el mismo número del cupón que tocó la semana pasada pensando que tiene más posibilidades de que le toque con ese que con cualquier otro. Pero no podrás convencerle de lo contrario, porque él lo siente así, es un presentimiento, y a veces los presentimientos son certezas...

Jesús Coria irrumpió en el pasillo. Localizó la voz masculina en el

salón. Estaba sentado junto a la mecedora donde se encontraba mamá tomando mate. Una de las horripilantes túnicas seguía colgada al final del pasillo. Era deprimente llegar a casa y que le recordasen todo este rollo de las ceremonias. *Que se vayan a la porra con su secta de números y…*

Pero cruzó la mirada con su hermana, un instante nada más. Un saludo melancólico desde el final del pasillo, un reconocimiento silencioso, una muda llamada de auxilio. Ella bajó la vista y se metió en el aseo, sin portazos. No, no estaba enfadada, pero era evidente que la conversación que había escuchado antes de entrar no le estaba gustando a ella tampoco. Jesús se quedó, en la penumbra del pasillo, frente a un bote de insecticida abandonado en un rincón.

—Hola, buenas noches.

Se giró, aturdido.

—Ah, hola.

—Creo que os voy a hacer compañía esta noche —dijo el joven.

Mariela asintió.

Jesús ya se dirigía con sus bolsas hacia su habitación. Tenía algunas preguntas que hacer, y primero debía prepararlas, pero se detuvo y miró al chico de la perilla y las gafas cuadradas que manoseaba la guía de la televisión.

—¿Y eso? —dijo Jesús, mirando a su madre.

—Jesús, ¿qué querés de cena? —dijo Mariela.

—Déjalo mamá. ¿Y eso de que te quedas? —insistió Jesús.

—Oh, son cosas del curso, para revisar las lecciones para la fiesta de mañana, hacer compañía… Experiencia comunitaria y esas cosas. ¿Tú no has visto que ahora cualquier curso que hagas te mete temas de medio ambiente y de prevención?

Juan arrugaba la guía con descaro.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Jesús se notaba hostil, no le apetecía aparentar cordialidad, y menos ante un tipejo de la secta disfrazada esa.

—Pues que nosotros también introducimos temas transversales, pero no te preocupes, no haré ningún ruido, podrás dormir tranquilo.

Lo dudo, pensó Jesús, dirigiéndose a su habitación.

Pensaba en la guía de la televisión, en los programas que deseaba ver. Ahora se tendría que conformar con ver alguna película en el ordenador. Al acercarse a la cocina para decidir qué iba a cenar, cruzó una mirada fastidiada con Juan, que venía a por un vaso de agua.

—Oye, perdona, de verdad, que invada tu espacio, solo será hoy.

—No te preocupes —le dijo, y lo vio marcharse con el vaso.

Poco después, mientras sacaba embutido del frigorífico, no podía dejar de pensar en las muecas del chico, en su forma huidiza de moverse. Había estado muy bien lo de disculparse, pero no así, no con

esa mirada de estar cansado de hacer horas extras a base de mentiras. Ese tipo estaba fastidiado, se le escapaban las disculpas por entre los dientes porque estaba bebiendo de su agua de botella y se suponía que debía guardar las formas, por agradecimiento, por educación. Pero ¿qué educación? Exactamente, ¿bajo qué principios de conducta estaba actuando?

Para Jesús, el joven estaba tragándose su insolencia para no resultar odioso. *¿Más odioso aún?* Jesús no soportaba la extraña compañía que le hacía a su madre ni, ya puestos, la mirada desafiante de esta, como si estuviera esperando a que alguien dijese algo en contra de… su novio.

Solo que no era ningún novio. A lo sumo podría pasar por un pretendiente interesado. En este caso, ¿por qué? ¿Interesado por su dinero?

¿Por su alma inmortal?

La cena le sentó mal. La televisión estaba demasiado alta y ese tipejo no paraba de parlotear con su madre. Esta asentía demasiado, como cuando el médico le decía que debía vigilar la sal en las comidas. No, era peor aún.

Mamá sí le hacía caso a ese joven.

2

ANUARIO DE 1982

Darmstadt, martes 28 de septiembre

Un equipo de la Sociedad para la Investigación de Iones Pesados formado por los profesores Peter Ambruster, Gottfried Muenzenberg y Sigurd Hoffman informa haber descubierto el elemento 109 de la Tabla Periódica de Mendeleiev, mediante el bombardeo de isótopos de hierro Fe-58 con isótopos de bismuto Bi-209 acelerados a la velocidad de la luz. El nuevo elemento solo pudo ser detectado durante cinco milésimas de segundo.

Sabe dónde tiene que ir.

(... piensa en lo que buscas tú...).

Entonces, *¿por qué me detengo?*

Ha dejado el todoterreno con el motor apagado sobre una isleta enorme. Sentado en el declive del centro de la rotonda, observa una de las salidas de la misma. *¿Por qué me detengo?* El pálido sol le da de espaldas, pero aun así hace visera con la mano, con los ojos puestos en algún punto impreciso entre los edificios que hay a un lado del camino y los árboles que hay al otro. Echa en falta sus gafas de sol, pero en realidad no está vigilando nada, ni siquiera el chorrillo de riego descontrolado en el jardín de enfrente, en donde un vehículo permanece en un abrazo antiestético y artificial con un árbol tronchado. La pintura amarillenta del automóvil está muy desvaída, y le recuerda a uno de esos vehículos abandonados en el campo. En ocasiones, el aire le trae el hedor que, supone, procede de esa agua.

No le preocupa demasiado una muestra más de desastre urbano, si bien aprovecharía cualquier excusa para postergar su impulsiva persecución. Contempla el fusil sobre su regazo. ¿Haría falta limpiarlo? Como en el ejército, solo necesita un...

Escucha algo que le deja trastornado, y eso a estas alturas es harto difícil. La melodía de las campanadas de la abadía de Westminster susurrada por el viento desde cualquier dirección, puede que desde el cielo. Las nubes son un delgado tapiz repleto de surcos que animan a la imaginación más perversa. Cuando la melodía cesa, no suenan las subsiguientes campanadas anunciando la hora. Nada, solo un eco de ciudad fantasma que, como vibraciones del averno, se adhiere al conglomerado que está pisando.

Se pone en pie, cruza de la isleta hacia una de las salidas de la rotonda, el fusil a la espalda. Encuentra un atajo delicioso cruzar a pie un tramo de carretera con tan escasa visibilidad a los lados. Del

vehículo no quiere saber nada, si se queda mirándolo será incapaz de volver a moverse, y cojeando también tendrá tiempo de reflexionar y buscar pretextos para no afrontar su ¿destino?

Si ese es mi destino, Hutter bien puede esperar un poco más, decide, silbando un villancico para sacarse de la cabeza las campanadas.

Empieza a arrepentirse de ir a pie cuando la molestia en los tobillos se acentúa, más incluso que la herida de bala. Lleva ya un buen rato rascándose el antebrazo izquierdo, desde que saliera de la factoría, pero es ahora cuando se remanga del todo el abrigo y el jersey. Escaras; ya casi no se distingue el vello de los brazos, ni la silueta de las venas o los lunares. Tiene el brazo para que se lo amputen, y él preocupándose por el dolor de tobillos.

Suspira, o recuerda cómo se suspiraba, expulsa el pesado aire que le oprimiría el pecho. No siente alivio al hacerlo. Seguir el recorrido de la carretera de este barrio no tiene alicientes. Llegará a su destino, más tarde y agotado, pero llegará, y esa es la fatalidad del «destino», no tiene otra cosa mejor que hacer. Los numerosos ramales a un lado y otro de la calzada serían como salirse demasiado por la tangente, perderse en casuchas vacías. No está su cuerpo para vagar por aquí, sin seres que le proporcionen más de esa malsana energía homicida *(o «deformicida»)*.

Está furioso con Hutter, aunque ya no muy sediento de su sangre. Más bien fastidiado por tener que andar siguiendo los pasos del cultor hacia donde empezó todo. Este destino ya se lo había imaginado cuando salió dando tumbos del agujero con el estúpido libro de notas de Hutter. Regresará allí, aunque sea para despedirse del cadáver de su madre, o para buscar esa bomba atómica enterrada y así encontrar un origen, una explicación más plausible que todo esto de las predicciones y las ecuaciones, o quizá un agujero, una tumba donde descansar.

Sube, lánguido, tres escalones desconchados del portal de una casa achaparrada y de tejado antiguo. Luego los salta por el lateral. Mira atrás, estimando cuánto ha recorrido, y se plantea regresar a por el vehículo. Luego decide que no le apetece, porque andando hará menos ruido y podría sorprender a Hutter, porque necesita más tiempo para pensar y porque se ha convertido en un autómata testarudo. Está a punto de darle una patada a una papelera, quizá para ver si así recupera algo de energía, cuando le llama la atención una callejuela perpendicular a la carretera principal.

El asfalto allí está hundido hasta formar una especie de canal por el que podría circular una bicicleta. Pero, curiosamente, las casas a los lados de la casi inexistente acera están derruidas e inclinadas en sentido opuesto al declive del asfalto. No hay ni un solo escombro en la callejuela. Todos deben de haber caído hacia el otro lado del muro

de las casas. Si sigue avanzando y pierde de vista la callejuela, los edificios de primera línea junto a las vallas de la carretera aparentan estar intactos por fuera, todo lo intactas que puedan estar las casas mal cuidadas de más de treinta años.

Unos pasos lejanos sobre la piedra y la basura acumulada terminan por decidirle. Cuando escucha un ruido sordo y desacompasado como de pico y pala, ya se encuentra en el bordillo del hundido asfalto buscando un desvío lateral para internarse entre los edificios en ruinas. Se sujeta a un poste de teléfonos para no perder el equilibrio, y cruza sobre una valla derruida.

Cualquier excusa es buena para no ver a Hutter, se dice, bajándose la manga, olvidándose del picor, del dolor de tobillos y de la molesta vibración en su pecho que solo parece calmarse cuando no se desvía de su ruta hacia el santuario.

Se asoma con curiosidad gatuna por los restos del jambaje de la entrada de una casa. Al principio se agazapa al no distinguir la fuente del ruido entre los escombros, pero luego se yergue y atisba por encima de una pared de azulejos en ruinas. La mayoría de los azulejos están intactos, aunque en el suelo, como ventosas despegadas. Esboza una sonrisa cuando cree ver una flecha en el suelo formada por los sucios azulejos. Luego tuerce el rictus y los hombros, avanza de lado y con el fusil a la cintura. Ahí hay alguien, pero no es Hutter, ni ningún otro cultor.

Mejor así.

Sobre un montículo de ladrillo y amasijos de metal coronado por una mesa y el esqueleto de un árbol de Navidad sintético, una figura se alza en pose amenazadora con un pico entre las manos. Él se detiene sin apuntarle con el fusil. A continuación rodea despacio la alfombra de cascotes de colores a los pies del montículo.

—¡Cerdos! —grita el hombre del pico, agitándolo en semicírculos —. ¡Os merecéis la muerte! ¡Cerdos!

Lo ve inclinarse sin bajar de la mesa, bien anclada entre los ladrillos, y golpear con el pico el árbol de Navidad, la esponja de un colchón y unos canalones; produce un repiqueteo desacompasado. Una cascada de tierra se desliza por el montículo y se deposita, entre otros sitios, sobre la cabeza hueca de una muñeca.

Él todavía está intentando adivinar si el individuo presenta alguna deformidad caótica o si simplemente está loco, y luego se pregunta si eso supondría alguna diferencia. El pico no resulta muy amenazador desde aquí. La barba del hombre y su camisa larga no dejan ver demasiado de su piel. En cuanto a sus ojos, a esta distancia no se puede apreciar si le están mirando a él o no.

—¡Cerdos! ¡Merecéis la muerte, todos! ¡Embolsamiento de gas ciudad! ¡Eso dijeron! ¡Cerdos embusteros! ¡Mirad esto, mirad!

¡Merecéis la muerte, la muerte!

Más golpes, esta vez sobre ladrillo. Un tubo largo parecido a una manguera rueda al otro lado del montículo.

—Mi DVD recién comprado, roto, ¡todo roto!, la cama del perro, muerto, muertos por culpa de esos cerdos... ¡Cerdos! ¡No vinieron! Ni helicópteros medicalizados ni vehículos de apoyo ni... ¡Una espantosa y estruendosa mierda! ¡Hijos...! ¡Hijos de perra! ¡Mirad lo que queda de los edificios! ¡Mirad lo que queda de... mi casa!

Podría ser un entretenimiento consolar a ese hombre, pero no es el más indicado para inspirar ánimo, ni para transmitir palabras de consuelo del tipo «*Todo se arreglará, ya verás como sí, esto lo reconstruyen en nada de tiempo*». Así que el hombre del abrigo negro salta una plancha metálica y se dirige a lo que queda de un muro, a su derecha, para regresar a la callejuela. De nuevo, hace como si espirara, como si mostrara compasión por aquel loco. Escucha cascotes que caen, golpes de pico, tierra.

Al final vas a formar una avalancha, tío, piensa mientras busca la parte más baja del muro. No se encuentra en forma. Tal vez sería mejor dar media vuelta, tampoco está muy seguro de que al otro lado esté la callejuela o un punto accesible a la misma.

El gancho de una percha rebota cerca de sus botas de militar. Oye saltitos y se gira a cámara lenta. No sabe por qué le sigue costando creer lo que se le echa encima. El hombre del pico, soltando espumarajos por la boca, se lanza sobre él con una agilidad nada despreciable a pesar de la irregularidad del terreno. Todavía sintiéndose un poco absurdo por no reaccionar, tiene tiempo de fijarse en los tobillos desnudos del barbudo y en sus cortes. No mucho mejor están los pies, descalzos, llenos de tierra y heridas.

Reacciona por fin, no por los gritos asesinos del barbudo, sino por ese extremo puntiagudo y curvo al clavarse en la pared que momentos antes estaba decidiendo si saltar o no. Él rueda, su abrigo se engancha con un hierro suelto, y trata de apuntarle con el fusil. Y, aunque no atina, tiene más tiempo del que necesita. El loco agita el pico en todas direcciones, como si no supiera dónde se ha ido su presa.

—¡Cerdos!

Tengo que ahorrar balas, se dice, desenganchándose y levantándose. El pico vuela y se estrella cerca de su abrigo, saltan chispas, tierra, espumarajos. El suelo es una plataforma irregular y movediza en donde uno puede encontrar cosas ahora inútiles, como un tapete, y ya no le queda gran cosa de su exultante vitalidad. Cae con torpeza, se apoya con una mano y con la otra sostiene el fusil a duras penas por el asa. Los ojos de su agresor siguen sin mirarle, aunque no parece un ciego y sí un loco, todos en esta ciudad deben de estar un poco locos, es tan natural como que las gaviotas ataquen a los niños.

—¡Cerdos, cerdos! ¡Os mataréee...!

Él ya no tiene el abrigo enganchado, hinca la rodilla sobre un balón semienterrado, apunta...

Esta vez el loco lo mira con fijeza. Ya no avanza, aunque está tan cerca que podría doblarse y clavar el pico donde quisiera. Le mira a la cara, a los ojos. Y el fusil no tiene el seguro, está preparado para matar. La naturaleza tiene unas reglas incluso cuando alguien la ha trastocado: sobrevivir, ser el más fuerte, o esperar que otros lo sean a tu favor. Este loco lo ha perdido todo, está solo, no es el más fuerte ni el más sabio, no va a hacer nada por esta ciudad ni por este mundo, no, solo agitar su pico, su símbolo, y desquitarse con quien no debe.

El pico baja, tan rápido que no sabe si podrá detenerlo con una ráfaga de estampidos y con la sangre que ahora le baña el jersey, el abrigo, la nariz. Huele a sangre, no a azufre. El loco cae a un lado, el pico al otro, inofensivo, y eso que lo había visto sobre su frente fracciones de segundo antes. Huele mucho a sangre. Son las reglas de la naturaleza, o es el entretenimiento, la postergación del deber para con Hutter, con los grupos que son el motor del mundo. ¿No es eso otra regla de la naturaleza?

La fe mueve montañas, también montículos de escombro.

Pero si pierdes la fe, lo pierdes todo.

¿Y yo? ¿Tengo fe?

Despacio, se levanta y se aleja de la camisa agujereada y sanguinolenta del loco. La cabeza ha caído sobre un cascote inclinado, está apoyada con los ojos abiertos, manchada de su propia sangre. Los rizos negros del cabello y de la barba resaltan unos ojos claros, ausentes, acusadores, o quizá comprensivos, pero no en paz, nunca en paz.

Deshace lo andado y regresa a la callejuela. Las balas y la energía se están agotando. La frialdad y el pragmatismo ya no le alientan a hacer nada. Sus objetivos vitales (o mortales) ya están localizados, y no son tan importantes. Matar o no matar, vivir o fingir que vive, o morir. Escuchar el final de la historia, o el inicio de la Historia. Acabar, entender... ¿Habrá un nuevo comienzo?

... Encontrar un sentido, o un fin definitivo para tanto dolor.

3

ANUARIO DE 1982

Maiduguri, domingo 31 de octubre

Quinientas personas han muerto los últimos días en las localidades nigerianas de Maiduguri y Kaduna durante los disturbios religiosos provocados por la secta musulmana Maitatsine, del profeta Alhaji Mohamed Marwa, fallecido hace dos años en enfrentamiento con la Policía y causante en esta ocasión de motines populares en los que perdieron la vida unas cuatro mil personas.

Era una noche fría, demasiado para estas túnicas. O a lo mejor era por el miedo que se agarraba a las extremidades y de vez en cuando pasaba su gélido tacto por el tórax de María. No veía el final del sendero, el santuario allá arriba, ni quería verlo. Su cuerpo, inclinado por la cuesta, se arrastraba a sí mismo como unido al resto por unas cadenas invisibles, o visibles, según la imparcialidad del observador. Su madre era de las primeras de la fila, muy cerca de Hutter, de Cathy y de Villafranca. María iba detrás de la última lámpara incandescente, en el grupo de cola. Se suponía que debía ir erguida y henchida, por algo era la prelada que cerraba la larga fila. Pero ella caminaba con un yugo mental con el que era difícil no ir arrastrándose y tragando la tierra del camino.

Algunos encapuchados llevaban velas sin encender. María temía y deseaba que se encendieran. No era que la ceremonia consistiese en encenderlas, más bien este detalle había sido iniciativa de algunos adeptos. Y desde la oscuridad y la marginación de quien apenas se veía sus propios pies, y mucho menos el santuario de allá arriba, que comenzasen a encender velas constituía la señal inequívoca de que todo había comenzado, si no lo había hecho ya.

No podía acercarse a su madre para cogerle la mano o susurrarle al oído. No podía escalar posiciones en la fila y exigir una respuesta clara a Hutter. No, eso no estaba permitido, eso sería como ir a la casa de un amigo y preguntarle si podías mearte en su salón. Y si probaba a deshacer el nudo que tenía en la garganta, gritar y disfrutar del eco y del silencio de este paraje accidentado, ¿serían capaces cualquiera de los adeptos que llevaba delante o incluso detrás de arrojarla por el borde del sendero?

Otra vez la desesperación. El pánico ya estaba largo rato haciéndole compañía, pero la sensación de impotencia, de desamparo y de inseguridad aumentaba cuanto más creía acercarse el comienzo

de la misteriosa ceremonia. *¡Huye!*, era el pensamiento que se imponía sobre toda la ensalada de dudas que se removía en su cabeza con el aliño del campo húmedo y ralo, con los perfumes y colonias con que los adeptos habían acicalado sus túnicas. *¡Huye!*, pero ella no podía huir, porque para eso tendría que pararse, empujar a tres o cuatro adeptos, descender el sendero ella sola en la oscuridad, escapar de las miradas acusadoras que la condenarían para siempre, ¡para siempre!

—¡Contemplad!

El aire gélido, la voz de Hutter... Se quedó paralizada. Escuchó gruñidos de los que iban detrás, timbres de voz que ya no reconocía, rostros que no podía ver bajo las capuchas, bajo el manto de la noche y la clandestinidad de un culto a lo... ¿A lo qué?

María lloraba. Su mente era incapaz de responder a tan simple pregunta. No sabía qué hacía aquí, no sabía qué iban a hacer, no veía las calculadoras, los portátiles, los periódicos, la labia de Hutter, los apuntes, las citas de autores clásicos en decadencia, de locos de la historia.

—¡Sus formas afiladas nos ampararán! Su simbólica forma y localización nos mostrará abajo...

Era como si tuviera a Hutter al lado, o aproximándose, bajando de las primeras filas sobre los brazos extendidos de los adeptos, como en un concierto de rock, y un poco después alzarían los mecheros... Los que iban detrás de María dejaron de quejarse, estaban más pendientes de aquello que señalaba Hutter, aquello que María no podía (ni quería) ver.

De pronto creyó percibir un punto de luz, dos, luego tres allá arriba. No eran las luces incandescentes que empalidecían a las figuras encorvadas y encapuchadas que las portaban, sino pequeños agujeros luminosos que acompasaban el redoble de tambores que se escuchaba, atronador, en la mente de María. La ceremonia estaba a punto de comenzar.

Es ahora o nunca. Hazlo o no hazlo, ser o no ser... María sentía que su cuerpo seguía andando, más despacio, pisando algunas matas. Por lo que a ella respectaba, podía estar pisando el borde del sendero y caer al... agujero. Miró hacia abajo un segundo, empujada por los que venían detrás; una negrura insondable, aunque quizá era producto de su mente, su cabecita que no paraba de recordarle enseñanzas de Hutter, *tomar decisiones*, no quedarse paralizado, indeciso. Hacerlo o no. *Ahora o nunca, ¡ahora o nunca!* Y casi siempre era nunca, si no le daban un empujoncito, pero como en este caso el empujoncito podía ser fatal, algo en su mente, otra vía, se abrió. Casi siempre ganaba la opción más fácil, pero en este caso el pánico jugaba tan a favor de una como de otra.

Eso fue lo que impulsó a María a abrirse paso sendero abajo a

codazo limpio. Pensó que los quejidos y exclamaciones de sus compañeros de ceremonia provocarían un revuelo general capaz de alterar toda la ceremonia. En realidad ni siquiera deseaba eso, ni siquiera pensaba en salvar a su madre formando un espectáculo. No, correr, concentrarse en no despeñarse, en no escuchar los gritos de Hutter, y las miradas... Correr como un conejo que huye del ruido del tren, sin saber dónde está la madriguera, sin saber cómo regresar.

Solo correr.

4

ANUARIO DE 1982

Itaipú, viernes 5 de noviembre

La mayor presa hidroeléctrica del mundo (195 metros de altura) es inaugurada por los presidentes de Brasil y Paraguay. Proporcionará 12,6 billones de kWh.

Ha vomitado algo, y eso no es buena señal. No se ha quedado a mirar el grumo oscuro en el suelo terregoso, no sabe si es sangre, no sabe si es del mismo color que la del deforme conductor de autobús al que acaba de disparar.

Cuando llega a los pies del sendero que asciende al santuario, las piernas le flojean. Demasiado trayecto a pie. Varios kilómetros atrás dejó el abrigo en la carretera que atraviesa el campo. Ya no se preocupa por si más tarde sentirá frío. En el cielo no brilla el sol, precisamente, así que ese malestar que le produce la ropa es debido a su roce con las escaras, a la fiebre, a la combustión interna o a... lo que sea. Como el dolor es el mismo, igual le da morirse de un cáncer que de una neumonía, la cuestión es morirse. Por eso le importa tan poco si al llegar la noche sentirá más frío. Sus planes nunca han sido tan a corto plazo como ahora.

Se da la vuelta y le dedica un último vistazo a la acribillada parte posterior del autobús de Hutter, que sobresale en la curva, al lado de la cuneta. Tras la momentánea tormenta de disparos, la inquietante quietud que transporta el viento en esa inacabable pista de aire que envuelve a la ciudad se rompe, le trae el rumor de un vehículo que podría ser el suyo, u otro similar. *¿Más cultores? Lo siento, pero el único que me importa me está esperando.*

Ve muchas huellas en el camino, las antiguas confundidas con las nuevas. Unos arbustos nacientes de cupresáceas se retuercen a los lados del inicio del sendero como dedos peludos que señalan en varias direcciones. Otra vez cree visualizar las flechas de Hutter, las pistas que le ha ido dejando a lo largo del camino. Debe de estar alucinando.

Ojalá todo lo que ha vivido estos últimos días fuera una alucinación.

Se aferra al material plástico del fusil, lo nota áspero por la tierra en sus manos. Tiene que utilizarlo a modo de improvisado bastón, un bastón que huele a quemado. La cuesta no es muy empinada, pero la piel en los gemelos le tira como si se la estuvieran pellizcando con

dientes. *Como Hutter no tiene prisa…*, piensa, y en más de una ocasión se ve tentado de sentarse en una de las rocas irisadas del camino. La gama de colores que refleja la piedra le trastorna, ya está cansado de preguntarse si se debe a un fenómeno natural o a una alteración del Caos, ahora con mayúscula; será mejor ir creyendo un poco aunque sea, ya sabe lo que les pasa a los que no tienen fe; sin fe no podrá ni alcanzar a ver la fachada del santuario.

Es la hora, piensa Hutter. Cree que lo ha dicho, así que mira a su rehén, quien está a punto del desmayo.

Te sienta bien la túnica, hija de la luz, hija de las tinieblas, hija del Caos, hija de puta, ja, ja, ja, urrr navracumatummn our nan…

—Ahí está —susurra. Y se muerde los labios.

¿Dije yo eso?

Un vehículo militar se acerca por la misma carretera que ha seguido Jesús Coria. Los demás montes le restan visibilidad, así que no distingue al conductor.

Dain in dairr brinnnn…, piensa, y baja los prismáticos.

Rocío sigue apoyada en el vuelo de un extremo del santuario, con el trasero sobre una irregularidad en el cortado de piedra. Hutter busca los ojos de la muchacha bajo la capucha. Ahora ambos llevan la capucha puesta, y eso hace sonreír a Hutter. Es un truco tan simple… ¡que puede funcionar! La embarazada se bambolea en su asiento. Como se desmaye se dará de morros contra el suelo.

Debo ponerla bien, debo…

(¡Clávala con un palo!).

—Caaalla. No tengo tiempo —vuelve a susurrar.

Hutter se acerca más al borde del barranco. Se apoya y se oculta tras un ciprés. Con unos pequeños prismáticos, vigila los nuevos avances de Jesús Coria. La espera ha merecido la pena. Claro que la espera es más gratificante cuando estás convencido de que va a tener su recompensa.

—Pedro…, ¿dónde estás? No te veo, estoy muy cansada, vamos… a volver…

(Esta gorda delira).

Vamos, haz las cosas bien, hazlas bien.

—Urrr…

¡Deja de utilizar la Lengua! ¡Ya no te hace falta, ahora una nueva, todo nuevo, ¡vamos!

(¡Vamosss, desgrraciado! ¡Urr navracumatummm!).

—Él… está bien, ya sube, va despacio, perrro sube —dice, sosteniendo a la embarazada por los hombros.

(Todavía estás a tiempo de clavarla a los cipreses. ¡Eh!).

—Pedro…

—Ssssh. Ya sube.

Solo tengo que tenerlo a tiro.

El primer disparo lo recibe con relativa indiferencia. Se encoge por instinto y se queda quieto en mitad de la curva del sendero, tratando de dilucidar si la nube de tierra levantada se la ha imaginado. Ya avista la torre puntiaguda del santuario. Pero no mira hacia allá, aun a sabiendas de que deben de haberle disparado desde esa dirección. En su lugar, mira hacia un punto del horizonte a su izquierda, mucho más allá del barranco, como si por allí hubiera un campo de tiro.

El segundo ya le hace perder el equilibrio y buscar una hendidura en forma de madriguera en la pared del monte. Se cae, se encoge y sigue mirando a ese punto equívoco en el horizonte. Luego se fija en el camino, buscando los impactos de las balas. Pero no los encuentra.

¿A qué están jugando ahora?

Conforme se hace la pregunta, se embriaga con el aroma del tomillo, con la brisa regeneradora que se acumula en la boca del barranco, con el recuerdo de la nocturnidad con la que espió a los cultores en su primera ceremonia. De no ser por el truculento final de la misma, le habría gustado la experiencia. Y ahora él y Hutter juegan a los soldaditos (qué recuerdos). Los tobillos le sangran, o quizá exudan algún otro tipo de fluido. Eso no le va a impedir levantarse, como tampoco que los ojos se le estén empañando y le escuezan. Su propio olor es más fuerte ahora, como si se lo hubiera estado haciendo todo encima. A lo mejor así ha sido y no se ha enterado.

Se asoma apartando unas matas de color pajizo y afianza el fusil con ayuda de una roca. Pone un ojo en la mira óptica.

Aquí estás.

El encapuchado hace aspavientos y deja caer algo al suelo. Luego se esconde entre los cipreses, cerca del barranco.

Cojeando, recorre un buen tramo del sendero pegado a la ladera. Se engancha el jersey y la piel con los matorrales. Aprovecha la curva del collado para avanzar otro trecho sin que le disparen, aunque no está muy seguro de que no le tengan a tiro desde otro sitio.

Como los estampidos no se producen, se ayuda con la culata del fusil para ponerse un nivel más arriba en la ladera del monte que corona el santuario. Desde aquí puede ver las agujas del santuario y parte de su fachada lateral, semioculta por árboles casi tan altos como él. Se desempaña la vista con la manga del jersey. La tonalidad marrón del santuario le está produciendo la ilusión de que se funde con la pared de la cima del monte. Su cabeza ya no le funciona con lucidez, pero al menos los músculos de las extremidades le permiten

cojear a buen ritmo.

Para darse un respiro, se acerca al borde y busca un ángulo desde el que ver la fachada principal. Parece más lejos de lo que debiera. De su visita nocturna previa no recuerda si había alguna bifurcación en el sendero, porque no le suena esta perspectiva.

Una capucha se asoma entre los cipreses. Bueno, eso lo averigua cuando se pega (y se golpea la nariz con ella) la mira óptica al ojo. De no haber sido así, podría haberla confundido con un conejo. Hutter no debe de saber dónde se ha escondido, y ahora él tiene en el punto de mira al cultor. El pulso le funciona, así que ajusta el selector de tiro; una buena ráfaga de disparos y le volará la cabeza, o como mínimo le agujereará el torso. La madera de ciprés no le servirá de mucho contra una lluvia del calibre 5.56.

El dedo se tensa en torno al gatillo, cruje, la rodilla se le resiente. Y el fusil no es muy pesado, pero cuesta mantenerlo posicionado. Un rápido vistazo a su mano, a su uña más próxima: negra, a punto de desprenderse en fragmentos como de costra. Por eso ya no le molesta la hinchazón de los dedos, es como si ya solo sintiese el hueso que hay debajo, la piel es un guante sucio y molesto. No puede disparar todavía. Le sorprende que Hutter no le haya visto, y no se mueve. Lo tiene tan a tiro...

¡Dispara!

Y esa orden es consciente de lo que acaba de detectar. Ese no es Hutter, sino una mujer con una túnica, aunque lleva... Sí, lleva el fusil con el correaje y los portacargadores al hombro, pero no está apuntando.

¿A quién voy a matar?

(Tú matarás a la embarazada...).

Su dedo quiere disparar ya, acabar una acción que se ha vuelto compulsiva. *Es Hutter, ¡dispárale!*, se dice a sí mismo con una vocecilla burlona, *u otro cultor, qué más da, dispárale, demuestra quién ha sido soldado de verdad.*

No piensa con claridad. El santuario ya no existe, solo la cima del monte. Y el fusil de allá arriba se balancea, podría dispararse, está apuntando hacia esta dirección.

Es tan agradable el suave e intermitente aroma del tomillo. Podría quedarse aquí, quieto, hasta caer dormido, contemplando la placidez del monte. Es curioso que aquí empezara todo. Parece el lugar menos afectado de la ciudad.

¡No! El arma solo se le balancea bajo la axila, no seas idiota, se avisa. La mira óptica no tiene mucho alcance y no está muy limpia, pero es evidente que alguien está agitando a la encapuchada. Es una mujer, se le notan los pechos, pechos hinchados, seguramente. *¿A quién pretendes engañar, Hutter?*

(No quiere engañarte, no le hace falta).

Está tan confuso... Sus huesos van a moverse solos, como un resorte sin posibilidad de marcha atrás.

¿No sientes curiosidad? ¿No es toda tu familia parte de la secta?

—Pero yo no.

El fusil le tiembla, no va a poder mantener el objetivo, aunque dispare, aunque el dedo le termine de crujir.

Hace rato que eres de la secta, ¿todavía no te crees lo que ha contado Hutter?

—Yo... No...

Yo nunca caería en una secta, se autoparodia, *solo los idiotas caen en ellas.*

Abre bien los ojos, como si se hubiera orinado en la cama. Su dedo aprieta el gatillo adelantándose al resto de sus pensamientos. Luego se le engarrotan las manos en torno a la culata y al cajón. Se pega el arma al pecho, nota una aguda punción entre las costillas. Cree que le va a dar un ataque al corazón, pero no, solo se queda paralizado viendo cómo de entre los fragmentos de ramas rotas cae un cuerpo con la túnica ensangrentada. Ve flotar en el aire briznas de hojas de ciprés, es lo único que queda allí donde estaba la encapuchada. No se atreve a mirar el fondo de la sima, y tiene los oídos tan ensordecidos que no escucha la caída del cuerpo.

A lo mejor se ha salvado.

Es tarde para los remordimientos. No sabe ni cuántas balas ha disparado, ¿tres?, ¿seis? El martillazo del retroceso en su pecho ha sido uno y solo uno. Ni siquiera sabe cómo ha logrado alcanzar a su objetivo.

MI objetivo.

(Tú matarás a la embarazada).

—¡Ven, querrido amigo! ¡Sube a contemplarrr!

Es como la voz de su mala conciencia. Sabe lo que ha hecho, y un espasmo muscular no serviría como excusa ante un jurado. No, lo cierto es que sigue sintiendo una curiosidad (gatuna) difícilmente expresable en palabras, como más de esas compulsiones musculares. El rumor en su pecho se agudiza, y se imagina a sí mismo como un mecanismo programado que Hutter controla a su antojo con un mando a distancia. *¿Desde cuándo mamá te dio las llaves del motor de mi cabeza?*

Aleja de sí el fusil. Ya no lo necesita como arma, ni como bastón, ni como excusa. Su presencia aportaría más carga que alivio a su marcha.

El resto del sendero, se sorprende, le resulta muy sencillo de ascender.

Arriba, Hutter le espera encogido y dando pequeños brincos, como

un gnomo excitado.

—¡Ven rrápido! ¡Está a punto de comenzarrr!

Por fin alguien sabe cómo se siente. Por fin alguien le va a dar lo que necesita, todos somos algo más que huesos y carne (putrefacta). Tener fe en algo es importante (la fe mueve montículos y escombros).

Jesús Coria llora sangre, grasa, ácido, lo que sea. Llora sin dejar de subir hacia donde alguien le espera con los brazos abiertos y una sonrisa (deforme) comprensiva y acogedora.

Y, por primera vez en mucho tiempo, se siente bien.

5

ANUARIO DE 1982

New Hampshire, lunes 15 de noviembre

Se publica, por primera vez completa, la novela de Stephen King titulada The Dark Tower: The gunslinger.

Aquella aciaga noche, Jesús Coria esperaba encontrarse iluminado el santuario, pero no lo estaba. Avanzaba encorvado por el sendero, muy pegado a la ladera, y tropezaba con sus propios pies. Se había calzado botas de militar, ya que no tenía otras botas de montaña que le pudiesen servir, y temía por los esguinces al caminar por terrenos irregulares sin iluminación alguna, si acaso con la palidez, casi una aureola, que envolvía a algunas de esas figuras encapuchadas de ahí arriba. Los primeros de la fila ya habían llegado a lo más alto, al borde del precipicio. Veía sus siluetas amparadas por una mole gótica oscura, una sombra, una presencia espectral, el hogar de los espíritus del pasado, guardianes de la locura, sí, los locos escogen bien los escenarios para sus actos.

E insistía en sus pensamientos: esperaba que el santuario (cuya historia y santos adorados desconocía, y que apenas si había visto alguna vez, a lo lejos, haciendo senderismo) proyectase antorchas, sombras de su estructura alargada, reflejos en sus claraboyas destrozadas, avisos de preparatorios de ceremonia desde altares de piedra rodeados por un círculo de llamas...

Nada de eso. Lo cual tampoco suponía alivio. No había subido ni la mitad del trayecto por miedo a ser descubierto, lo cual implicaba que no podría impedir la ceremonia.

La ceremonia, seguía pensando, críptico, inmovilizado, respirando con dificultad. No era por el cansancio. No había perdido del todo la buena forma que adquirió en sus compromisos militares. Era por el pánico generalizado que le atenazaba las piernas. No se atrevía ya a mirar abajo, a la sima, a la negritud. Y ya dispuesto a confesarse, no se atrevía a seguir subiendo. Algo se le removía en el estómago, ¿miedo a las alturas? No debía ser eso. Al menos, podía seguir mirando hacia arriba. Esa gente estaba demasiado cerca del borde, bien, eso facilitaba la vigilancia, pero ¿dónde estaba su familia?

Diminutos puntos de luz empezaron a señalarle toda la composición humana de la ceremonia. Aunque «humana» no era la

impresión que daban esos rostros sombríos ocultos por la oscuridad y por sus capuchas. La fila se fue distribuyendo ordenadamente —matemáticamente— en semicírculos. Una figura destacaba en altura sobre las demás, quizá subida a alguna roca. Pero las que de verdad destacaban eran las seis personas que, sin capuchas, se agrupaban en un semicírculo menor al borde del precipicio. Jesús Coria no sabía bien si lo que estaba percibiendo (la grandiosidad, lo simbólico) eran formas que se le antojaban a su mente, o si en realidad ese semicírculo era una recta, la base de un triángulo encerrado en arcos e hileras de encapuchados.

Puede que estuviese buscándole una finalidad a la ceremonia. Era lo más razonable, y lo razonable le traía algo de tranquilidad a sus agarrotados músculos. ¿Cuándo empezaría a gritar «¡Que paren la ceremonia!»? ¿Cuándo empezaría a trepar dejándose los músculos y el abrigo en la tierra para impedir que...?

¿Qué?

No veía a su hermana. De hecho, no distinguía bien los rostros de los allí congregados, salvo los de esas seis personas en primera línea. Un encapuchado con una lámpara se acercó por la espalda a esas seis figuras, que sostenían unos velones. La expresión de sus rostros... serios, arrugados en su mayoría. Eran personas mayores. El más joven tendría... No lo sabía bien, con esta iluminación y ese rictus de muertos vivientes podrían haber pasado por octogenarios.

Y su madre estaba allí, mirando al vacío.

Cuando quiso empezar a gritar y no pudo, pensó que ella le miraba, que de alguna manera estaba bizqueando para ver a su hijo escondido en algún punto inferior de la ladera. Que le suplicaba en silencio que la rescatara de allí, que ella sola no podía, que le habían lavado el cerebro, que sería cuestión de dos ceremonias más el que se acabaran apropiando de su testamento y...

Pero ¿habría más ceremonias?

¿Qué es una ceremonia?

—¡No estéis nerviosos!

El rumor de pasos y respiraciones, el sonido de un ave ululando (tal vez el viento), rotos por una voz familiar, ¿por qué todo le resultaba tan conocido? Había visto y oído a Hutter una única vez, pero era inconfundible, incluso ahora, cuando gritaba, o tal vez recitaba. Su voz caía al vacío de la sima y le comprimía el torso, le agarraba el cuello para que no se atreviera a terminar de asomarse, para que no interrumpiera.

—Vamos a contemplar el fruto de nuestra libertad, vamos a descubrir la verdad de las cosas, ¡vamos a conocer a Dios!

Se escucharon murmullos de inquietud. El triángulo ya no parecía tal, pero aun así las seis figuras del borde seguían inmóviles

sosteniendo sus velas con ambas manos.

¿Su diagnóstico, doctor? Deben de estar drogados, se dijo, *pero tampoco pasa nada, ¿no? Una experiencia mística, unos cánticos, unas velas, una hiperventilación…*

Escuchó, más que vio, el enorme cuchillo —podría ser una espada— salir de alguna parte de la túnica del encapuchado. Solo que ya no era un encapuchado, sino un hombre con túnica, lámpara y arma blanca, sonriendo, moviéndose con precisión. Y es que los políticos necesitan ser enérgicos.

Político… Esa fue la idea que se formó en su cabeza cuando le vio el peinado, la nariz, la sonrisa y sus ojos de loco. Le sonaba de habérselo cruzado en el Ayuntamiento, o de haberlo visto en los periódicos. Tenía un apellido singular, Villa…

Todo eso lo estaba distrayendo, era una salida fácil ante el shock. Se miró las manos, buscando un arma, algo más sencillo que abrir la boca y presentarse.

—Mamá… —gimió. Se atragantaba.

Fue lo único que pudo decir. Hutter seguía profiriendo algo. Los cultores exclamaban, incluso gritaban algunos, se removían, la fila, la forma se deshacía.

—¡Contemplad! —trataba de imponerse Hutter con una voz que distaba mucho del orador seductor. Ahora era un predicador desquiciado.

Y bajo toda esa confusión aún se podía escuchar el silbido del cuchillo, su sonido metálico raspando algo húmedo, como si estuvieran batiendo huevos. Pensó en su cocina, en su madre cebando mate, preparando una tortilla, una cena rápida, sí…

Las figuras del borde caían entre sollozos apagados. El del cuchillo se movía a sus espaldas con celeridad de pintor en un arrebato de inspiración. Nadie intentaba huir, estrictamente hablando. Se limitaban a no caer a la sima ellos mismos.

Y vio a mamá caer por el barranco, como un fardo viejo y húmedo, hasta el centro mismo de la sima. Creyó ver sangre como una estela oscura y fragmentada detrás de su cuerpo encogido; una broma, un relleno sorpresa para esos envoltorios que eran las túnicas. Cayeron dos con ella, luego el resto. Y él supo qué fardo era ella. Lo supo porque pudo verle el rostro encogido de dolor y de ausencia. Quizá ella le vio a él al caer, sí, Jesús Coria lo habría asegurado si hubiera dispuesto de algo más de luz. Ella no caía con su vela.

Es posible que Mariela mirase a su hijo poco antes de morir, poco antes de que las nubes y la tierra comenzaran a removerse.

El torbellino, la espiral, hizo su aparición entre los gritos de los cultores, porque eso es lo que eran, cultores de una secta peligrosa, y había tenido que seguirles con nocturnidad, espiarles y ver morir a su

madre para corroborarlo.

Se acercó al borde: la negrura. No veía a su madre, pero a lo mejor le seguía observando desde allá abajo. Le temblaba todo el cuerpo, estaba agachado, entre matas que pinchaban y se le metían en las uñas. Temía caerse, ahora que el viento soplaba fuerte desde abajo, le levantaba el abrigo y le enmarañaba el cabello. Ya no podía oír nada, excepto zumbidos. Todo su ser se estremecía, aferrado a la tierra y a las matas mientras pugnaba por no balancearse, por no caer cuando el borde del sendero se hundiese.

¿Sería tan malo caer? ¿Sería tan malo ir con mamá?

6

ANUARIO DE 1982
Varsovia, jueves 30 de diciembre
El gobierno polaco levanta la ley marcial impuesta hace un año y dieciocho días.

El mismo hombre, ya sin bufanda, sin gafas de sol, sin abrigo, sin armas y sin capacidad para seguir llorando, se inclina al borde del precipicio como un devoto rendido a los pies de su ídolo particular. Hutter, ahora su confesor, le ofrece una mano amiga al hombro, y algo más: tira de su jersey, intenta levantar al hombre de la tez demacrada y la piel tensa, hinchada y abierta en llagas. El viento comienza a soplar muy fuerte.

—¡Levántate! ¡Vamos, mirrra! ¡Presencia lo que quierras verr! ¡Dale forrma! ¡Ese es tu dios! ¡Ese es nuestro Dios!

Él apenas puede mirar. La tierra se le mete en los ojos, ya ni se siente los párpados, costras que arañan sus retinas. Los dedos se separan de las matas del borde, se siente como impulsado. No es el viento, podría volar con ese viento que emerge de entre las paredes de la sima, que se filtra a lo largo y ancho del collado y reverbera como un eco destructivo. No, se alza gracias al esfuerzo del cultor, que le agarra del jersey y de las sobaqueras. Jesús Coria mira al cielo, cubierto de un tapiz fino pero compacto de nubes. El santuario, el monte, todo son muros y senderos de un marrón pálido y anaranjado similar, manchado de verde; y la tierra y las briznas, flotando, flotando...

Podría respirar, intentarlo al menos, ya no huele a tomillo, y aspiraría ese aire removido y se dejaría llevar por él en una caída infinita.

Pero sigue anclado a la tierra. Sus piernas aguantan, tensas, a que una nueva y múltiple ráfaga le golpee la boca del estómago, el pecho, los brazos cual alas, y lo impulse hacia arriba, hacia los lados, o lo arrastre a la sima (con su madre). Escucha algo entre los silbidos del viento que circulan a su antojo dentro de sus oídos y se adentran en su corazón o salen de él. Son los gritos de Hutter, son las ramas que se quiebran, son dos nuevas figuras que irrumpen en el camino mismo que da entrada al santuario. Hutter ya no lo sostiene, ahora podría volar libre, cuando la tierra deje de moverse, cuando ese fulgor de allá abajo termine de formarse y le muestre...

—¡Urrr rruturramann turrrmennntt! —gorjea Hutter, agitando la mano en señal de invitación a los dos cultores, que se aproximan pegados a la pared del santuario.

—¿Qué ceremonia es esta? —profiere Juan con voz estridente, manoseando su fusil.

Hutter le dirige una sonrisa enigmática. Apunta con el dedo hacia arriba, como si fuera a explicar algo. Mira con indiferencia al otro cultor rezagado que sigue los pasos de Juan, e inclina el dedo y lo apunta hacia la sima.

La perilla blanquecina y grasienta de Juan se agita con el viento y le hace cosquillas en el rostro. Pero el joven cultor no muta su mueca de aprensión. Aferrándose más a su fusil, avanza con cautela, interrumpido de súbito por un corrimiento de tierras y un temblor que hace estremecer la base misma del santuario. Jesús Coria, con los brazos extendidos como un espantapájaros, se siente como tal, clavado al suelo, no sabe bien si por sus músculos aquejados de *rigor mortis*, o por fuerzas magnéticas encontradas y concentradas en su tórax.

Un crujido en su esternón es lo último que puede escuchar. Sus oídos revientan y se abandonan al zumbido eterno. El tejido de su jersey y de su camiseta interior se repliega y se ve tragado por el orificio de alguna herida profunda en el pecho, por donde se escapa y se introduce el aire. Los ojos del hombre-espantapájaros, sin embargo, aún pueden distinguir los destellos rojizos, chispas candentes que repiquetean en una turbulencia oscura, una columna de tierra concentrada y bien perfilada. La tierra que ha creído que se dispersaba por encima de su enmarañado cabello ha cobrado una forma contenida, compacta, sobre la boca de embudo de un singular fenómeno ¿atmosférico?

Ya no puede ver las figuras moviéndose a su alrededor. Ni siquiera puede ver algo más que la sombra oscura de sus brazos que se deshacen como las paredes de un castillo de arena azotado por el viento, el torbellino, la espiral de luces y de fuerzas electromagnéticas, ardientes, que le deshacen el cuerpo y lo convierten en poco más que cenizas. Pero el dolor es insignificante, grato incluso por el frescor que le atraviesa su único núcleo de nítidas sensaciones, su pecho abierto, su propio agujero negro que se une a las ondulaciones de la espiral.

La espiral.

Sus ojos, que ya no son ojos, sino células que se dispersan y se dejan llevar por un flujo mayor, aún pueden percibir la inmensidad de las formas concentradas, la complejidad y la sencillez de un movimiento de fuerzas sin fuegos artificiales, sin banda sonora, sin paisajes idealizados ni sueños alucinógenos. Solo fuerzas en movimiento, figuras geométricas simples dentro de figuras matemáticamente perfectas, matemáticamente imperfectas. Su mente

se aferra a su último momento de paz, de aceptación global que dulcifica sus facciones de cadáver descomponiéndose con pulcritud y precisión milimétrica.

Fuera del cuerpo en dispersión de Jesús Coria, la boca de la espiral extiende sus movimientos más periféricos en una agitación geográfica molesta. Hutter emula a la sombra y cenizas de Jesús Coria extendiendo los brazos con los puños bien apretados, la capucha retirada, la boca desdentada abierta en gritos inaudibles de acogida.

Juan, de rodillas y a pocos metros de Hutter, se tapa su rostro granujiento y escudriña con una mezcla de indignación y emoción el inquietante embudo de viento. El paisaje entrevisto más allá de la espiral se ve inmóvil, una fotografía trucada de tranquilidad, una vía falaz de huída. Se gira y mira las puertas cerradas del santuario con incertidumbre, luego se incorpora frotándose los ojos, buscando a su compañera encapuchada para pedir consejo con expresión atemorizada. La localiza, aunque tarde. El viento sacude la túnica mal abrochada y revela las carnes desnudas de la joven, mostrando su identidad, todavía secreta para Hutter. Juan la mira de reojo por última vez, con la expresión inocente y amistosa con que la captó para el curso. Ya solo puede ver el mango y el puño cerrado tocando su cuello. La hoja del cuchillo atravesándole los tendones del cuello y la garganta lo inmoviliza, le nubla la vista y la conciencia, lo derriba, lo...

Mientras Juan intenta pestañear, pensar o sentir algo diferente al dolor previo a su muerte, María Coria ya se ha plantado con los brazos por delante, se abre paso, desafía al viento y a esa sombra que está a punto de dispersarse delante de sus narices: la sombra de su hermano. De nuevo está y se siente sola, pero el miedo es apenas un cosquilleo dispersado por el viento, como la tierra que araña su piel, y esta vez sí ha subido al santuario para detener la ceremonia.

Hutter ríe a carcajadas inaudibles, agita los dedos, no tiene fuerzas para hacer lo mismo con los brazos. Su espalda se arquea al borde del precipicio, sus arrugas y sus bolsas de grasa acumuladas en el cuello se remueven casi tanto como su sucia túnica. Lo ve allá abajo, el sol apenas brilla, pero eso que emerge del oscuro vórtice tiene luz propia. Es un cuerpo sólido formado de entre los tetraedros como puntos de luz. Y el viento se concentra en la columna, deja de expandirse y de amenazar el monte. El vórtice, iluminado por los puntos de luz, se asemeja a un lago en el que se ve reflejado, o al menos ondula como si lo fuera, y es cristalino, pero no sabría definir el color con tanta tierra flotando por todos lados. Los ojos le lloran, le duelen al pestañear, tose con la tierra tragada, aunque mantiene la sonrisa. Sus rodillas ceden y las hinca en el suelo. Ahora es él quien se acuclilla al borde, sin agarrarse a las plantas o a las piedras, sin miedo a caer.

Grita sin oírse, ríe, cierra los ojos, mira al cielo sin verlo, luego los vuelve a abrir, le duelen, no importa. La sombra de Jesús Coria ya se ha disipado, y ahora cree reconocer unos globos luminosos a modo de ojos que le observan desde el vórtice.

Mi Dios, piensa, *mi Creación*.

(uurr urrrr urrr...).

Gozo en el pecho, placer en oleadas, la consciencia de Hutter se expande como las ondas en la superficie de un lago cuando se deja una piedra caer, sus extremidades son antenas captando vibraciones y transformándolas luego en la plenitud del clímax. Sus ojos no necesitan ni mirar para comenzar a visualizar el verdadero aspecto de su creación autoconsciente, ni su boca necesita proferir sílaba alguna para comenzar a comunicarse en otra lengua, ni siquiera la Lengua, sino otra muy...

Experimenta un calambre. Su cuerpo se agita, no es por el viento. En su consciencia salta una chispa y abre los ojos. Ve el paisaje que da vueltas como en una batidora a cámara lenta. El placer ha mutado en temblores, tiene vértigo, ¡va a caer!, ¡la tierra le ciega!, la tierra se acumula y le... ¿acaricia?

No es tierra, es el rostro, sucio, estropeado, pero aún normal, aún traidor, de María, que le da un beso en la mejilla, en alguno de sus bultos.

¿Qué?, dice sin oírse.

Ahora grita, ya no sonríe. Sus dedos se crispan y su espalda se anquilosa en una curva complicada. Nota aire en la espalda, humedad, calor... ¡Dolor!, aunque más que dolor, inmovilidad, y confusión.

María sonríe, se aparta de él, aleja la mano de su espalda, sí, le ha dado una palmadita, solo eso, y ahora otra... Pero su cuerpo quiere caer como una rueda hacia la sima, ni el viento le ayuda a retener su inercia. María se aleja, definitivamente.

Y cree escuchar sus carcajadas.

La caída se posterga, incluso puede mover el cuello y contemplar a la figura del núcleo de la espiral, sus hombros rocosos a medio formar, sus garras volubles abriéndose y cerrándose, su rostro ¿vacuno? No, es como una cabra, un chivo con las fosas nasales expulsando gases, azufre, pero no es una cabra, no tiene cuernos, ¿o sí? Sus ojos rojos y ardientes ocupan gran parte de su cabeza alargada y cerúlea. Y no tiene boca, no tiene necesidad de palabras para expresar el horror compartido.

Las garras se agitan, se descomponen en estelas de viento y tierra, y en pirámides rojizas, pero no logran repeler al cultor que, aunque despacio como una pluma, cae sin remedio por el centro del embudo.

Y entonces Hutter es consciente del calor abrasador de su creación, de que bajo las facciones animales de su dios se esconde una miríada

de reflejos de su propio rostro aterrorizado que se contempla en el lago. El cultor, imaginándose que no tiene un cuchillo clavado en la columna y que se puede mover y nadar en el aire con libertad, intenta esquivar la infinidad de sus propias imágenes que componen el rostro cabruno, formado a su vez a partir de microscópicas pirámides, y se fija por accidente en que sobre el lago no hay un cuerpo formado del todo, que solo es un medio torso que flota entre gases que nacen de la turbulencia.

En la mente de Hutter se dibuja una fecha, una localización, los números ocultos de un suceso local añadidos a la ecuación que altera la forma de toda una predicción. Y él está dentro de la ecuación.

Grita.

Trata de agarrar las variables al vuelo. Las pirámides están formadas por puntos de luz más pequeños, y descubre números en ellos, pero los números solo están en su cabeza, como la forma incompleta de su dios.

Sale de la ecuación. Pronto, el lago se torna turbio, y la oscuridad también le absorbe cuando atraviesa la piel de aspecto cerúleo pero insustancial de su dios cabruno, a través de uno de los múltiples rostros de Hutter reflejados con idéntica expresión de horror e impotencia.

Grita.

Alguien tira de sus miembros, alguien desmiembra su consciencia misma.

Luego, la explosión.

7

El anciano y el niño están hundidos en el sofá. Lo han separado de la pared y lo han acercado a la mesa del salón. Han arrugado la alfombra en el proceso. El sofá así separado podría ser una especie de búnker, pero ahora, con la mirada perdida en el televisor, parece que lo hubiesen hecho para verlo mejor, solo que el televisor está apagado, y no podrán encenderlo. ¿Hasta cuándo?

Y es que nada funciona como debiera, así que lo mejor es seguir sentados, inmóviles, y charlar, o figurarse que lo hacen.

«*Ese ruido parece como de truenos*», había dicho el anciano un rato antes. El niño no le había preguntado nada al respecto, se había limitado a levantar la cabeza para escuchar con atención.

Ahora saben que no se trata de una tormenta, sino de un helicóptero que aún ronda no muy lejos de aquí. El anciano se fija en la escalera de caracol que conduce a la terraza. La puerta de la misma sigue cerrada, aunque el visillo deja pasar luz tenue del día, la única, ya que el resto de las persianas de la casa están cerradas. Es tan absurdo..., pero después de haber movido el sofá, el anciano no desea tocar nada más de la casa de su hija, por eso no tantea las ventanas, no rebusca entre los libros, no abre los cajones en busca de alguna distracción, no se adentra en las habitaciones en busca de una radio a pilas ni se atreve a deshacer las camas para recuperar algo del sueño perdido durante la noche. Por respeto, se supone.

O más bien por desesperanza. Y cansancio. Han gastado buena parte de sus energías y valor en salir a ciegas del hotel y buscar un refugio más abarcable.

Una hora antes estuvieron en la terraza. Un lugar amplio. Hay unas buenas vistas allí. Mejores que las de las ventanas del hotel...

(Se sigue escuchando el helicóptero, deberíamos salir).

... Contemplaron la ciudad como si de un cuadro hiperrealista se tratase, como si adivinasen detalles curiosos que un pintor con exceso de originalidad hubiese plasmado. Luego dejaba de tener gracia observar las farolas torcidas de un parque con el césped pelado, las nubes de humo coronando algún edificio sin chimenea alguna, las antenas de televisión enmarañadas, las bandadas de pájaros

chocándose entre sí o, dos manzanas a la izquierda, las fachadas con mascotas ahorcadas, colgadas de los adornos navideños. Los montes, que sobresalían tras los edificios de más a la derecha, se les antojaban una salida imposible a este paisaje, ¿cómo van un anciano y un niño a salir de la ciudad andando, con lo agotados que están, y más aún con los peligros que hay en ella? Bastante se han arriesgado ya metiéndose en este piso. Y hacía frío allá arriba, así que poco les faltaba de todas formas para regresar a la escalera de caracol, pero después de la explosión no lo dudaron lo más mínimo.

Primero se quedaron boquiabiertos e inmóviles, algo encogidos, todavía con la mirada puesta en los montes. El estallido había sido lejano, y la ubicación de su fugaz destello, poco precisa... Hasta que vieron el tornado. Una chimenea enorme y oscura destacaba entre y sobre los montes pelados, y se iba fundiendo en el cielo recargado. Otro adorno brutal para este cuadro de mal gusto. Parpadearon, comprobando si era cierto que esa columna se movía o rielaba, intentaron determinar cuán lejos estaba de la ciudad, cuán grande y peligroso era ese fenómeno.

Luego empezaron los temblores, intermitentes. Estallidos y géiseres de agua que explotaban desde las alcantarillas. El anciano recuperó su instinto sobreprotector y aferró al niño por los hombros. Resultaba tan sencillo llevarlo de un lado a otro. No se quejaba por nada desde que su padre murió en aquel patio, y el anciano sintió un estremecimiento al mirar el cabello despeinado y sucio del chiquillo, sin atreverse a mirarle la cara, eso hubiera sido más aterrador que las explosiones.

Quería llevarse al niño de vuelta a los peldaños, cuando el suelo dejara de moverse. En el horizonte la bandada de pájaros se dispersaba como si alguien estuviese disparando entre ellos. Alguien silbaba, alguien gritaba desde alguna de las casas vecinas, aunque eran ecos, una cacofonía de frases que se repetían como en una grabación. Se dio la vuelta una última vez. La base del tornado estaba rodeada de un fulgor rojizo, como si el monte estuviese en llamas. El viento a veces venía caliente, y eso no le gustaba nada, así que cerró la puerta de golpe y bajó con el niño. Fue entonces cuando prepararon lo del sofá, atemorizados por el gorgoteo creciente que resonaba en el lavabo y el fregadero. Las tuberías estaban a punto de reventar, el mundo estaba a punto de reventar.

Y ellos solo tenían un sofá para cubrirse.

Por suerte, todo se calmó, sin explosión final, sin habitaciones inundadas, sin más voces ni gritos, sin los pájaros estrellándose contra los cristales en un intento de..., quién sabe, protegerse. El viento arañó los muros del edificio en un par de ocasiones, hizo vibrar la puerta de la terraza, y luego... el silencio.

El rumor del helicóptero le produce un hormigueo en las piernas.

Mira y vuelve a mirar la escalera. Si tuviera su bastón, ya se habría levantado; es una buena excusa para seguir atascado en el sofá, aunque sus piernas ya se han preparado para levantarle.

Está cansado. Se fija en la expresión ausente del niño, la mucosidad bajo su nariz chata. Debería intentarlo, al menos por él. Alguna vez deberían aparecer los helicópteros de Protección Civil. Debe dejar el sofá, asomar la cabeza.

¿Dónde está el viejo que subió por la planta trepadora como si fuera un chaval? ¿Dónde está el que sacó al niño del hotel en plena noche y a la carrera?

Se pone en pie, ignorando los tramposos achaques de viejo que le sobrevienen. Le tiende una mano al niño que este acepta con languidez. Al anciano se le hace un nudo en la garganta, ya tiene varios ahí.

Abre la puerta de la terraza poco a poco. Las ráfagas son frías, bien. Lo primero que hace es vigilar el tornado. Tiene que abarcar un buen ángulo con la mirada puesta en los montes para encontrarlo. El fenómeno se ha desplazado hacia la izquierda, y ya no es más que una nube estirada y poco uniforme de tierra levantada.

Y hay otra cosa que descubren al poner los pies sobre el sumidero del centro de la terraza: el brillo del fuselaje metálico del helicóptero que sobrevuela el centro de la ciudad.

—El helicóptero... —dice el niño.

El anciano se da la vuelta y le mira con un asomo de sonrisa. Busca algún tendedero o columna en la que sostenerse debido a la emoción. Al final, acaba apoyándose con delicadeza en los hombros del niño.

—Sí, nos van a sacar de aquí, hijo.

Ambos comienzan a saludar con la mano al bloque móvil y lejano que es todavía el helicóptero.

El niño no grita entusiasmado ni da brincos, pero al menos tiene brillo en la mirada. Al anciano le duele la espalda, y sigue muy cansado, como si estuviera agotando en unos pocos días toda la reserva de energía que tenía destinada para el resto de sus años de vida.

Años de vida... Es una suposición optimista.

Pero ¿por qué no ser optimista?

Niño y anciano se miran, se sonríen, y saludan con brío al helicóptero.

NOTA DEL AUTOR

Desde que escribí *Las matemáticas del caos* han transcurrido demasiados años. Ninguna historia merece estar criando moho en el cajón tanto tiempo. Inicialmente iba a ser editada en 2010 por AJEC, pero postergamos su salida para que no coincidiese con el lanzamiento de mi novela *Yo vi tu silueta*, y al año siguiente el contrato de edición se canceló cuando la mencionada editora suspendió todas sus publicaciones en papel. No hicimos bien las cuentas.

En los años posteriores la novela ha estado mendigando cariño y atención en concursos y editoriales que, tras mostrar su interés inicial, decidieron desestimar su edición. Hala, patada en el culo a este pobre gatito huérfano, ni una raspa de sardina que llevarse a la boca. Desalmados...

En 2015, la novela fue una de las cinco finalistas del Premio Tandaia, organizado por esta editorial, quien propuso un crowdfunding para evaluar su viabilidad para una pequeña tirada de 300 ejemplares. La cosa no funcionó como se esperaba, por lo que acabé recurriendo a esta plataforma llamada Amazon que nos permite a tantos autores, mientras aguardamos la fama y la gloria mundial que nos merecemos, distribuir nuestros trabajos para que los lectores puedan disfrutarlos a un buen precio.

Solo espero que el producto que tienes entre manos te parezca de la suficiente calidad. Ha sido revisado con sumo cuidado, y he contado con un betalector de excepción, una eminencia, vamos: **David Jasso**, autor de *La silla*, *Disforia* y muchos otros títulos que deberías leer si te gusta el género de terror.

A él le debo un AGRADECIMIENTO con mayúsculas por su apoyo constante en todos mis trabajos. Que Dios le bendiga con hijos de colores.

Ah, y muchas gracias a ti también, por estar ahí ahora mismo, al otro lado de la obra, ese lado que tanto necesitamos los escritores.

[1] Universidad Nacional de Educación a Distancia.

[2] Tercio de Levante.